



EL NOVENO CIRCULO

NOVELA

ARNAUD DELALANDE

Lectulandia

Venecia, año 1756. El cuerpo de un célebre actor aparece crucificado en el teatro de San Lúea, escenario de su última representación. El suceso conmueve a toda la sociedad veneciana y atemoriza a sus dirigentes, quienes no dudan en liberar de las lúgubres mazmorras donde le tienen preso al intrépido Orquídea Negra para que intente resolver el escalofriante crimen.

El audaz investigador solo dispone de tres pistas para empezar su búsqueda: los versos de Dante escritos sobre la piel de la víctima, el broche de una cortesana y unos pequeños fragmentos de cristal de Murano. Una investigación apasionante que nuevos asesinatos, cuyas claves podrían encontrarse en referencias a algunos pasajes de *La Divina Comedia*, convierten en una carrera contra el tiempo.

Una excelente recreación histórica a la que Arnaud Delalande añade con maestría la intriga, el misterio y la erudición propias de un autor consagrado en el género de la novela histórica y experto en el tan difícil arte de seducir al lector y hacer que se estremezca.

Lectulandia

Arnaud Delalande

El noveno círculo

Orquídea Negra - 1

ePub r1.0

Ablewhite 18.12.2017

Título original: *Le Piège de Dante*
Arnaud Delalande, 2006
Traducción: Lluís Miralles de Imperial

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Guillaume, Emmanuelle y Olivier.

A Jean Martin-Martinière.

Y en homenaje a Françoise Verny,
madrina y hada buena.

Primer Círculo

CANTO I

La selva oscura —mayo de 1756—

En su sitial de la Sala del Colegio, donde habitualmente recibía a los embajadores, Francesco Loredan, príncipe de la Serenísimas, centésimo decimosexto dux o dogo de Venecia, elevaba de vez en cuando los ojos hacia la inmensa tela de Veranes, *La batalla de Lepanto*, que adornaba una de las paredes de la sala, o dejaba que sus pensamientos se perdieran entre los dorados del techo, con la mirada abismada en la contemplación de *Marte y Neptuno* o en *Venecia dominadora con la Justicia y la Paz*, antes de volver de nuevo al asunto que le reclamaba con urgencia.

Francesco era un hombre entrado en años; su rostro apergaminado contrastaba vivamente con la púrpura lisa y uniforme que le rodeaba. Unos pocos cabellos escapaban de su gorro y de su cuerno ducal. Sus cejas blancas y su barba acaban de dar a su fisonomía un aire patriarcal que sintonizaba a la perfección con las funciones que asumía en el seno de la República. Con todo, la figura del dux, con sus ropas suntuosas, sentado ante un escritorio cubierto por un dosel en el que aparecía representado un león alado mostrando las garras, rebosante de poderío y majestad, no carecía de vigor. Una capa de tela, adornada con una esclavina de armiño y gruesos botones, colgaba de sus hombros y cubría un vestido de tela más fina que se deslizaba hasta sus piernas, embutidas en unas medias rojas. La *bacheta*, el cetro que simbolizaba el poder del dux, descansaba perezosamente entre sus brazos. Sus manos, largas y finas, lucían un anillo grabado con el escudo de armas y la balanza venecianas y sujetaban nerviosamente las actas de la última deliberación del Consejo de los Diez, que iban acompañadas de un despacho con el sello oficial de ese mismo Consejo. La última sesión se había celebrado aquella misma mañana, en circunstancias excepcionales. Las actas informaban a Francesco de un asunto que parecía, cuando menos, tenebroso.

«Una sombra pasa sobre la República» —concluían—; «una sombra peligrosa de la que este crimen, alteza serenísima, constituye solo una de sus múltiples manifestaciones. Venecia se encuentra amenazada por una jauría; los más temibles criminales se deslizan por la ciudad como lobos en una selva oscura. El viento de la decadencia planea sobre Venecia; no podemos seguir ignorándolo».

El dux carraspeó mientras sus dedos tamborileaban sobre el correo del Consejo. «Se ha producido un terrible drama».

El Carnaval de Venecia se remontaba al siglo X.

La celebración se extendía ahora a lo largo de seis meses: del primer domingo de octubre al 15 de diciembre, y luego de la Epifanía a la Cuaresma. Finalmente, en la Sensa, o Ascensión, florecía de nuevo.

Toda la ciudad vibraba con los preparativos de la fiesta.

Las venecianas se preparaban para salir: bajo las máscaras exhibían la blancura de su tez, lucían sus aderezos, joyas, collares, perlas y drapeados de raso, resaltaban las copas de sus senos con apretadísimos corpiños y rivalizaban en el despliegue de frisados y encajes. Con el mayor cuidado, peinaban sus cabellos, de ese rubio tan peculiar, recogéndolos en moños, enrollándolos en torno a diademas, a la sombra de un sombrero, esparciéndolos en ondulaciones de una libertad calculada, o también crepándolos, tiñéndolos de diversos colores, disponiéndolos en arreglos de lo más sorprendente y extravagante. Así disfrazadas, se hacían las importantes: caminaban con la cabeza alta, según las reglas del *portamento*, afectando la dignidad de la más alta nobleza, con una actitud y un porte que defendían con gracia y aplomo. ¿Acaso no eran, en estos tiempos de Carnaval, las más solicitadas, las más ardientemente deseadas, en una palabra, las mujeres más bellas del mundo? Esta confianza tranquila constituía la fuente misma de su inspiración. El Carnaval era un diluvio de bellezas, un arco iris de colores deliciosos; esta se había enfundado en un estrecho vestido blanco de batista, sin transparencias, con la orla adornada con volantes de encaje; aquella otra había añadido a su vestido unos vaporosos manguitos de gasa de Italia y un cinturón de cintas azules, cuyos extremos dejaba volar ampliamente por detrás; y otra, más allá, con una sombrilla en la mano, llevaba al cuello un gran pañuelo plisado, anudado en el hueco de la garganta y abierto en triángulos sedosos sobre una andriana o un *panier*. Aquí se ajustaban la *moretta*, sujetando con los dientes la pequeña pieza interior que les permitía mantener en su sitio la máscara negra, mientras allí se alisaban el vestido y abrían sus abanicos con un gesto seco de la muñeca. Las cortesanas del más alto linaje se mezclaban con las mujeres de vida alegre en una extrema confusión. El *Catálogo de las principales y más honorables cortesanas de Venecia* y el tratado *Tarifa de las prostitutas de Venecia*, acompañados de consideraciones técnicas sobre los talentos de esas amantes de una noche, circulaban de nuevo furtivamente.

Los hombres, por su parte, llevaban la máscara blanca del fantasma, el *larva*, coronado por un tricornio, y la *bauta*, que cubría el conjunto del cuerpo; capa negra o *tabarro*, para los más clásicos, y junto a ellos, miles de personajes escapados de cuentos, teatros y de la fantasía de los venecianos. Naturalmente estaban los habituales: los eternos Tartaglia, Arlequín, Pantalón, el Doctor, Polichinela; pero también diablos armados de vejigas, moros a lomos de asnos o caballos de pacotilla, turcos fumando en pipa, falsos oficiales franceses, alemanes, españoles, y toda la cohorte de pasteleros, deshollinadores, floristas, carboneros... Charlatanes, vendedores de pociones que prometían la vida eterna o el regreso del ser amado,

mendigos, pordioseros y campesinos miserables llegados de Tierra Firme, ciegos y parálíticos de los que no se sabía si sus taras eran reales o inventadas, deambulaban por toda la ciudad. Los cafés, y numerosos tenderetes montados para la ocasión, mostraban pancartas en las que se invitaba a los mirones a ver «monstruos», enanos, gigantes o mujeres con tres cabezas, junto a los que empezaba a amontonarse la gente.

Había llegado el momento de la euforia, de la liberación; el momento en el que el hombre vulgar podía imaginar ser el rey del mundo, en que el noble jugaba a ser plebeyo, en que el universo, de pronto, sufría un vuelco radical en el que se invertían o se intercambiaban los rangos sociales, en que todo se ponía patas arriba, en que todas las licencias, todos los excesos estaban permitidos. Los gondoleros, con la librea de la gala, paseaban a los nobles por los canales. La ciudad se había engalanado con innumerables arcos de triunfo. Aquí y allá se jugaba a pelota, a la *meneghella*, se apostaban algunas monedas que tintineaban en los platos, o bien se echaban al azar en sacos de harina y los jugadores hundían la mano en ellos, confiando en recuperar más de lo que habían puesto. Bandejas de buñuelos y lenguados fritos esperaban sobre los mostradores de los tenderos. Los pescadores de Chioggia interpelaban a la multitud desde sus tartanas. Una madre daba un cachete a su hija, objeto de excesivas atenciones por parte de un joven admirador. Los ropavejeros colocaban ante sus mesas carretillas cargadas de ropa antes de empezar a vocear su mercancía. En los *campi*, maniqués de estopa escupían golosinas y frutos secos. Una bandada de *frombolatori*, pillos enmascarados que recorrían los *sestieri*, lanzaban huevos podridos a las jóvenes bellezas o a las ancianas acodadas en el balcón de su villa antes de huir entre risas. Los juegos más grotescos animaban todos los rincones de los barrios de Venecia: un perro volaba sujeto a una cuerda, algunos hombres trepaban hasta lo más alto de las cucañas para descolgar un salchichón o un frasco de alcohol, mientras otros se sumergían en cubas de agua salobre para tratar de atrapar una anguila con los dientes. En la Piazzetta, una máquina de madera en forma de pastel cremoso atraía a los golosos, y se formaban aglomeraciones en torno a los funámbulos, las escenas de comedia improvisadas y los teatros de marionetas. Astrónomos de feria subidos en taburetes, con el índice levantado hacia las ausentes estrellas, peroraban sobre el inminente apocalipsis. La gente lanzaba exclamaciones, se carcajeaba, se ahogaba de risa dejando caer al suelo el helado o el pastel; disfrutaba de la alegría y los placeres de la vida. Entonces, aquella a la que llamaban Reina de Corazones salió de la sombra. Apostada hasta entonces bajo las arcadas, se adelantó unos pasos abriendo su abanico. Sus largas pestañas vibraron tras la máscara. Los rojos labios se redondearon. Dejó caer el pañuelo a sus pies, mientras se arreglaba un pliegue del vestido. Se agachó para recogerlo y dirigió una mirada a un agente, apostado algo más lejos, en el ángulo de la Piazzetta, para verificar que había comprendido. Aquel gesto quería decir: «Él está aquí».

En efecto, ahí estaba, en medio del gentío.

Aquel cuya suprema misión consistía en asesinar al dux de Venecia.

Dos cuernos de falso marfil a uno y otro lado de la cabeza. Una faz de toro, provista de un hocico de pliegues agresivos. Unos ojos burlones brillando tras la pesada máscara. Una armadura, auténtica, hecha de mallas y placas de plata, bastante ligera para que pudiera desplazarse con la rapidez requerida. Una capa rojo sangre, que ocultaba, a la espalda, las dos pistolas cruzadas que necesitaría para cumplir su tarea. Dos rodilleras de metal por encima de las botas de cuero. Un gigante, una criatura imponente. Al verlo, uno casi creía oír el bufido ardiente surgiendo de los ollares. El Minotauro, dispuesto a devorar a los hijos de Venecia en el laberinto de aquella ciudad en plena efervescencia, se disponía a cambiar el curso de la historia.

El Carnaval había empezado.

Unos meses antes, en una noche oscura, Marcello Torretone rompía el silencio con sus aullidos desgarradores en el interior del teatro San Luca. La Sombra estaba allí. Había invadido la ciudad; volaba sobre los tejados de la Serenísima. Entre los reflejos del crepúsculo, se había deslizado furtivamente en el teatro. El padre Caffelli lo llamaba, el Diabolo en persona, pero en su informe Marcello había hecho constar también ese otro nombre que le daban sus partidarios: la Quimera. El sacerdote había tratado de prevenir a Marcello, y este había tenido que rendirse a la evidencia. Se estaba tramando algo grave. Esa noche había caído en una trampa. Un misterioso desconocido le había citado, en el San Luca, después de la primera representación de *L'Impresario di Smirne*, con el que había conseguido un gran éxito. Los Vendramin, propietarios del San Luca, habían salido los últimos. El desconocido se había ocultado entre bastidores mientras el teatro se vaciaba.

Marcello había hecho una pelota con su vestuario de escena, que ahora yacía en el suelo no muy lejos, detrás del telón. Había vuelto a leer la carta sellada que le habían hecho llegar, firmada por un tal Virgilio, en la que le prometían informaciones de la mayor importancia. La amenaza afectaba tanto a las instituciones de Venecia como a la persona del dux. Marcello había decidido ir a ver a Emilio Vindicati al día siguiente; el Consejo de los Diez debía ser informado cuanto antes de lo que se tramaba. Pero ahora maldecía su imprudencia.

Lo sabía. Ya no iría a ninguna parte.

No vería amanecer el nuevo día.

Lo habían dejado inconsciente, lo habían molido a golpes y atado luego contra estas tablas de madera. Aturdido aún, pudo ver cómo se movía junto a él una forma encapuchada, pero fue incapaz de distinguir su rostro. Su mirada se posó en el martillo, los clavos, la lanza, la corona de espinas, y en ese curioso instrumento de vidrio que brillaba en el puño del visitante. Marcello estaba aterrorizado.

—¿Quién... quién es usted? —articuló con la boca pastosa.

Por toda respuesta, el otro se limitó a lanzar una risa sardónica. Luego ya solo oyó su respiración, sorda, profunda. El desconocido terminaba de aprisionarlo contra estos montantes de madera, cuya sombra proyectada pronto dibujaría una cruz sobre el suelo.

—Usted... ¿Es el Diablo? ¿Es la Quimera, verdad?

La forma encapuchada se volvió un momento hacia él. Marcello trató de adivinar, sin conseguirlo, los rasgos del rostro hundido en la oscuridad.

—¿De modo que existe? Yo creí que...

Nueva risa.

—*Vexilla regis prodeunt inferni...* —dijo la Quimera.

Su voz era grave, pavorosa. Realmente parecía surgir de ultratumba.

—¿Co... cómo?

—*Vexilla regis pro deunt inferni...* Enseguida nos ocuparemos de usted. Primero acabaré con esto, y luego lo levantaremos aquí mismo, en este escenario. Puede estar contento, amigo mío. Esta noche representará su mejor papel.

Entonces la Quimera cogió un martillo y dos largos clavos afilados.

—¿Qué va a...? —empezó Marcello horrorizado, con los ojos dilatados por el pánico.

—¡*Vexilla regis prodeunt inferni*, Marcello Torretone!

Colocó la punta del primer clavo sobre uno de los pies sólidamente amarrados de Marcello... y su brazo se alzó, con el martillo en la mano.

—¡¡Noo!!

Marcello aulló como nunca lo había hecho.

Vexilla regis prodeunt inferni.

Los estandartes del rey del Infierno avanzan.

Con rostro grave, Francesco Loredan caminaba apresuradamente por los pasillos del palacio ducal.

«Hay que atrapar a ese hombre a toda costa».

Francesco era uno de esos patricios hechos a todas las magistraturas. Había llegado al poder en 1752, por lo que era dux desde hacía más de cuatro años. Desde el momento en que cumplían veinticinco años, los jóvenes aristócratas venecianos se preparaban para servir al Estado. Las puertas del Gran Consejo se abrían entonces para ellos. Francesco había sido uno de los elegidos. Conforme a la costumbre en Venecia, había aprendido las vicisitudes de las funciones gubernamentales junto a los veteranos; una práctica que se hacía tanto más necesaria por el carácter esencialmente oral de la Constitución de la República. En general, los embajadores se llevaban a sus hijos con ellos para iniciarlos en los secretos de la diplomacia; algunos jóvenes nobles, los *barbarini*, elegidos a suertes el día de Santa Bárbara, estaban autorizados

a asistir a las deliberaciones del Gran Consejo antes de la edad oficial. Todos los responsables del Estado favorecían así, para su progeñe, un aprendizaje que se fundamentaba en la experiencia práctica del funcionamiento de las instituciones. Para las dinastías nobiliarias, las carreras estaban trazadas de antemano: Gran Consejo, Senado, Señoría o servicio en Tierra Firme, embajadas, Consejo de los Diez, y así hasta el cargo de procurador, o de dux, el primado de la ciudad veneciana. Esta cultura política constituía uno de los fundamentos del poderío de la laguna, que en gran medida se había edificado gracias al talento de sus representantes y a la eficacia de sus redes, a pesar de que en ocasiones los cálculos de los dignatarios de Venecia se volvieran contra la brillante República, acostumbrada a grandes piruetas diplomáticas. La alianza de los dux con Florencia contra Milán, sellada tres siglos atrás con la paz de Lodi, había permitido a la Serenísima contribuir a la libertad de Italia y preservar al mismo tiempo su independencia. Siguiendo las huellas de la de Constantinopla, la más prestigiosa entre todas, las grandes embajadas venecianas se habían instalado en París, Londres, Madrid o Viena. El reparto del Mediterráneo con los turcos y las flotas católicas, signo de la erosión de su preeminencia en el Levante, había permitido también a Venecia asegurar su predominio. La República no había inventado la política; pero, como señora de los mares, mediadora de culturas y virtuosa de la apariencia, había aportado algunos nuevos títulos de nobleza que el Maquiavelo de *El príncipe* y los Médicis florentinos, esos otros emblemas italianos, no habrían desaprobado.

Francesco poseía ese pragmatismo, ese talento para la cosa pública y esa habilidad para manejar los asuntos comerciales, jurídicos, diplomáticos, y también financieros, que le convertían en un digno heredero del espíritu aristocrático veneciano. Pero mientras caminaba en dirección a la Sala del Colegio, con su carta en la mano, se decía una vez más que ser dux de Venecia no era precisamente una tarea descansada. De vez en cuando, un guardia del palacio se apartaba ante él y levantaba su alabarda, antes de adoptar de nuevo su habitual aire rígido y envarado. «Los Diez tienen razón —se decía Loredan—. Hay que actuar deprisa». Desde el siglo XII, los atributos del dux no habían dejado de reforzarse: la investidura con el estandarte de San Marcos, los herederos de la tradición carolingia, el palio y la púrpura de Bizancio y la corona que sostenía el gorro ducal eran otros tantos testimonios de ello. Sin embargo, los venecianos siempre habían intentado evitar que el primado de su ciudad acumulara demasiado poder. Su autoridad, limitada primero por la persona moral de la comuna de Venecia, pronto había sido restringida por la Señoría, que agrupaba a las élites dirigentes de la ciudad. Todavía hoy las grandes familias, que se encontraban en el origen de la expansión de la península, se aseguraban de conservar la preeminencia en la toma de decisiones importantes; y por más que Venecia evitara toda forma de absolutismo monárquico, el Estado marcaba con rigor la frontera entre el pretendido poder del pueblo, que había durado tan solo el tiempo de un sueño, y la preponderancia de esas dinastías a las que la ciudad debía su supremacía.

Como todos los venecianos, Francesco añoraba la época de la edad de oro, la de la expansión de Venecia y de sus colonias; él hubiera podido ser, si no el único capitán a bordo, al menos uno de los artífices de esa vasta empresa de conquista. Y aunque extraía una inmensa satisfacción del esplendor del título y del incesante ceremonial que rodeaba a su persona, a veces se sentía prisionero de su función representativa, *rex in purpura in urbe captivus*, «rey vestido de púrpura y prisionero en su ciudad»... Cuando fue proclamado dux en la basílica se presentó ante la multitud alborozada en la plaza de San Marcos antes de recibir el cuerno ducal en lo alto de la escalera de los Gigantes; pero, apenas anunciada su nominación, tuvo que jurar que nunca se excedería en los derechos que le otorgaba la *promissio ducalis*, esa «promesa» que le leían cada año en voz alta y que recordaba la naturaleza exacta de sus atribuciones.

Con todo, Francesco, elegido vitaliciamente, miembro de derecho de todos los consejos y depositario de los más altos secretos del Estado, encarnaba mejor que nadie, en virtud de su función, la autoridad, el poder y la continuidad de la Serenísima. Él presidía el Gran Consejo, el Senado, los Quarantie, y se reunía todos los días laborables con las seis personas que formaban su restringido Consejo, para recoger las súplicas y las quejas. Visitaba cada semana una de las casi trescientas magistraturas con que contaba Venecia. Comprobaba la naturaleza y el montante de los impuestos y aprobaba los balances de las finanzas públicas. Todo eso sin contar las múltiples visitas o recepciones oficiales. En realidad, el dux apenas tenía vida privada. Esta maratón permanente afectaba a menudo a la salud de los ancianos — pues no se llegaba a dux antes de los sesenta años—, hasta el punto de que se había creído conveniente añadir al trono de la sala del Gran Consejo una barra de terciopelo que permitía a su serenísima descabezar un sueño cuando ya no estaba en condiciones de seguir los debates.

En su rápido recorrido por el palacio, Francesco llegó a la gran sala del Maggior Consiglio, el Gran Consejo, donde se encontraban los retratos de todos sus valerosos predecesores. En otras circunstancias se habría detenido, como hacía a veces, para tratar de descubrir en los rasgos de los dux de otro tiempo algún signo de filiación simbólica. Habría pensado en Ziani, juez, consejero, potestado de Padua, el hombre más rico de Venecia, al que las familias «nuevas», enriquecidas por la expansión veneciana, acabaron por apartar de la vida pública; se habría sentado ante Pietro Tiepolo, armador y comerciante, duque de Creta, potestado de Treviso, bailío de Constantinopla, que, no contento con haber favorecido la creación del Senado y la redacción de los estatutos ciudadanos de 1242, se esforzó igualmente en restablecer la unidad veneciana y en imponer, aquí y allá, la soberanía de la República. Antes de abandonar la sala, Francesco pasó también ante el velo negro que cubría el retrato de Faliero, aquel dux de turbador destino, que, en contra de la omnipotente aristocracia, alimentó el sueño de volver a un gobierno participativo, movilizó al pueblo y fue ejecutado. Francesco se preguntaba qué dejaría tras él y en qué términos recordarían

sus esfuerzos a la cabeza del Estado.

«En efecto, hay motivos para plantearse esta pregunta», pensó inquieto.

Porque precisamente en ese día de abril, sombrías preocupaciones ocupaban sus pensamientos. Francesco estaba a punto de recibir a Emilio Vindicati, uno de los miembros del Consejo de los Diez. Aún no había tomado una decisión definitiva acerca de la propuesta, en verdad singular, que este le había planteado aquella misma mañana. El dux llegó a la Sala del Colegio y fue a sentarse unos instantes; pero no aguantó mucho tiempo quieto. Nervioso, se dirigió hacia una de las ventanas. Un balcón dominaba el dique ante la laguna, que surcaban algunas góndolas, barcos militares del Arsenal y esquifes cargados de mercancías. No muy lejos se adivinaban las sombras del león alado de San Marcos y la del campanile, que se adelantaban como puñales contra el sol que ascendía en el cielo. Francesco se frotó los párpados e inspiró profundamente. Con la mirada siguió el baile de los navíos que se cruzaban sobre las aguas y observó las manchas de espuma que salpicaban su estela. Suspiró de nuevo y, por última vez, releyó la conclusión de la carta del Consejo de los Diez.

Una sombra pasa sobre la República; una sombra peligrosa de la que este crimen, alteza serenísima, constituye solo una de sus múltiples manifestaciones. Venecia se encuentra amenazada por una jauría; los más terribles criminales se deslizan por la ciudad como lobos en una selva oscura. El viento de la decadencia planea sobre Venecia; no podemos seguir ignorándolo.

El dux comunicó enseguida a uno de los guardias del palacio que estaba preparado para recibir a Emilio Vindicati.

—Sí, serenísima.

Mientras le esperaba, se perdió de nuevo en los reflejos centelleantes de la laguna. «Venecia... Una vez más será preciso salvarte».

En muchas ocasiones los dux habían tenido que combatir contra el agua y el limo para preservar esa «Venus de las aguas». Francesco pensaba a menudo en ese milagro. Porque sin duda podía decirse que había algo de milagroso en la supervivencia de esta ciudad. En otro tiempo en la frontera entre dos imperios, el bizantino y el carolingio, Venecia había conquistado lentamente su autonomía. San Marcos se convirtió en el patrono de la laguna en el año 828, cuando dos mercaderes llevaron triunfalmente al Rialto las reliquias del evangelista arrebatadas a Alejandría. Pero el inicio de la edad de oro para la península se produjo con la primera cruzada y la toma de Jerusalén. En la encrucijada de los mundos occidental, bizantino, eslavo, islámico y del Extremo Oriente, Venecia se hizo ineludible: madera, hierro de Brescia, Carintia y Estiria, cobre y plata de Bohemia y Eslovaquia, oro silesio y húngaro, paños, lana, telas de cáñamo, seda, algodón y colorantes, pieles, especias, vinos, trigo y azúcar transitaban por ella. Simultáneamente, Venecia desarrollaba sus

propias especialidades, como la construcción naval, las producciones de lujo, el cristal y la vidriería, la sal. Abría las rutas marítimas a grandes convoyes de galeras: en el este, hacia Constantinopla y el mar Negro, Chipre, Trebisonda o Alejandría; en el oeste, hacia Mallorca y Barcelona, y luego a Lisboa, Southampton, Brujas y Londres. El Estado armaba las galeras, regulaba los flujos de mercancías, estimulaba los acuerdos. Marco Polo y el *Libro de las maravillas del mundo* hacían soñar a los ciudadanos de Venecia con horizontes lejanos; Odorico de Pordenone recorría Tartaria, India, China e Insulindia, para elaborar su célebre *Descriptio terrarum*. Niccolo y Antonio Zeno impulsaban el avance veneciano hasta las tierras desconocidas del norte, en aguas de Terranova, Groenlandia e Islandia, mientras que Ca'Da Mosto se lanzaba al descubrimiento del Río Grande y las islas de Cabo Verde.

«¡Cuánto hubiera dado por vivir todo eso!». ¡Venecia, esa «ciudad insignificante» perdida en la laguna, se convertía en un imperio! Las bases comerciales y las factorías se multiplicaban —en Creta, Corinto, Esmirna o Tesalónica— en mares cada vez más lejanos, creando así verdaderas colonias de explotación, hasta el punto de que por un tiempo se pensó incluso en edificar una nueva Venecia, una Venecia de Oriente... De un extremo a otro de estos nuevos territorios, los pueblos se convertían en súbditos de la ciudad veneciana. Pero las poblaciones dominadas, a menudo miserables, ofrecían también un terreno ideal para la propaganda de los turcos, a los que acabaron entregándose los países con mayores dificultades. El control de tal extensión y el titánico esfuerzo que requería desarrollar su explotación obligaba a crear unos lazos administrativos y comerciales de tal envergadura que no podían dejar de debilitar el equilibrio imperial. Y luego...

Venecia supo conservar su posición eminente hasta el siglo XVI. Después la época de su primer esplendor empezó a desvanecerse. Las dificultades venecianas tras la batalla de Lepanto, la hegemonía española en Italia y la colaboración activa entre España y el papado fueron otros tantos síntomas del cambio. En la paz de Passarowitz de 1718, Venecia perdió de nuevo territorios en beneficio de los turcos. La ciudad de los dux se atrincheró entonces en una neutralidad condescendiente, mientras enterraba sumas insensatas en la modernización del Arsenal. Durante un tiempo, el florecimiento de las artes pudo maquillar este lento proceso de abandono: los frescos de Tiziano, de Veronés y de Tintoretto rivalizaban en belleza; el aire de la laguna se estremecía y la ciudad centelleaba entre luces vaporosas en los cuadros de Canaletto. Pero Francesco lo sabía bien: hoy, confrontada a la exigencia suprema de defender su rango ante los ojos del mundo y ante el espectro siempre vivo de su hundimiento, Venecia ya no podía ocultar sus grietas. Los más severos la comparaban a un ataúd, a imagen de esas góndolas negras que surcaban sus canales. La reputación de la ciudad, esa gloriosa reputación que había constituido el credo de su expansión, estaba en peligro. El fraude, los juegos de azar, la pereza y el lujo habían bastado para corromper los antiguos valores. Los testimonios que recogía Francesco desde hacía cuatro años mostraban que el volumen del tráfico marítimo no dejaba de disminuir.

Frente a Livorno, Trieste o Ancona, el puerto se había debilitado. Y aunque se intentaba reconciliar a la nobleza con las actividades comerciales, que ahora juzgaban demasiado «plebeyas», tomando ejemplo de los ingleses, los franceses o los holandeses, el esfuerzo era vano: el mercantilismo y la especulación continuaban, y los nobles no se mostraban dispuestos a retomar el camino de la antigua reputación.

De ahí a hablar de verdadera decadencia solo había un paso.

«Vindicati tiene razón... La gangrena esta ahí».

Finalmente Emilio Vindicati hizo su aparición en la Sala del Colegio.

Las grandes puertas se abrieron ante él.

Francesco Loredan se volvió.

Vindicati había renunciado al traje de gala para vestir un amplio manto negro. Emilio, tocado con una peluca empolvada que coronaba su rostro oval, era un hombre de elevada estatura; sus miembros delgados producían la impresión de que flotaba en sus ropas. En sus ojos, penetrantes e inquietos, brillaba con frecuencia una chispa de ironía, acentuada por el pliegue en la comisura de una boca que parecía dibujada al carbón: dos trazos casi invisibles que se afinaban de vez en cuando para dibujar una sonrisa próxima al sarcasmo. La firmeza y la energía que emanaban de su fisonomía hacían pensar en la plácida superficie de un lago, en cuyas profundidades reinaba, en realidad, una agitación muy distinta: impetuoso, apasionado y rígido, Emilio era un caballero de carácter tempestuoso, justo lo que se necesitaba para influir con mano vigorosa en las deliberaciones del Consejo de los Diez. Florentino de nacimiento, había crecido en Venecia, y acababa de ser elegido para el cargo después de haber sido miembro del Maggior Consiglio durante veinticinco años. Allí se había labrado una reputación de político hábil y retórico implacable. Su apariencia altanera y el rigor a veces excesivo de sus posiciones despertaban críticas, pero, como Francesco Loredan, Emilio estaba acostumbrado a asumir cargos públicos y añoraba la edad de oro de la Serenísima. Era de esas personas para las que la razón de Estado estaba por encima de todo; y a diferencia de la mayor parte de los nobles venecianos, a los que juzgaba dormidos sobre la blanda almohada de la pereza, tenía intención de hacer todo lo necesario para que la República volviera a recuperar el esplendor de antaño.

Al entrar en la Sala del Colegio, Emilio Vindicati se descubrió y se inclinó ante el dux ceremoniosamente. Su mano se entretuvo en un bastón negro, cuyo pomo representaba a dos grifos entrelazados. Francesco Loredan se volvió de nuevo hacia la laguna.

—Emilio, he leído con atención las deliberaciones del Consejo y las recomendaciones que me expone en su despacho. Ambos sabemos cómo funcionan nuestras instituciones y estamos acostumbrados a los juegos de influencias políticas. No voy a ocultarle mi sorpresa y mi horror ante la lectura de esos documentos. ¿Estamos realmente tan ciegos como dice? ¿Está nuestra pobre Venecia tan

amenazada como pretende, o exagera la gravedad de la situación para empujarnos a actuar?

Emilio levantó una ceja y se pasó la lengua por los labios.

—¿Acaso su alteza duda de las opiniones del Consejo de los Diez?

—Vamos, Emilio. Intentemos no llevar la conversación al terreno de nuestras respectivas susceptibilidades... Me dicen que un ignominioso asesinato ha sido perpetrado esta noche en el teatro San Luca...

Emilio se había incorporado de nuevo y, con las manos a la espalda, seguía jugando con el pomo de su bastón.

Suspiró, y luego dio unos pasos por la Sala del Colegio.

—Sí, alteza. Le he ahorrado los detalles de este sórdido crimen. Sepa solo que es algo que no tiene precedentes en Venecia. En este momento el cadáver sigue en el lugar donde lo encontraron. He ordenado que no toquen nada hasta que acordemos una decisión sobre la forma de conducir esta investigación, a la vista de las particulares informaciones que le comunico en mi despacho... Pero es cierto que esta situación no puede prolongarse mucho tiempo.

—¿Ha informado al Gran Consejo de este horror?

—No exactamente, alteza. Y si me lo permite..., creo que es lo último que deberíamos hacer.

Los dos hombres callaron de nuevo. El dux se alejó de la ventana; dio unos pasos antes de detenerse ante Emilio, con la *bacheta* en la mano, y volvió a tomar la palabra:

—No me gusta demasiado todo esto... Sin duda sabe que la lectura de los despachos me está totalmente prohibida en ausencia de los miembros de mi Consejo restringido. Desde este punto de vista, la presente conversación constituye también una infracción de nuestra Constitución. No hace falta que le recuerde, precisamente a usted, Emilio, las razones que me empujan a respetar escrupulosamente estas normas... y ya sabe que, en definitiva, no tengo demasiado poder de decisión. Usted arguye ante mí que existen circunstancias excepcionales que aconsejan que eludamos los procedimientos habituales. Algunos verían ya en eso una forma de intriga. Dígame, pues, Emilio... ¿cree seriamente que en este crimen pueden estar implicados miembros del gobierno de Venecia? Reconozca que estas acusaciones serían de una enorme gravedad.

Emilio no pestañeó.

—Los ataques a la seguridad del Estado lo son igualmente, alteza.

Se produjo un silencio; luego Francesco levantó una mano y respondió con una mueca:

—Es cierto, amigo mío. Pero se trata solo de conjeturas. Los argumentos que me adelanta en su informe son, como mínimo, sorprendentes, y faltan pruebas.

El dux se apartó y fue a situarse bajo *La batalla de Lepanto*.

—Para nosotros es impensable proceder a una investigación a la vista de todos —

continuó—. El solo hecho de ordenarla nos colocaría en una posición muy incómoda y desembocaría en una profunda crisis. Es lo último que necesitamos en este momento.

—Precisamente por esta razón, alteza, me resisto a recurrir a uno de nuestros habituales agentes de información para saber más sobre el asunto.

El dux entrecerró los ojos.

—Sí, eso ya lo he comprendido. ¡Y por eso decide emplear para esas bajas maniobras a un crápula, un ser frívolo e inconsistente, al que hemos condenado a pudrirse por un tiempo en las prisiones de Venecia antes de ejecutarlo! Debo decir que es una idea extraña. ¿Quién le dice que, en cuanto se vea fuera, no tratará de escabullirse?

Emilio sonrió.

—No se preocupe por eso, serenísima. La persona en la que pienso está demasiado ansiosa por verse libre para atreverse a negociar el precio o tratar de engañarnos. Sabe perfectamente qué le espera si falta a su palabra. Es verdad, se lo concedo, que se trata de un hombre que en numerosas circunstancias se ha distinguido por burlarse de la República y causar en ella las alteraciones que siempre ocasiona este tipo de temperamento, digamos, aventurero y revoltoso. Pero nuestro contrato lo saca de la cárcel y le salva la vida. Estará en deuda con nosotros por ello, y sé que, por muy bandido que sea, conserva cierto sentido del honor. Sé bien de qué hablo, ya que lo he tenido bajo mi responsabilidad durante cerca de cuatro años... Ya ha trabajado para nosotros y para el Consejo. Sabe llevar una investigación criminal y mezclarse con la gente para obtener información. Piensa rápido y tiene una habilidad incomparable para salir de las situaciones más insólitas.

—Sí —dijo Loredan—. Y por lo visto también tiene mucho talento para meterse en ellas.

—Ciertamente —sonrió Emilio con aire compungido—, pero esa ligereza de que habla también es una ventaja: después de todo, nadie ha sospechado nunca que pudiera actuar para nosotros. Tengo muchas formas de mantener controlado a este hombre, créame.

El dux reflexionó unos segundos.

—Admitamos, Emilio..., admitamos por un momento que actuemos así, con todos los riesgos que ello representa. ¿Ya ha comunicado su propuesta al prisionero?

—Lo he hecho, alteza. Y naturalmente ha aceptado. Solo espera una decisión nuestra. Imagine que aprovecha su enclaustramiento para redactar sus memorias. Como puede suponer, le he indicado que los detalles del asunto del que hablamos no deben figurar en ellas. No es que crea que su relato pasará a la posteridad, pero sería enojoso que renegara con su pluma del compromiso que ha contraído conmigo y que eso bastara para atraer el descrédito sobre nosotros, los Consejos y todo el gobierno.

—No hace falta decirlo, desde luego.

El dux fue a sentarse en su sillón, acariciándose la barba con la mano. Emilio se

acercó.

—Vamos, ¿qué podemos perder, alteza? En el peor de los casos, huirá; pero en el mejor... Tal vez sea para nosotros el instrumento ideal. Maneja la espada como nadie, sabe sonsacar confidencias al pueblo, y su temible inteligencia, si se pone al servicio de una causa noble, puede salvar a Venecia; una ironía que él mismo no ha dejado de advertir, pero con la que está encantado. En esta empresa encontrará una forma de redención. La redención, alteza... Una motivación poderosa...

El dux reflexionó aún un momento. Cerró los ojos y se acercó la mano a los labios, formando una copa con los dedos. Luego, lanzando un suspiro, miró a Emilio:

—Bien. Tráigalo aquí. Tengo una confianza absoluta en su juicio, pero comprenda que quiera verlo y oírlo por mí mismo, para formarme una opinión más exacta sobre el carácter de este hombre.

Emilio sonrió. Lentamente se levantó de su sillón y se inclinó. Levantó las cejas, y su sonrisa se amplió mientras decía:

—Así se hará, alteza.

Ya había salido cuando el dux, preocupado, masculló:

—Vaya idea... ¡Hacer salir a la Orquídea Negra!

El dux cerró los ojos.

Vio galeras armadas que disparaban sus cañones en la laguna, formas encapuchadas que corrían en la noche y se dispersaban por la ciudad, el Carnaval ardiendo. Sintió el olor de la pólvora y oyó el ruido de las armas. Imaginó a la Serenísima hundiéndose en las aguas, tragada para siempre. El espectáculo grandioso de su propia aniquilación inflamó también su espíritu.

Le habían llevado un café humeante, que descansaba junto a su cetro. Sus ojos se perdieron en el poso.

Francesco Loredan, príncipe de la Serenísima, centésimo decimosexto dux de Venecia, pensó:

«Las fieras andan sueltas».

CANTO II

El vestíbulo del Infierno

Los Plomos de Venecia formaban parte del palacio ducal; estas prisiones, situadas bajo el armazón del tejado y recubiertas de láminas de plomo de tres pies cuadrados, tenían fama de encontrarse entre las más seguras de Italia. Se accedía a ellas por las puertas del palacio o por otro edificio, atravesando el puente de los Suspiros. Lejos de evocar el éxtasis de amantes apasionados, estos suspiros hacían referencia a los últimos lamentos de los condenados que eran conducidos al lugar de la ejecución. Detrás de la trama de las ventanas con calados del puente de los Suspiros, se podía adivinar la laguna; luego, había que recorrer una serie de estrechos pasadizos antes de subir al lugar donde se encontraban las celdas de los peores criminales, bajo los tejados.

En una de estas celdas se encontraba un hombre acusado desde hacía tiempo de perturbar la amable tranquilidad veneciana. Sin ser un gran criminal, el prisionero de los Plomos debía sus frecuentes estancias en prisión a un carácter amoral y aventurero, que en esta ocasión podía llevarle a una condena a muerte. Su proceso todavía estaba en fase de instrucción. Sin embargo, tras la reciente conversación que había mantenido con Emilio Vindicati, la esperanza de salir airoso de aquel trance había vuelto a renacer en él. El hombre llevaba el pelo largo, pero se afeitaba y se arreglaba todos los días como si aquella misma noche tuviera que asistir a alguna fiesta galante. Su aire distinguido, con las cejas arqueadas perfectamente dibujadas, la nariz fina sobre una boca de pliegues insolentes y unos ojos expresivos que se intuían tan aptos para pregonar la verdad como para ocultarla, contrastaban con el lugar en que se encontraba. Le habían concedido el derecho a recibir libros y a tener una mesa además del jergón donde dormía; y había simpatizado con su carcelero, Lorenzo Basadonna, que le proporcionaba plumas, tintas y papel de vitela para que pudiera continuar con la redacción de sus recuerdos, que acumulaba en fragmentos dispersos. De vez en cuando, el guardián y su prisionero entablaban animadas conversaciones, y a pesar de la incómoda situación que soportaba diariamente este último, para quien la privación de libertad era el peor de los males, era frecuente oírles reír. El prisionero también tenía a veces permiso para jugar a cartas, de celda a celda, con un compañero de cautiverio y antiguo amigo suyo, que gozaba de una fama nada despreciable en la Serenísima: un tal Giovanni Giacomo Casanova, acusado, como él, en repetidas ocasiones de alterar el orden público. También su criado, Landretto, iba en ocasiones a distraerle de la rutina diaria, y le proporcionaba lectura, provisiones o noticias de la ciudad.

En el momento en que Emilio Vindicati se disponía a liberarlo, el prisionero estaba, como de costumbre, curvado sobre la vitela, dejando correr la pluma para

trasladar sus recuerdos sobre el papel. Curioso destino, en efecto, el de ese pobre niño, nacido en el corazón de la ciudad lacustre, en el barrio de San Marcos, el 12 de junio de 1726. Sus padres residían cerca de Santa Trinitá y trabajaban con los de Casanova en el teatro San Samuele, inaugurado en 1655 por los Grimani. Su madre, comedianta y artista de carácter caprichoso, se llamaba Julia Pagazzi; su padre, Pascuale, sastre de teatro, hijo de zapatero y saltimbanqui, murió muy pronto. Julia partió entonces a Francia para cumplir otros contratos, de modo que su hijo enseguida se encontró solo. Tenía hermanos y hermanas, con los que casi no hablaba. Creció con su abuela, la vieja Elena Pagazzi. Imitando a Giacomo, a quien había conocido de niño en el *campo* San Samuele, se trasladó después a Padua para empezar sus estudios. Allí cayó en las garras de un amigo de la familia, Alessandro Bonacin, poeta libertino y noble arruinado, que le inició en los placeres de la vida mientras simulaba conducirlo por los caminos del Señor. Con el título de doctor en el bolsillo, el niño, convertido ya en un joven, volvió a Venecia, donde recibió la tonsura y las órdenes menores. Habían previsto para él una carrera eclesiástica, forma práctica de ascenso social que se correspondía con su temperamento al menos en un aspecto: su deseo de reconocimiento, imperioso y profundo; una herencia paradójica pero comprensible de la sensación de abandono que había vivido durante sus primeros años de vida. Sus desenfrenos le valieron un encarcelamiento en el fuerte San Andrés, en la isla de Sant'Erasmus, frente al Lido; esa fue, por otra parte, la primera vez que coincidió con su compadre Casanova en prisión. Un cardenal romano trató en vano de devolverle al buen camino, pero él decidió huir enrolándose en el ejército; luego recorrió los mares de Corfú a Constantinopla y volvió a Venecia como violinista en la orquesta del teatro San Samuele, el mismo que sus padres habían frecuentado. Otra «vocación» que, por cierto, no tenía; pero sus escapadas licenciosas con Giacomo y sus compañeros del San Samuele le permitieron entregarse libremente a sus vicios. Había tenido una buena escuela.

Un día, sin embargo, la fortuna le sonrió: en el palacio Mandolini, a dos pasos de Santa Trinitá, cuando se disponía a abandonar el baile donde había tocado el violín, sacó milagrosamente al senador Ottavio de un apuro, aconsejándole sobre una apuesta en el juego. Argumentó entonces con aplomo que ese talento provenía de ciertos conocimientos esotéricos que le permitían, a través de un sutil y elaborado sistema numerológico, encontrar las respuestas exactas a cualquier pregunta que se planteara, o que le plantearan. El ingenuo senador se encaprichó de él, hasta el punto de convertirlo en su hijo putativo. Le asignó un criado y una góndola, así como alojamiento, manutención y la suma de diez cequíes al mes. En adelante viajó en carroza y vivió como un señor. De vez en cuando se cruzaba con Giacomo, favorecido, del mismo modo, por la fortuna. ¡Qué magnífica revancha sobre su antigua vida! Ahora se entregaba, por cuenta de importantes patricios venecianos, a emocionantes demostraciones oraculares y regularmente sacaba su bolsa de apuros en los *casini*. Ciertamente es que no solo tenía defectos: versificaba admirablemente, conocía

a Ariosto de memoria, sabía filosofar; su erudición, su carisma, la brillantez de su mente, su sentido de la réplica y su inestimable talento de narrador, que podía llevar a su auditorio hasta las lágrimas o mantenerlo en vilo durante horas, lo convertían en una compañía agradable y solicitada. Pero ¿cómo, en esta ciudad cargada de secretos y voluptuosidades, tan santa como libertina, tan refinada como decadente, podía no ceder a sus demonios? Pasaba noches enteras en los *casini*, se abandonaba a todas las depravaciones. Al mismo tiempo, sus relaciones políticas lo convertían en un informador ideal; por ello, una noche Emilio Vindicad, que entonces dirigía la Quarantia Crimínale, acudió a verle. Nuestro hombre fue así reclutado casi «por equivocación». Introducido por el senador Ottavio, había convencido, sin saberlo, a Vindicati de la conveniencia de elegirlo por cuenta del Consejo de los Diez, después de tres duelos sucesivos y algunos pequeños trucos de prestidigitación con los que había ridiculizado a rivales en cuestiones de amor y a caballeros que conocía. Incapaz de estarse quieto y tentado por esa nueva aventura, que añadiría un poco de sal a su ya agitada vida, había aceptado unirse a las filas de los informadores de los Diez. En unos años se había convertido en una de sus piezas clave.

Así había sido promovido, sorprendentemente, al rango de agente secreto.

Agente secreto por cuenta de la República.

Como a menudo llevaba en el ojal una flor cuyas semillas hacía traer directamente de América del Sur, a través del senador Ottavio, y como esa firma le complacía, le eligieron un seudónimo que llegaría a hacerle famoso: la Orquídea Negra. Una especie de nombre en clave, bello y venenoso, que le sentaba como un guante. Así ayudó a dar caza a los enemigos del poder, sediciosos y bribones de todo pelaje. Equipado con su experiencia militar, pudo completar su formación hasta convertirse en maestro de esgrima. Digno heredero de su madre, lo sabía todo sobre la comedia y el arte del disfraz: como buen camaleón, se había creado ya mil rostros. En definitiva, se le consideraba un excelente colaborador.

Todo esto hubiera podido continuar mucho tiempo si no hubiera cometido el error crucial de seducir a la esposa de su protector. ¡Ah, la bella Anna! ¡Anna Santamaría! Tenía una cintura fina, ojos de cierva, un delicioso lunar en el borde de los labios, senos voluptuosos, un encanto enloquecedor. Joven, y contra su voluntad, la habían casado con el senador Ottavio. Ninguno de los dos había podido resistirse. La Orquídea Negra había hecho muchas conquistas, pero nunca se había enamorado hasta el punto de arriesgar su vida. Anna Santamaría había cedido a sus requerimientos muchas veces, sí, pero la última fue decisiva. La tormenta que siguió puso fin a su carrera. El 18 de noviembre de 1755, los inquisidores de la ciudad lo sacaron de la cama para conducirlo a los Plomos, bajo los falsos cargos inventados de ateísmo recalcitrante y cabalística. Un mes más tarde, cuando ya elaboraba un plan para evadirse, el guardián Basadonna lo cambió de celda. Había que empezar de nuevo desde el principio; pero, sin sucumbir al desánimo y con la ayuda de Casanova, a quien había encontrado allí —«salud, amigo»—, el prisionero ideó

estratagemas alternativas. En cuanto a Anna Santamaría, la esposa de Ottavio, debía de estar todavía en Venecia, a menos que su esposo la hubiera recluido en algún lugar en Tierra Firme. En todo caso, la Orquídea Negra y su amante no habían podido comunicarse desde entonces. Durante mucho tiempo esperó una carta suya, que nunca llegó. Él también escribió cartas, que seguramente tampoco habían llegado a su destino. Y aunque fuera de natural inconstante, aquello le provocaba un auténtico sufrimiento.

En esas estaba cuando Emilio Vindicati, su mentor de antaño, fue a verlo por primera vez. El detenido tenía el ingenio y la imaginación necesarios para no hundirse en la apatía o en la locura que se apoderaba a veces del espíritu de sus compañeros de enclaustramiento. Giacomo y él los oían lanzar alaridos espantosos, lamentos lúgubres, que se perdían en la oscuridad. Algunos llegaban incluso a ahogarse con sus propias cadenas para acelerar su muerte, o se golpeaban la cabeza contra los muros, de modo que cuando salían de la celda para la ejecución, ya tenían el rostro cubierto de sangre. Otros volvían maltrechos de las sesiones de tortura que practicaban los burócratas en el interior de salas oscuras a las que se accedía por pasajes secretos —el antro del palacio estaba plagado de ellos—. Al menos por el momento, la Orquídea Negra se había salvado de esos interrogatorios sangrientos, y nunca había renunciado a la vida. Al contrario, la sentía fluir aún con mayor fuerza en sus venas ahora que le prohibían expandirse, y era eso, sobre todo, lo que le resultaba intolerable. Tener que olvidar los goces de la juventud, la sal de sus aventuras picarescas y sus calaveradas, era algo que se avenía mal con su temperamento. A veces caminaba de un lado a otro como un león enjaulado, tratando de dominarse, y por eso también se forzaba a esta higiene cotidiana que le entretenía durante horas: se probaba un traje que le traía Landretto, después de haberlo encargado a su gusto; intentaba resolver un problema filosófico imposible; ideaba una nueva estrategia para derrotar a su amigo a las cartas o dibujaba un fresco con tiza en una de las paredes de su prisión.

Cuando oyó el chirrido de la llave que giraba en la cerradura de su calabozo, dejó la pluma, se alisó las anchas mangas de la camisa y se volvió hacia la puerta. Ahí estaba Basadonna, el guardián, con un ojo orlado por un orzuelo purulento sobre su lastimosa barba. El carcelero sostenía una linterna en la mano y sonreía.

—Tienes visita.

El prisionero levantó la mirada al ver aparecer a Emilio Vindicati con su manto negro. Alzó una ceja; sus anillos lanzaron destellos mientras se pasaba fugazmente sus dedos de artista por los labios.

—Vaya... Emilio Vindicati. ¡Como siempre es un honor recibirle en mi palacio improvisado! Constató con placer que la frecuencia de nuestros encuentros no deja de aumentar.

—Déjenos —dijo Emilio al guardián.

Este lanzó un gruñido que parecía una risa y se alejó a paso lento por los

corredores. Entonces los rasgos de Emilio, hasta entonces duros e impasibles, se iluminaron. El visitante abrió los brazos, y los dos hombres se abrazaron efusivamente.

—¡Ah, amigo mío! —dijo Emilio—. El dux te reclama, tal como yo deseaba. Compórtate correctamente, granuja, y dile lo que quiere oír. La partida aún no está ganada, pero estás muy cerca de conquistar tu libertad.

—Me has salvado, Emilio, lo sé y no lo olvidaré, no temas nada. Si el precio de mi vida es cumplir la misión de la que me has hablado, llegaré hasta el final. Después de todo, aunque el asunto tiene su intrínquis, Venecia es mi ciudad y la amo. Bien merece lo que voy a hacer por ella.

Los dos se miraron un instante, con los ojos brillantes. Luego Emilio volvió a abrir la puerta de la celda y tendió la mano hacia el pasillo.

—Vamos —dijo—. No le hagamos esperar.

Pietro Luigi Viravolta de Lansalt se incorporó, disimulando una sonrisa. Se pasó la mano por el pecho para arreglarse el pliegue de la camisa y salió, con aire resuelto, tras su benefactor. Pero, antes de marcharse, se detuvo un instante ante la celda contigua. Una mano, que lucía también una sortija de sello en el dedo corazón y un rubí en el anular, sobresalía del tragaluz.

—¿Te vas?

—Es posible que sí —dijo Pietro—. Si no vuelvo..., cuídate.

—No te preocupes por mí, aún tengo algunos trucos en la manga. Volveremos a vernos, amigo.

—Te deseo lo mejor.

—Yo también, Pietro. Cuando estés fuera...

Marcó una pausa.

—Sé digno de mí.

Pietro sonrió.

—Esa es mi intención, Giacomo.

Pietro estrechó la mano de Casanova y siguió a Emilio Vindicati por los sombríos corredores.

Viravolta no había asomado la nariz al exterior desde hacía mucho tiempo; hacía fresco, pero el sol en la frente, el brillo deslumbrante en los ojos, le produjeron el efecto de una bendición. Olfateaba los aromas de su Venecia reencontrada. Emilio tuvo que detenerse para dejarle contemplar un instante la laguna desde el puente de los Suspiros. Apenas puso un pie fuera de su celda, Viravolta se había sentido poseído por una energía renovada; habría devorado el mundo si hubiera podido. Pero no debían retrasarse; el príncipe serenísimo, que no había abandonado la Sala del Colegio, les esperaba. Pietro estaba dispuesto a todo para ganar su causa, y no era la investigación que quería confiarle Emilio lo que le preocupaba. Mientras caminaba a

grandes zancadas por ese palacio, símbolo de su encierro pero también de la admiración que sentía por la vibrante ciudad veneciana, inspiraba aire en largas bocanadas. Soñaba ahora, como un dueño en su casa, con franquear la porta del Frumento, la puerta del palacio que daba acceso a la dársena de San Marcos, con su espléndido patio interior, su elegante ala renacentista, su fachada del Reloj y sus pozos con brocales de bronce. Después de que el edificio bizantino, el palacio Ziani, fuera devorado por el fuego, lo reconstruyeron dotándolo de su flamígera fachada marítima y añadiéndole una nueva sala, construida de cara al sol del mediodía, donde se reunía el Gran Consejo. Sus rombos de piedra rojos y blancos, el muro del palacio, perforado por anchos ventanales ojivales, recortado y enmarcado por agujas que dominaban el mar, recordaban el retablo de una iglesia. El encaje de las almenas con calados, los airosos pináculos de mármol, las arcadas de la galería baja y las gráciles columnas de la galería superior: todo contribuía a hacer de esta obra gótica una pura maravilla. Otro incendio, en 1577, no bastó para acabar con este monumento: Antonio Da Ponte lo reconstruyó fielmente, y el palacio parecía bogar ahora sobre las aguas de una eternidad triunfante. A lo lejos, la animación y la vitalidad de la ciudad ascendían hasta los oídos de Pietro bajo la forma de un rumor insistente que, armonizando a la perfección con su humor, le transportaba de alegría. Lo quisieran o no los dux, Viravolta sentía que formaba un solo cuerpo con toda la ciudad y con ese sutil e indefinible talante que animaba a los venecianos.

«¡Fuera! ¡Por fin fuera!».

Pietro y Vindicati llegaron enseguida a la Sala del Colegio, donde fueron anunciados al dux.

«Aquí estamos de nuevo».

Las dos inmensas puertas parecieron abrirse ante ellos como por arte de encantamiento. En otras circunstancias, Pietro hubiera podido sentirse impresionado. Esas hojas que se retiraban para dejar ver *La batalla de Lepanto* y el techo de *Marte y Neptuno* eran el símbolo más vibrante de esta introducción en los arcanos del poder, a la sombra de la República, en el recuerdo del imperio que ya tocaba a su fin. Y allí, al fondo, en su sitio, su alteza serenísima, el dux de Venecia. Lentamente se acercaron.

A invitación del príncipe, Vindicati y Pietro se sentaron ante él.

Durante mucho tiempo, el dux observó atentamente el rostro del prisionero. Luego se aclaró la voz y dijo:

—Resumamos. Numerólogo, mentiroso, jugador, seductor, maestro de esgrima, rey del disfraz, agente doble, o triple, oportunista; un tunante, en suma. Las extravagancias de la Orquídea Negra son conocidas por todos nuestros Consejos. Durante mucho tiempo le hemos protegido en nombre de los servicios que prestaba a la República; pero le confieso, Viravolta, que la idea de verle pasear de nuevo por las calles de Venecia me produce cierta inquietud. Es parecido a lo que ocurre con su

amigo, ese renegado de Casanova...

Una sonrisa vagamente incómoda iluminó el rostro de Pietro.

—Venecia es propicia a todas las quimeras, su serenísima —dijo finalmente, recuperando su temeridad.

El punto de insolencia no escapó al dux. Emilio dirigió a Viravolta una mirada que le invitaba a dominar su temperamento.

—Sí... —continuó Francesco Loredan—. Veo que está al corriente de nuestras preocupaciones. El Consejo de los Diez ha tenido una idea francamente insólita y me ha propuesto que le encargue una investigación que, si debo creerles, podría salpicar algunas sólidas reputaciones. El Consejo de los Diez, Viravolta. ¿Le dice algo ese nombre?

«Desde luego...». Pietro asintió. Durante cuatro años, la Orquídea Negra había trabajado por cuenta de los Diez. No era extraño que este todopoderoso cenáculo provocara estremecimientos. La construcción del estado veneciano se había visto acompañada muy pronto por la creación de todo tipo de asambleas. Venecia se había dotado primero de un comité de sabios, que excluía al clero y se definía a sí mismo como el estandarte de la comuna naciente; luego el Gran Consejo había acabado por imponerse. Hoy este organismo discutía las proposiciones de ley y elegía a todos los responsables de las magistraturas y los oficios, así como a los senadores, al famoso Consejo de los Diez y a los representantes de los Quarantie, que elaboraban los proyectos fiscales y financieros. Desde la época de la edad de oro, el Senado se encargaba, por su parte, de la diplomacia, la política extranjera, el control de las colonias y el desarrollo de las guerras, aunque al mismo tiempo organizaba la vida económica veneciana. La administración propiamente dicha estaba dividida en dos secciones principales: las «oficinas del palacio», compuestas por seis cortes judiciales, por departamentos financieros, militares y navales, así como por la cancillería ducal, que conservaba los archivos del Estado y los protocolos notariales; y las «oficinas del Rialto», constituidas esencialmente por departamentos económicos. En el seno de este edificio centralizado, el Consejo de los Diez asumía un papel muy particular. La institución había nacido del miedo del gobierno, que poco a poco se había aislado de sus soportes populares. Durante mucho tiempo se había ponderado la estabilidad política de Venecia, cuyo seductor régimen recogía simultáneamente elementos de los gobiernos aristocrático, monárquico y democrático; pero, de hecho, el miedo al pueblo era muy vivo. En relación con la Quarantia Crimínale, el «Consejo tenebroso», como lo llamaban, era el instrumento supremo de la policía veneciana. Sus diez miembros ordinarios eran elegidos anualmente por el Gran Consejo entre diversas dinastías familiares. A él se añadían, para tratar sus asuntos, el dux y sus consejeros, un abogado de la comuna, los jefes de las tres secciones de los Quarantie y una comisión de veinte miembros. El Consejo de los Diez, cámara conservadora cuya sola reputación ya hacía temblar, tenía por misión principal vigilar a los excluidos, ya que la aristocracia temía reacciones

desesperadas de parte de determinadas facciones que pudieran poner en peligro la seguridad del Estado. Adalid de una justicia de excepción, el Consejo disponía de fondos secretos y de una amplia red de informadores, red de la que el propio Pietro había formado parte durante mucho tiempo.

Aunque durante una época este órgano implacable había tratado de invadir las prerrogativas del Senado en materia diplomática, financiera y monetaria, una crisis severa lo había conducido a devolver al César lo que era del César. Pero los Diez no se habían resignado, y los poderes de los tres inquisidores del Estado, delegados por los Diez para rastrear los casos de espionaje y de inteligencia con el enemigo, habían sido reforzados. El Consejo tenebroso persistía en sus intentos de desposeer a los Quarantie de parte de sus funciones judiciales. Todavía hoy, en las antecámaras del palacio ducal, dirigía sus operaciones de policía secreta y de terror, que en ocasiones desembocaban en escandalosos errores judiciales que no disminuían en nada su omnipotencia. La República del Secreto: eso encarnaba, en definitiva, el Consejo, que deliberaba siempre a puerta cerrada y estaba autorizado a torturar y a conceder la impunidad y la libertad a cualquiera que sirviera a sus fines —una atribución de la que Pietro, en ese instante, esperaba aprovecharse, en justa compensación—. En el pasado, los Diez habían consolidado su reputación de eficacia desmantelando una conjura europea contra Venecia dirigida por el señor de Bedmar; desde entonces, parecían estar en todas partes. Prohibían a los miembros de los restantes Consejos desvelar el contenido de sus debates, bajo pena de muerte o de privación de bienes. Acosaban y eliminaban a los sospechosos, organizaban a escondidas sus operaciones de policía especial, promovían las delaciones y decidían sobre la vida y la muerte de los condenados. El Consejo tenebroso estaba acostumbrado a chapotear en la sangre.

El propio Emilio Vindicati era el estandarte y el principal representante de los Diez. Pietro debía a la voluntad de este hombre encontrarse aún con vida y la posibilidad de reconquistar su libertad, a pesar de que sus excesos le hubieran hecho rozar la catástrofe en diversas ocasiones. Cuando era más joven, sembraba cizaña con sus compañeros del San Samuele, enviando al azar a médicos, parteras o sacerdotes a direcciones erróneas para que se ocuparan de enfermos imaginarios, o dejaba a la deriva las góndolas de los patricios en el Canal Grande. Pietro sonreía al recordarlo, y aunque luego las cosas se hubieran complicado, él nunca había conspirado contra el poder, sino al contrario. La personalidad de Pietro había seducido a Vindicad, y este sentimiento se había reforzado a medida que seguía el relato de las aventuras a menudo rocambolescas de su pupilo, bajo el incógnito de la Orquídea Negra. Los dos hombres habían compartido incluso algunas amantes, a menudo sin saberlo, antes de que Pietro se enamorara de Anna Santamaría. Pero Emilio consideraba, no sin razón, que el peligro que representaba el supuesto comportamiento de Viravolta era pequeño en comparación con el que amenazaba ahora a la República.

El dux volvió a tomar la palabra:

—El Consejo de los Diez me ha preparado un informe policial en el que no me

ahorra ningún detalle de sus preocupantes sospechas, Viravolta. Pero antes de leerle una sola línea, espero de usted otras garantías aparte de su buen humor. ¿Quién me dice que no aprovechará para huir... o pasarse al enemigo, si realmente hay un enemigo?

Pietro sonrió y se pasó la lengua por los labios. Cruzó las piernas, con una mano sobre las rodillas.

«Ha llegado el momento de mostrarse convincente».

—Alteza, maese Vindicati me ha hecho saber ya que la gracia de que me han hablado no será efectiva hasta el final de la investigación. Mi proceso está en fase de instrucción y el detestable perfume de una condena a muerte, por otra parte injusta, planea sobre mi cabeza. ¿Cree, su alteza, que trataré de huir como un vulgar bribón sin antes haberme visto libre de una vez por todas de mis dificultades con la justicia? No es bueno, para un hombre como yo, correr de ciudad en ciudad para escapar a todos los agentes que, estoy seguro, lanzaría en mi busca; y no tengo ningún deseo de pasar el resto de mis días comprobando que no me siguen o que no voy a caer en una nueva trampa que hayan podido tenderme.

El dux entornó los ojos. Una sonrisa fugaz se dibujó en su rostro.

—Por otra parte, serenísima —prosiguió Pietro—, mi encarcelamiento se funda, sobre todo, en esos malos hábitos que me acusan de tener y que supuestamente extiende allá donde voy; yo soy, sin duda, responsable de mis costumbres, y no pretendo que nadie crea que gracias a una repentina iluminación mística, comulgo con los artículos de fe de alguna iglesia o que camino por la vía de una redención extática. Dicen que soy frívolo, inconstante y cínico. ¡Un retrato francamente sombrío el que mis enemigos han trazado de mí! Es verdad que, a mi pesar, he desencadenado algunos trastornos políticos. Pero recuerde, alteza, que mi encarcelamiento se debe sobre todo a un asunto del corazón, y que este motivo, en el fondo, no se ajusta a la condena que me han infligido y que aún corro el riesgo de padecer. No es un secreto para nadie que el senador Ottavio ha hecho lo imposible para que me encerraran, utilizando todos los pretextos imaginables, y que hoy desea mi muerte. Crea que soy el primero en lamentarlo. Porque, por encima de todo, amo mi libertad. ¡Tal vez la palabra le haga sonreír, alteza! Pero yo también tengo mi código de honor, y si me lo permite, mi ética personal. No soy un asesino; si alguna vez he matado, ha sido solo por servir a la gloria militar de la República, a la de los asuntos de Estado, cuando actuaba bajo la cobertura del Consejo, o simplemente para defenderme de una agresión. También yo abomino de los crímenes de sangre. ¡Si hubiera sabido que se iban a utilizar los servicios que he prestado para volverlos contra mí, me hubiera mantenido alejado de determinados papeles que me han hecho representar! Es fácil reprocharme hoy talentos que ayer se aplaudían.

Francesco Loredan seguía escuchando.

La entrevista duró una hora.

Pietro era suficientemente consciente de las prevenciones del dux sobre su

persona, por lo que desplegó toda la habilidad de que era capaz. La idea de encontrarse de nuevo propulsado al secreto de los asuntos criminales de la República resonaba en su interior con un eco singular. La empresa le estimulaba, aunque era el primero en saber lo que podía esperarle. Pietro compartía con Emilio Vindicati el gusto por esas ideas de apariencia descabellada, que, si se examinaban más de cerca, revelaban cierta capacidad de penetración del alma humana. Emilio tenía razón en un punto: podía confiar en su «prisionero» y amigo. Pietro estaba decidido a salir a cualquier precio de su enclaustramiento; no contento con ofrecer su vida en garantía, hizo al dux algunas revelaciones que había conseguido de otros prisioneros, cuyas confidencias había sorprendido en los calabozos del palacio ducal. Incluso en una celda —sobre todo en una celda— se oían muchas cosas que no podían dejar de despertar el interés de un príncipe serenísimo. En prenda de buena fe ofreció todo lo que quedaba de su fortuna, amasada aquí y allá, y afirmó, con los acentos de sinceridad más auténticos, que tenía intención de donarla a Venecia; expuso al dux hasta qué punto la República estaba interesada en servirse de él después de que él se hubiera servido tanto de ella. En definitiva, lo hizo tan bien que consiguió convencer a Loredan sin que Emilio tuviera que intervenir.

—Bien... —dijo Francesco, con la mano en el mentón—, creo que...

Dejó pasar un momento de silencio.

—... creo que intentaremos la operación.

«¡Lo conseguimos!».

Pietro trató de disimular su alivio.

—Pero —prosiguió el dux—, Viravolta, no hace falta decir que todo lo que lea, oiga o comunique al Consejo es estrictamente confidencial, y que el perjurio equivaldría para usted a una sanción definitiva. Esta misión es secreta y encontraremos el modo de explicar su salida de prisión sin ponernos en una situación delicada ante la población. Emilio, usted se encargará de prevenir al senador Ottavio y de hacer que se comporte como corresponde. En cuanto sepa que la Orquídea Negra está en la calle, puede provocar un escándalo. Es lo último que necesitamos. Prevenga también al Consejo de los Diez, ya que solo sus miembros gozan de su entera confianza. Pero tengo que añadir dos condiciones a todo esto: en primer lugar, que mi Consejo restringido sea informado (esto no admite discusión, Emilio, y me pone a mí mismo a resguardo). En segundo lugar: quiero que el jefe de la Quarantia Crimínale esté igualmente al corriente. Y finalmente, lo más arriesgado: es preciso que todos callen.

Emilio se mostró de acuerdo.

—Confíe en mí.

Francesco Loredan se volvió de nuevo hacia Pietro.

—Usted, Viravolta, queda libre. Yo mismo redactaré el salvoconducto, para poder proseguir con el asunto que nos ocupa. Pero no lo olvide...

Colocó la mano sobre el cuerno ducal, con el borde apuntando hacia abajo.

—Sobre su cabeza pende una espada de Damocles. Al menor signo, los leones de Venecia se precipitarán contra usted para despedazarle. Y lejos de intentar impedirlo, yo lo apoyaré con toda la fuerza de mi autoridad.

Pietro se inclinó.

—Queda comprendido, serenísima. —Y añadió sonriendo—: No lo lamentaré.

Pietro bajaba corriendo como un niño los escalones de la Scala d'Oro, la escalera de oro, con Emilio pisándole los talones. Estaba exultante. Al pasar ante un guardia, tocó con el dedo la punta de su alabarda, le revolvió la barba y le dirigió una reverencia riendo.

—Libre, amigo mío. ¡Esta vez sí! ¡Soy libre!

Emilio le alcanzó y le puso una mano en el hombro.

—Estoy en deuda contigo por el resto de mi vida —dijo Pietro.

—Comprendo tu felicidad, pero no te engañes y recuerda que esta libertad está sometida a condiciones. Piensa que no te perderé de vista, y que soy el garante de tu conducta ante el dux y los Diez.

—Vamos, Emilio. Te he dicho que cumpliría mi misión y lo haré. Me conoces, conduciré tu investigación a buen término en menos tiempo del que se necesita para decirlo.

—No creas que será tarea fácil, Pietro. Es un asunto serio. Podrás comprobarlo desde esta misma noche.

—¿Esta noche? Pero es que... Pensaba celebrar mi liberación con algunas de mis nobles amigas, a las que no he visto desde hace tanto tiempo; deseo un poco de ternura de nuestras mocitas venecianas y mucho vino. Naturalmente, estás invitado al festejo.

Pietro se detuvo. Emilio le miraba con aire grave. Apretó su mano sobre el hombro de Viravolta.

—No, lo que tienes que ver no puede esperar. Y para ti está totalmente prohibido reanudar relaciones con ninguna de tus antiguas amantes, sobre todo con aquella a quien debes el haber sido encerrado... Pietro... Anna Santamaría ha sido enviada fuera de Venecia.

—¿Adónde?

—A un lugar que, por tu bien, es mejor que no trates de averiguar. ¡No olvides que muchos nobles aún están resentidos contigo! Empezando por Ottavio.

Viravolta asintió a regañadientes.

—No te preocupes, no estoy loco. Anna... ¡La Viuda Negra, como la llamabas, aunque no fuera negra ni viuda! Su único pecado fue amarme. —Un brillo de tristeza cruzó por su mirada—. También fue el mío. Pero todo esto, amigo..., ya es pasado.

Y luego, recuperando la sonrisa, añadió:

—Sabré contenerme, te lo juro.

—Bien... En ese caso volvamos a nuestro asunto. Y que empiece la fiesta, si puedo expresarme así.

Emilio frunció el entrecejo. Abrió los pliegues de su manto negro y sacó una carterita de cuero cerrada por una hebilla de hierro. Algunas hojas de vitela con las puntas dobladas sobresalían de los bordes.

—Pietro, me veo obligado a insistir en que tomes precauciones. Acabas de poner los pies en el vestíbulo del infierno, créeme. No tardarás en darte cuenta de ello. Aquí está el informe de la policía referente al asesinato del que te he hablado. Se trata del comediante Marcello Torretone, empleado por los hermanos Vendramin en el teatro San Luca. Tienes que leer este informe antes de dirigirte al lugar de los hechos; luego lo quemarás. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—¡Bien! —dijo Vindicati—. Ahora soy de nuevo responsable de ti. Pietro, he comprometido mi honor y mi credibilidad en este asunto. No podemos pensar en un fracaso. Por otro lado, si llevamos esta investigación a buen puerto, con los efectos que preveo..., la gloria será solo para mí, o casi. Sabes que las maniobras, tanto en el Gran Consejo como en el Senado, van a buen ritmo. Pero quién sabe. Tal vez también yo podría tener otras perspectivas. Después de todo, Loredan no es inmortal...

Pietro sonrió. Vindicati se relajó y concluyó:

—¡Vamos! Te he preparado otra sorpresa.

Un joven esperaba en el patio interior del palacio, ante la porta del Frumento. El rostro de Pietro se iluminó cuando el criado corrió a su encuentro.

—¡Landretto!

—Por fin está aquí, señor. Empezaba a echarle de menos y a cansarme de pasar las horas acechando su paso por el puente de los Suspiros...

Rieron juntos. El sirviente de los cabellos rubios, un muchacho enjuto, de rostro encantador —a pesar de una nariz un poco demasiado larga—, que no había cumplido aún los veinte años, estaba al servicio de Pietro desde hacía más de cinco y su fidelidad nunca había estado en tela de juicio. Viravolta lo había sacado, literalmente, del arroyo; él mismo lo levantó cuando, después de haber sido golpeado y desnudado por una banda de bribones en una taberna, gemía sobre el empedrado, mortalmente borracho, en medio de su propia sangre. Pietro ordenó que lo cuidaran y lo vistieran; luego, el mismo Landretto se ofreció a entrar a su servicio. Así se había convertido en su amigo y su sirviente. Landretto le informaba, corría a la estela de las damas y de su señor, transmitía notas y confidencias, y de vez en cuando recogía las migajas que dejaba Pietro. Estar al servicio de Viravolta también tenía sus ventajas; delicias tales que Landretto por nada del mundo renunciaría hoy a su trabajo.

—¿Y bien? ¿Ha abandonado a su suerte a maese Casanova?

Pietro miró en dirección al palacio y formuló una plegaria muda por su amigo. También él había sido condenado a cinco años por ofensas a la santa religión. Otro chivo expiatorio.

—Confío en que salga de esta.

Se volvió hacia su criado, que ahora abría los brazos para mostrarle lo que había traído.

E iba bien cargado, por cierto.

—Con esto volverá a ser definitivamente usted mismo —dijo Landretto.

«Aquí estamos, de nuevo».

Viravolta, de pie ante el espejo, contempló su reflejo con satisfacción.

Se había lavado y empolvado con un esmero que no había podido poner en práctica desde hacía largos meses. Se anudó los cabellos y se ajustó la peluca que le tendía Landretto. Volvió a empolvarse, sonrió y se enfundó su chaqueta veneciana, de color claro, adornada con ribetes y arabescos de oro. Luego se puso un manto negro, cuyos amplios pliegues caían en torno a él. Verificó las mangas y el cuello y se colocó el cinturón. La hebilla chasqueó. Sacó la espada, la hizo silbar en el aire, poniéndose en guardia, y examinó la empuñadura, finamente trabajada, antes de devolverla a la vaina con una exclamación de alegría. Dos pistolas, sobre las que dejó caer el manto, se añadieron a los costados. Deslizó además en su bota un puñal de hoja afilada, y luego lustró cuidadosamente los botones de las mangas. Landretto giró en torno a él para perfumarlo con grandes chorros vaporosos. Finalmente se caló el sombrero de ala ancha, sobre el que pasó los dedos silbando, antes de coger su bastón con la figura de un león.

Un león alado, como el emblema de Venecia.

—¡Ah, señor!, olvida una cosa... —dijo Landretto.

Con una sonrisa en los labios, le tendió una flor negra. Pietro le devolvió la sonrisa, prendió la flor en el ojal y arregló cuidadosamente los pétalos. Se miró por última vez en el espejo. El campeón de las apariencias y las identidades múltiples. El virtuoso del amor y la seducción. Uno de los más hábiles espadachines de Italia.

«¡La Orquídea Negra ha vuelto!».

Sonrió de nuevo.

—Estoy listo —dijo.

CANTO III

El limbo

La noche caía sobre Venecia. Pietro Viravolta saboreaba cada uno de los instantes que le devolvían a su ciudad y a su libertad. Aunque le habían ordenado acudir enseguida al teatro San Luca a causa de un crimen que, según le habían informado, inspiraba horror, Viravolta se sentía de un humor alegre. Se había estremecido de felicidad al poner el pie, por primera vez desde hacía tanto tiempo, en esa góndola que le conducía en dirección al barrio de San Luca. Una hora antes había vuelto a examinar su vestuario, una colección de disfraces, a cual más original y extravagante, que había utilizado en el pasado durante sus misiones. Esa noche había decidido añadir un bigotito al rostro empolvado y, bajo un sombrero oscuro, un parche que le daba un vago aire de corsario o filibustero. Un manto negro, que cubría su chaqueta veneciana, completaba su indumentaria.

«Bien, vamos allá. Y como diría Emilio... ¡que empiece la fiesta!».

De pie en la proa, junto al gondolero, mientras Landretto se sentaba a popa, Pietro, con la mirada fija en el frescor crepuscular en que se hundían, exultaba al reencontrar el esplendor que había abandonado hacía casi un año. Venecia, su ciudad. Seis *sestieri* que habían sido escenario de sus correrías:

San Marco, Castello y Canareggio, de este lado del Gran Canal; Dorsoduro, San Polo y Santa Croce, más allá. Estos *sestieri* agrupaban setenta y dos parroquias, que Pietro había recorrido incansablemente una a una. De niño saltaba de una góndola a otra o pasaba como una flecha sobre los puentes para ir a perderse, encantado, en esas callejuelas tortuosas. Jugaba en las plazas, del San Samuele al San Luca, junto a los pozos públicos y las iglesias, ante los almacenes de vinos, las tiendas de los sastres, los boticarios, los vendedores de frutas y hortalizas, los comerciantes de maderas... Subía y bajaba sin parar por las Mercerie, que unían San Marco con el Rialto, deteniéndose ante las grandes jarras de los lecheros, los mostradores de los carniceros, los queseros, los joyeros. Afanaba alguna tontería, y huía riendo bajo las andanadas de injurias...

Sonrió; pero su sonrisa se borró lentamente.

Y es que Venecia tenía ahora otro sabor. El arrobamiento de Pietro se teñía de inquietud cuando, siempre de pie en la punta de su góndola, pasaba ante las villas deterioradas. Algunas parecían aguantarse de milagro; hacían agua por todos lados. Fachadas enteras descansaban sobre puntales improvisados. Algunos balcones, esos *altane* tan propicios a las declaraciones y a los suspiros, parecían a punto de derrumbarse. Venecia padecía los efectos de un clima mucho más severo de lo que pudiera pensarse. En verano, los pozos de agua dulce a menudo estaban secos; en invierno, la laguna crepitaba a veces bajo el hielo y se transformaba en una pista de

patinaje. Pietro recordaba esos alegres instantes en que, escapando de las faldas de Julia, iba a deslizarse y a caer sobre el hielo entre el palacio ducal y la Giudecca, en medio de esas aguas de pronto petrificadas en mil perlas de cristal, a las que se unía la cortina ondulante de copos escupidos por un cielo uniforme. Momentos mágicos, aunque no para los edificios venecianos.

A esto se añadían los temblores de tierra y los incendios constantes que habían llevado al gobierno a constituir una cuadrilla especializada, dirigida por un «encargado de máquinas hidráulicas». Más frecuentes aún eran las lluvias torrenciales y el terrible ascenso de las aguas, el *acaua alta*, particularmente destructora. Las magistraturas se esforzaban en reaccionar y embellecer o restaurar la ciudad, numerando los edificios, mejorando la higiene de las calles, la evacuación de las aguas residuales, la decoración y la reestructuración de los *sestieri*. A los portadores de linternas que ayudaban a los peatones en el dédalo de callejuelas cuando caía la noche, se habían añadido ahora los llamados «señores de la noche», encargados de la seguridad de los habitantes. Un importante plan de iluminación estaba en marcha y Venecia se cubría de faroles.

Pietro se estremeció; con la llegada de la noche, la temperatura descendía. Tenía frío. Se subió el cuello del manto, y luego abrió una vez más el informe que Emilio Vindicad le había entregado. Su mano enguantada se deslizó sobre la cartera de cuero.

El asunto parecía, en efecto, tremendamente serio.

Un crimen en verdad abominable, que si bien no tiene precedentes en los anales de Venecia, contiene ciertos detalles que tienden a indicar que no se trata de un acto gratuito y que incluso podría tener, si se considera la puesta en escena del asesinato, un sentido político susceptible de inquietar directamente a los más altos dignatarios de la República...

La identidad de la víctima, Marcello Torretone, no era totalmente desconocida para Pietro. Marcello era un actor de cierta fama. El informe de los Diez resumía las pocas informaciones necesarias para conocer la trayectoria y la personalidad de este hombre. Nacido en el *sestiere* de Santa Croce, sus padres trabajaban en el teatro, como los de Pietro —un detalle que lo acercaba a la figura del difunto—. Marcello había pisado las tablas desde muy pequeño. Su padre había muerto de una gangrena a consecuencia de una herida mal curada, a la salida del teatro. Su madre, Arcangela, inválida a los treinta y tres años, se había encerrado en un convento de Venecia, el San Biagio de la Giudecca. Marcello representó primero papeles secundarios en el teatro San Moisé. Descubierta por el *capotnico* del lugar, el actor abandonó, sin embargo, el San Moisé para entrar a formar parte, dos años más tarde, de la compañía del San Luca. Pero, entre las notas del informe, un detalle atrajo la atención de Pietro. Marcello Torretone había disfrutado de una ferviente educación católica. Su madre

era, según este documento, una mujer obsesionada con el pecado, de una devoción sin límites, que Marcello había heredado. El informe hablaba de él como de un ser de personalidad turbia y complicada.

También él tenía el hábito de las identidades múltiples.

«Un cofrade mío, en cierto modo», pensó Pietro.

El pecado. El pecado fascinaba a Viravolta. Tantos reproches por algo en lo que él no veía sino la satisfacción de aspiraciones impuestas por la naturaleza. Ciertamente, había engañado a algunos senadores, había vuelto loca a la mujer de Ottavio. A veces había ido demasiado lejos. Pero Pietro había actuado siempre siguiendo los impulsos de su corazón. Y ese era, en cambio, el espejo que le tendían: el del pecado. La huella del mal en la tierra y en el corazón del hombre. Tal vez Marcello Torretone había alimentado sus sentimientos con esa singular obsesión a causa precisamente de su educación, impregnada de una religiosidad muy marcada, y herido por la falta de amor de su propia Iglesia. En cuanto a Pietro, en aquel momento volvía a encontrarse representando su papel preferido: el de agente secreto, que no dejaba de divertirle. Bien pensado, después del uniforme militar, las recepciones de salón y las múltiples artimañas en las que los patricios más reputados eran sus víctimas, Pietro hacía tiempo que había visto en esta evolución una conclusión lógica. Con una pirueta, volvía a pasar de los Plomos al servicio del gobierno. Él sabía ya que los Diez reclutaban a sus agentes tanto entre las cortesanas como entre los nobles arruinados, los artistas necesitados o los *cittadini* deseosos de crearse una reputación ante las instituciones de la Serenísima. Y Viravolta, un desclasado de incómodos orígenes sociales, fascinado por las apariencias de esas glorias favorecidas por la fortuna, cuyo papel sabía adoptar sin dificultad, no podía sino acomodarse a esta nueva función. Estaba acostumbrado a esos cambios inopinados de la sombra a la luz y de la luz a la sombra. Estas frecuentes transmutaciones constituían para él la sal de la vida.

Viravolta se había trazado un camino sinuoso, y debía reconocer que no siempre había podido controlar sus meandros. Su tenaz voluntad le había empujado a elevarse por encima de la gente común, y una mirada decepcionada a su propio nacimiento, una incapacidad de asumir plenamente su deseo de ser, le retenían con igual fuerza en las redes de unas aguas pantanosas. Los impulsos imperiosos de su pasión le arrastraban con una fuerza incontenible, y desplegabam una inteligencia igualmente poderosa para escapar a esta fatalidad y para afrontar las infinitas paradojas de su naturaleza. ¡Qué talentos, qué encantos, qué artificios había tenido que poner en práctica para ser digno del modelo que se había fijado, pero qué mal disimulaba sus debilidades, obsesionado por la necesidad de aparentar! También él era un comediante. Inaprensible, siempre ávido de reconocimiento, Pietro no podía dejar de lanzarse a la controversia, que no solo había acabado por aceptar, sino que incluso alentaba. Como si, irónicamente, deseara poner a prueba los fundamentos sociales sobre los que los hombres y las mujeres comunes edificaban sus principios; discutir la arrogancia de sus certidumbres. Pietro no estaba seguro de nada. En ese juego sobre

el filo de la navaja, al borde del precipicio, los demás sentían vértigo ante él, y ese vértigo alimentaba su antipatía. Su libertad tenía un precio; por ella experimentaban ese furioso resentimiento contra su persona. Lo que llamaban su falta de fe o de moral no era a menudo más que el reflejo de un deseo inconfesado de parecersele. Incomodaba al poder al mismo tiempo que lo servía, era rebelde a toda forma de autoridad. Sí: Pietro era un hombre libre.

Sin duda era eso lo que inspiraba miedo.

Él sabía que, en el fondo, el perfume de escándalo que rodeaba su personalidad era tanto fruto de sus actos como de la frustración secreta de sus detractores. Era sencillo querer imitarle; pero antes había que aceptar esa angustia tan particular que procuraba el irrevocable abandono de sí mismo a los impulsos del corazón, un abandono que toda civilización se esforzaba en contener. Pietro nunca había conseguido deshacerse de esta forma de angustia. Cuando daba libre curso a la introspección, era para tropezar de nuevo con ese mismo vértigo, que le estimulaba y le inspiraba, al mismo tiempo, el temor de perderse en él. Aunque todo —Dios, el amor, las mujeres—, coexistía en su persona, aunque todo hacía vibrar su alma, en cuanto se esforzaba realmente en comprenderlos, temía convertirse en un juguete en sus manos. Su orgullo le salvaba, y al mismo tiempo le condenaba. Y este íntimo callejón sin salida le dejaba a menudo un sentimiento de vacuidad y de absurdo; el mismo que su siglo cultivaba hasta la saciedad.

Y luego llegó esa mujer, Anna Santamaría, la Viuda Negra. La única que hubiera sido capaz de hacerle bascular, para atraparle para siempre en sus redes. La Viuda Negra... Emilio fue el primero en llamarla así. Pietro ya no recordaba muy bien por qué. Sin duda porque su belleza, por sí sola, le había parecido peligrosa. Una belleza que se instilaba como un veneno, aunque pareciera un ángel extraviado en la tierra. Pero también porque, en cierto modo, era viuda de esos sentimientos que le habían negado. De luto por una vida a la que no había tenido realmente derecho. Sí, por ella tal vez Pietro habría aceptado renunciar a su libertad, volver a las filas. Si se hubieran conocido en otras circunstancias, si una boda familiar, de conveniencia, no hubiera empujado a Anna a los brazos de Ottavio, ese hombre al que ella nunca había deseado, Pietro habría podido tener hijos de ella. Habría sabido aprovechar otros apoyos políticos para encontrar una profesión honorable. Todo aquello nunca hubiera debido suceder de este modo. En cuanto la vio aparecer en la villa de Ottavio, en el momento mismo en que se la presentaron como la futura esposa de su protector, leyó su destino en los ojos de aquella mujer. Supo que la amaría. Y ella supo que no resistiría a su amor. En ese instante preciso sellaron un pacto. Estaba escrito que correrían juntos a la catástrofe. Esa mirada sombría que intercambiaron, esa respiración acelerada... Una falsa viuda y una orquídea: con todo, hubieran podido hacer una buena pareja.

«Y ahora...».

Todo aquello le dejaba un regusto amargo. Un gusto a inacabado. Un deseo de

revancha. Anna... ¿Dónde estaría ahora? Esperaba, realmente lo esperaba, que no fuera demasiado desgraciada. Pero no podía correr el riesgo de ponerles de nuevo en peligro a los dos... y no le gustaba recrearse en su propio dolor. Había prometido a Emilio que no trataría de volver a verla, una condición *sine qua non* para lograr su libertad. Y además, precisamente a esa historia debía su visita a los calabozos mejor guardados de Italia. No tenía ningún deseo de volver a ellos. Trataba de no pensar, de no preguntarse si todavía la amaba. Al menos no demasiado.

«Vamos... Trata de olvidar».

Para mantener la cabeza fría, Pietro se esforzaba en recordar lo que era ante todo: solo un liberto. Trató de deshacerse de sus dudas y eligió aferrarse a la vida. Ahora que era libre, haría lo que siempre había hecho: transformar su huida hacia delante en un credo que le daba una energía soberana, una energía propicia a su expansión y a su propio cumplimiento. Libre y dolorido, jugador y filósofo, cazador de una gloria que, sin embargo, menospreciaba, brillante e inquietante: todo eso era Pietro en último término. Pero, como le había dicho al dux, tenía su ética: aventurero, capaz de amor y de pasión, sabía también dónde estaba la verdadera justicia, y si a menudo vivía cerca de las zonas sombrías, eso le permitía conocer aún mejor sus trampas y sus ilusiones. Más allá de ciertas fronteras, el Bien y el Mal tomaban definitivamente caminos contradictorios. Y Pietro procuraba no franquear nunca estos límites. A veces en recuerdo de lo que de Dios quedaba en él. A veces para protegerse. Pero la mayor parte del tiempo porque ahí estaba su responsabilidad de hombre, aunque no siempre fuera la del «hombre honesto». Con el primer paso que había dado fuera de la prisión, su naturaleza había vuelto por sus fueros y solo había pensado en una cosa: empezar por satisfacer sus pulsiones entusiastas y demasiado tiempo reprimidas. Pero no era cuestión de faltar a la palabra que había dado a Emilio; al menos, no por el momento.

De modo que, fueran cuales fuesen, los festejos quedarían para más tarde.

«¡En fin! Ya hemos llegado».

Cuando la góndola se detuvo en las inmediaciones de San Luca, Pietro guardó el informe de los Diez y bajó al muelle en compañía de Landretto, para caminar, con paso alerta, por las callejuelas resbaladizas en dirección al *campo* donde se encontraba el teatro. El San Luca databa de 1622, y como los demás —el San Moisé, el San Cassiano o el Sant'Angelo—, había tomado el nombre de la parroquia donde estaba situado. Desde que habían abandonado parcialmente el comercio, los nobles alardeaban de su contribución al desarrollo de las actividades teatrales de la ciudad. Padua había abierto camino tras reunir a las primeras compañías de actores ligadas por contrato y que se repartían los beneficios. Había nacido así el teatro profesional, dirigido por un *capomico*, que designaba los «empleos» fijos de los comediantes: los Arlequín, Pantalón, Brighella... La ópera, que iniciaba su expansión en Florencia y Mantua, seguía, en este aspecto, la misma evolución. El San Luca, en concreto,

estaba dirigido por los hermanos Vendramin. Estos se contaban entre los pocos comanditarios que negociaban directamente los contratos con los autores y los actores, ya que en la mayoría de los casos, el propietario delegaba la gestión de la sala a un *empresario*, que era el mismo artista, o bien un ciudadano o un miembro de la pequeña nobleza. Esta profesión no siempre tenía buena prensa: muchos comediantes se quejaban de su descarada incultura o de su mercantilismo torpe y mezquino. Los Vendramin habían evitado este escollo: si uno quería estar bien servido, debía hacer las cosas por sí mismo. El San Luca, ciertamente, no tenía el prestigio del San Giovanni Crisóstomo, estandarte de la ópera seria, las tragedias y las tragicomedias; en él se programaban esencialmente comedias. Pero se había convertido en uno de los teatros más florecientes de Venecia.

Pietro pronto se encontró ante la fachada del edificio, una fachada de piedra blanca adornada con columnas al estilo antiguo, que albergaba unas inmensas dobles puertas de madera oscura. Un hombre que sostenía una linterna le esperaba. Pietro le presentó su salvoconducto con el sello y la firma del dux y ordenó a Landretto que esperara fuera.

Le abrieron las puertas y Viravolta entró.

La sala del San Luca era fiel a su reputación. Un amplio patio de butacas para acoger al público popular, un poco polvoriento pero dotado de filas de asientos rojo y oro, en arco de círculo, que le otorgaban cierta distinción; un anfiteatro ricamente decorado, rodeado de cuatro hileras de palcos que daban cabida a unos ciento setenta gabinetes, con frontones y balcones alegrados por frescos y pinturas barrocas. Cuerdas brillantes caían ante los cortinajes. En el techo, innumerables medallones componían un sereno rosetón, con un corazón en el que aparecían representadas volutas nubosas atravesadas por rayos de sol. Aquí y allá, alegorías de Venecia, Venus calipigias o Dianas coronadas de estrellas se elevaban en medio de un profusión de Virtudes. Al fondo, el escenario iluminado, las tablas patinadas y unas inmensas cortinas carmesíes.

Pietro se quitó su sombrero de ala ancha y avanzó.

Tres personas se encontraban en el interior del San Luca. Hablaban en voz baja, pero parecían estar fuera de sí. Una de ellas debía de ser Francesco Vendramin, uno de los hermanos propietarios del lugar; el rostro de la segunda le era familiar, aunque no podía recordar de quién se trataba exactamente; en cuanto a la tercera, no la conocía. Viravolta se adelantó hasta el centro del patio de butacas para unirse al grupo. Al verle llegar, los tres hombres callaron y se volvieron hacia él. Viravolta les saludó y les mostró el salvoconducto.

—Estoy aquí en misión especial por cuenta del Consejo de los Diez —dijo a modo de presentación.

La momentánea reacción de sorpresa de Francesco Vendramin pronto dio paso a la desconfianza. Tal vez temía tener que habérselas con uno de los inquisidores delegados por el Consejo. Pietro le tranquilizó sobre este punto. Enseguida, la

segunda persona se adelantó.

—Emilio Vindicati nos había avisado de que enviaría lo más pronto posible a uno de sus tristes emisarios, señor...

—Mi identidad importa poco —cortó Pietro—; actúo en secreto y con todas las autorizaciones necesarias. En cambio, si me lo permite, conocer la suya sería útil para el inicio de mi investigación.

El hombre dio un paso adelante, con aire irritado. Nacido a inicios del siglo en una esquina de la calle Ca'Cent'Anni, en la parroquia de San Thomas, entre el puente de Nomboli y el de Donna Onesta, se había casado en Génova antes de escribir y presentar sus primeras obras de teatro en Milán. La búsqueda de un estatus conforme a su educación le había hecho desempeñar primero la función de médico en Udine, y luego la de abogado en Pisa; al presentarse a Pietro, este pudo comprobar que había conservado de esta última profesión el tono ligeramente doctoral, aunque vivo, y un digno porte de la cabeza. Su actitud no revelaba, sin embargo, ninguna afectación, ningún orgullo; al contrario, a pesar de las circunstancias, parecía ocultar con dificultad un temperamento que se adivinaba jovial, e incluso apasionado. Debía de rondar ahora los cincuenta; un rostro ni hermoso ni feo, pero de rasgos regulares, una chaqueta ribeteada de perlas negras y un pantalón bombacho por encima de unas calzas impecables. En su juventud había recorrido todo el Véneto. Durante mucho tiempo, se había recluido en Parma, en Roma, Nápoles y Bolonia, y había tratado de labrarse una reputación con éxito desigual. Finalmente se había decidido a desembarazarse de sus ropas de abogado para convertirse en poeta a sueldo y consagrarse plenamente a su verdadera pasión, el teatro, decidido a desempolvar los papeles tradicionales de los pífanos de la *commedia dell'arte*; Venecia, su ciudad de origen, lo había consagrado rey de la comedia. Llevaba tres años contratado por los hermanos Vendramin. Se hablaba de él en las cortes más prestigiosas de Europa.

—Soy Cario Goldoni.

Pietro sonrió. Ahora lo reconocía. Había asistido a varias representaciones de sus obras. Aún recordaba *El caballero Giocondo* y *La manía del campo*, e incluso se había aprendido algunas tiradas de memoria. Dispuesto a aprovechar todas las ocasiones que se le presentaban para mantener un intercambio de ideas sobre las artes, Pietro habría querido alargar la conversación con este brillante dramaturgo; pero el tercero del grupo, adelantándose también, le recordó que no iban sobrados de tiempo. Era un hombre de barba gris, vestido con un traje oscuro con cuello de lienzo blanco, que sostenía en la mano una bolsa medio abierta de la que sobresalían un caduceo y diversos instrumentos quirúrgicos.

—Soy Antonio Brozzi, médico delegado por la Quarantia Crimínale.

Hasta ese momento, Pietro no había percibido el olor. Un olor inmundos, de sangre y putrefacción, que de pronto le subió por la nariz, envolviéndole a medida que trataba de detectar su procedencia. Se volvió hacia las cortinas carmesíes.

—Prepárese para lo que va a ver, maese —continuó Brozzi—. Los dos tenemos

trabajo que hacer. Ya era hora de que llegara.

El médico hizo una seña a Vendramin, que lanzó un silbido en dirección a bastidores. Pietro vio una sombra que corría los pliegues de las inmensas cortinas.

«Oh, Dios mío».

La visión acababa de desvelarse ante él en todo su horror.

Un hombre —¿era todavía un hombre?— se encontraba ante él, justo en el centro del escenario. Primero vio los pies suspendidos en el vacío, por encima de un charco de sangre seca que cubría al menos una cuarta parte del estrado y que había debido de extenderse en largos chorros continuados. Los dos pies estaban clavados a una tabla de madera. Pietro, con los labios apretados, levantó un instante su parche negro. Alzó la mirada. El cuerpo estaba totalmente desnudo. Un profundo corte rasgaba el costado. Lentamente, Pietro tomó conciencia del conjunto del cuadro. Marcello Torretone había sido crucificado. Los brazos estaban extendidos, también clavados. A uno y otro lado del cuerpo, dos velos diáfanos y lacerados se agitaban suavemente, enlazados con cuerdas a los mecanismos de la maquinaria disimulada bajo los techos. Los velos hacían juego con otras cortinas púrpuras, que parecían abrirse sobre esta visión trágica. Un escena sobre la escena. Espectacular y dolorosa. Pietro contuvo con esfuerzo un grito de repugnancia al examinar en detalle el cadáver azulado. Le habían colocado una corona de espinas. Pero había algo más... Los ojos habían sido arrancados de sus órbitas. La boca de Marcello estaba petrificada en un espasmo espantoso. A sus pies, fragmentos de vidrio dispersos, mezclados con sangre. Una inscripción recorría el torso, tallada en carne viva con un cuchillo. Desde el lugar en que se encontraba, Pedro no podía leerla con exactitud.

Después de un instante, se decidió a saltar al estrado, mientras el médico enviado por la Quarantia Criminale daba la vuelta para subir por los escalones que se encontraban en el ángulo del escenario y se unía a él junto al cadáver.

—¿A qué hora murió? —preguntó Pietro a Goldoni y a Vendramin.

—Esto tendrá que decírnoslo sier Brozzi —respondió Vendramin—. Dimos una representación anoche...

—Sí, es la primera de *L'Impresario di Smirne* —dijo Goldoni—. Una comedia en tres actos y en prosa. Marcello, que en paz descanse, encarnaba a Alí, un negociante procedente de Oriente que viaja a Venecia por trabajo y se le mete en la cabeza hacer ópera...

Brozzi había abierto su bolsa y empezaba a girar en torno al muerto. Pietro se acercó al torso lacerado y consiguió leer:

Io ero nuovo in questo stato, Quando ci vidi venire un possente, Con segno di vittoria coronato.

Yo era nuevo en este estado, cuando vi que llegaba un prepotente, con señal de victoria coronado.

La inscripción había labrado la carne y dejaba adivinar aquí y allá el abultamiento de las costillas. El conjunto del torso estaba marcado por esa caligrafía minúscula, como si el autor de la hazaña se hubiera servido de la piel a modo de un libro. Brozzi se ajustó los quevedos sobre la nariz, levantó el mentón y leyó a su vez. En ese momento parecía un alquimista a punto de descubrir el secreto de la piedra filosofal. El médico lanzó un «¡Uf!» de desagrado y se volvió hacia Viravolta.

—¿Le recuerda algo?

—No —reconoció Pietro—, aunque, de algún modo, el estilo me resulta familiar.

—Nos encontramos ante una alegoría que podríamos calificar de bíblica... con toda seguridad.

—La Biblia, cree usted...

Detrás de ellos, Vendramin continuó:

—La representación acabó a las once. Abandonamos el teatro hacia la medianoche. Le garantizo que entonces estaba vacío.

—Vacío... Pero ¿vieron salir a Marcello?

Goldoni y Vendramin intercambiaron una mirada. Fue el dramaturgo quien respondió ahora:

—No. En realidad ninguno de los miembros de la compañía le vio.

—Diga, pues, mejor, que creyó que estaba vacío —dijo Pietro—. ¿Es posible que Marcello se quedara después del cierre? Solo, escondido entre bastidores, ¿tal vez?

Mientras hablaba, Pietro rodeó el cuerpo para acercarse a la zona de bastidores, sumida en la oscuridad. Algunas cuerdecillas yacían por el suelo. Un charco de agua y sangre mezcladas. Un trapo que aún mostraba marcas púrpura. En el aire flotaba un vago olor a vinagre, que se superponía al de la muerte. Una lanza de madera, sin duda uno de los accesorios habituales del teatro, estaba apoyada contra la pared. Pero su punta de metal —la que había debido de perforar el costado de Marcello y que tal vez le había reventado los ojos— era totalmente real. También estaba manchada de sangre.

—¿Escondido? —dijo Vendramin, sorprendido—. Pero ¿por qué iba a estar escondido?

—Qué sé yo —dijo Pietro—. Una cita galante, quizá... o de otro tipo.

Se inclinó tras tropezar con un montón de ropa abandonada tras el telón, en un rincón oscuro. Desplegó un turbante, un pantalón, y luego una túnica de mangas anchas que se parecía mucho a un caftán turco. El vestido de Marcello para el papel de Alí en *L'Irnpresario di Smirne*, sin duda —a menos que fuera el de Pantalón, ese personaje de comerciante veneciano, patriotero y avaricioso, que entusiasmaba al público—. No muy lejos había un arcón lleno de vestidos similares, raídos o

resplandecientes, lisos o multicolores —Zanni, el Villano, el Magnífico—. Pietro fue levantando una tras otra las máscaras y los ornamentos de esos personajes de comedia.

—¿Sabe si Marcello tenía aventuras? ¿O enemigos?

Fue Goldoni quien, tras un momento de duda, respondió:

—Aventuras, sí. Enemigos, no. ¡Ya sabe cómo son los actores! Tenía una relación aquí, otra allá. Nada demasiado serio. Marcello no tenía apego a nadie. A veces aparecía del brazo de una de esas cortesanas que deambulan por las Mercerie, caída la noche. Por mi parte, creo que no se entendía realmente con las mujeres. Siempre daba la impresión de que se burlaba de ellas. En cuanto a sus enemigos, por lo que sé, no tenía ni uno solo. Al contrario, el público le adoraba.

Se produjo un silencio mientras Pietro volvía al centro del escenario. Brozzi estaba arrodillado y examinaba las heridas de Marcello, con los pies clavados en la cruz de madera. Con ayuda de un pincel, el médico limpió la sangre en torno a los clavos, midió la herida del costado y volvió a revolver en su bolsa. Pietro se arrodilló a su lado. Brozzi sacó una botellita traslúcida, y con ayuda de otro pincel, reunió los pedazos de vidrio dispersos, que formaban como un halo en torno a la sombra del crucificado. De nuevo los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Vidrio... ¿por qué?

Pietro cogió también algunos fragmentos, que envolvió en un pañuelo.

Se levantaron juntos. Brozzi se secó la frente y contempló las órbitas vacías del cadáver, los agujeros negros bordeados de rojo. Se podían adivinar, mezcladas en las heridas, algunas esquirlas plateadas. Una de ellas, en particular, sobresalía limpiamente de un resto de párpado.

—No me sorprendería descubrir que utilizaron vidrio para arrancarle los ojos. Pudo morir a consecuencia de las heridas o, muy probablemente, por asfixia, lo que es más corriente en estas circunstancias. En todo caso, lo desangraron. Santa María, ¿qué monstruo ha podido cometer semejante ignominia?

Pietro se pinzó los labios con los dedos.

—Están al corriente de todo en la Quarantia, ¿no es cierto, Brozzi? Dígame, pues... ¿Qué relación hay entre la muerte de un actor y el gobierno de la República?

Había hablado muy bajo. Brozzi tosió y le miró por encima de los quevedos. Luego dijo:

—¿La relación...?

Tendió el índice en dirección a una de las tablas del entarimado, donde había un objeto encajado que Pietro aún no había visto.

—Ahí está la relación, maese.

Pietro se acercó al objeto, lo cogió y le dio vueltas entre los dedos. Era un broche de oro que llevaba dos iniciales entrelazadas, L y S, y por debajo dos espadas y una rosa dibujada con perlas. Pietro dirigió una mirada interrogadora al médico.

—L y S —explicó Brozzi—, la rosa y las espadas... Se trata de Luciana Saliestri.

Cortesana de lujo y amante de... Giovanni Campioni, que, como sabe, es una de las cabezas más eminentes del Senado. El senador es sospechoso, digámoslo así, de excesiva liberalidad para con el pueblo. Como en otro tiempo el dux Faliero. Campioni tiene ideas propias sobre el modo de reformar la República, unas ideas que están mal vistas por muchos nobles, que tienen posturas radicalmente opuestas. Pero es un hombre ambiguo... Algunos le consideran un soñador con ambiciones peligrosas, mientras que otros no dudan en ver en sus discursos altruistas un modo muy oportuno de disimular un incontrolable deseo de poder. Campioni fue, durante mucho tiempo, embajador de la Serenísima en Inglaterra, Francia y Holanda. Dicen que allí entabló amistad con filósofos y poderosos, y que hoy se inspira en sus teorías, más o menos descabelladas, para inventar nuevos sistemas de gobierno.

Brozzi había juntado las manos sobre su vestido negro. El médico prosiguió:

—Ya sabe usted lo complejas que son las relaciones que el dux y nuestras instituciones mantienen con nuestro buen pueblo veneciano; lo que desean preservar, ante todo, es el frágil equilibrio sobre el que descansa nuestra Constitución. Y este equilibrio es delicado. Desde este punto de vista siempre hemos ido por delante de los demás, y nuestro régimen despierta la admiración de nuestros vecinos. Venecia es libre, pero está sometida a vigilancia. El amor del pueblo es absoluto, pero pragmático. Siempre es difícil encontrar la medida entre los extremos y escuchar la voz de la razón cuando rápidamente pueden inflamarse las pasiones, y a veces con una violencia insospechada... No haría falta mucho para que todo el edificio se tambaleara en un sentido o en otro: eso es, por encima de todo, lo que aterroriza a nuestros políticos. Tienen la obsesión de apagar las ascuas bajo las cenizas. Nada que pueda perjudicar a la República debe llegar a incubarse. El espectro de la conspiración de Bedmar sigue presente. Añada a esto que Campioni tiene de su parte a un tercio de los miembros del Gran Consejo... No le será difícil comprender que los Tenebrosos no pueden dejar de ver en ello la sombra de una posible conjura. Aunque no tiene nada de excepcional, no pasan quince días sin que nos inventen una nueva. Pero tal vez hayan omitido hablarle de algo que tendería a apoyar sus sospechas.

—¿Qué quiere decir?

Brozzi le dirigió una sonrisa enigmática, y continuó, siempre en voz baja:

—Sabe, maese, Marcello Torretone no era solo actor en el teatro San Luca. Era también... agente secreto por cuenta de los Diez y de la Quarantia Criminale. Como usted. A título anecdótico le diré que los Tenebrosos le llamaban «el Arlequín».

Pietro irguió el busto. Durante unos segundos se quedó inmóvil, estupefacto.

—Ah... Ya veo —dijo finalmente—. Sí, claro. Un detalle importante, en efecto. Se guardaron bien de hacerlo constar en el informe que me remitieron. Emilio hubiera podido avisarme. En fin...

Se levantó de nuevo.

—Gracias, sier Brozzi.

Viravolta frunció los labios, pensativo. Emilio Vindicati no podía desconocer este

dato cuando le contó su misión. Y en el informe que le había remitido tampoco se mencionaba el broche de Luciana Saliestri o al senador Giovanni Campioni. Sin duda Emilio había preferido que su emisario se enterara a través de Brozzi, antes que dejar esos nombres por escrito.

Nunca se era demasiado prudente. Sobre todo si, como en este caso, se encontraban implicados personajes que intervenían en las más altas instancias del Estado...

«En todo caso —pensó Pietro—, todo esto no promete nada bueno...».

Una cosa era segura: el asesinato se veía ahora bajo una luz muy distinta. Pietro recordó de nuevo las reflexiones que había hecho acerca de Marcello a partir de los detalles que constaban en el informe. Ahora comprendía mejor qué podía significar el pecado a ojos de aquel hombre y cómo su temor al juicio del cielo había podido influir en su temperamento, tanto para respaldar como para torpedear sus ambiciones artísticas. Sin duda, su doble identidad no le había salvado. Arlequín, un comediante. Todo aquello adquiriría un nuevo relieve. Para servir a la justa causa de la República, Marcello había tenido que vivir en secreto lo que su vida de actor le permitía gritar sobre el entablado, pero solo mediante esta clásica y efímera procuración, bajo el ropaje de unas existencias robadas a través de las cuales únicamente podía obtener una redención ilusoria. Sin duda esa había sido la grieta por la que el Consejo de los Diez —no sin perspicacia, por otra parte— había querido penetrar al reclutar a Marcello. Al unirse a las filas de sus informadores, Marcello se había condenado a actuar en silencio por el bien común; pero esa misma elección debía de haber implicado, desde el punto de vista moral, las peores renunciaciones. Porque, después de todo, solo se había convertido, como Pietro, en uno de los recaderos de la Serenísima. ¿A quién había denunciado? ¿A quién había traicionado? ¿Había llegado a matar? ¿Se había manchado las manos de sangre? Pietro solo llegaba a entrever el extraño desasosiego que había debido de dominar a Marcello, dividido entre los dos rostros de Jano, en sus momentos de angustia. Actor y agente de la República: un hombre abocado al abismo. No era algo tan inesperado.

Viravolta volvió a bajar del estrado. Goldoni se había sentado, con las manos entre las piernas, hundido.

—Creo que esto es demasiado para mí —decía—. Tengo pendiente un viaje a Parma desde hace algún tiempo. Me parece que ha llegado el momento.

—¡Cario! —exclamó Vendramin—. ¿Y el Carnaval? Lo que propones está totalmente fuera de lugar. Me habías prometido tres obras más; deberíamos presentarlas como estaba convenido. La temporada de otoño ha sido buena gracias a ti. Por fin conseguimos hacer lo que siempre habíamos soñado. ¡No es momento de renunciar! Si este triste hecho permanece en secreto, como espero, el público no hablará sobre lo que ha pasado entre nuestros muros. Si supiéramos realmente lo que

ha ocurrido, yo podría...

—Maese Goldoni, la posibilidad de dejar Venecia queda descartada por el momento —dijo Pietro—. Debe permanecer en la laguna por las necesidades de la investigación. Tengo que interrogar en el plazo más corto posible a todos los miembros de la compañía, además de a los libretistas, los músicos de la orquesta, los coreógrafos y escenógrafos, los cantantes, los bailarines y las bailarinas; en suma, a todo el personal del San Luca.

—Pero entonces, ¡el asunto se hará público! —exclamó Vendramin—. ¡Todo esto no es bueno para el negocio!

—De todos modos, de algún modo habrá que explicar la desaparición de Marcello. Tranquilícese: sabrán solo lo que tengan que saber, nada más. Nadie, si no es a solicitud mía, se extenderá en los detalles de este crimen ignominioso. Apuesto a que estarán de acuerdo conmigo en que esta es la mejor forma de proceder.

Vendramin y Goldoni asintieron con la cabeza. Pietro se volvió una vez más hacia el cuerpo crucificado.

—Una pregunta más...

—¿Sí? —dijo Goldoni.

—Creo que Marcello era un hombre de temperamento bastante religioso...

El dramaturgo asintió.

—Sí. Es cierto que pocos de los nuestros cumplen con los deberes exigidos a Dios. Pero Marcello, a pesar de su vida frívola y agitada, no se ajustaba a este patrón; él iba cada semana a San Giorgio Maggiore.

Pietro frunció las cejas y permaneció pensativo unos instantes. ¿Realmente el espía cumplía cada semana con sus deberes para con Cristo resucitado? Era muy posible, si Pietro se atenía a sus anteriores reflexiones. Lo que le intrigaba ahora era la correspondencia evidente entre esta posibilidad —o esta certidumbre— y la simbólica puesta en escena del asesinato. Aquello merecía ser investigado. Un hombre obsesionado por el pecado, crucificado sobre el escenario de su propia duplicidad, en medio de las ropas de los diversos personajes que solía encarnar, con los globos oculares arrancados... ¿Había visto algo que le había convertido en peligroso? ¿El vínculo con su fe era real, o era solo una impresión de Pietro?

De pronto su rostro se iluminó.

—¿Sabe quién oficia en San Giorgio Maggiore?

Esta vez fue Vendramin quien respondió.

—El padre Cosimo Caffelli.

«C affelli. Vaya...».

—Le conozco —dijo Pietro.

—También era el confesor de Marcello —añadió Goldoni.

—¿Su confesor, dice? Interesante...

Pietro calló y se pasó los dedos por los labios, pensativo.

Efectivamente en el pasado se había cruzado con Caffelli, y este forzosamente

tenía que recordar a la Orquídea Negra. Es más, había ayudado al senador Ottavio a convencer a los inquisidores de que acusaran a Pietro de ateísmo, cabalística y moralidad dudosa, para apartarlo de Anna Santamaría y arrojarlo a prisión. Caffelli había desempeñado un papel nada desdeñable en el arresto de Viravolta.

«Esto promete ser interesante...».

Pietro recuperó la sonrisa.

—Gracias por todo.

En ese momento, Brozzi le llamó, y Pietro se volvió hacia él. El médico de la Quarantia Criminale, que seguía sobre el escenario, empezó a arremangarse las anchas mangas negras de su traje.

—Tendrá que ayudarme a descolgarlo.

El cadáver de Marcello Torretone estaba tendido en una de las salas bajas de la Quarantia Criminale. Allí no había dorados ni artesonados, sino muros de piedra desnudos y sin adornos y un frío glacial que se colaba por el respiradero que daba a la callejuela. Pietro tuvo súbitamente la impresión de encontrarse de nuevo en su celda. Brozzi se afanaba en el centro de la habitación. No sin repugnancia, Pietro le había ayudado a instalar el cuerpo de miembros rígidos sobre la mesa de examen. Brozzi podía proceder ahora a un análisis más profundo. No sería necesario disecar el cadáver, pero no debía escapársele nada sobre la naturaleza exacta de las heridas y de las circunstancias del asesinato. Después de haber mascullado para sí durante un buen rato, Brozzi volvió a calarse sus quevedos y examinó la raíz de los cabellos, las órbitas, los dientes, la lengua y la boca, las heridas de los pies, las manos y el costado, la inscripción del torso. El médico caminaba de un extremo a otro del cuerpo, deteniéndose ora en las uñas, ora en el interior de los muslos. Había esparcido un poco de perfume en el aire, pero aquello no bastaba para disipar el nauseabundo olor que inundaba la habitación. No muy lejos, su bolsa estaba, de nuevo, abierta; había dispuesto sus instrumentos sobre una mesita cubierta con un paño blanco: cuchillos quirúrgicos y bisturíes, tijeras, lente de aumento, pinceles, éter y alcohol, instrumentos de medida y polvos químicos de los que Pietro desconocía incluso la existencia. Muy cerca había una cubeta en la que Brozzi sumergía de vez en cuando sus utensilios, que tintineaban con sonidos cristalinos. Pietro había visto numerosos cadáveres en su vida, y sus recientes recuerdos de la cárcel no eran precisamente alegres; sin embargo, mientras permanecía de pie en medio de la oscuridad de aquella sala glacial, iluminada apenas por dos linternas, no pudo evitar un estremecimiento. La contemplación de ese ser descarnado, despojo atravesado por venas azuladas al que se había arrancado incluso la mirada, penetraba en el alma del modo más siniestro. Y ver a Brozzi tratando así a la víctima, como un vulgar pedazo de carne, resultaba particularmente repugnante. «Pensar que esta noche me proponía visitar los jardines de alguna princesa abandonada», se dijo Pietro. Había querido prepararse

para la glorificación nocturna del cuerpo, perderse en los senos, los muslos, la grupa de una mujer, para olvidar a Anna Santamaría y sus meses de prisión; y en lugar de eso, se encontraba ante un cuerpo sin vida, tendido sobre su sudario. Ahora quería saber algo más sobre él. Inclinado sobre el cadáver, Brozzi hablaba en voz alta, tanto para Pietro como para sí mismo.

—La herida del costado ha sido ocasionada, efectivamente, por la punta de la lanza encontrada en los bastidores del teatro San Luca. El arma está aquí, tendremos que colocarla bajo sello. Es una herida profunda que ha perforado el pulmón izquierdo, aunque sin alcanzar el corazón; sin duda aceleró la agonía de la víctima, pero no necesariamente le quitó la vida. El cuerpo fue dispuesto al modo de Cristo en la cruz, con la frente ceñida por una corona de espinas. Hay rastros de vinagre en la comisura de los labios...

El camino de vuelta a la Quarantia había proporcionado a Pietro la ocasión de conocer mejor a ese curioso hombre que era Brozzi. También él estaba atado al secreto. El médico trabajaba para la Criminale desde hacía más de diez años. Por nacimiento, Antonio Brozzi no tenía nada de noble; era un simple *cittadino* al que sus aptitudes habían elevado al rango en el que hoy se encontraba. En el pasado había sido médico personal de numerosos senadores y miembros del Gran Consejo; así había ampliado su red de relaciones y se había labrado su reputación. Antonio quería servir al Estado, y como había confiado a Pietro, necesitaba buenas dosis de entrega para compensar el carácter malsano de su tarea cotidiana. Su propio padre había sido asesinado en una esquina de una de las callejuelas de Santa Croce; aquel acontecimiento había influido en que Antonio se hubiera convertido, tardíamente, en uno de esos enterradores de la República cuya función exigía tanta fuerza interior como abnegación.

Pietro se pasó la mano por el rostro. La fatiga empezaba a dominarle.

Reprimió un bostezo y luego dijo:

—Todo esto es una puesta en escena..., una puesta en escena carnavalesca. Las cortinas, el telón abierto que parece decir: bienvenidos al espectáculo... Sospecho que, en realidad, tras este asesinato se encuentra una mente menos bárbara de lo que su violencia haría presagiar. O para ser más precisos, una mente bárbara oculta tras las maneras más delicadas del mundo. Este refinamiento cruel lleva la marca de los auténticos decadentes. Todo ha sido elegido y calculado para obtener... un efecto dramático. El crucificado, esta curiosa frase en el pecho, como una especie de poema enigmático...

—Es posible que el asesino hiciera tragar a la víctima vinagre con el que habría empapado un trapo —continuó Brozzi—. Y eso en el mismo momento del suplicio, con lo que infligió a Marcello las diversas sevicias de Cristo tuvo que padecer desde la procesión del Calvario hasta su muerte. Los ojos han sido extraídos, y en el globo ocular derecho hay partículas de vidrio que rompieron al seccionar el nervio. Habrá que tratar de identificar su procedencia. Es un vidrio blando, pulido, pero de cierta

densidad; podría proceder de Murano, si se considera su factura y la limpidez del cristal; los restos son demasiado pequeños para decir más.

—Entiéndame, Brozzi. Puedo aceptar que este hombre haya sido asesinado porque actuaba en la sombra por cuenta de los Diez y de la Crimínale. Pero ¿por qué un asesinato tan espectacular? ¿Por qué ese guiño, y perdone la imagen, que parece invitarnos al escenario del drama, como si entráramos a nuestra vez en una habitación preparada por no sé qué loco dramaturgo? Un dramaturgo que sin duda está muy alejado del temperamento de sier Goldoni, a quien creo poder tachar de mi lista de sospechosos, igual que a cualquiera de los hermanos Vendramin; pero, en todo caso, un enamorado del teatro, del pastiche... y de Pantalón, cuyo vestido hemos encontrado no muy lejos hecho un ovillo. El broche que me mostró, el de Luciana Salestri... ¿No encuentra que la coincidencia resulta muy apropiada? Demasiado, tal vez. A menos que Marcello fuera el amante de esa joven, al igual que Giovanni Campioni, miembro del Senado. Un banal asunto de celos me tranquilizaría, pero me cuesta creerlo. Todo esto me parece endemoniadamente preparado, Brozzi.

El médico levantó los ojos.

—Preparado, sí, como un autor que dispusiera su decorado y el destino de sus personajes. Comparto su opinión.

—Se ha empleado mucho talento y dedicación para ejecutar esta sombría hazaña. Marcello debió de gritar durante mucho tiempo, en este teatro desierto, mientras se desangraba y lo clavaban a esas tablas a martillazos. Demasiado retorcido para una simple *vendetta*; una espada, una pistola o un arcabuz lo hubieran solucionado igual de bien, y más limpiamente. Pienso que querían hacerle sufrir, y tal vez hacerle hablar. Una tortura... Pero si fuera así, ¿por qué en el teatro, Brozzi? ¿Por qué no haberlo secuestrado y llevado a otra parte?

—Porque debíamos encontrarlo, amigo mío —dijo Brozzi mientras se inclinaba de nuevo sobre el muerto.

Pietro chascó la lengua en señal de aprobación.

—La enigmática inscripción sobre su cuerpo es otra señal de que el asesino quería dirigirse a nosotros. En efecto, Brozzi. Ha querido gritarnos algo... Y esto no se parece en nada a una sesión de tortura, cómo diría..., clásica. Ha sido montada para nosotros, o dicho de otro modo, para la República. Pero aún hay otra cosa francamente sorprendente.

—Ya veo lo que quiere decir —dijo Brozzi, cogiendo su pañuelo para limpiarse los quevedos.

Tenía la frente húmeda de sudor.

—Los ojos...

Pietro levantó el índice y sonrió.

—Los ojos, sí. Entiendo lo de la corona de espinas, la herida en el costado, la cruz, el vinagre, todas las otras formas de equimosis o de estigmas de lapidación... Pero ¿por qué sacarle los ojos? Eso no es demasiado bíblico, Brozzi. Una nota falsa,

sin duda, en esta triste representación. Pero estoy convencido de que no es fruto del azar. ¡En fin! Me parece que tenemos ya varios hilos de los que tirar: Luciana Saliestri, la cortesana... Giovanni Campioni, el senador... y por si acaso, el confesor de San Giorgio, el padre Caffelli.

Pietro suspiró y recordó las palabras que había pronunciado Emilio al salir del palacio ducal: «Acabas de poner los pies en el vestíbulo del infierno, créeme. No tardarás en darte cuenta de ello».

Pietro miró a Brozzi. Este le sonrió, rascándose la barba, y lanzó un estilete ensangrentado a la cubeta, donde rebotó con un nuevo tintineo.

El agua se mezcló con la sangre.

—Bienvenido al limbo de los asuntos criminales de la Quarantia —dijo escuetamente.

Pietro caminaba por las calles de Venecia. Se disponía a encontrarse con Landretto en la posada donde se alojarían provisionalmente aquella noche, mientras esperaban que Emilio diera con un lugar más confortable para ellos. Con la cabeza llena todavía de ideas sombrías, Pietro se miraba los pies con las manos a la espalda y la expresión concentrada. Se había levantado un viento frío. Los pliegues de su gran manto negro se agitaban tras él. Absorto en sus pensamientos, no se fijó, al entrar en una callejuela, en los cuatro hombres que, equipados con linternas y vestidos con ropas oscuras, hubieran podido pasar por Señores de la Noche si no fuera por sus inquietantes máscaras. La penumbra les daba un aire aún más extravagante y quimérico. Pietro no se dio cuenta de su presencia hasta que fue evidente que estaba acorralado. Dos hombres le cerraban el paso por un lado, y los otros dos por el otro. Por debajo de las máscaras podían distinguirse sus sonrisas malévolas. Los hombres dejaron en el suelo sus linternas, lo que dio fugazmente a la callejuela un aspecto de escenario o de galería iluminada a la espera de alguna personalidad importante. Pietro levantó los ojos.

—¿A qué viene esto, señores? —preguntó.

—Viene a que nos vas a dar amablemente tu bolsa —dijo uno de los ladrones.

Pietro observó al hombre que había hablado y luego a su compinche. Después se volvió hacia los otros dos, firmemente plantados tras él. Todos iban armados: uno con un garrote, el otro con una daga, y los dos últimos con una espada corta. Lentamente, Pietro sonrió.

—¿Y qué pasaría si me negara a hacerlo?

—Pasaría que acabarías degollado, caballero.

—O que perderías el ojo que te queda —bromeó su camarada, en alusión al parche que llevaba Pietro.

«Ya veo».

—Decididamente las calles de Venecia no son muy seguras en estos tiempos.

—A quién vas a decírselo. Vamos, suelta esa bolsa.

—Señores, tal vez será mejor que se lo diga. Creo que incluso estando ciego, podría darles una buena paliza a los cuatro. Lárguense y no les haré daño. Aún pueden salir bien librados de esta.

Los hombres se echaron a reír.

—¿Le estáis oyendo? De rodillas, caballero, y danos tus cequíes.

—Me veo obligado a insistir en mi advertencia.

—Insiste todo lo que quieras, pero suelta la bolsa.

El hombre se adelantó, con aire amenazador.

«¡Bien! —pensó Pietro—. Al fin y al cabo, un poco de ejercicio no me vendrá mal».

Irguió el busto y, lentamente, abrió los pliegues del manto, que dejó caer hacia atrás, descubriendo la espada y las pistolas en el flanco.

Durante un instante, sus adversarios dudaron.

Pietro llevó la mano a la empuñadura de su arma.

Los bribones seguían acercándose, estrechando el cerco.

—Bien... En atención a ustedes, solo utilizaré la espada —dijo Pietro.

Desenvainó. La hoja centelleó brevemente a la luz de la luna, mientras los cuatro falsos Señores de la Noche se lanzaban contra él. Todo ocurrió muy deprisa. Brillaron dos destellos, y la espada hendió el aire. El primer hombre enmascarado recibió un profundo tajo en el hombro y soltó su garrote. La daga del segundo describió en el espacio un arco de círculo, en compañía de los tres dedos que Pietro acababa de cortar. Luego giró sobre sí mismo, flexionando las rodillas; evitó un golpe, que se perdió en el vacío y laceró las corvas del tercer adversario. Finalmente se irguió bruscamente, y girando aún, utilizando un golpe de su invención, dibujó en la frente del cuarto una estrella, de la que instantáneamente brotó sangre. El hombre perdió la máscara. Bizqueó un instante, y más por el terror que por el dolor que sentía, después de tambalearse unos segundos, se derrumbó a los pies de Pietro, desmayado.

Ahora los cuatro hombres yacían en el suelo; uno con la mano crispada apretada contra el hombro, otro aullando y buscando los dedos que le faltaban, y otro más comprimiendo la sangre que brotaba de sus corvas. Por no hablar del jefe de los bribones, que había partido hacia cielos más clementes en medio de su obnubilación.

Pietro sonrió. Recogió el manto del suelo y cogió la flor de su ojal. Se acercó al que se retorció de dolor apretándose las piernas ensangrentadas. El hombre dejó de lanzar alaridos momentáneamente y alzó los ojos hacia su vencedor. Pietro soltó la flor, que cayó dando vueltas junto al hombre.

Giró sobre sus talones y se fue.

Con los ojos dilatados, el hombre miró la flor.

Era una firma: «La Orquídea Negra ha estado aquí».

Segundo Círculo

CANTO IV

Los lujuriosos

Luciana Saliestri no era una de esas nobles damas que Venecia se complacía a veces en ofrecer a las miradas en las recepciones oficiales, como se hizo en ocasión de la visita de Enrique III, cuando la República, no satisfecha con exhibir sus fastos políticos, añadió el complemento picante de un desfile de caras bonitas, fuente también de su reputación. No, Luciana era una cortesana de lujo de vida agitada, que presumía de escribir versos y filosofar, mientras se cubría con la máscara para desplegar los tesoros de su sensualidad. Con su turbio encanto, encarnaba a la vez a la erudita y a la puta, a la escoria del pueblo y a la flor de una juventud refinada. Como las mujeres de mala vida, Luciana Saliestri estaba sometida a todas las prohibiciones impuestas por el poder; pero en la práctica, una tolerancia de buena ley y la protección tácita de los poderosos le permitían esquivar alegremente las iras gubernamentales. En cierto modo, representaba por sí sola una institución: si vendía su cuerpo era para satisfacer a viajeros importantes, para ser la guinda en la negociación de algún asunto de primer orden o para aliviar a los políticos de sus preocupaciones cotidianas. Los inquisidores perseguían a las prostitutas, cierto, pero expulsaban a las pobrecillas del *campo* San Polo, de las galerías de San Marco o de Santa Trinitá, mientras Luciana, viuda a los veintidós años de un riquísimo comerciante de tejidos que había adquirido fama en toda Venecia por su avaricia, paseaba por las inmediaciones de los jardines del palacio ducal alimentando con toda libertad las ambigüedades de su condición. No se podía negar que era encantadora: una cara preciosa, un lunar en la comisura de los labios, ojos almendrados, un cuerpo perfecto que se amoldaba al muaré, a los bordados y a los encajes; había sido bailarina, y la gracia de su porte bastaba para embrujar a cualquier hombre. A eso añadía ese aroma de misterio que suscitaba al momento toda suerte de fantasías, y que creaba ocultándose a veces tras un antifaz o recurriendo a la sola virtud de una retórica aguda y elíptica que le permitía encadenar a sus admiradores con un talento innegable. Luciana recibía en su villa, que daba al Gran Canal y que, como el resto, había heredado. Su matrimonio le había evitado la oscuridad del convento; a fin de cuentas, a él se lo debía todo. Maese Saliestri estaba tan apegado a sus ducados que se había convertido en un personaje legendario; se murmuraba que en otro tiempo contaba cada minuto como un centavo, porque, según sus propias palabras, el tiempo era «un recurso escaso». Aún ahora, Luciana seguía rindiendo homenaje a ese tacaño sin igual, y encendía cirios en su memoria, mientras dilapidaba tranquilamente la fortuna que él había amasado. Era tan despilfarradora como codicioso había sido él. Luciana había encontrado otras actividades para satisfacer sus inclinaciones: se entregaba a cualquiera que considerara digno de ella. La compañía de Marcello la

había divertido durante un tiempo. La de Giovanni Campioni, miembro del Senado, le planteaba retos distintos. En todo caso —a menos que disimulara, y de hecho era muy capaz de hacerlo—, parecía evidente que no sabía todavía qué había sucedido en el San Luca.

Siguiendo las instrucciones de Emilio Vindicati, Pietro había quemado el informe que su mentor le había remitido, al abandonar la Quarantia, la víspera por la noche. Aquella mañana había interrogado al personal del teatro para verificar sus coartadas, con el apoyo de Brozzi y de Landretto. Los resultados no habían sido muy fructíferos, de modo que había decidido visitar a Luciana en su villa del Gran Canal. La villa Saliestri era una de esas pequeñas joyas venecianas cuya belleza apenas puede imaginar el paseante, engañado por una fachada deteriorada que oculta un interior de lo más extraordinario. Una vez franqueadas las arcadas de la entrada, se penetraba en un jardín que, como salido de la nada, parecía haber surgido de un sueño: una fuente en el centro, parterres de flores, algunas avenidas que se enroscaban ante otras arcadas. Sin ser de grandes dimensiones, aquel lugar trasladaba enseguida al visitante a otro mundo, borraba milagrosamente el rumor de la ciudad para únicamente dejar oír el murmullo tranquilo del agua; era una invitación al descanso y a la ociosidad. El edificio propiamente dicho, con sus dos plantas, jugaba con estos contrastes con idéntica armonía. Los muros, cargados aquí y allá de humedad, extraían de estos degradados parte de su belleza delicuescente, que, con todo, no dejaba presagiar la riqueza interior de la decoración; una opulencia que Pietro percibió en cuanto fue introducido en la casa: muebles barnizados con cerraduras de oro, divanes forrados de terciopelo o de telas de seda, retratos dinásticos, espejos abismados en un intercambio de límpidos reflejos, puertas entornadas que se abrían al secreto de los baldaquines, cortinajes de ondulante drapeado que caían ante las alcobas... El visitante se sentía sumergido en esta atmósfera intimista y muelle, aunque barroca, en cuanto ponía el pie en el interior. Sin embargo, para Pietro aquella entrevista constituyó una dura prueba. Aunque había oído hablar de la Orquídea Negra, Luciana Saliestri desconocía la verdadera identidad del hombre que se presentaba ante ella en nombre del dux. Pietro, por su parte, conocedor de todas las habladurías que corrían sobre las calaveradas de la hermosa dama, no podía evitar, después de tantos meses pasados en prisión, que sus pensamientos se desviarán hacia unos crímenes mucho más placenteros que los que le obsesionaban desde su paso por el San Luca. Esa sonrisa, esos labios, esa garganta risueña, esos senos que paseaba ante su nariz con toda la provocación de que era capaz, hubieran supuesto para él un verdadero suplicio si el recuerdo de su gran amor, Anna Santamaría, no se hubiera alzado todavía en su corazón como una muralla. Pero fingir indiferencia ante Luciana, que desplegaba toda su capacidad de seducción, alimentando su florilegio con suspiros impacientes con esa afectación que distingue a la feminidad más entusiasta, constituía, en cualquier caso, toda una hazaña. Pietro sentía la irresistible tentación de dar a la hermosa el correctivo que merecía, y forzarla a abandonarse antes de que ella le

rogara, a su vez, que diera satisfacción a sus deseos y dejara a un lado sus prevenciones y sus coqueteos. Pero, en cambio, debía informarla de conspiraciones y crucifixiones.

«No sé si esto podrá durar mucho tiempo». Estaba sentado ante ella, en un sillón de terciopelo malva, tamborileando con los dedos sobre los brazos del asiento. Luciana, tendida a medias sobre el diván, miraba de vez en cuando hacia las ventanas que daban al balcón y al murmullo del Canal. Un ejemplar del *Miles gloriosus* de Plauto yacía abierto a su lado.

Pietro, que había abandonado su parche, se había maquillado para la ocasión con una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha. Un pendiente colgaba de su oreja en el mismo lado.

Llevaba una chaqueta blanca y dorada, con guantes del mismo color, y había dejado cerca su sombrero oscuro.

Cruzó las piernas.

—¿Qué hizo la noche de anteayer? —preguntó.

Sonrisa. La mujer sopló para apartar un mechón de pelo que le caía sobre la frente; un mechón de ese rubio tan veneciano, casi pelirrojo, obtenido tras lánguidas exposiciones al sol en la *altana*. Las mujeres tenían la costumbre de cubrirse la cabeza, en sus balcones, con un gran sombrero de paja del que habían eliminado el forro, y la acidez del ruibarbo con que embadurnaban sus cabellos les daba, al calentarse al sol, ese color tan particular.

—¿Qué le parece a usted que hace por la noche una mujer como yo?

Pietro, con la boca seca, esbozó una sonrisa forzada.

—¿No asistió usted, por casualidad, a la representación de Goldoni en el teatro San Luca?

Una mano se posó sobre los pómulos sonrosados y luego sobre la garganta, acariciando negligentemente un dije en forma de delfín. Otra sonrisa.

—Ah... Una alusión a Marcello, sin duda. Veo que está bien informado. No, lo cierto es que ese día me concedí una pausa. Me quedé aquí sola para descansar. No está mal si no se abusa.

—¿De verdad estuvo sola?

Pietro sonrió.

—Luciana, hábleme del senador Giovanni Campioni. Me han llegado noticias de que, igual que Marcello, era uno de sus íntimos...

La mujer se sorprendió por un instante, pero enseguida recuperó el aplomo y replicó con una risa cristalina:

—¡Decididamente, nada escapa a la sagacidad de la República!

—Sobre todo cuando se refiere al comportamiento de sus más dignos representantes —dijo Pietro—. Nuestro ilustre senador, ¿estaba con usted esa noche? ¿Cree que estaría dispuesto a confirmar... su coartada?

Luciana frunció las cejas.

—¿Acaso necesito una coartada? Temo que no le comprendo. Tal vez debería explicarme la verdadera razón de su visita.

Encogió una de sus piernas, haciendo que el vestido subiera hasta la rodilla. Una fugaz ojeada bastó para que Pietro entreviera unos encajes blancos que acentuaron su turbación. Una maniobra de distracción de lo más efectiva. Pietro buscó en el bolsillo de su manto, abrió un pañuelo y le puso ante los ojos el broche de oro.

—¿Reconoce este objeto?

Luciana lanzó un grito de estupefacción. Enseguida se apoderó del broche y lo examinó con atención.

—¡Es mío, en efecto! Giovanni hizo fabricar esta joya para mí a un orfebre del Rialto... ¡Es mi broche, no hay duda, mire estas iniciales! Me lo robaron hace solo unos días. No había forma de recuperarlo; imagine mi inquietud, tenía mucho miedo de ofender a Giovanni... Pero ¿dónde lo ha encontrado?

—Perdone si le parezco un pájaro de mal agüero... pero este broche ha sido encontrado en el escenario de un crimen. Junto al cadáver de Marcello Torretone.

Luciana calló. Sus ojos almendrados se dilataron de asombro. Una delicia. Bien porque fuera una excelente actriz, bien porque acusara realmente el golpe, tardó algunos segundos en reaccionar y poder articular por fin correctamente:

—Marcello... ¿muerto? ¿Cómo ha ocurrido?

—Lo han asesinado.

—Señor...

Nuevo silencio.

—Pero... ¿qué le ha ocurrido exactamente?

Pietro apretó los labios.

—Le ahorraré los detalles, *signora*; no son nada agradables.

—¿Quién ha podido hacer algo así?

—Eso es precisamente lo que investigo. Por eso me gustaría mucho poder contar con su cooperación.

Los ojos de Luciana se perdieron en el vacío. Se llevó la mano al pecho y sacudió la cabeza, con el rostro marcado por una súbita tristeza.

—Dios mío... Qué tragedia. Me preguntaba justamente por qué Marcello no me había dicho nada. Teníamos que vernos anoche; yo...

Calló, miró a Viravolta, consciente de su actitud desconfiada, y dijo, tratando de recuperar su tono candido:

—¡No irá a pensar que tengo algo que ver con todo esto! Me robaron este broche, ¿qué más puedo decirle?

—¿Tiene idea de quién podría haberlo sustraído? El propio Marcello, ¿tal vez?

—Qué idea más descabellada. ¿Por qué haría algo así?

—¿Y Giovanni?

—¿Giovanni? ¿Qué interés podría tener en robar un broche que él mismo me regaló? Y anteayer no estaba aquí. No le he visto desde hace bastante tiempo.

Pietro descruzó las piernas y se inclinó hacia ella.

—Por lo que sabe, ¿Marcello tenía enemigos?

Luciana sonrió vagamente.

—Sí. Tenía uno.

Levantó las cejas, enigmática.

—Él mismo —dijo.

Pietro juntó las manos bajo el mentón. ¿Estaba la cortesana al corriente, de la doble actividad de Marceño? No habría sabido decirlo.

—Marcello era un hombre... complejo —continuó Luciana—. Eso era precisamente lo que le hacía tan atractivo. Estaba obsesionado con la idea de hacer el mal. Quería evitarlo a cualquier precio. Creo que... se hacía responsable de lo que le ocurrió a su pobre madre. Ahora está inválida y medio loca; pero ella siempre fue así. La locura de Dios, ¿me comprende? Nunca fue una persona demasiado equilibrada, y su marido tampoco. Esto se acentuó cuando dejó de interpretar. Marcello, por su parte, era un ser atormentado.

—¿Qué más sabe sobre él?

Luciana le miró de nuevo a los ojos.

—Ya es mucho, ¿no? Marcello era un gran actor. Y un hombre que ocultaba su sufrimiento. En el amor... tenía gustos particulares. No solo había... mujeres.

Pietro levantó una ceja. Luciana se aclaró la garganta.

—Permita que no me extienda sobre este tema. Creo que los difuntos tienen derecho a una cierto respeto. Digamos que pienso que Marcello nunca fue suficientemente amado y que prefirieron a Dios antes que a él. En parte por eso yo me esforzaba en ofrecerle, en la medida de mis modestas posibilidades, una especie de cura...

—Ya veo... —dijo Pietro.

Reflexionó unos segundos, y luego añadió:

—¿Sería indiscreto preguntarle si ha recibido a otros hombres estos últimos tiempos, *signora*?

Luciana le dirigió una mirada intensa. La mujer no era insensible a su encanto; Pietro estaba convencido de ello. Sus mejillas se sonrojaron aún más y se pasó la lengua por los labios.

—Bien, yo... Suelen ir enmascarados, sabe. Ha habido tres... Uno de ellos era francés, a juzgar por su acento. Nunca había visto a los otros dos. Apenas los conozco... Vienen, me poseen y se van. Podría ser cualquiera. Usted, por ejemplo.

Había dicho estas últimas palabras en un susurro. Ahora sus rostros estaban solo a unos centímetros.

Pietro volvió la cabeza y alzó la vista hacia el techo.

La conversación con Luciana se prolongó aún unos minutos. Pietro trató de volver,

sin éxito, a lo que la cortesana había insinuado. ¿Había tenido Marcello otras relaciones... menos confesables? «No solo había mujeres», había dicho ella. Pietro recordaba también el comentario de Goldoni en el teatro San Luca: «Marcello no se entendía realmente con las mujeres... Siempre daba la impresión de que se burlaba de ellas». A Marcello Torretone, comediante, agente de los Diez... ¿le gustaban también los hombres? Sí, era muy posible. Aquello encajaba perfectamente con el personaje. La ambivalencia hasta el extremo. Algo que tampoco figuraba en el informe de los Diez. ¿Acaso lo ignoraban por completo, o lo habían utilizado como una herramienta suplementaria de manipulación? El arte del disimulo de Marcello, en todo caso, debía de haber alcanzado cotas de perfección. Pietro salió de la visita intrigado y frustrado. Tardó un poco en poner en orden sus ideas después de haber abandonado a Luciana a sus meditaciones de diván. Mientras se alejaba de la villa, ella le miraba desde el balcón, trenzándose, pensativa, los cabellos. Los encantos indudables de la joven bailaban todavía en su mente mientras volvía a subir a la góndola que le había conducido a la villa Saliestri. ¡Luciana! Una personalidad turbadora... Sensual, provocadora y dócil a la vez; fascinada por el lujo y el placer, ofreciendo su cuerpo y palpando las bolsas mientras contaba la fortuna que le había dejado su marido. ¿Qué hacía su broche en el teatro San Luca, cerca del cadáver de Marcello? Ella afirmaba no saber quién lo había robado; si no mentía, podía ser Marcello, Giovanni Campioni o cualquier otro de sus admiradores. El senador Campioni podía ser una clave. Pero aproximarse a un hombre que ocupaba una posición tan elevada requería cierta delicadeza, y la forma de proceder durante su interrogatorio exigía algunos preámbulos tácticos: debería acordar una estrategia con Emilio Vindicati y con el propio dux. Pietro se ocuparía de ello en cuanto pudiera.

De momento, la Orquídea Negra debía proseguir su exploración, como un soldado disciplinado.

La construcción de la iglesia de San Giorgio Maggiore, situada en la isla del mismo nombre y separada de San Marco por un brazo de la laguna, se había iniciado en 1565 bajo el impulso de Palladio y había concluido unos cuarenta años más tarde bajo la dirección de uno de los discípulos del célebre arquitecto. Situado frente al palacio de los dux y la Piazzetta, el lugar desempeñaba un papel nada desdeñable en el seno de la República para el control de los flujos marítimos a la entrada y a la salida de la ciudad. Una primera iglesia había sido edificada a partir de 790, a la que se añadió, en el siglo X, un monasterio benedictino; los dos edificios quedaron destruidos por un terremoto antes de ser reconstruidos en el siglo XVI. Con el Redentore de la Giudecca, la iglesia de San Giorgio era la única que Palladio había dibujado por entero. Al desembarcar a sus pies en la explanada que la separaba de las aguas, Pietro no pudo dejar de admirar la belleza de esa fachada de piedra de Istria, adornada con columnas de estilo corintio. Sonrió al contemplar las estatuas de los dux que habían instalado en

los extremos del edificio, en agradecimiento a las donaciones que habían ofrecido al monasterio. Un nuevo campanile, que no tenía nada que envidiar al de la plaza de San Marcos, había sido construido recientemente en sustitución del deteriorado campanario del siglo xv. A la sombra de esta iglesia oficiaba el padre Caffelli, confesor del difunto Marcello.

Pietro dejó a su criado y atravesó la explanada; franqueó los pocos escalones que le separaban de las grandes puertas dobles y entró en la iglesia.

Mientras avanzaba entre las filas de bancos, Viravolta se preparó para el encuentro, prometiéndose que conservaría la calma, y en lo posible, su sentido del humor, aunque no había olvidado el papel que Caffelli había desempeñado en su encarcelamiento. Si hubiera tenido libertad de actuación, le hubiera encantado dar una buena paliza al sacerdote, mentiroso y delator, para enseñarle buenas formas.

«Los reencuentros, a veces, pueden ser tensos».

Pietro encontró a Caffelli junto al altar; el sacerdote parecía meditar ante un cuadro que representaba el Descendimiento de la cruz. San Giorgio estaba vacío, excepto por una forma encapuchada —una hermana, sin duda, que había ido a desgranar su rosario—, que se levantó y se deslizó silenciosamente hacia el exterior. Caffelli se volvió al oír resonar los pasos de Pietro bajo las bóvedas. Dejó sobre el altar la Biblia que tenía en la mano y apagó dos velas de un soplo, mientras recibía al recién llegado con un ligero fruncimiento de cejas. Pietro lanzó una ojeada al cuadro del Descendimiento de la cruz; volvió a verse con Brozzi, el médico de la Quarantia Criminale, descolgando los restos de Marcello, expuesto como una pieza de caza en el escenario del San Luca. Apartó esta imagen de su mente y miró de nuevo a Caffelli. Este tuvo un momento de vacilación, pero luego, al reconocer el rostro de Viravolta, a pesar de la penumbra y de su cambio de apariencia, contuvo un grito de estupor. Los dos permanecieron frente a frente unos instantes. El sacerdote juntó las manos ante su alba. Era un hombre de corpulencia mediana, casi desprovisto de cabellos, de rostro pesado y bezudo, tan hinchado que parecía casi desproporcionado en relación con el resto del cuerpo. Pero lo que alertó a Pietro fue la palidez de su rostro.

Cosimo Caffelli inspiró hondo y permaneció en silencio. Finalmente habló:

—Quién lo hubiera dicho... ¡Viravolta!

—Para servirle —dijo Pietro.

Se produjo un nuevo silencio. Caffelli continuó:

—Creía que debía pasar pronto por el puente de los Suspiros para ser ejecutado, o al menos para recibir los vergajazos que merece...

—Se lo ruego, no disimule su satisfacción por verme.

—Dígame, ¿acaso ha escapado? No; sin duda ha vendido su alma para encontrar una salida a su triste situación. ¿Qué necesita el Consejo de los Diez para haber decidido esta amnistía? Me gustaría saberlo. En todo caso, espero que esta gracia sea solo provisional. Personalmente pienso que los Plomos hubieran debido cobijarle aún

por mucho tiempo. Pero estoy acostumbrado a acoger a los réprobos; Dios siempre tiende la mano a los que se apartan de su senda... ¿Y bien, Viravolta? ¿Está, quizá, dispuesto a arrepentirse?

Pietro no pudo contener la risa, una de esas risas hirientes que se le escapaban a veces, y que, naturalmente, desagradó a Caffelli.

—No exactamente, padre. Pero dejémonos de halagos. Las desgracias nunca vienen solas. Le alegrará saber que en este momento actúo por el bienestar de nuestra hermosa República. ¡Si el mensajero no es de su gusto, al menos será sensible a la causa que represento! El dux y los Diez me han encargado una misión a cambio de mi libertad. Una misión un poco especial. Y confidencial, por el momento. Por esta razón he venido a verle, y le repito que esto debe permanecer en secreto si no queremos tener complicaciones con nuestros intrépidos inquisidores o con la Quarantia Criminale, que no se distingue precisamente por su sentido del humor.

Mientras hablaba, Pietro buscó en su manto la carta de acreditación en la que figuraba el sello del dux. Caffelli la cogió, escéptico, y la leyó atentamente, con cara inexpresiva, antes de devolvérsela con un gesto seco.

—¿Usted defensor de los intereses de Venecia? Es para partirse de risa. ¿Está el senador Ottavio al corriente de esta nueva farsa? En todo caso, puede contar conmigo para...

Esta vez, del rostro de Viravolta desapareció hasta la menor sombra de sonrisa. Con aire amenazador, dio un paso adelante y dijo en tono acervo:

—No lo dudo ni por un momento, pero le repito que estoy en misión secreta, y ya sabe que si lo revela, se expondrá a las iras de los Diez. Dejémonos de bromas, si le parece. Le guste o no, he vuelto.

«Y será mejor que no se exceda, o le crucificaré yo también».

Viravolta frunció el entrecejo.

—He venido a hablarle de uno de sus fieles, padre Caffelli. Se trata de Marcello Torretone, el gran actor de la compañía de Goldoni. Le han encontrado muerto... crucificado, en el escenario de su teatro. Creo que usted era su confesor...

—¿Có... cómo?

Al oír estas palabras, el sacerdote había palidecido. Caffelli se pasó la mano por la frente y su labio inferior tembló. De pronto parecía anonadado. La expresión de su cara se descomponía a ojos vistas.

Durante unos segundos se tambaleó, y Pietro creyó que iba a desplomarse; pero en el último momento se rehizo. El sacerdote hundió la mirada en la de Pietro, y luego balbuceó en voz baja:

—Bien... Ya veo... Pero no hable tan fuerte. No sabe a qué se expone.

—Estamos solos —dijo Pietro, sorprendido por la reacción del sacerdote.

—El enemigo está en todas partes. Venga.

El cambio de actitud de Caffelli ante la simple evocación del nombre de Marceño bastaba para indicar a Viravolta que había hecho bien en ir allí, y no hacía sino

intrigarle más aún. Caffelli cogió a Pietro del brazo, lo arrastró resueltamente hacia el confesionario de San Giorgio y entró en él, haciéndole un gesto para que ocupara un lugar a su lado. Este se deslizó al interior del oscuro reducto y corrió la cortina violeta.

—Le confieso, padre —dijo tras inclinarse hacia la pequeña reja de rombos que le separaba del sacerdote—, que no me encontraba en una situación como esta desde hace mucho tiempo. Aunque es verdad que ocupé el puesto del párroco de Nápoles para seducir a una bella mujer e incitarla a lanzarse a mis brazos... Un dulce recuerdo, por cierto.

—Déjese de historias, Viravolta. ¿Decía que lo habían crucificado?

Pietro levantó las cejas. La voz de Caffelli había perdido su firmeza.

—Sí. Y antes su asesino le arrancó los ojos.

—Santa María... Es imposible...

—¿Qué sabe de esto, padre? Ahora le toca a usted confesarse. No olvide que es por la República. ¿De qué enemigo habla?

—¡El Diablo! ¿Ha oído hablar de él? Estoy seguro de que el Gran Consejo y el Senado están al corriente, que se estremecen ante su sola mención. El dux ha debido de hablarle de él, ¿no es cierto? ¡El Diablo! ¡El Diablo está en Venecia!

—El Diablo... —dijo Viravolta alzando las cejas—. Cielos... Pero ¿de quién se trata exactamente?

—Nadie lo sabe. Yo creo... creo que Marcello se disponía a encontrarse con él en persona. Aunque le daba otro nombre... «La Quimera», sí, así se hacía llamar. Es todo lo que puedo decirle.

—¿De modo que Marcello se habría citado en el San Luca... con Lucifer?

—No bromea sobre esto, pobre inconsciente. Esta sombra se ha deslizado entre nosotros para lo peor... ¡Y si no es el propio diablo, posee su crueldad, puede creerme! ¿No le ha bastado lo que dice haber visto allí, en el teatro?

Caffelli se santiguó. Pietro lanzó un suspiro.

—Dígame, ¿de eso hablaba con Marcello, cuando venía a verle?

Detrás de la reja, Caffelli hizo una mueca.

—¡Ya sabe que si usted está atado por el secreto, yo lo estoy igualmente, Viravolta! Y la misión que le han encargado no basta para que reniegue del secreto de confesión y me confíe a un bandido como usted. Solo le diré que se prepara lo peor, no le quepa la menor duda.

Pietro seguía pensando que si Marcello era realmente un espía por cuenta de los Diez, era poco probable que se hubiera confiado a Caffelli y le hubiera comunicado secretos de Estado en medio de alambicadas confesiones. Pero, al mismo tiempo, este parecía estar enterado de una parte del trabajo de investigación de Marcello. ¿Sabía el sacerdote más de lo que estaba dispuesto a reconocer? Era probable. Tal vez se encontrara, de un modo u otro, mezclado en el crimen. Si no era él mismo un informador de los Diez, había podido representar para Marcello una preciosa fuente

de informaciones. El modo que tenía de parapetarse tras el secreto de confesión le parecía tan legítimo como sospechoso. En cuanto a la naturaleza exacta de sus relaciones con el comediante, la cuestión merecía un examen más atento. Y en este sentido... Pietro temía lo peor.

—¿Qué sabe de Marcello exactamente?

—Lo que todo el mundo sabe. Que era actor en la compañía de Goldoni.

—¿Es todo?

El sacerdote dudó. Se cogió la cabeza entre las manos.

—Sí.

Pietro estaba convencido de que mentía.

—¿No era usted su confesor? Padre..., ¿de qué le hablaba Marcello? ¿Se sentía amenazado?

—*Santa Madonna*. Recé, día y noche, esperando que esto no ocurriera... Qué vergüenza, Señor. ¿Por qué tenían que acabar así las cosas? Todo ha ido de mal en peor. Marcello era un muchacho que merecía vivir... Era...

—Me han descrito a Marcello como un ser obsesionado con el pecado. ¿Es cierto?

—Marcello estaba perdido. Había... renegado de su bautismo. Yo le ayudaba a recuperar la fe.

Pietro entornó los ojos.

—Vaya. Había renegado de su bautismo... ¿Por qué? Padre, ¿de qué se sentía culpable?

Caffelli sacudió la cabeza. No respondió. Pietro decidió ser más explícito.

—¿Cree que su vida amorosa pudo desempeñar algún papel en ello?

La respiración de Caffelli se aceleró. Considerando probablemente que su silencio podía pasar por una confesión, el sacerdote se decidió a replicar:

—La vida sentimental de Marcello le incumbía solo a él, y no creo que le sea de ninguna utilidad para lo que está buscando.

—No estoy tan seguro. Pero si ese es el caso, no lo dude y dígame a quién frecuentaba... Sé que tenía una relación con Luciana Saliestri... ¿Había alguien más?

No hubo reacción. Cosimo se mostraba coriáceo. Viravolta decidió elegir otro camino.

—Bien... Padre... Por lo que sabe, ¿frecuentaba Marcello círculos peligrosos? ¿Tenía enemigos?

El sacerdote se pasó la lengua por los labios; las palabras surgieron al cabo de unos segundos, y las pronunció como si le desollaran la boca.

—Los Estriges —dijo en un susurro—. Los Pájaros de Fuego...

—¿Cómo? ¿Los Pájaros de Fuego? ¿De qué está hablando?

—Los Estriges, a los que llaman también los Pájaros de Fuego... Búsquelos.

—No comprendo, padre. ¿Qué...?

—No, no, es todo lo que puedo decirle... Y ahora váyase. Déjeme solo.

Pietro planteó una pregunta, y luego otra; pero Caffelli ya no respondió. Pietro oyó un susurro. Trató de distinguir la silueta del sacerdote tras los rombos de la reja. Luego abrió la cortina y asomó la cabeza fuera del confesionario. Los pasos de Caffelli resonaban en el silencio de la iglesia. Huía. Con una mano apoyada en la pelvis, parecía ligeramente curvado hacia delante, como si le doliera la espalda.

«Los Estriges», pensó Pietro. Unos seres quiméricos, una especie de vampiros a la vez mujeres y perras, leyendas medievales. Criaturas de las tinieblas, ligadas a las potencias infernales. Y ese Diablo, esa Quimera... ¿Qué podía significar todo aquello? Pietro permaneció largo rato en el interior del confesionario, perdido en sus pensamientos. Tenía la desagradable sensación de que Caffelli había hablado demasiado, o demasiado poco.

Pero por el momento no obtendría nada más del sacerdote.

Suspiró y corrió la cortina del confesionario para salir él también.

Viravolta volvió por fin a la explanada de San Giorgio, donde le esperaba Landretto.

—¿Y bien? —inquirió el criado.

—Nuestro amigo sabe muchas cosas. No me extrañaría que estuviera mezclado en todo esto de un modo u otro. No deberíamos abandonar. Sabré doblegarlo; todos estos hombres de Iglesia son débiles. Y ambos tenemos cuentas que saldar. Pero este asunto requerirá, de todos modos, un poco de tacto. Una cosa es segura: Marcello temía por su vida. Y parece que Caffelli también teme por la suya... Dime, Landretto: los Estriges, los Pájaros de Fuego, ¿te dicen algo?

—Hummm... No, nada en absoluto.

—Lo suponía.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que, según nuestro buen Cosimo, el Diablo está en Venecia.

—Muy enojoso. Pero tengo otra información para usted.

—¿Ah, sí? —preguntó Pietro, de pie frente a la laguna. Se limpió el polvo de la solapa.

—Brozzi ha enviado a uno de sus hombres a buscarnos. Ha identificado la procedencia de los fragmentos de vidrio encontrados en las órbitas de Marcello y en torno a su cuerpo. Proceden del taller de Spadetti, en Murano, lo que no representará ninguna sorpresa para usted. Spadetti es miembro de la guilda de los vidrieros.

Pietro observó al criado.

—Spadetti... sí... uno de los maestros de Murano. Bien, amigo.

Se dirigieron hacia la góndola.

El sol se ponía envolviendo Venecia en una irisación anaranjada.

—Iremos al alba. Pero esta noche, mi querido Landretto...

Abrió los brazos. Estaba cansado y todo aquello le abrumaba. No podía diferir por más tiempo el buen momento a que tenía derecho. Buscar algunos pequeños

reconstituyentes no suponía faltar a su juramento.

Y después de todo, debía dar satisfacción a la solemne transmisión de poderes de Casanova.

«Sé digno de mí», le había dicho Giacomo al salir de prisión.

Pietro sonrió y se volvió hacia su criado.

—Esta noche, Landretto, nos concedo fiesta. Como en los viejos tiempos. Ha llegado el momento de poner fin a determinadas torturas. Los crímenes me deprimen, y las mujeres más bellas del mundo nos esperan. *Andiamo, e basta!*

Después de la partida de Pietro, el padre Caffelli cerró las puertas y se quedó solo en el interior de San Giorgio Maggiore. Caía la noche, y la oscuridad invadía el lugar sagrado circulando entre las estatuas y cubriendo con su sombra el suelo frío y polvoriento. Algunos cirios estaban encendidos en el corazón de la nave. Cosimo estaba arrodillado ante el altar, con el rostro vuelto hacia el terrible Descendimiento de la cruz. Ahora ya solo se oía su respiración, interrumpida por lamentos y un curioso silbido. Cosimo Caffelli, con los ojos velados por las lágrimas, imploraba a su Redentor. A veces creía percibir sombras que susurraban en torno a él. «Un teatro de sombras», hubiera dicho Marcello. El sacerdote no se atrevía a cerrar los párpados, porque en medio de aquella oscuridad imágenes lacerantes volvían para torturarlo. Imágenes con un perfume de azufre, surgidas de lo más profundo de su ser, que no dejaban de atormentarlo e infligirle dolores mortales. «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Hoy el Enemigo sabía, lo sabía todo. Nada podía escapársele. La Biblia estaba abierta ante Caffelli; en un grabado, el demonio conminaba a Cristo a seguirle, con el rostro deformado en una mueca burlona y una cola bifurcada rodeando sus patas. Bandadas de criaturas infernales volaban a su lado. Pero el mal no solo estaba allí, rondando en torno a Cosimo. Estaba en él. Como en todos los pecadores. Aquello no había dejado de ejercer su imperio, se había convertido en algo cada vez más espantoso, más incomprensible. Cosimo había abandonado el camino recto, se había extraviado. Y pronto lo impensable sería revelado al mundo y él se vería salpicado por una vergüenza sin nombre, ¡maldito para siempre, para Venecia y para los hombres!

«¡Dios mío, soy culpable! ¡Sí, Dios mío, he pecado! ¿Por qué me has abandonado?».

Cosimo Caffelli siguió aplicándose en la espalda vibrantes golpes de vara, mientras su sombra se recortaba en el suelo de San Giorgio en el reflejo movedizo de las llamas.

Pietro y Landretto seguían a un *colega*, un portador de linterna bergamasco, con el que bromeaban de vez en cuando. Habían iniciado la velada en la posada El Salvaje, y en ese momento, ya un poco achispados, cantaban. Su alteza serenísima y Emilio Vindicati habían llenado generosamente su bolsa para cubrir los gastos

imprevistos de la misión confiada a Viravolta, y beber a la salud de la República con los ducados del gobierno hacía que estas consumiciones resultaran doblemente gratas al paladar. El pequeño grupo se cruzaba a veces con una cuadrilla de Señores de la Noche, con sus capas negras, que les increpaban para que pusieran sordina a aquel escándalo. Una mirada al salvoconducto del dux, que Pietro presentaba al momento, bastaba para que les dejaran en paz; de todos modos, después de su altercado con la pequeña banda de bribones con que se había tropezado al salir del teatro San Luca, Pietro estaba dispuesto a recibir con la cortesía requerida a cualquiera que tuviera la osadía de contrariarles. Así, Landretto y él se deslizaban sobre el húmedo pavimento, tropezando de vez en cuando y sosteniéndose el uno al otro para no caer. Después de El Salvaje, se detuvieron en un despacho de bebidas, un *bastione* en el que vendían vino al por menor; luego, para abrir el apetito, siguieron con las galletas, el raki, la ratafía de rosas y de flor de azahar, la malvasía y los sorbetes de leche perfumados. Tras dar un rápido rodeo por el café Florian, en la zona de las Procuratie, se dirigieron a otra posada para disfrutar en esta ocasión de una cena digna de un rey: sopa y cordero, algunas lonchas de salchicha a la brasa, un capón entero con arroz y habichuelas, trufas, una o dos codornices, *ricotta* y, finalmente, *zaletti con zebibo*, galletas de maíz y trigo amasadas con mantequilla, leche y huevos y adornadas luego con dados de cidra y pasas. Recordando antiguas amistades, Pietro y su criado entraron a continuación en El Ridotto, una célebre casa donde se jugaba al faraón, al juego de los cientos, a cartas o a dados. La suerte estuvo de su parte: consiguieron buenos beneficios, hasta el punto de distribuir algunos centavos a las mujeres misteriosas de San Marcos, a las nobles damas, procuradoras o duquesas de una noche, que, acurrucadas bajo las arcadas, atraían a los clientes con sus encantos. Bailaron con ellas al son de los violines de orquesta diseminados en torno a las Procuratie. Pietro, que no había tocado aquel instrumento desde hacía mucho tiempo, se atrevió incluso con un tema de Gabrielli, que destrozó sin compasión. La luna se había alzado en el cielo, y ahora se dirigían a uno de esos círculos privados que florecían en Venecia.

Pietro se sentía feliz de su reencuentro con Landretto; el criado volvía a convertirse para él en el compañero de tragos que siempre había sido. Los dos hombres eran amigos, por más que uno estuviera al servicio del otro, y esa noche las distinciones de rango se borraban ante ese compañerismo resucitado. Pietro, por otro lado, nunca había olvidado que al principio él mismo no era más que un golfillo que rondaba por San Samuele. En cuanto a Landretto, no era de origen veneciano, sino que había nacido en Parma. Muy pronto se quedó huérfano de padre, como Viravolta, y su madre desapareció también un poco más tarde. Luego erró durante mucho tiempo por los caminos de Italia, con un pie en la mendicidad y otro en el pillaje. Algunos nobles arruinados lo tomaron bajo su protección, en Pisa y después en Genova. Landretto también era un hombre libre, y Pietro sabía que poseía una inteligencia despierta. Risueño y de aspecto candido, no carecía, sin embargo, de

cierto cinismo, heredado sin duda de su errática trayectoria. Bajo su apariencia de efebo ingenuo y despistado, Landretto sabía calcular lo que le interesaba en cada momento y, cuando hacía falta, daba prueba de gran sagacidad. Por más que proclamara su vil extracción, el criado no carecía de talento para hacerse oír entre los poderosos y había tenido una participación nada desdeñable en la liberación de su amo. Pietro sabía que lo había intentado todo para sacarle de la prisión en que se encontraba encerrado. El propio Emilio Vindicati acabó atendiendo las quejas atropelladas de ese muchacho tan hábil y tan fiel a su señor. Pietro sospechaba que Landretto había contribuido decisivamente a convencer a Emilio para que le confiara una nueva misión policial como pago por su redención.

El local hacia el que se dirigían ahora los dos hombres, un anexo a la vivienda principal de los Contarini, comprendía salones, cocinas, salas de juego y de música, pero también habitaciones. A instancias de Vindicati, Viravolta y Landretto, habían decidido instalarse en unos apartamentos alquilados por seiscientos cequíes al cocinero de un embajador inglés; y Pietro, que conocía el lugar, solo podía felicitar a su mentor por la elección. Una vez llegados, jugaron aún dos horas en la planta baja, y a continuación se inició una discusión apasionada sobre los méritos de diversos textos de Ariosto, lo que dio a Pietro ocasión para lucirse con el recitado de algunos versos conmovedores. En el lugar se encontraban numerosas mujeres; sin embargo, no pasaba un minuto sin que ante los ojos de Pietro apareciera el dulce rostro de Anna Santamaría. Con cada impulso de su corazón, surgían en él mil preguntas que no había dejado de plantearse desde su separación. ¿Dónde estaba Anna? ¿Qué hacía ahora? ¿Pensaba en él, seguía amándole? Pero, aun sin contar con la prohibición que Emilio le había impuesto, Pietro, en la situación de incertidumbre en que se encontraba, se resistía a ceder al sufrimiento lacerante que una y otra vez volvía para atormentarle y a la servidumbre a que le sometía esta obsesión. Aquello se le hacía intolerable. Necesitaba liberarse. Reventar el absceso. Olvidar sus dudas. Olvidar... ¿Tenía acaso otra elección que no fuera la de olvidar a esa mujer y pasar a otra cosa?

«Oh, Anna, Anna, ¿me perdonarás?».

Luchar, hubiera podido luchar; pero ¿cómo, contra quién?

«Déjate ir».

Esa noche bebió mucho.

«Adelante; por ti, Giacomo».

En medio de los nobles presentes aquella noche, y enmascarados como él, se encontraba una joven que destacaba entre todos: Ancilla Adeodato, una mestiza que un capitán veneciano había traído de las antiguas colonias. Con su larga cabellera morena y rizada, su rosa roja en el pelo, su piel color café con leche, sus encajes blancos y su vestido que vibraba con mil estremecimientos, Ancilla era una mujer de rara belleza. Pietro la recordaba por haberla seducido en otro tiempo, como había hecho, por otra parte, con la madre y la hija Contarini, los propietarios de la casa de juego. Aquello había sucedido mucho antes de Anna. A pesar de la máscara, Ancilla

también le reconoció. Sin duda la flor en el ojal había bastado para traicionarle a los ojos de la bella mestiza, pues mientras iban de un lado a otro por el salón de música, la mujer se le acercó, con la mirada fija y decidida, y acariciando la hermosa flor que llevaba en el pecho, le dijo:

—¿Ha salido de prisión la Orquídea Negra? ¿Cómo es posible?

Pietro sonrió. La mujer se puso de puntillas y le murmuró al oído:

—¿Eres tú, Pietro Viravolta? ¿Qué me dirías de visitar las islas... como en otro tiempo?

Pietro sonrió a su vez.

—Hay viajes que no se olvidan.

No tardaron en encontrarse en una de las habitaciones del piso superior.

Landretto escuchaba en la puerta. Oyó el chasquido de los besos y el frufrú de la ropa que caía. Quiso echar una ojeada por el hueco de la cerradura. Imposible: la llave estaba colocada por dentro. Suspiros, gemidos, batallas entre las sábanas...

Landretto esperó aún un poco... y acabó por suspirar también mientras se quitaba el sombrero. No habría nada para él esa noche.

Pronto el criado se alejó para volver a su cama.

De todos modos, la noche no acabó ahí, sino que fue, al contrario, escenario de un acontecimiento extremadamente curioso.

Una hora antes del alba, tres golpes en la puerta despertaron a Pietro.

¿Los había soñado?

Un roce contra el batiente le confirmó que había oído bien. Miró a Ancilla Adeodato, «el don de Dios». La joven dormía con la cabellera esparcida sobre la almohada y sobre su espalda desnuda. Lanzó un gruñido y enseguida recuperó la respiración regular que escapaba de sus labios pulposos. Pietro se levantó sin rozarla, cuidando de no despertarla. Fue a buscar un candelabro, se acercó a la puerta, y la abrió.

Nadie. Ni a la derecha ni a la izquierda.

Pero bajo sus pies notó algo. Era un papel, cubierto de una escritura apretada y minúscula, que acababan de deslizar bajo la puerta. Intrigado, Pietro lo recogió, acercó el candelabro y leyó:

Al Minué de la Sombra, sígueme, Viravolta. Dos pasos adelante, a la izquierda seis pasos, girando a la derecha, contarás ocho pasos. Y si miras entonces por la cerradura, de la carne podrás ver la sombra impura.

VIRGILIO

Pietro miró de nuevo hacia el pasillo. Solo oscuridad, a uno y otro lado, y el silencio de la noche. Se volvió durante unos segundos. Ancilla seguía durmiendo. Pietro permaneció inmóvil un momento, con el candelabro y la nota en la mano, un poco aturdido... Se pasó la mano por la cara. Tenía la boca pastosa. «¿Y ahora, qué

pasa?». ¿Quién había podido dejarle ese mensaje de contenido abstruso? Volvió a leer la nota, se rascó la cabeza, aguzó el oído. Nada. Poco a poco recobró la lucidez, y se esforzó en comprender.

Entornó los ojos, mirando al pasillo, a la pared de enfrente.

Luego avanzó.

«Dos pasos adelante».

El suelo crujió. Cerró con cuidado la puerta de su habitación. Se detuvo de nuevo y miró a sus pies. Se imaginó descubierto así, solo en medio del pasillo; si le sorprendieran en este instante, medio desnudo con su camisa blanca, seguramente lo tomarían por un loco, un espectro extraviado en el mundo de los vivos o, al menos, un hombre atormentado por el insomnio, de mirada alucinada, tal vez bajo el efecto de una droga llegada de un país exótico. Frunció el entrecejo. Se movía como en un sueño algodónoso, o mejor dicho, como en una pesadilla. Era una sensación de lo más extraña; como si le guiara una fuerza, un instinto superior, que dominaba su voluntad.

«Al Minué de la Sombra, sígueme, Viravolta».

Y ahora danzaba con la noche.

«A la izquierda seis pasos».

Giró sobre sí mismo y, lentamente, colocó un pie ante el otro hasta contar hasta seis. A su izquierda, la puerta cerrada de la habitación contigua, donde dormía Landretto. A su derecha, el pasillo formaba un ángulo. Una gota de cera cayó del candelabro y se aplastó contra el suelo. El corazón de Pietro se puso a latir con más fuerza; él mismo se sorprendió al sentirlo. Carraspeó. Todo aquello estaba yendo un poco demasiado rápido para su gusto. Sin embargo, tenía la vaga intuición de que no debía resistirse a esa llamada, aunque no comprendiera su sentido. De nuevo se pasó la mano por la frente.

«Girando a la derecha, contarás ocho pasos».

Pietro dobló la esquina y dio ocho pasos. Vio dos puertas enfrentadas, a la derecha y a la izquierda; y luego otras dos. Unos extraños sonidos empezaban a llegar hasta él. Algo como... un aliento, una respiración ronca. Luego un grito ahogado, el ruido de una cama que gemía bajo el peso de un cuerpo abandonado.

«Y si miras entonces por la cerradura».

Viravolta se inclinó hacia la puerta de la derecha, que, en efecto, estaba provista de una cerradura, una cerradura corriente de hierro con los bordes groseramente trabajados. Pegó el ojo al hueco —aquí no había llave— y se acercó maquinalmente el candelabro al rostro. Volvió a preguntarse si no estaba soñando; el «Minué de la Sombra» había conducido sus pasos hasta esta puerta mejor de lo que lo hubiera hecho el más extraño de los mapas de un tesoro. Un tesoro, ¿pero cuál? Una imagen cruzó por su mente: recordó una escena similar, cuando, siendo niño, miró a través de la cerradura de la puerta de sus padres. Julia, la actriz, entregándose a Pascuale, el zapatero. Vestigios de una inocencia perdida hacía mucho tiempo. Recordaba su

sorpresa, su asco, ese oscuro sentimiento de envidia y celos mezclados ante el cumplimiento carnal de la pasión. Celebración íntima, homilía al culto del cuerpo. La epifanía entusiasta y animal de los sentidos.

«De la carne podrás ver la sombra impura...».

Se incorporó y se frotó los párpados.

Su corazón latía desbocado, y sin embargo, la escena que acababa de descubrir no tenía nada de incitante. ¿Había visto bien?

Volvió a inclinarse.

Un hombre aplastaba con todo su peso a un cuerpo menudo. Sudaba a raudales, jadeaba como un buey sobre *la putta* mientras ahogaba sus quejidos, con los rasgos deformados en una mueca espantosa. Un ridículo antifaz, con una patilla desgarrada, se bamboleaba rítmicamente bajo su mentón. No se había tomado el trabajo de desnudarse; se había limitado a levantarse el vestido negro sobre las piernas gruesas, blancas y velludas, como las patas de un insecto. Pietro siguió cada una de las etapas de esta libidinosa metamorfosis. El hombre jadeaba con más fuerza, su rostro congestionado adquirió un tinte violáceo; las venas, palpitantes, sobresalían visiblemente en las sienes, la máscara seguía balanceándose... De pronto, después de dos o tres golpes de riñón de una brutalidad inaudita, mientras su mano se cerraba de nuevo sobre la boca de su víctima, el hombre se quedó inmóvil; sus rasgos se crisparon, todo su cuerpo se puso rígido en el éxtasis, levantó los ojos al cielo; en ese instante de placer absoluto parecía un duelista atravesado de pronto por el filo de una espada o un soldado que acabara de recibir el golpe fatal, a punto de caer en el campo de batalla.

—*Santa Madonna!* —repetía—. *Santa Madonna!*

El padre Cosimo Caffelli, confesor de San Giorgio Maggiore, se derramaba en largos chorros en los riñones del que ahora le imploraba compasión. Porque en ese momento Pietro se dio cuenta: no era una puta de lujo la que había soportado los dolorosos asaltos del sacerdote, sino un joven efebo, un adolescente que apenas debía de tener diecisiete años.

«De la carne podrás ver la sombra impura».

Entonces, sin hacer ruido, todavía bajo el impacto de la visión, Pietro volvió a su cuarto. Había pensado por un momento en abrir la puerta de golpe. Habría irrumpido en la habitación y sorprendido a Caffelli; habría visto su espantoso rostro avergonzado; habría oído sus lamentos desesperados mientras se abatía sobre él y acababa de cubrirle de oprobio; se habría reído a carcajadas de la hipocresía del sacerdote. «¿Así cumple, padre, con sus deberes para con Cristo y la Virgen? ¡Qué exquisita moralidad, qué ejemplo para Venecia!».

Pero no lo había hecho.

Pietro se sentía de nuevo sumergido en una pesadilla, a la que se añadían los efectos del alcohol que había bebido durante toda la velada. La visión que acababa de invadir sus ojos y su espíritu le había dejado un regusto amargo en el alma. Volvió a

acostarse, buscó el contacto cálido del cuerpo de Ancilla a su lado, cubrió sus cuerpos con las sábanas y las mantas. Con los rasgos de la sensual mestiza, se mezcló la imagen lejana, diáfana, inaccesible y dolorosa de Anna Santamaría. Esa noche tenía la sensación de haber renegado de ella. ¿Pero no era ese el único modo que tenía de escapar? ¿De escapar a una pasión sin futuro, forzosamente sin futuro? Y al mismo tiempo... ¿realmente tenían que terminar así las cosas?

«Ya no lo sé. Francamente, ya no lo sé».

Durante mucho tiempo aún, pensamientos sombríos se arremolinaron en su mente.

Pietro había dejado la nota del Minué de la Sombra junto al candelabro, cuyas velas acababan de consumirse. Le pareció ver de nuevo el cadáver de Marcello crucificado, el cuerpo de Caffelli agitándose sobre el del adolescente, el rostro de Brozzi inclinado sobre su autopsia. Imaginaba los rasgos del autor del Minué de la Sombra, pensaba en los Estriges y en la Quimera, volando entre los demonios. Y pensaba en esa firma desconocida: Virgilio.

No volvió a dormirse.

CANTO V

El vidrio de Minos

El problema del Mal de Andreas Vicario, miembro del Gran Consejo

«Del Mal contra la Libertad», capítulo I

Así podría formular el problema del Mal: si el pecado existe, ¿hay que considerarlo anterior al cumplimiento de nuestros actos, o correlativo al ejercicio de nuestro libre albedrío, en una especie de perspectiva agustiniana invertida? Lucifer ¿tiene realidad solo en las actuaciones de los hombres, o hay que situarlo ante, como una gangrena inmanente alojada no solo en el corazón de nuestra naturaleza, sino también iniciadora del mundo, que predispone a la propia Creación? Jean de Lugio y los maniqueos plantearon en muchas ocasiones esta cuestión; y en mi opinión es crucial, ya que según sea nuestra opción, el hombre se revela o no ontológicamente malo. O bien el demonio es nuestra propia creación, generada por un perverso ejercicio de nuestra libertad, cuyo riesgo asumió Dios en el Génesis al confiarnos el más precioso y, al mismo tiempo, el más peligroso de los regalos; o bien el Mal es consustancial al hombre, iniciador o coiniciador de un mundo cuya parte oscura es al menos tan grande como la de Dios. Pero, en mi opinión, la defensa agustiniana del libre albedrío no puede dar cuenta de la totalidad del Mal; debemos convenir que existen males surgidos, no de un mal ejercicio de nuestro libre albedrío, sino de la pura voluntad de Dios, aunque fueran ya solo las enfermedades y su cortejo de sufrimientos, que no dependen de nadie. Así pues, hay que admitirlo: Dios orquesta nuestros sufrimientos, y a ese Dios, a ese ser inmanente que solo puede ser justificado por la razón en el momento mismo en que le es intolerable, yo lo llamo Belcebú. El pecado está en nosotros como la marca de Lucifer, que deformó la sonrisa de los ángeles. Por eso, a la pregunta: «¿Es malo el hombre?», yo respondo sí, pero él no asume la totalidad del Mal; pues a la otra pregunta: «¿Existe Satán?», yo respondo igualmente sí, y lo hago sin la menor sombra de duda.

En el piso superior de su villa, Luciana Saliestri tenía que esforzarse para avanzar en la lectura, que aquel día le resultaba particularmente ardua. Habitualmente le gustaba encontrarse sola, y aprovechar esos períodos de calma para entregarse a otros placeres que no fueran los de la carne. En otro tiempo su marido había reunido una importante biblioteca, que la cortesana no había dejado de enriquecer por su cuenta. Luciana se complacía, de vez en cuando, en elegir de ella un libro, en el que anotaba sus comentarios personales. Pero en ese momento le costaba un gran esfuerzo mantener la concentración más de unos minutos. Abandonaba el libro, lo dejaba caer

contra el costado pensando en otra cosa, y volvía a cogerlo sin convicción. Acabó por dejarlo a un lado, con los ojos perdidos en el vacío. La visita de ese hombre que le había interrogado sobre la muerte de Marcello la había turbado. Pensaba en el actor fallecido con un recuerdo teñido de ternura. No le había comentado la ambivalencia sexual de Marcello, porque juzgaba que no tenía relación ninguna con esa sombría historia. Sin embargo, en el fondo de su ser, no podía estar segura de nada. Y lo que la inquietaba aún más era el robo de su broche. Por más que tratara de recordar, era incapaz de decir en qué circunstancias habían podido arrebatárselo. ¿La había creído, el agente del gobierno? En todo caso, era la verdad. Cerró los ojos. Había llevado muy poco ese broche. Solo en las ocasiones en que Giovanni se reunía con ella, cuando lo permitía el cargado horario del senador.

El rostro de Giovanni Campioni pasó por su mente. ¿Estaría mezclado en todo esto? Su querido Giovanni. Tan enamorado. También él la enternecía. Siempre cargando a sus espaldas el peso del mundo entero. «La política —pensó—. ¡Ah, la política!». Recordaba que algunas interpretaciones del Apocalipsis la veían como un océano, residencia oculta de donde saldría el Anticristo el día del Juicio. El Dragón surgido del vasto mar, el mar de las pasiones —y el de las instituciones humanas, también—. Giovanni era de esos que siempre daban la impresión de perseguir a ese Dragón. Giovanni y sus grandes ideas... Luciana sonrió. Aunque con ella no hablaba demasiado de lo que se decía en el Senado. De hecho, su función le obligaba a no revelar ningún detalle de los debates que concernían al destino de la Serenísima. Como máximo, Luciana podía sentir, cuando se enroscaba contra ella, su sordo cansancio, su esperanza tan inagotable como sus sucesivas decepciones por no conseguir nunca hacer oír su voz. Ese rey solitario se hacía querer. En otra época —si su diferencia de edad no hubiera sido tan grande— hubiera podido enamorarse de verdad de ese hombre.

Una mueca amarga se dibujó en sus labios. Enamorada. Pensándolo bien, ¿había estado alguna vez enamorada? Se levantó, la cola de su bata se deslizó tras ella mientras se acercaba a la chimenea del salón. El retrato de su marido estaba colocado encima, con algunas varillas de incienso. Sus lares y sus penates. Sí... La habían casado a la fuerza y muy pronto, como a tantas otras. Fingió amar. Incluso se tomó en serio aquel juego durante un tiempo. Había que ver la vida del lado bueno, ¿no? Al enviudar, ¿sintió tristeza realmente? Sí, por la fuerza de una costumbre que no había tardado en instalarse. Pero al mismo tiempo..., ¿podía negar el júbilo secreto, espantoso, que experimentó frente al cuerpo de su marido? ¡Lo sintió, sí, para su gran vergüenza! Sin embargo, la tristeza se desvaneció demasiado pronto para poder comprender el sentido de ese arrebató. Miró ese retrato, esa frente alta, esos ojos severos, esa boca arrogante. ¿Cuántas veces había visto a su querido esposo encerrado en su despacho, ocupado interminablemente en sus cuentas, desatendiendo por completo sus deseos, considerando por adelantado que ella estaba satisfecha, forzosamente satisfecha? Cada vez que le veía obsesionado con su pasivo y sus

activos, imaginaba al Pantalón de los escenarios, hundiendo sus manos en las ollas llenas de monedas de oro. Era más fuerte que ella... y más fuerte que él. En realidad, Luciana estaba sola mucho antes de su desaparición. Desde los primeros días.

Desde la primera noche.

Encendió una varilla de incienso bajo el retrato. Volutas ligeras ascendieron en espiral hacia el techo. No llegaría al extremo de arrodillarse ante él, desde luego; pero hoy era joven, rica, bella, deseada, adorada. Y no estaría satisfecha hasta haber dilapidado toda la riqueza de su difunto esposo. «Gastar, gastar, gastar...», tanto como él había amasado. Para su solo placer. En cierto modo, podría decirse que era un reembolso por su inversión. Y si un día llegaban a faltarle recursos, no le sería difícil encontrar un nuevo protector, como Giovanni, que solo esperaba eso.

Solo quedaba un problema: el amor, el verdadero. ¿Por qué no había tenido derecho a él?

«El amor, Luciana...».

Un pliegue de amargura, de decepción tal vez, se marcó en la comisura de sus labios.

Volvió a su diván y a su libro.

Venecia estaba envuelta en brumas; una de esas brumas glaciales, algodonosas, incapaces de expulsar las tinieblas. Una bruma que penetraba en los huesos hasta provocar estremecimientos y abolir incluso la noción misma del tiempo, tan grande era la oscuridad que la acompañaba. No se veía a dos metros. Pietro caminaba y miraba cómo sus pies golpeaban el pavimento. Ese clima armonizaba con la languidez de su ánimo. Landretto trotaba a su lado. Habían salido de la casa Contarini bastante temprano. En un momento dado, Pietro frunció el entrecejo y se volvió. Eco, eco. ¿Era el suyo o se oían otros pasos? Posó la mano en el hombro de su criado.

—¿Qué ocurre?

Pietro no respondió, sondeando la niebla. En ese instante creyó oír silbar a unas sombras, que escaparon rápidamente de su campo de visión para desaparecer en medio de la nada. Alguien se deslizaba a su alrededor... ¿o eran las siluetas de algunos transeúntes anónimos, los madrugadores de Venecia, que iban a sumergirse en su propio incógnito? Pietro no hubiera sabido decirlo; pero su cabeza estaba saturada de una oscuridad opaca, turbia como el paisaje de ese día. Emilio Vindicad ya le había dicho que se mantendría al corriente de sus actuaciones de un modo u otro; tanto para «controlar» su conducta como, sin duda, para acudir en su ayuda en caso necesario. ¿Tal vez habían ordenado que le siguieran, también a él? En cualquier caso debía permanecer alerta. Pietro se mantuvo inmóvil unos segundos, y luego respondió vagamente a Landretto con un «Nada, no es nada», antes de reanudar la marcha.

Una proa de madera enrollada en espiral, dos puntas de tejido que escapaban de un sombrero, como una lengua bífida, la voz del pasador que entonaba su cantilena... Estaban en el muelle.

Ahora la barca se deslizaba en medio de la nada. Pietro oía solo el chapoteo del agua, a medida que el barquero avanzaba en dirección a Murano. El hombre debía recurrir a toda su experiencia y atención para ajustar el rumbo. A Landretto, al lado de Viravolta, le castañeteaban los dientes de frío; el criado parecía sumergido en sus pensamientos. Al abandonar las inmediaciones de la plaza de San Marcos, aún habían podido adivinar la silueta de los edificios que la rodeaban, pero muy pronto se habían fundido en ese sueño invisible y nauseabundo en medio del cual todavía bogaban ahora. En algún momento se cruzaron con otro esquife, que buscaba su camino en sentido inverso. Un hombre encapuchado, que en la proa de la embarcación sostenía una linterna en su mano esquelética, intercambió unas palabras con su colega antes de desaparecer. Más adelante, rodearon la masa fúnebre de San Michele, que se desvaneció a su vez. Un perfume de misterio flotaba en el aire, como si la naturaleza, en su turbia somnolencia, hubiera decidido preparar a los espíritus para algún nuevo apocalipsis, abriéndose, lánguida, a mil sueños mágicos, pero de una magia negra, oscuramente amenazadora, que se arrastraba a lo largo de las aguas entre los pilotes que aparecían aquí y allá como manchas de sombra perdidas en la laguna. Aquella atmósfera irreal hizo que, de pronto, Pietro tuviera la impresión de que habían abandonado la tierra para pasar a otro mundo, un mundo indecible e inquietante.

Pietro pensaba en el episodio de la noche anterior; aún no había hablado de aquello con Landretto. De hecho se preguntaba si no había sido todo fruto de su imaginación. Pero no; sin duda había visto realmente a Caffelli, estaba seguro de ello. Se había llevado la nota, el Minué de la Sombra; tendría que enseñársela a Brozzi, tal vez la Quarantia sabría identificar la naturaleza del papel y la tinta utilizados. Las imágenes de la víspera volvían sin cesar a su cabeza. Seguramente aquella no era la primera salida nocturna del sacerdote de San Giorgio. Un comportamiento, como mínimo, arriesgado. El propio Pietro había renunciado a la tonsura, en otro tiempo, para disfrutar de los placeres que procuraban las mujeres del siglo; había corrido lo suyo, incluso en Roma, y no era la persona más indicada para sermonear a Caffelli. Pero era innegable que, al actuar de aquel modo, Cosimo corría un gran riesgo. El vértigo de la carne... ¡en él! ¡El sacerdote de San Giorgio Maggiore! ¡Qué locura! En todo caso, la vaga intuición de Viravolta según la cual Caffelli habría podido entablar con Marcello unas relaciones muy particulares, tenía muchas posibilidades de ser fundada. Pietro conocía demasiado la naturaleza de los hombres para no saber que eran también el producto de sus frustraciones, de sus alegrías, de sus penas, de sus pasados devaneos. Pero la actitud de Caffelli revelaba un profundo desasosiego. Y sus palabras volvían a danzar ahora en la mente de Pietro:

«*Santa Madonna*. Recé, día y noche, esperando que esto no ocurriera. Qué vergüenza, Señor... ¿Por qué tenían que acabar así las cosas? Todo ha ido de mal en peor. Marcello era un muchacho que merecía vivir... Era...».

Marcello, obsesionado por el pecado, como Caffelli, sin duda. Cualquiera lo estaría por menos. Esto, justamente, les había aproximado. Uno, traidor a su naturaleza; el otro, a su fe. Una amistad profunda había podido sellarse a partir de esta miseria común. La comprensión del sufrimiento que uno y otro experimentaban habría bastado. Más allá del problema político que se dibujaba, este punto en común había podido servir de terreno abonado para sus confidencias. Dos hombres escindidos, desgarrados, a la vez mal amados y demasiado amados, condenados al secreto de sus placeres íntimos, blasfemos a los ojos del mundo —y sin duda, en primer lugar, a sus ojos—. Un cuadro que contenía la dosis precisa de veneno y degradación. Secretos y confesiones. Un agente de los Diez y un clérigo de la santa institución. Dos almas persuadidas de su futura condena, atormentadas por su duplicidad, por la llamada soberana de su ser, por sus ideales siempre inaccesibles. Aunque Pietro fuera el amigo de la carne por excelencia, las torturas íntimas vividas e infligidas por estas dos personas siempre constituirían un enigma para él. Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos.

Volvió a pensar en esa nota que habían deslizado bajo su puerta. ¿Quién podía ser su autor? Llevaba una firma: Virgilio. Pero el único Virgilio que Pietro conocía era el autor de *La Eneida*. Eso no le llevaba muy lejos. En cualquier caso, se tratara del famoso Diablo, de esa misteriosa Quimera o de los Estriges de que había hablado el propio Caffelli, Pietro temía ahora ser espiado a su vez. ¿Tan deprisa habían viajado las noticias? ¿Había sido otro agente introducido en el caso por los Diez el que, esta noche, había deslizado el Minué bajo su puerta, para informarle discretamente de una pieza importante del rompecabezas? ¿Llevaba el Consejo de los Diez una investigación paralela? No parecía muy probable. Virgilio, o los que le vigilaban, debían de estar mezclados en el asesinato de Marcello. Pietro estaba cada vez más convencido de que el asesinato del teatro no había sido obra de un criminal aislado y de que esta puesta en escena ocultaba un sentido aún indescifrable. Y, si el asesino no había actuado solo, sin duda lo había hecho por cuenta de alguna organización; tal vez esos misteriosos Pájaros de Fuego.

Faltaba tener la prueba, si es que esa prueba existía en algún lugar.

Mientras tanto había otro hilo del que tirar: la procedencia de los fragmentos de vidrio encontrados en las órbitas de Marcello y en torno a su cuerpo, que sin duda le permitirían obtener nuevas informaciones.

Navegaron casi una hora, antes de que el barquero les señalara la orilla de Murano y se preparara para atracar. Por fin emergieron de la bruma.

En el siglo XIII el Gran Consejo de Venecia había decidido instalar las vidrierías en la isla de Murano por razones de seguridad y control. Ya desde entonces la guilda de los vidrieros había sido una corporación muy poderosa. Desde finales del siglo XIV, la asociación exportaba sus creaciones hasta Londres, y el movimiento se había ido ampliando con el Renacimiento. Las producciones venecianas habían alcanzado un grado de perfección jamás igualado en la historia de las artes decorativas. Los objetos pintados al esmalte, de colores tornasolados, dorados y adornados con retratos contemporáneos o escenas mitológicas, se habían convertido en el orgullo de la guilda, que había conseguido adaptarse con talento a la evolución del «buen gusto» de las grandes cortes europeas. Luego habían venido las filigranas de vidrio blanco que, incluido en el vidrio transparente y sometido a delicadas manipulaciones, se extendía en volutas y torbellinos para componer piezas incomparables, hasta el punto de que numerosas fábricas que trabajaban «al modo de Venecia» se habían instalado aquí y allá en los países vecinos. La difusión de los secretos de la laguna, pese al control de las autoridades venecianas, había aumentado con la publicación en 1612 del famoso *Arte Vetraria* de Neri; este libro había sellado el auge de un arte, y de una ciencia, que desde la Edad Media no había dejado de ganar impulso. Las lentes de los astrónomos, los instrumentos médicos, las pipetas, frascos y alambiques de los alquimistas, las lentes sujetas a la nariz o quevedos —como los de Brozzi, el médico de la Crimínale—, concebidos especialmente para los eruditos y luego para un amplio público; todo eso había permitido al vidrio veneciano encontrar numerosos campos de expansión, aparte de sus aplicaciones tradicionales. Se comparaba su transparencia con la del cristal de roca, y rivalizaba con el de Bohemia, equiparable en peso, limpidez y resistencia. La sustitución de la madera por el carbón para el calentamiento de los hornos había empujado además a las corporaciones a desarrollar procedimientos de fabricación nuevos. El aumento de las proporciones de óxido de plomo había permitido la invención de un vidrio de una pureza, una finura y un brillo notables: el *cristallo*, que por sí solo daba testimonio del esplendor de las creaciones de la laguna. Venecia seguía siendo maestra en la materia; sus espejos colados sobre placas, sus vidrios soplados con cilindro, sus producciones innumerables de jarrones y cubertería, estatuillas y servicios de vino, objetos con vocación utilitaria o decorativa, pasaban por ser los más refinados del mundo.

De todo eso había en el taller de Spadetti, que recorrían ahora Pietro y su criado. El calor y la actividad hormigueante que reinaba en el lugar evocaban las forjas infernales, el antro de una caverna que el antiguo Vulcano no habría dudado en convertir en su guarida. El trabajo de los obreros, bajo esas naves y en esos inmensos talleres, constituía por sí solo todo un espectáculo. Ese pueblo ctónico desplegaba en torno a sí miríadas de yemas incandescentes. Eran más de mil los que allí trabajaban, demonios todo músculos, medio desnudos o vestidos con ropas húmedas de sudor. Los hombres soplaban, jadeaban, corrían de un puesto a otro en medio de los

torbellinos de brasas, pasaban la pieza que acababan de terminar para que un compañero la controlara con una meticulosidad implacable, y una vez pronunciada la sentencia, la pieza seguía su camino o era fundida de nuevo. Por todas partes se oía el repiqueteo de los instrumentos, el timbre sonoro del cristal, el rumor de los hornos continuos encendidos por cientos, el canto y las exclamaciones de los hombres; y de ese perpetuo infierno surgían las más hermosas joyas de la industria del vidrio veneciana, perlas de agua pura arrancadas a sus gangas de lava y tinieblas. La guilda de los vidrieros estaba organizada como la mayoría de las corporaciones venecianas: tenía su sede, su *confraternita* y su consejo de dirección. Este estaba presidido por un administrador de los intereses de la profesión, que velaba por la aplicación de los estatutos, el reglamento de conflictos internos y la admisión de los miembros, registrados en esa *Giustizia vecchia* de la que se enviaba copia a la magistratura competente. Los maestros de la guilda dirigían las asambleas de gobierno y eran los únicos que podían tener tienda. La jerarquía corporativa estaba estrechamente fijada: se era «mozo» o empleado durante cinco o seis años, y luego «joven» o «trabajador» durante diez o doce años, antes de pasar a «maestro» o *capomaestro*, tras la presentación de una obra que evaluaban los expertos del oficio.

La vigilancia de las corporaciones no dependía solo de la autodisciplina y de la aplicación de procedimientos internos, sino que competía también, una vez más, a la autoridad del Consejo de los Diez. Y la guilda de los vidrieros era objeto de una atención muy especial. Un siglo antes, Colbert había enviado agentes secretos a Murano y estos habían conseguido sobornar a obreros de la laguna para procurarse sus secretos, que debían permitir a los franceses crear una manufactura de espejos rival. El espionaje industrial era una realidad, y las condenas a que se exponía el infractor, desde las penas de cárcel a la ejecución, podían ser realmente temibles. Por otra parte, el ejercicio de cualquier papel político por parte de las corporaciones quedaba también descartado. El dux se limitaba a recibirles cuatro veces al año, con ocasión de los banquetes oficiales que se celebraban por San Marcos, la Ascensión, San Guido y San Esteban.

Guiados por uno de los obreros del lugar, Pietro y Landretto pronto se encontraron frente a Federico Spadetti, uno de los maestros más influyentes de la guilda. Spadetti, un hombre en la cincuentena, de piel morena, ataviado con un gorro blanco a modo de sombrero y una camisa de algodón ennegrecida, tenía el rostro sudado y tiznado de carbón; un Vulcano redivivo, en efecto, al que solo faltaba la mítica barba. Con una pinza en la mano, al extremo de la cual bailaba ante las brasas un pedazo de vidrio enrojado y ondulante, el artesano hizo entrar en acción por un segundo sus impresionantes bíceps antes de responder a la llamada de Pietro. Este mostró a Spadetti el salvoconducto del dux, pero lo apartó enseguida de su vista antes de que pudiera imprimir en él la marca de sus dedos tiznados.

—¿Federico Spadetti? Querría hacerle unas preguntas.

Spadetti suspiró, dejó su pinza y se secó la frente. Se llevó las manos a la cintura

y pidió examinar una vez más el salvoconducto, visiblemente molesto por la interrupción. Una breve mueca de disgusto cruzó por su cara, y luego dijo, resignado:

—Bien... Adelante, le escucho.

Con un gesto de prestidigitador, Pietro hizo aparecer ante los ojos del vidriero un pañuelo que contenía algunas muestras de vidrio encontradas al pie del cadáver de Marcello, en el teatro San Luca.

—¿Le sería posible identificar la naturaleza de este vidrio?

Spadetti hizo una mueca, se inclinó sobre el pañuelo y se frotó la barbilla.

—¿Me permite...?

Pietro le tendió el pañuelo. El *capomaestro* cogió algunas de las esquirlas de vidrio, las examinó con atención, las sopesó en la palma de la mano y fue a compararlas durante unos instantes con una colección de objetos dispuestos no muy lejos sobre un banco de trabajo.

Luego volvió hacia Viravolta.

—Se diría que es *crystallo*, a juzgar por la limpidez del grano, el peso y el pulido. Sí, eso parece...

—Pensamos que este vidrio podría haber salido de su taller —dijo Pietro—. ¿Qué opina al respecto?

Spadetti le miró y entornó los ojos. Tardó unos segundos en responder:

—Es posible, maese. Pero yo no soy el único que produce este vidrio, como sabe. En ausencia de una marca de fábrica particular, no veo cómo unos fragmentos tan minúsculos...

—Desde luego, lo comprendo —dijo Pietro—. ¿Pero no es esa su especialidad, no es usted el más importante productor de *crystallo*? Maese Spadetti, ¿podría determinar de qué tipo de objeto proceden estos restos?

Spadetti, inclinado aún sobre el pañuelo, estuvo tentado por un momento de hundir la nariz en él. Resopló, volvió la cabeza, estornudó; luego, después de lanzar un suspiro cansado, se contentó con chascar la lengua:

—Hummm... No, no creo que esto proceda de un objeto decorativo, maese. No hay restos de coloración ni filigrana, nada. Puede ser cualquier cosa: un vaso, una copa vendida al por menor, un jarrón, una estatuilla...

Pietro se acercó a un banco, situado un poco más lejos, donde se encontraban dispuestos diversos objetos. Permaneció en silencio un momento, y luego cogió uno de ellos y se lo puso bajo los ojos.

—¿Y un objeto como este?

Se trataba de un elegante estilete de vidrio, con mango de nácar, en el que aparecía una serpiente enrollada en torno a una calavera.

—Hummm... Sí, también podría ser —dijo Spadetti—. Dígame, maese, ¿qué está buscando exactamente?

El vidriero estaba plantado ante Pietro, con las piernas separadas.

—¿Podría llevarme uno?

—Claro. Son dos ducados —dijo el vidriero.

—Ya veo que no pierde la serenidad fácilmente, ni siquiera cuando se trata del Consejo de los Diez.

—Sobre todo cuando se trata de los Diez —murmuró el *capomaestro*.

Pietro sonrió, buscó la bolsa en su cintura, la desató y tendió dos ducados a Spadetti, que a cambio le entregó el estilete.

—Dígame, amigo, ¿ha oído hablar alguna vez de los Estriges?

—¿De qué?

Pietro se aclaró la garganta:

—De los Estriges, o Pájaros de Fuego —dijo, y durante un instante permaneció pendiente de los labios de Spadetti.

Este le dirigió una mirada torva.

—No.

—Bien... No puede negarse que es una respuesta clara.

La Orquídea Negra se apartó de nuevo unos instantes, y caminó de un puesto a otro a través del taller, con las manos a la espalda, silbando.

—No pretendo ser descortés, maese, pero ¿es eso todo? Tengo trabajo.

Pietro se había detenido, pasmado, ante una pieza hermosísima en la que trabajaba un joven. El objeto era, en efecto, de lo más singular: un vestido, de una sola pieza, dispuesto como hubiera podido estarlo sobre un maniquí de madera. Pero aquel vestido no era en absoluto común. Coronado por un cuello de vidrio hilado, estaba compuesto únicamente por lenguas de cristal adornadas de arabescos traslúcidos que intercambiaban reflejos multicolores en torno al pecho, al abdomen, hasta un drapeado ondulante que simulaba una nueva profusión de dobladillos y encajes opalescentes. ¡Un vestido de cristal! A la altura de la cintura, una hebilla en forma de estrella cerraba un cinturón de perlas centelleantes. Pietro lanzó un silbido admirativo.

—Magnífico, maestro...

Spadetti se acercó, con un orgullo nuevo en la mirada. El vidriero se relajó un poco y cambió de tono.

—Es la obra maestra que prepara mi hijo Tazzio —dijo, señalando al joven, concentrado en su labor, que se encontraba arrodillado a dos pasos de ellos—. Tazzio pronto me sucederá. Para eso primero tiene que convertirse también en maestro... Pero, en efecto, este objeto es único. La gilda organiza cada año un concurso entre nuestros diversos talleres. El propio dux entregará el premio al vencedor durante la fiesta de la Ascensión, en el momento cumbre del Carnaval. Con este vestido tenemos muchas probabilidades de obtenerlo. ¡Imagine que Tazzio está enamorado, maese, como lo oye, de una pequeña Severina! Dice que se nutre de la belleza de su amada para esta creación. ¿Qué puede haber más propicio que el amor, para inspirarse?

Con un gesto paternal, Spadetti pasó la mano por los cabellos rubios de Tazzio.

Este giró un instante hacia Viravolta un rostro angelical y le sonrió, en un saludo silencioso.

—Bien, felicidades, muchacho —dijo Pietro—. Es una verdadera joya. De una rara belleza, sin duda. Pero la deja así, ¿a la vista de todos?

El comentario hizo sonreír al vidriero.

—Todo lo que hacemos aquí es muy raro, maese. Y al contrario, es bueno que todos sepan qué preparamos. Nuestros talleres son amigos, pero también rivales. Digamos que este vestido es una forma de...

Buscó las palabras.

—Demostrar quién es el amo, ¿no es eso? —dijo Pietro, bajando un poco la voz—. ¿Pero cree que un vestido como este realmente puede ser llevado?

Spadetti le dirigió una sonrisa que oscilaba entre la ironía y la condescendencia.

—Ahí está el reto.

Pietro observó al vidriero, y luego de nuevo el vestido. La carrera para presentar una obra maestra no era patrimonio exclusivo de los vidrieros. Todas las corporaciones tenían la suya. En San Giovanni, la iglesia de los comerciantes del Rialto, las congregaciones de oficios hacía tiempo que habían iniciado una verdadera competición pictórica, en la que la fuerza de cada una de ellas se demostraba a golpe de donaciones y creaciones. Aquello no carecía, por otra parte, de cierta belleza. Ese vestido de cristal era también una perfecta expresión de ello. Finalmente Pietro se aclaró la garganta:

—Federico, ¿podría echar una ojeada a sus libretas de pedidos? Supongo que tendrá registros, o alguna cosa de este tipo.

Spadetti volvió a ponerse tenso. Observó a Pietro con desconfianza y dudó un momento.

Luego capituló.

—¿Sabe cuántas piezas salen de mi taller cada mes, maese? Cerca de tres mil. Y están esparcidas por toda Europa. Claro que tengo registros. Y es un libro grande. Venga, vamos atrás, a mi despacho; allí estaremos mejor.

Los dos hombres se reunieron al abrigo de la actividad de los talleres, en una pequeña habitación que aislaba al *capomaestro* del resto de la nave. Pietro acababa de despedir a Landretto con la misión de mostrar el estilete a Brozzi y recoger de él nuevas informaciones. Tal vez la Quarantia habría realizado, por su parte, algún progreso. Spadetti fue a buscar unos voluminosos registros, que abrió ante los ojos de Viravolta, y este se instaló detrás del polvoriento escritorio; allí permaneció largo rato consultando los documentos, mientras Spadetti continuaba con sus ocupaciones. Pietro detalló o copió en otras hojas cada uno de los pedidos; no solo de estiletes, sino también todos los que, de un modo u otro, parecían salirse de lo habitual, por el tipo de objeto o por la identidad del autor del pedido. Pero dos horas más tarde no había progresado demasiado y empezaba a preguntarse si no estaría perdiendo el tiempo. Durante unos segundos escudriñó el despacho, y entonces descubrió otros dos

polvorientos volúmenes ocultos bajo unos paquetes de órdenes de pedido.

—Interesante...

Se lanzó de nuevo a sus investigaciones. Necesitó aún media hora, al cabo de la cual lanzó de pronto una exclamación. Con el registro que le había intrigado bajo el brazo, fue a ver enseguida al *capomaestro*, que de nuevo se había sentado ante un horno, no lejos de su hijo y de la joya de cristal.

—¡Maese Spadetti! ¿Quién es este? Este tal Minos...

Spadetti echó una ojeada al registro, y parpadeó una o dos veces.

—Pues... este... ¿Y cómo quiere que lo sepa? Hace seis meses de eso.

—He encontrado otros dos volúmenes, además de los que usted me ha dado.

—Esos no tienen importancia.

Pietro levantó una ceja.

—No estoy tan seguro de eso. Es usted quien rellena estos registros, ¿verdad? ¿No le suena de nada, este cliente? ¿No le conoció personalmente?

—No, maese. De todos modos, la mayor parte del tiempo aquí solo recibo a intermediarios. Y a veces Tazzio negocia en mi lugar. Si tuviera que acordarme de memoria de todos los que hacen pedidos, tendría que tirarme a la laguna...

—Sí... —dijo Pietro, escéptico—. Pero mire aquí. A juzgar por la anotación que aparece en su balance, se trataba de un encargo de fabricación de lentes de vidrio. Lentes de aumento. Está indicado aquí.

—Lentes... Sí, tal vez. Es posible.

—¡Cómo que es posible! ¡Son lentes de vidrio por valor de doce mil ducados! —dijo Pietro, atragantándose.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Con tanto vidrio —prosiguió Pietro—, no haría falta que se tirara a la laguna, maese. ¡Podría cubrirla entera! No me diga que no recuerda nada...

¿Era solo el nerviosismo por haber sido interrumpido de nuevo, o Spadetti se sentía ahora muy, muy incómodo?

—¿Qué diablos se puede hacer con centenares, o millares, de lentes de aumento? —preguntó Pietro.

Spadetti esbozó una sonrisa de circunstancias y se quitó el gorro que le cubría la cabeza.

—En efecto, era un pedido excepcional. A veces trato directamente con emisarios de cortes reales o de gobiernos. Pensándolo bien, no me extrañaría que...

—Y ese Minos... ¿podría ser el representante de una corte o de un gobierno extranjero, como dice?

—Es muy posible, maese. Sí, ahora lo recuerdo. Recibí a un agente. Ante un encargo como ese, no es cuestión de ponerse quisquilloso. Con tal de que los ducados suenen en mi escarcela y en la de la guilda...

Miró a Pietro. Sus rasgos habían recuperado la firmeza.

—Si hay por ahí alguna cabeza coronada que quiere recubrir su palacio de lentes,

maese, es asunto suyo; a mí ni me va ni me viene. Y mis aprendices hacen el trabajo que se les pide.

Pietro observó un instante al vidriero, perplejo.

—¿Existe algún medio de encontrar el nombre y el origen exactos del autor del pedido?

—Debe de haber una orden en algún sitio...

Se detuvo.

—Quiere que lo encuentre, ¿no es eso?

Pietro asintió.

—Y con un poco más de ánimo, maese Spadetti. Sería bueno que se mostrara un poco más cooperador.

Spadetti suspiró, pero sabía demasiado bien qué sombra se ocultaba tras Pietro: la del Consejo de los Diez. Se palmeó las rodillas y acabó por levantarse.

—¡Está bien, está bien! Ya voy...

Se dirigió hacia su despacho de la nave arrastrando los pies. Por suerte, la búsqueda no duró mucho tiempo. Spadetti parecía cada vez más incómodo. En la orden de pedido que presentó a Viravolta aparecía solo una firma incomprensible. Ni sello ni membrete de ningún tipo. Pietro dejó escapar un juramento.

—¿Se burla de mí, maese Spadetti? Decididamente, me parece que rellena usted sus libretas de pedidos de un modo bastante curio...

No pudo continuar.

Un obrero irrumpió de pronto en el despacho.

—Maese, ¿es usted el enviado del Consejo de los Diez?

Pietro alzó los ojos. El obrero, un *giovane* de apenas veinte años, parecía trastornado. Jadeaba, con una mano apoyada en las rodillas.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Tengo un mensaje para usted, de parte de su criado y de un miembro de la Quarantia Criminale...

—Vamos, joven, intente dominarse. ¿Qué ocurre?

El muchacho se incorporó:

—Ha ocurrido algo horrible.

Durante todo el tiempo que Pietro había pasado con Spadetti, sobre Venecia se habían ido acumulando nubes negras. Una tormenta de una violencia inaudita acababa de estallar. El agua de la laguna empezaba a agitarse furiosamente; faltó poco para que Pietro no pudiera llegar a su destino. Cuando desembarcó en la explanada de la iglesia de San Giorgio Maggiore, un centenar de personas se habían acumulado ya allí, petrificadas bajo la lluvia torrencial. Los presentes intercambiaban miradas asustadas, con una mano sobre la boca o el pecho, y la otra apuntando al cielo. Pietro oyó gritos de horror. Trató de abrirse paso entre la multitud. La tormenta cubría su

voz. Utilizando los codos, consiguió llegar hasta Brozzi y Landretto. Casi se vio obligado a aullar para dirigirse a Brozzi:

—Pero ¿qué demonios ocurre?

Por toda respuesta, el médico de la Quarantia Criminale alzó los ojos, invitándole a hacer lo mismo. Todos, en efecto, levantaban la barbilla en dirección al capitel que coronaba la fachada de la entrada. En un primer instante, Pietro, calado hasta los huesos, tuvo dificultades para fijar la atención bajo las ráfagas de lluvia. Luego, súbitamente, retumbó un trueno, entre un estrépito ensordecedor. Los cielos se inflamaron, desgarrados por los rayos. Pietro se volvió de nuevo hacia Landretto, sobrecogido, trastornado también él por aquella abominación. Acababa de distinguir una forma humana que giraba sobre sí misma como una veleta en medio del huracán. Una forma sostenida por una cuerda, en el remate de la iglesia. La figura estaba suspendida en el capitel y parecía abrazar extrañamente a la estatua blanca que lo coronaba. Más arriba, el zumbido aturridor de las campanas perforaba los tímpanos de Viravolta. El cuerpo seguía oscilando, con los miembros colgando; debía de haber sido alcanzado por los rayos al menos una vez, porque parecía carbonizado. ¡Un montón de carne aún humeante danzaba bajo la cólera divina, aplastado por las nubes rugientes, zarandeado a merced de la tempestad! Aquel triste espantapájaros parecía surgido de una visión infernal. Sus ropas laceradas, hechas jirones, se agitaban en torno al cuerpo acentuando el patetismo de la aparición. Dos hombres habían subido al capitel para tratar de desprender a la espantosa veleta humana de su horca; habían pasado por el interior de la iglesia, con cuerdas, y ahora se aventuraban sobre la piedra resbaladiza, tratando de asegurar los apoyos, con las manos tendidas hacia el cadáver, mientras por debajo el rumor no dejaba de crecer.

—Es Caffelli —dijo Landretto—. El confesor de Marcello. Lo izaron hasta aquí... ¡al pináculo de su propia iglesia!

Finalmente, los hombres consiguieron descolgar al sacerdote, y con ayuda de unas largas cuerdas, lo bajaron hasta la explanada. A los lugartenientes de la Quarantia Crimínale no les resultó fácil apartar a la multitud que se acumulaba ante la entrada, para que Brozzi, Viravolta y Landretto pudieran abrirse paso hasta el interior de San Giorgio. Las puertas dobles se abrieron de par en par. La iglesia estaba sumergida en la oscuridad; tres personas acudieron para encender más cirios. Iluminaron el altar, donde instalaron el cadáver de Caffelli. Luego Viravolta hizo evacuar el lugar santo, mientras Brozzi se arremangaba, con su eterna bolsa, chorreando de lluvia, colocada en el suelo a su lado. Pietro no podía creer lo que veía. La pesadilla continuaba. Atónito, contempló a Brozzi, inclinado sobre el cadáver ante el altar, en postura de oficiante. Detrás del médico de la Quarantia, el fresco que representaba el Descendimiento de la cruz acabó de hundir a Pietro en la turbación más absoluta. Se llevó la mano a los labios; luego frunció las cejas y lanzó un juramento.

«El Descendimiento de la cruz...».

Gotas de agua se escurrían todavía del ala de su sombrero. Pietro se descubrió y se acercó, subiendo las escaleras del altar.

—Voy a ver si puedo sacar algo en claro ahora mismo —dijo Brozzi—. La víctima ha sido alcanzada por un rayo. —El médico manipulaba los miembros del cadáver con unas pincitas. Un jirón de carne se desgajó por sí solo del cuerpo—. Dos tercios de la superficie corporal están carbonizados —continuó—, y los cabellos se han quemado por completo.

La pilosidad de los miembros superiores parece tener... Dígame, Viravolta, ¿no tiene nada que hacer su criado? En mi bolsa llevo algunas hojas de vitela y un poco de tinta, podría tomar nota de mis observaciones. Eso me evitaría hacerlo yo mismo y me sería útil para la redacción de mi informe definitivo. Sabe escribir, ¿no?

Landretto dirigió una mirada interrogadora a su amo. Sin decir palabra, Pietro le hizo una señal con el mentón. Landretto se acercó al altar, buscó en la bolsa, siguiendo las indicaciones de Brozzi, sacó el material necesario, y enseguida se puso a anotar concienzudamente lo que le ordenaba el médico. Pietro, por su parte, escuchaba solo a medias, fascinado por el cuadro del Descendimiento de la cruz. Se veía a la Virgen, a María Magdalena y a José de Arimatea, recogiendo la sangre de Cristo; en segundo plano había unos legionarios romanos. En el cielo, los rayos de la cólera divina. Fúnebres lamentaciones, las del Gólgota. Bajo el fresco se encontraba el tabernáculo de la iglesia. Pietro se acercó un poco más. Decididamente, al asesino le gustaba jugar con las metáforas bíblicas. El vínculo con la muerte de Marcello, bajado él también de su árbol maldito, como Caffelli ahora del capitel de San Giorgio, era evidente.

—El sacerdote —estimó Brozzi— fue atado con cuerdas; sus marcas son visibles todavía en la garganta, en la mitad del torso, en torno a las manos, las rodillas y los pies. ¡Ah, espere! Veamos esto... ¡Una contusión detrás de la nuca y una ligera fractura de la caja craneal hacen pensar que lo dejaron sin sentido antes de exhibirlo así en el frontón de San Giorgio! Me parece imposible que este acto haya podido ser realizado por un solo hombre. Sin duda Caffelli despertó una vez instalado en su posición definitiva, expuesto a los vientos.

¿Tenía la Quimera poder sobre los elementos naturales, para pensar que el rayo caería sobre el capitel y acabaría así con el sacerdote? ¿Ahí residía el gran poder del Diablo? El enemigo, cualquiera que fuera, ¿había llegado al extremo de desencadenar esta tempestad sobre Venecia? Pietro no podía librarse de esa sensación de sortilegio.

—Y hay otra cosa... —continuó Brozzi.

El médico se quitó los quevedos y los limpió durante un instante, dominando la náusea. Al levantar un resto de las ropas del cadáver, acababa de descubrir una nueva herida, unos contornos de carne quemada.

—Ha sido emasculado.

Inspiró profundamente y volvió a colocarse las gafas.

—Debía de estar ya medio desangrado. No le despojaron de sus ropas. Conservó el alba, de la que ya no queda casi nada.

Los dedos de Pietro acariciaban el Descendimiento de la cruz que tenía ante los ojos. Se trataba, efectivamente, de un cuadro, y no de un fresco, como había creído al principio. Una ligera diferencia de color entre la pared, encalada, y el lugar exacto donde —ahora estaba seguro— debería *encontrarse* el cuadro, le llamó de pronto la atención. No cabía duda: el cuadro había sido desplazado recientemente. Las puntas del marco formaban un ángulo extraño. El cuadro no estaba del todo recto. Pietro deslizó la mano sobre el marco, y luego sobre el muro, por debajo. Extendió los brazos, flexionó ligeramente las piernas y, de un tirón, levantó el cuadro. Landretto le vio vacilar un instante, por lo que abandonó enseguida la pluma para acudir en su ayuda, ante la mirada sorprendida de Brozzi. Juntos apartaron el Descendimiento de la cruz. El médico continuó con su examen. Pietro y su criado dejaron el gran cuadro un poco más lejos. Luego miraron de nuevo en dirección al muro, hacia el lugar que habían dejado al descubierto. Estaba cruzado por una fisura transversal, totalmente caótica, y...

Brozzi seguía hablando solo. Viravolta ya no le oía.

«Maldición...».

Retrocedió unos pasos lentamente.

Cuando estuvo a la altura del médico, este, turbado por el pesado silencio que acababa de hacerse en torno a él, se quitó los quevedos y se volvió también hacia el muro.

*La bujeta infernal, che mai non resta, mena li spiriti con la sua rapiña;
voltando e percotendo li molesta.*

La tromba infernal, siempre violenta, a las sombras arrastra en tremolina;
y las voltea, sacude y atormenta.

Y un poco más lejos:

Vexilla regis prodeunt inferni

Era una nueva inscripción, no tallada a cuchillo en la carne humana, como en el caso de Marcello, sino escrita sobre el muro.

—Letras de sangre —murmuró Pietro.

Dirigió a Brozzi una mirada estupefacta.

La mano del médico de la Quarantia volvió a caer sobre el cadáver.

Los estandartes del rey del Infierno avanzan.

CANTO VI

El huracán infernal

El problema del mal de Andreas Vicario, miembro del Gran Consejo
«Del pecado y los castigos de Dios: el Mal y el Poder», capítulo IV

... Resulta del judeo cristianismo que el edificio entero sobre el que descansa se sostiene sobre un único elemento: la conciencia del pecado, y según se sigue de la metáfora de la culpabilidad original, la transmisión de esta conciencia como pedestal de la civilización. Frente a este imperio, las sectas heréticas solo tienen dos caminos posibles: rechazarla en bloque y arruinar de este modo los fundamentos de la moral, o declararla incompleta y pretender volver a la fuente de los mensajes religiosos, apelando al rigorismo de los «puros». En todos los casos, sin embargo, es el pecado el que triunfa, es el rechazo o la llamada al castigo la que condiciona el ejercicio del poder espiritual, y es, de nuevo, Lucifer quien gobierna. Donde reside el terror, reside el poder. Por eso la paradoja quiere que el Mal sea el instrumento supremo de dominación de las religiones oficiales; por eso los imperios se imponen solo por la fuerza en el mundo entero; por eso el problema del Mal es político, y por eso, una vez más, nos indica el triunfo en este mundo de Satán.

—Él o los asesinos actuaron rápido —concluyó Pietro—. Rápido pero con bastante eficacia, hay que reconocerlo.

El príncipe serenísimo, estupefacto, parecía haber perdido su habitual aplomo.

Pietro, Emilio Vindicati y Antonio Brozzi se encontraban sentados ante él, en la Sala del Colegio. La tempestad seguía rugiendo en el exterior, y todas las arañas estaban encendidas. De vez en cuando Brozzi alzaba los ojos hacia los frescos del techo.

Era evidente que preferiría encontrarse en otra parte; tanta tensión no era buena para su corazón.

—¡No es posible, no es posible! —repetía Loredan.

El dux sacudía la cabeza a uno y otro lado. Finalmente golpeó con el puño el brazo de su trono.

—¡Si las circunstancias de la muerte de Marcello Torretone podían ocultarse a la población, esta vez toda Venecia está al corriente! El asunto será llevado inevitablemente al Gran Consejo, Emilio. ¡Usted mismo y los representantes de la Quarantia Criminale serán llamados a dar explicaciones sobre la naturaleza y el curso de su investigación! Deben prepararse para ello. Por otra parte, ¡no me extrañaría que

este asesinato se hubiera cometido en pleno día para obligarnos a involucrar al Gran Consejo! ¡Nos arriesgamos a tener que navegar, una vez más, en aguas pantanosas, entre nuestros pequeños secretos privados y las deliberaciones públicas! Si queremos perseverar en la investigación secreta de Viravolta, los Diez y la Quarantia deberán darles gato por liebre para salir del paso. ¡Todo esto no me gusta en absoluto, Emilio, en absoluto! Me coloca en una posición que me desagrade profundamente. Necesitamos resultados, el Gran Consejo no es imbécil; pronto verá que se trama algo a sus espaldas. ¿Y qué tenemos hasta ahora?

Pietro tomó la palabra.

—La pista del Minué de la Sombra no nos conduce a ningún lado. Confieso que me pregunté si Virgilio no sería uno de los emisarios de Emilio, que, por su parte, me asegura lo contrario; así pues, existe un vínculo entre el asesinato de Marcello, el del sacerdote Caffelli y la escena, como mínimo embarazosa, hacia la que me guiaron en la casa Contarini. Si, como creo, Marcello y Caffelli eran amantes, es probable que ambos representaran una amenaza real para la persona o las personas que buscamos. ¡Pero lo que más me preocupa es que ahora sé que alguien está al corriente de que me ha sido encargada esta misión! Tuve la impresión de que me seguían cuando fui a Murano. «El enemigo está en todas partes», decía el sacerdote. Y si no ha sido uno de nosotros quien se ha ido de la lengua, y perdonen que deba tomar en cuenta todas las hipótesis, pudo ser el propio Caffelli, antes de morir, o uno de los miembros de la compañía del San Luca un poco más astuto que los demás... O también Luciana Saliestri, cuyo broche encontramos en el teatro.

—El sacerdote de San Giorgio... —dijo el dux—. ¡Por todos los santos! Qué desgracia para sus piadosos parroquianos.

—Es cierto que a este ritmo nuestra investigación no podrá ser ya demasiado secreta —continuó Pietro—. Estoy de acuerdo con usted, serenísima. Ese mismo «alguien» quiere forzarnos a actuar a la vista de todos, promover toda clase de escándalos y ponernos en una situación incómoda. El plan es hábil, y la trampa en la que nos hemos metido revela claramente una estrategia política. Si le añadimos el carácter dramático de estos asesinatos espectaculares, se refuerza aún más el Fundamento de las sospechas de Emilio: nos enfrentamos a un jugador retorcido, perfectamente informado sobre las costumbres íntimas de aquellos a los que ha martirizado. Tal vez sea uno de nuestros patricios, alteza, o un extranjero, que ha reclutado a ejecutores para cometer sus crímenes. Ya se ha visto anteriormente.

—Alguien, alguien... ¿pero quién? —preguntó el dux con inquietud—. ¿Un noble veneciano, un espía extranjero, el embajador de una potencia enemiga? ¿Ese Minos cuyo rastro ha encontrado en los registros del vidriero y que, al parecer, encarga ante nuestras barbas barcos enteros de lentes de vidrio para un uso que desconocemos? No tiene sentido... Y, en todo caso, ¿cuál sería el móvil, Viravolta?

—Hacer tambalear a la República, quebrantar nuestras instituciones... ¿qué sé yo? Es cierto que Marcello o Caffelli no eran, *a priori*, objetivos políticos, pero hay

algo evidente: Marcello trabajaba para los Diez y tanto él como el sacerdote sabían demasiado.

El dux, medio convencido, se pasó la mano por la frente y se ajustó el cuerno ducal, antes de levantarse. Caminó en dirección a las ventanas; la lluvia había arreciado y golpeaba los cristales, salpicándolos con mil constelaciones más allá de las cuales se hundía el abismo grisáceo de la laguna.

Cuando Loredan se volvió, un relámpago se recortó en el cielo.

—Bajo los artesonados, ¡la podredumbre! ¡El pecado! ¡La descomposición! ¿Qué horrores oculta el alma de los hombres? Señor... No, no, todo esto no funciona; no avanzamos suficientemente rápido.

Vindicati levantó una ceja.

—Consideremos las cosas con pragmatismo, alteza —dijo levantando la mano—, sin dejarnos impresionar por maniobras retorcidas ni atribuir a nuestro adversario más habilidad de la que podría tener, por más que yo mismo sea el primero en pensar que el peligro es grande. He enviado a algunos de nuestros agentes para que revisen cuidadosamente los registros de Spadetti y los de la guilda. Todos los vidrieros están siendo interrogados en este mismo momento; Spadetti el primero, aunque afirma que no sabe nada más. Le hemos amenazado, pero calla como un muerto, y por ahora no tenemos ninguna prueba de su posible implicación en todo esto. El vidriero no niega la existencia del encargo, pero habla de un error en el mantenimiento de sus registros, que aparenta lamentar. Su amnesia es muy oportuna, cierto, pero el problema está en que, en ausencia de informaciones precisas sobre la identidad del misterioso comprador de las lentes de vidrio, no puedo retenerlo indefinidamente e interrumpir la producción de su taller. Toda la guilda está ya conmocionada y habla de detener la producción. Me sorprende que tampoco mi querido Consejo de los Diez haya reaccionado antes, a la vista del registro del *capomaestro*; he ahí otro error que no me explico. No perdamos de vista a Spadetti, hagamos que le sigan, tratemos de hacerle hablar. Aunque no sé qué obtendremos por ese lado de momento. Los Pájaros de Fuego, las inscripciones pretendidamente bíblicas en el torso de Marcello y detrás del cuadro de San Giorgio: eso es lo que debemos esclarecer.

—Sí... Aunque personalmente —añadió Viravolta—, lo que más me intriga es el broche de Luciana Saliestri y su relación con el senador Giovanni Campioni. Para mí es la única pista tangible. Debo entrevistarme con Campioni, pero, al hacerlo, haré partícipe del secreto a uno de los miembros más destacados del Senado, y sus influencias en el Gran Consejo son conocidas. Necesito su ayuda, alteza serenísima, o bien la intervención de Emilio, para prepararme el terreno. Y tenemos que ponernos de acuerdo sobre la estrategia que debemos adoptar. Campioni es el primer sospechoso, aunque no les oculto que todo esto me parece... demasiado evidente.

—Sin duda —dijo Brozzi—. Da la sensación de que quieran conducirnos directamente hacia él. El broche de oro encontrado en el San Luca pudo ser dejado a propósito cerca del cuerpo de Marcello. Tal vez sea otra maniobra. Pero si todos los

caminos conducen al senador Campioni, ¡vayamos a entrevistarle! Y veamos lo que Pietro puede sacar de él.

Se produjo un silencio, turbado únicamente por el martilleo de la lluvia contra los cristales.

Luego Francesco Loredan inspiró profundamente y dijo:

—Bien. Ocupémonos de él, pues.

El Broglio, al pie del palacio ducal, era uno de los enclaves más curiosos de Venecia. Situado no lejos de la Piazzetta, el lugar había recibido su nombre de un antiguo huerto, y tanto los venecianos como los viajeros se detenían a menudo en él, fascinados. Cada día, los nobles se encontraban allí para discutir los últimos asuntos públicos. El Broglio tenía, en la ciudad, una auténtica función política: todo noble con veinticinco años cumplidos y llamado a ocupar desde ese momento su puesto en el Gran Consejo «tomaba los hábitos» allí, recibía en cierto modo la investidura oficial. Pero el Broglio era también el lugar privilegiado donde se urdían las intrigas de la República, lo que no dejaba de ser curioso teniendo en cuenta el decorado por el cual deambulaba ahora Pietro, con las manos a la espalda, en compañía de su excelencia Giovanni Campioni: la antología de las faltas cometidas por los traidores a la patria y la lista de sus castigos estaban grabadas sobre otras tantas piedras planas, dispuestas a lo largo de las avenidas. Sobre los dos hombres, el cielo, aún cargado, se había vuelto, con todo, algo más clemente; algunos pálidos rayos de sol perforaban las nubes e iluminaban su marcha por los jardines. Los parterres desprendían el característico perfume de la naturaleza que recupera la calma tras la lluvia.

—¡De modo que me encuentro ante la Orquídea Negra! —dijo el senador—. He oído hablar de usted. Hace tiempo que la fama de sus diabluras ha llegado hasta el Gran Consejo y el Senado... Muchos se preguntaban, y se preguntan aún, de qué lado estaba realmente... El senador Ottavio, ¿está al corriente de su liberación?

—Lo ignoro, pero no lo creo. Y es mejor así.

Viravolta dejó pasar un momento de silencio y luego dijo:

—Pero tenemos asuntos más urgentes que tratar.

—Cierto.

Campioni suspiró.

—Marcello Torretone, el padre Caffelli... ¿Así que los Diez, igual que la Crimínale, están convencidos de que existe un vínculo entre estos dos asesinatos?

Giovanni Campioni tenía unos sesenta años. El senador llevaba el vestido nobiliario de los miembros de esta cámara, negro y forrado de armiño, ceñido a la cintura por un cinturón de placas y hebilla de plata, y un gorro oscuro, la *beretta*, en la cabeza. Caminaba al lado de Pietro, con el bastón en la mano y las cejas fruncidas. Al cabo de unos instantes, Viravolta se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Ha visto a Luciana Saliestri recientemente?

Campioni se detuvo a su vez, sorprendido. Se encontraban cerca de un macizo de flores, cuyos vivos colores contrastaban con la austeridad y el aspecto grave del patricio.

—Es que... cómo decirlo...

—Perdone que le haga esta pregunta, excelencia, pero pronto comprenderá por qué el asunto es importante para la investigación que llevo a cabo en este momento. ¿Le ofreció usted, hace cierto tiempo, un broche de oro marcado con sus iniciales, L y S, con un motivo de dos espadas y una rosa con perlas engastadas?

Campioni parecía aún más perplejo.

—¡En efecto, así era exactamente! Dicho esto, me gustaría saber quién le permite...

—¿Cuándo vio a Luciana llevar ese broche por última vez?

—Hace quince días más o menos, pero...

—Quince días... ¿y ninguna otra vez después?

—No. ¿Me dirá qué relación existe entre ese regalo y los oscuros asuntos de los que había empezado a hablarme?

—Ese broche, excelencia, fue encontrado a los pies de Marcello Torretone en el teatro San Luca. Luciana se lo había ocultado, pero afirma que el objeto le fue robado unos días antes por un individuo cuya identidad desconoce.

Campioni levantó la nariz e hizo una mueca; su mano se agitó nerviosamente sobre el pomo del bastón.

—De modo que por eso el Consejo de los Diez quería que yo me entrevistara con usted...

—Ese ha sido el motivo, en efecto. Excelencia... ¿sabe que Luciana era también la amante de Marcello?

Campioni sacudió la cabeza. Cada vez le costaba más esfuerzo conservar la calma.

—¿Cómo hubiera podido ignorarlo? Todo Venecia estaba al corriente. Sabe... Hay muchos hombres en la vida de Luciana.

A Pietro no se le escapó el tono con que había pronunciado estas palabras, que habían acabado en un murmullo. Era evidente que el senador estaba enamorado, y la idea de que la cortesana pudiera acoger a otros hombres en su lecho constituía para él un auténtico sufrimiento. El hombre frunció el entrecejo, con una expresión de dolor que apenas podía reprimir.

—Sí, la amo —confesó Campioni apretando el puño, como si hubiera adivinado las reflexiones de Pietro—. La amo desde hace ya casi diez años. Es gracioso, ¿no le parece? Que alguien como yo pueda estremecerse ante la idea de tener en sus brazos a una simple cortesana, tan joven y tan acostumbrada a las arcadas de las Procuratie... Lo sé muy bien. ¡Y eso me aleja de los asuntos de la República! Pero esta mujer es mi droga, no consigo deshacerme de ella... Es inútil que se lo oculte; tiemblo ante la sola idea de perderla, y sin embargo, ella es también mi mayor

vergüenza... Es de esas mujeres que te embrujan, que te condenan a los más crueles tormentos y te ligan a ellas con tanta fuerza como las redes de Diana. ¡Una mantis religiosa, sí! Adorada y peligrosa. Oh, Señor... Pero usted ya debe de saber todo esto, ¿no es cierto?

La imagen de Anna Santamaría, la Viuda Negra, pasó ante sus ojos.

Pietro no respondió directamente.

—Tranquilícese, excelencia —dijo reanudando la marcha—. Un poco de sinceridad me resulta refrescante en los tiempos que corren.

Los dos hombres guardaron el silencio todavía unos instantes; luego Campioni continuó:

—Y en cuanto a ese broche, ¿qué puedo hacer yo si se lo han robado? ¡No creerá que estoy mezclado, ni remotamente en estos sórdidos asesinatos!

Pietro sonrió.

—Lejos de mí esa idea, excelencia.

Campioni pareció tranquilizarse; su respiración, que se había acelerado ligeramente, se hizo más pausada. Pero Pietro se había limitado a aplazar las cuestiones más delicadas. Buscó rápidamente en su bolsillo y sacó dos pedazos de papel, que tendió al patricio.

—Se han encontrado estas inscripciones; una en el cuerpo de Marcello Torretone, y la otra, en la iglesia de San Giorgio Maggiore. ¿Le dice algo esto?

Campioni cogió los papeles y leyó:

Yo era nuevo en este estado, cuando vi que llegaba un prepotente, con señal de victoria coronado.

La tromba infernal, siempre violenta, a las sombras arrastra en tremolina; y las voltea, sacude y atormenta.

Vexilla regís prodeunt inferní

—Sí... —dijo el senador, intentando definir aparentemente, qué le evocaban esas palabras—. Realmente me parece haber leído esto antes... Pero ¿dónde?

Se pasó la mano por la frente y preguntó a su vez:

—¿Qué significan estos epigramas? Se diría que es una especie de poema.

—Fuera de su contexto, que todavía desconozco —respondió Pietro—, no parecen significar gran cosa. No más que si se leen una detrás de otra, por otra parte. Excelencia... —Pietro cogió aire y se lanzó de cabeza—: Querría que me hablara de la Quimera y de esos que se hacen llamar los Estriges, o los Pájaros de Fuego...

Los dedos de Campioni temblaron sobre los papeles. Miró alrededor, y Pietro supo que había dado en el blanco. El interés de la conversación creció aún más. Pietro estaba ahora pendiente de los labios del patricio. La reacción de este último ante la mención de los Pájaros de Fuego era comparable a la que había tenido el padre

Caffelli cuando Viravolta le informó de la crucifixión de Marcello Torretone. Los mismos signos de terror enfermizo aparecían en su rostro: la sangre hervía bajo su piel y tenía sudores fríos. El patricio se llevó una mano al pecho y tendió la otra a Pietro, como si los pedazos de papel que todavía sostenía estuvieran impregnados de veneno. Con la angustia reflejada en sus ojos, se inclinó hacia él y le dijo susurrando:

—¡De manera que también usted está al corriente!

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó Pietro.

Campioni dudó, estremeciéndose. De nuevo miró alrededor.

—Yo... Veo sombras, me siguen a todas partes, me temo. A veces me digo que son solo imaginaciones mías, pero... A decir verdad, tengo miedo.

Pietro insistió.

—Se han cometido dos crímenes espantosos, excelencia, y nada nos dice que no vaya a haber otros. Es absolutamente vital que me diga lo que sabe. ¿Quiénes son los Pájaros de Fuego?

Los dos hombres se miraron largamente. Luego Campioni pasó un brazo sobre los hombros de Viravolta, haciendo crujir su negro traje senatorial, y lo arrastró un poco más lejos. Habló con voz inquieta y entrecortada:

—Estamos hablando de una secta, amigo mío. De una organización secreta. Su jefe se hace llamar la Quimera, o el Diablo, pero nadie conoce su identidad real. Una secta luciferina que se esconde aquí, en Venecia, y en algún lugar en Tierra Firme... Sus ramificaciones superan el ámbito de Italia, por lo que se dice. Eso son los Pájaros de Fuego. Pero hay algo peor, mucho peor...

—¿Qué quiere decir?

—Al parecer, algunos de ellos se han infiltrado en los engranajes de nuestra administración, en el seno de las magistraturas y los oficios, ¡y alcanzan incluso al Senado, querido amigo, y al Gran Consejo!

Viravolta reflexionaba ahora frenéticamente.

—¿Pero cuál es su objetivo?

Giovanni volvió a mirarle.

—¿Su objetivo? ¡Vamos, amigo, es evidente! Los nobles huyen al campo, nuestra flota de guerra ya no consigue mantener nuestras posiciones en el extranjero, el juego y la disipación se extienden por todas partes, ¡Venecia se descompone! ¡Usted mismo, la Orquídea Negra, es un claro producto de este mundo!... ¿Quién cree aún que la República pueda ocultar bajo sus fastos la gangrena que la corroe? ¡Quieren el poder! ¡Una dictadura, amigo mío! O si lo prefiere, un régimen autocrático, ultraconservador. ¿Sabe sobre qué se edificó nuestro poder? Sobre el control de los mares. ¡Quien controla Venecia puede controlar el Adriático, el Mediterráneo, las rutas de Oriente y de Occidente! ¿No le basta eso? Es usted un ingenuo si cree que esto no es bastante para tentar al mundo entero. Pero, aunque todos reconozcan que la edad de oro se ha desvanecido, nadie se pone de acuerdo sobre los medios que debemos utilizar para restaurarla. ¡Los asesinatos de los que me habla son solo el

árbol que oculta el bosque! Yo abogo, en el Senado, por que nos mostremos más generosos con el pueblo y le permitamos volver a la cima de nuestras instituciones. ¿Sabe qué se dice en Francia, en Inglaterra? Las cabezas coronadas de los demás países también tienen miedo. Según dicen, sus filósofos llevan ideas peligrosas a la gente. Sin embargo, hay que creer en nuestra capacidad de reformar nuestras propias instituciones. ¡Lo necesitan! Conmigo se alinean numerosos nobles del Gran Consejo, que me conocen y me aprecian; pero ya sabemos lo que eso le costó en otro tiempo al dux Faliero... Soy un estorbo, cada vez se levantan más voces para defender la causa opuesta y reclamar con sus votos un vigoroso regreso al orden de la ciudad. Realmente, el viento de la reacción sopla entre nosotros. Los Pájaros de Fuego son un maldito espantajo; muchos abusan de ellos entre nosotros y tratan de extender el descrédito sobre nuestro gobierno. Yo estoy en su punto de mira, hoy estoy convencido de ello. Y usted también, probablemente. Sin duda, lo único que les retiene es saber que un complot demasiado transparente se volvería rápidamente en su contra. Nuestra guerra es más insidiosa: es una guerra de sombras, de etiqueta y prerrogativas, ¡de juegos de poder! Quise alertar al dux, que durante mucho tiempo ha hecho ver que no me oía; pero varios proyectos de ley en los que pensamos tropiezan ya con toda clase de maniobras que pueden impedir su eclosión. Me obstaculizan en todo lo que emprendo. Aunque nunca de manera formal, claro está, sino con un arte y un cálculo consumados, puede creerme, y sin que yo sepa nunca exactamente de dónde procede el golpe. ¿Comprende ahora por qué robaron este broche a mi querida Luciana y luego lo abandonaron en el San Luca? Para incriminarme, naturalmente. ¡Quieren derribarme, a mí y a mis partidarios! Y no puedo pedir ninguna protección, porque ¿quién me dice que algunos de esos protectores no harían un doble juego? No se fíe de nadie, amigo mío, todo el mundo es sospechoso...

Giovanni Campioni había hablado a toda velocidad y ahora tomaba aliento. De pronto dejó caer los hombros. Sacudió la cabeza.

—En fin, creo que basta con eso. Ya le he dicho demasiado.

Pietro tenía todavía un montón de preguntas que hacerle. Quiso insistir, pero el senador levantó la mano.

—¡No, ya basta! Con esto arriesgo dos vidas, la mía y la suya. Déjeme en paz, se lo ruego. Ahora tengo que reflexionar sobre el modo de defendernos, yo y los míos. Si por casualidad recibiera informaciones útiles para su investigación, ya me encargaría de transmitírselas. ¿Dónde se aloja?

—En los apartamentos de la casa Contarini.

—Bien. Pero cualesquiera que sean las informaciones que pueda comunicarle, debe prometerme que no hablara de ellas a nadie, a excepción del propio dux. ¿Estamos de acuerdo? ¡A nadie, ni siquiera a los miembros del Minor Consiglio o del Consejo de los Diez!

—Se lo prometo.

Campioni se alejó, con expresión sombría, agitando la mano en el aire para alejar a Pietro.

Este se quedó solo en medio del Broglio.

«Una dictadura en Venecia. ¡Un complot de luciferinos!».

La Orquídea Negra dejó correr sus dedos por las nalgas turgentes de Ancilla Adeodato, que leía, tendida, el libreto de una obra de teatro imitando las voces de los distintos personajes. Lo cierto era que no le faltaba talento para este ejercicio. De vez en cuando se volvía hacia Viravolta, que le dirigía una sonrisa; sin embargo, sus pensamientos estaban en otra parte. Pietro acarició los cabellos rizados de la joven que, una vez más, había arrebatado a su esposo, ese capitán del Arsenal que había partido de nuevo a algún lugar en los mares del golfo. La bella Ancilla no carecía de poesía. Había conservado de su Chipre natal el recuerdo de los jardines en flor y los mares de aceite, del polvo ocre, los perfumes y las especias orientales; su madre era originaria de Nubia y había sido vendida como esclava a su padre italiano, habitante de Verana. Prestada y vendida durante toda su vida, Ancilla debía agradecer su salvación al amor incondicional de su guapo capitán, que toleraba, sin embargo, sus aventuras. Él mismo estaba siempre de viaje por montes y valles, y consideraba que todo lo que contribuyera a la felicidad de la joven lo haría igualmente a la suya, ya que ella volvía siempre con él en cada una de sus escalas en Venecia. Pietro no podía sino saludar la cortés abnegación de ese venerable oficial.

La voz risueña de Ancilla resonaba en la habitación.

—FULGENCIA: Escúcheme, pues, se lo ruego, y respóndame como es debido. El señor Leonardo está a punto de realizar un matrimonio muy ventajoso. BERNARDINO: Tanto mejor, estoy encantado de saberlo. FULGENCIA: Pero si no encuentra un medio de pagar sus deudas, corre un gran peligro de dejar escapar esta buena ocasión. BERNARDINO: ¿Cómo? Un hombre como él no tiene más que golpear con el pie contra el suelo para que el dinero surja de todas partes...

Ancilla se volvió hacia Pietro. Prosiguió:

—PIETRO: No te escucho, dulce luz de mi vida. ANCILLA: ¿Por qué esa frente arrugada, Pietro? ¡Eh, Pietro!

Arrancado a sus meditaciones, Pietro volvió a sonreír y le pidió excusas.

—Perdóname, Ancilla. Es que tengo en la cabeza un asunto complicado.

Ancilla rodó de lado entre las sábanas, y luego se sentó ante él con las piernas

cruzadas y las manos sobre las rodillas. Pietro admiró la curva de sus piernas, sus senos de aureolas pardas. La cabellera le caía sobre los hombros. La joven cogió una fruta de una mesita que tenía al alcance de la mano y le dio un buen mordisco antes de preguntar con la boca llena:

—¿No quieres hablarme de ello? Tal vez podría ayudarte... Mmm... Esta fruta es deliciosa.

—No, querida. Son cosas que es mejor guardarse para uno.

—Pero ¿en qué trapicheos andas metido con el Consejo de los Diez? Sabes que empiezan a murmurar sobre ti, aquí y allá...

—Lo sospechaba, en efecto. ¿Qué dicen exac...?

Pietro calló. Acababan de llamar a la puerta.

Se levantó, se vistió rápidamente y fue a abrir. Se encontró ante un niño andrajoso, que le dirigió una sonrisa radiante. El chiquillo tenía la carita sucia, le faltaban uno o dos dientes y no dejaba de rascarse la nariz, pero sus grandes ojos, insolentes y risueños, hacían olvidar todo el resto.

—¿Quién te ha dejado subir, si puede saberse?

La sonrisa del chiquillo se hizo más amplia.

—¿Viravolta de Lansalt?

—El mismo.

Le tendió una carta, doblada en cuatro y lacrada.

—Tengo un mensaje para usted.

Sorprendido, Pietro cogió la carta. Quiso cerrar la puerta, pero el niño no se movía. Pietro comprendió, fue a revolver en su bolsa y le dio unas monedas. El chiquillo desapareció corriendo escaleras abajo. Pietro, intrigado, rompió el lacre. En la cama, Ancilla se había incorporado.

«Vaya, parece que las cosas han ido rápido», pensó Pietro mientras leía la nota.

Mañana por la noche, los pájaros estarán al completo en su jaula. Para admirarlos, tendrá que dirigirse a Tierra Firme, a la villa Mora, en Mestre. El lugar está en ruinas, pero es un paraje ideal para calentarse en grupo ante una buena hoguera e intercambiar pequeños secretos. Sobre todo no olvide que, como en Carnaval, el disfraz es de rigor.

G. C.

G. C. Giovanni Campioni. Y los pájaros eran evidentemente los Pájaros de Fuego.

—¿Malas noticias? —preguntó Ancilla.

—En absoluto, cariño. Al contrario...

Se sentó en un sillón, con las piernas cruzadas y una mano apoyada en el brazo del asiento. Volvió a sumergirse en sus pensamientos. Ancilla lanzó un pequeño suspiro de impaciencia mientras se arreglaba el pelo.

—Bien, si no quieres compartir tus secretitos...

Ancilla se dejó caer de nuevo en la cama y volvió a su lectura.

Pietro se inclinó hacia una mesa baja que tenía al lado y dejó la carta. Sobre la mesa, cubierta por un tapete bordado, había una estatuilla de bronce: el Cerbero, el perro de tres cabezas, guardián de los Infiernos. Pietro observó unos instantes las fauces abiertas de la criatura, la musculatura de sus flancos, la espiral ahorquillada de su cola. Por un momento le pareció oír al monstruo ladrando furiosamente y expulsando llamas infernales por la boca.

A veces, algunos pensamientos se abren camino de una forma tan singular como inesperada hasta hacer surgir en nosotros ideas luminosas; estos momentos de súbita inspiración son raros en la vida. Al realizar el simple gesto de dejar el mensaje junto a la estatuilla, Pietro disfrutó de uno de estos instantes de gracia. Las preguntas que se arremolinaban en su mente convergieron de pronto en una revelación única. Se articularon para adquirir un sentido, cristalizaron en torno a ese núcleo huidizo que no habían dejado de buscar. Las dos inscripciones en el cuerpo de Marcello y en la iglesia de San Giorgio Maggiore... «Yo era nuevo en este Estado, cuando vi que llegaba un prepotente con señal de victoria coronado...». La frase de Emilio Vindicad: «Créeme, acabas de poner los pies en el vestíbulo del Infierno». La firma de Virgilio en el Minué de la Sombra. El nombre del comprador de las lentes de vidrio de Murano: Minos. «Los estandartes del rey del Infierno avanzan...». Y esta estatuilla; este perro con las fauces abiertas, un objeto decorativo al que, en otras circunstancias, no hubiera prestado ninguna atención.

En otras circunstancias, no, pero en estas...

Su rostro se había iluminado. Se llevó la mano a la frente.

Ancilla saltó de la cama y miró, sorprendida, el rostro descompuesto de Pietro.

—¡Se diría que has visto al Diablo!

Tercer Círculo

CANTO VII

Cerbero

Pietro se dirigió primero a la Piazzetta San Marco, que, a dos pasos del Broglio, donde se había encontrado con Campioni, se abría sobre la laguna. Desde allí se podía ver la iglesia de San Giorgio Maggiore y la Giudecca; la Piazzetta se extendía, en uno de sus lados, a lo largo del palacio ducal, y en el otro, lindaba con la *Librería* Marciana. Construido dos siglos atrás por Sansovino, este edificio albergaba una de las más hermosas bibliotecas de Europa y contaba con más de quinientos mil volúmenes. Pietro se dirigió a uno de los responsables del lugar, un tal Ugo Pippin, que le informó sobre el tipo de obras que buscaba. Por descontado, la *Librería* tenía el que interesaba concretamente a Viravolta; pero Pippin le recomendó una biblioteca privada, más «especializada»: la colección Vicario, situada en el barrio de Canareggio. Pietro volvió sobre sus pasos y se detuvo un instante bajo el campanario blanco del campanile, donde se reunió con Landretto. Bajo el poderoso y mayestático león alado, símbolo vivo de la Serenísima que parecía dominar toda la ciudad, se cubrió con la capa que le tendía su criado.

Pero cuando ya subía por las Mercerie, se detuvo de pronto, pasmado.

Acababa de encontrarse frente a frente con una aparición.

También ella se detuvo al momento, en el extremo de la calle.

Pietro sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. Sorprendida, Anna Santamaría palideció. Su mano enguantada se crispó sobre el mango de la sombrilla. Y ya no esbozó el menor gesto. Se encontraba a unos veinte metros de él; la gente pasaba ante ellos, empujándoles, pero no podían moverse, como si estuvieran petrificados. El instante pareció durar una eternidad, tan imprevisto había sido el encuentro. Pietro la miraba, y de nuevo tuvo la sensación de caer bajo el efecto de un misterioso sortilegio. Anna iba enfundada en un vestido blanco, con las mangas adornadas con volantes transparentes y con un cinturón marinero; Pietro había reconocido inmediatamente su silueta encantadora, su rostro de ojos almendrados, sus largas pestañas como empañadas por la proximidad de la laguna, esa peluca de elaborados rizos y volutas, esa garganta tornasolada adornada por un colgante de zafiro, bajo un pañuelo azul cielo que acentuaba la belleza de sus senos. Anna Santamaría, con los labios redondeados en un suspiro de emoción y con las pupilas vibrantes, también le miraba. ¡Qué hermosa era, Dios mío! Aquí, en la esquina de las Mercerie, en esa calle pavimentada iluminada por los escaparates de los tenderos. La Viuda Negra, qué apelativo tan injusto y tan impropio; porque si ella era el peligro, ese peligro era delicioso, y exquisitas las torturas que provocaba. Pietro lo hubiera dado todo por que en efecto fuera viuda, libre de Ottavio, su marido senador. ¿Dónde estaba él, por cierto? En alguna parte, sin duda, acechando en la sombra, dispuesto a

prohibirle todo amor verdadero. Pero ella estaba aquí, ¡en Venecia, y no en Tierra Firme! No se encontraba confinada en algún convento espantoso, o encerrada en casa de alguna vieja parienta lejana, o enclaustrada en alguna solitaria villa de la región; ahora, al menos, ¡estaba aquí! ¿Creía Ottavio que Viravolta se podría aún en prisión? ¿Por esa razón había permitido a su esposa salir de su retiro?

Anna Santamaría.

Los dos amantes se contemplaban, estupefactos, incapaces de dar un paso el uno hacia el otro. La prohibición, la cárcel, el miedo a resucitar en un abrir y cerrar de ojos una relación que el mundo entero condenaba; todo reaparecía. Pero al mismo tiempo, en ese instante, su actitud y esa especie de certidumbre confiada que tenían cada uno con respecto al otro no mentían.

La mirada duró mucho tiempo; luego Anna sacó un abanico y bajó la mirada. Sus mejillas se habían sonrojado. Se volvió. Pietro comprendió. Dos de sus seguidores acababan de alcanzarla. Por suerte, no habían visto a la Orquídea Negra. Viravolta se protegió unos instantes bajo el porche de una de las tiendas, mientras Anna desaparecía en el ángulo de la calle.

Pero en su forma de volverse, Pietro adivinó un leve estremecimiento y sintió que ella quería dirigirle una última mirada.

Anna se fue tan rápido como había aparecido.

Pietro permaneció allí largo rato.

«Está aquí. En Venecia».

Tuvo la tentación de salir corriendo tras ella. Una completa locura. No solo a causa de las amenazas apenas veladas del dux y de Emilio Vindicati, sino también porque podía ponerla en peligro. Entonces, ¿qué iba a hacer? ¿Qué haría ahora que ella estaba aquí, tan lejos y tan cerca al mismo tiempo? Necesitó toda su energía para contenerse. Ni siquiera sabía dónde se alojaba. Tal vez Ottavio la había llevado a la ciudad solo por un día o dos. Pietro, nervioso, reflexionaba, haciendo chasquear los dedos. En todo caso, el solo hecho de saber que ella estaba cerca y que parecía encontrarse bien le alegraba el corazón.

Sí. Aquello suponía un verdadero alivio.

Sonrió, pero tenía un nudo en la garganta. Necesitó un rato para rehacerse.

«Bien. Cada cosa a su tiempo».

Mientras caminaba a paso vivo hacia Canareggio, pensaba:

«¡Ella está aquí! Está aquí... ¡y sabe que estoy libre!».

Media hora más tarde, casi recuperado de esta emoción inesperada, Pietro utilizaba su salvoconducto para hacerse introducir bajo los artesonados de la colección privada Vicario.

Tenía que concentrarse de nuevo y recuperar el hilo de la investigación.

La biblioteca de Vicario comprendía, según su propietario —un noble del Gran Consejo que rebosaba altanería y condescendencia—, nada menos que cuarenta mil manuscritos repartidos en dos pisos. Era una colección bastante emblemática del impulso intelectual y artístico que había conocido Venecia unas décadas atrás. En la época de la edad de oro, las corrientes pictóricas habían experimentado un desarrollo floreciente, sobre todo al contacto con el humanismo de la Universidad de Padua y de la escuela del Rialto, que enseñaban la filosofía y la lógica aristotélicas; las imprentas, y entre ellas la de Aldo Manucio, habían convertido la ciudad en el mayor centro internacional del libro. En el seno de la Accademia Aldina, historiadores y cronistas, que coleccionaban manuscritos, hablaban griego y escribían en latín, mantenían correspondencia con todos los humanistas de Europa y constituían cenáculos eruditos. Pero como le había dicho Ugo Pippin, la colección Vicario tenía particularidades muy específicas.

El lugar fascinaba al visitante. La biblioteca Vicario era un edificio de techo muy alto, con estanterías de madera oscura y lustrada y escaleras diseminadas a lo largo del perímetro de múltiples columnas de libros, cuyas hileras, a veces marrones y otras verdes o de color rojo y oro, se alineaban como serpientes interminables a lo largo de las paredes. Cada uno de los dos pisos, dependencias de la familia Vicario, contaba con cuatro habitaciones destinadas a las obras más valiosas, cuya consulta estaba reservada a los miembros y amigos de la dinastía. En el centro, todas las salas estaban ocupadas por una mesa de trabajo donde se podía leer o estudiar tranquilamente. Al fondo, una ventana sin balcón daba a los canales de Canareggio. Algunos rayos de sol incidían oblicuamente en el entarimado desde una vidriera en forma de rosetón que agujereaba el techo.

La *Librería* Vicario debía su reputación a la elección y a la rareza de los tesoros que encerraba. Porque Andreas Vicario, un apasionado entusiasta del esoterismo y las ciencias ocultas, había reunido allí todos los libros imaginables que pudieran encontrarse sobre estos temas, estuvieran redactados en italiano, latín, griego o cualquier otra lengua europea: oscuros tratados transilvanos, relatos terroríficos de la Edad Media y el Renacimiento, recopilaciones de cuentos inmorales, breviarios satánicos, compendios de astrología, numerología y cartomancia —que Pietro conocía un poco por haber practicado, desplegando sus dotes de charlatán, las diversas artes adivinatorias—. Podía decirse, en resumen, que la colección Vicario olía a azufre.

En ese momento, Pietro, que había pedido permiso para quedarse solo en ese lugar extraño, caminaba sin rumbo entre las columnas de libros. Finalmente cogió uno de ellos, abrió el estuche de tafilete violeta y sacó un viejo manuscrito, un papel amarillento que ya olía a viejo. *Travesti fugas*, del conde Tazzio di Broggio, un parmesano. Pietro nunca había oído hablar de aquella obra. Intrigado, abrió el libro y lo hojeó rápidamente.

La mujer se agachó sobre él y, sin dejar de masturbarlo, se descargó del fardo que henchía sus flancos. Con una sonrisa de alivio en los labios, cargaba en su boca todo lo que podía, mientras Drafonvielle era sodomizado por M. de M***. Luego le tocó el turno a...

—Ya veo —dijo Pietro, hablando solo.

Se pasó los largos dedos por los labios. Uno de sus anillos brilló bajo un fugaz rayo de luz. No podía decir que no le hubieran prevenido, pero en esta *Librería* había lecturas realmente inesperadas. Pietro se decidió a iniciar su búsqueda en serio. Por encima de esos escabeles de madera reluciente, no había estantería que no estuviera llena de perlas insólitas. Aquella era la gruta de un genio maligno, quizá el abismo de las pasiones humanas que de pronto habían pasado al otro lado del espejo, aventureras, probando sus límites, más allá incluso del asco, explotando el poder de las palabras, que parecían afiladas como puñales. En esas inmersiones intempestivas en todo lo que la humanidad producía en materia de escatología y satanismo, había suficientes motivos para el vómito. Las obras consagradas a Belcebú ocupaban por sí solas cuatro hileras. Pietro cogió un opúsculo titulado: *Estudios carmelitanos sobre Satán*. El documento iba precedido de una nota preliminar garrapateada con tinta roja: «¿Existe Satán? Para la fe cristiana la respuesta no admite duda». Una mano furiosa había enmendado la frase con un «¡no!» taxativo, que iba seguido, a su vez, por un virulento «sí». Decididamente el príncipe de los Infiernos no había dejado de alimentar las controversias. Los dedos de Pietro volaban ahora de un libro a otro.

Van Hosten, *Rituales de exorcismo*, Amsterdam, 1339.

Sanctus Augustinus, *Comentarios de los salmos*, Stuttgart, 1346.

Cornelius Stanwick, *La risa en los monasterios*, Londres, 1371.

Anasthase Raziel, *Las fuerzas del Mal y las monarquías diabólicas*, Praga, 1436.

Dante Alighieri, *La Divina Comedia – Infierno*, copia, Florencia, 1383/reed. 1555.

Pietro se detuvo. Eso era lo que buscaba. Cogió el libro, una edición particularmente voluminosa guardada en un estuche de fieltro y terciopelo. El ejemplar de Vicario estaba encuadernado en cuero, y constaba de tres mil quinientas hojas de vitela, paginadas a mano y redactadas con una escritura seca y gótica. El escriba florentino había acompañado el texto del poema con ilustraciones que evocaban los diversos episodios del viaje de Dante a los territorios de la sombra. La primera de ellas, en particular, produjo un efecto singular en Pietro. Representaba la Puerta del Infierno. De aquella ilustración emanaba una atmósfera extraña, surgida del fondo de los tiempos, que añadía a los perfumes del esoterismo medieval los de la

Cabala, para componer una improbable alquimia. Además, esa entrada le resultaba vagamente familiar. No porque hubiera franqueado alguna parecida —si no era en sus pesadillas—; pero tal vez justamente ahí, en esa reminiscencia confusa de sueños y sensaciones volátiles surgidas de su inconsciente, podía encontrar materia para descifrar los símbolos que se presentaban ante él de un modo tan súbito. Se vislumbraba una luminosa evidencia tras la penumbra de esta Puerta inmensa, enraizada en el suelo como el tronco de un gigantesco ciprés funerario, que extendía sus entrelazados de figuras imprecisas como otras tantas ramas dispuestas a salir del pergamino para atrapar el corazón de su víctima. Era una mano helada que de pronto encontraba el calor de la vida, la amasaba, probaba su resistencia, vampirizaba con ese contacto una energía de la que estaba privada. Exactamente esto sintió Pietro en ese instante: de la textura misma del manuscrito salía una mano para sujetarle, para encadenarlo a ella y apresarle. Esa mano habría podido salir efectivamente, en el momento preciso en que la imaginaba, para agarrarlo y aspirarlo de golpe, y él habría desaparecido en una nube de polvo centelleante. El libro se habría cerrado antes de caer al suelo, solo, en medio de los millares de páginas que le rodeaban. Tal vez esa Puerta le estaba esperando, precisamente a él, y podía aprisionar su alma para siempre, comprimirla entre estos miles de signos, de hojas, de garabatos, condenándolo a una eternidad de insufribles dolores. Se veía aullando detrás de este espejo, perdido una vez más en los limbos, en este mundo entre dos mundos que constituía la sustancia de su vida. Pero pronto, ante la simple evocación de las infamias de los condenados descritas por Dante con tanto detalle, su angustia desapareció tras una sonrisa.

Los dos batientes de la Puerta se unían en la parte superior en una especie de ojiva donde se adivinaba un rostro distorsionado, a medio camino entre el de un hombre y el de un macho cabrío, provisto de dos cuernos y una lengua bífida; una representación clásica del príncipe de las Tinieblas, cuyo manto parecía componer la materia de que estaban constituidas las puertas. Se hubiera dicho que el Diablo abría las hojas para mostrar, surgiendo de su carne, a esas otras figuras que adornaban el grabado: un amontonamiento de cráneos, de sombras muertas, de caras aullando, de manos tratando de escapar a esa ganga que las retenía; criaturas con los miembros entrecruzados que se empujaban unas a otras y aparecían, aquí y allá, traspasadas por flechas que representaban la eternidad de su dolor. En medio de ellas, ejércitos de minúsculos demonios alados formaban círculos obstaculizando hasta el menor de sus movimientos. Al pie de la puerta, en la apoteosis final de esta terrible cascada, se distinguía el drapeado de Lucifer, la punta de los pies ganchudos que desaparecía en la penumbra, abierta sin duda sobre un nuevo abismo. El grabado no tenía título, pero sobre la puerta se leía una inscripción: «*Lasciate ogni speranza, voi ch'intrate*». Pietro reconoció sin dificultad la fórmula inscrita en el frontispicio de la puerta de la Ciudad doliente.

«Dante».

«Abandonad los que aquí entráis toda esperanza».

Pietro bajó lentamente los peldaños del escabel. Fue a sentarse con el libro detrás del escritorio y lo dejó sobre el cartapacio verde, junto a un pisapapeles en forma de carnero. Leyó el prefacio, escrito sin duda por el copista florentino.

La Divina Comedia: poema de Dante Alighieri, redactado entre 1307 y 1321. Extraviado en la «selva oscura» del pecado, el poeta es guiado por la sabiduría (encarnada por Virgilio) por los tres reinos del más allá. Primero debe comprender toda la realidad y el horror del Mal, recorriendo uno tras otro los Nueve Círculos del Infierno, antes de acceder al Purgatorio para hacer penitencia. Entonces, la fe y el amor, encarnados por san Bernardo y la dulce Beatriz, lo arrastrarán, a través de los Nueve Cielos del sistema de Tolomeo, hasta el Empíreo, donde encontrará por fin la luz de Dios. Dante había calificado a su obra de «Comedia» porque veía en ella más una ascensión hacia la esperanza que una expresión trágica de la condición humana; solo más tarde, sus primeros comentaristas, admirados, la calificaron de «Divina». El poema, que descansa en el valor místico de la cifra tres, está dotado de una poderosa unidad de estructura. Se compone de cien cantos: un prólogo y tres partes de treinta y tres cantos cada una, en versos dispuestos en terza rima. Estos diversos cantos son ricos en metáforas de una amplitud prodigiosa, y en los cuadros que los componen, restituidos en un estilo rico y vigoroso, se entremezclan los significados metafísicos, políticos y sociales, se trata de la tipología de los castigos del Infierno, de la travesía de los cielos o de las críticas referidas a Florencia y al estado político de Italia. Las figuras bíblicas y mitológicas se codean en ellos con personajes célebres, históricos o contemporáneos del autor. Fresco moral, tan pronto alegórico o lírico, como místico o dramático, el poema de Dante permanece como una incomparable obra maestra.

Pietro sacudió la cabeza. ¿Cómo podía haberse escapado aquello? ¿Por qué no lo había pensado antes? Virgilio... La alusión era evidente. ¡No se trataba solo del autor de *La Eneida*, sino también del guía de los Infiernos en el poema epónimo de Dante!

Pietro continuó la lectura y pasó al comentario del primer canto del *Infierno*. Virgilio encontraba al poeta cuando este estaba extraviado, perdido en los caminos del pecado; pronto lo arrastraba consigo para guiarlo en el descubrimiento de los crímenes humanos y los castigos infligidos por Dios a sus criaturas rebeldes. En el canto XI, Virgilio explicaba al poeta el ordenamiento del Infierno según Aristóteles.

Tres disposiciones esenciales eran reprobadas por el Cielo: la incontinencia, la bestialidad, la malicia. Las tres ofendían, en grados diversos, la dignidad humana. Pietro se arrellanó en su asiento, acariciando con las uñas el terciopelo del brazo. Además de la *Ética* aristotélica, Dante había utilizado tratados de derecho romano para concebir su clasificación de los crímenes inexpiables. En realidad, sus fuentes de inspiración habían sido múltiples; algunas tenían orígenes orientales. Su visión final del Infierno helado, como subrayaba el prefacio del florentino, había sido tomada del *Libro de la Escala*, que explicaba cómo Mahoma había sido acompañado por el arcángel Gabriel a los tres reinos del más allá. Y ahí marchaba la cohorte de calumniadores, delatores, concupiscentes, falsarios, que poblaban profusamente los círculos malditos, de las orillas del Aqueronte a las entrañas de la Gehena. Todos los pecados capitales se encontraban reunidos allí en una tipología erudita, a la que el talento del poeta había proporcionado una vigorosa expresividad.

PRIMER CÍRCULO El Limbo: Espíritus virtuosos no bautizados, sin más pena que el deseo eternamente insatisfecho de ver a Dios.

SEGUNDO CÍRCULO Los lujuriosos, arrastrados por el huracán infernal.

TERCER CÍRCULO Los glotones, tendidos en el fango bajo una lluvia negra y glacial.

CUARTO CÍRCULO Los avaros y los pródigos, empujando rocas e injuriándose mutuamente.

QUINTO CÍRCULO Los iracundos, sumergidos en las aguas cenagosas de la laguna Estigia.

SEXTO CÍRCULO Los heresiarcas, tendidos en tumbas ardientes.

SÉPTIMO CÍRCULO Los violentos contra el prójimo, hundidos en un río de sangre hirviente.

Los violentos contra sí mismos: los suicidas, transformados en árboles que se hablan y se lamentan; los disipadores, desgarrados por perras.

Los violentos contra Dios, tendidos sobre la arena bajo una lluvia de fuego.

Los violentos contra la naturaleza (sodomitas), corriendo bajo la lluvia de fuego.

Los violentos contra el arte (usureros), sentados bajo la lluvia de fuego con sus armas de familia colgadas del cuello.

OCTAVO CÍRCULO Los defraudadores: los seductores y los rufianes azotados por los diablos.

Los aduladores, hundidos en el río de estiércol.

Los simoníacos, los magos y los adivinos, los barateros y concusionarios,

hipócritas y ladrones de las cosas de Dios, transformados en serpientes; los consejeros pérfidos, envueltos en llamas; los creadores de cismas y discordia; los alquimistas, cubiertos de sarna y de lepra; los falsificadores de personas, monedas y palabras, devorándose entre sí entre fiebres ardientes.

NOVENO CIRCULO Los traidores a sus parientes, a su patria, a su partido, a sus huéspedes, a sus benefactores, a la autoridad humana o divina, hundidos todos en el hielo. Los más culpables son devorados por Lucifer.

Pietro se llevó la mano a la frente. Pensó en Marcello, el actor crucificado entre las cortinas rojas del teatro San Luca; en el confesor de San Giorgio, suspendido en su capitel en la fachada de la iglesia, en medio de la tempestad. Inspiró profundamente. Su intuición había sido correcta. Ahora tocaba con el dedo algo prohibido. Pero se sentía manipulado, y a medida que tomaba conciencia de ello, una inquietud sorda y fúnebre crecía en su interior. El Diablo había conducido sus pasos hasta aquí, como una mano soberana habría hecho con una vulgar marioneta; la Orquídea Negra bailaba al extremo de los hilos, y su temperamento independiente no se acomodaba fácilmente a aquella situación. Era inútil hacerse ilusiones: el *Infierno* era, sin duda, el principio organizador de aquel enigma, pero este descubrimiento no se debía de ningún modo a su sagacidad personal. Era el fruto de una voluntad superior que invitaba a Pietro a un juego, a un jeroglífico que llevaba la impronta de una sombra maléfica. Todo aquello no prometía nada bueno. Sus ojos, pegados al papel, seguían con la más siniestra atención las líneas manuscritas. Marcello crucificado...

En el Primer Círculo, el Limbo, Dante relataba el descenso de Cristo a los Infiernos.

*Bajemos a este tenebroso mundo,
el poeta empezó empalideciendo,
yo seré el primero y tú el segundo.*

Pietro experimentó una nueva conmoción al tener la confirmación definitiva de que sus sospechas estaban bien fundadas.

*Yo era nuevo en este estado,
cuando vi que llegaba un prepotente,
con señal de victoria coronado.*

Ya no había duda. ¡Eran los versos encontrados sobre el torso lacerado de Marcello! Brozzi pensó que se trataba de versículos bíblicos, pero no había podido

descubrir su origen exacto. En cuanto al senador Giovanni Campioni, estaba convencido de haberlos leído, ¿pero dónde? Pietro tenía la respuesta ante sus ojos. En el *Infierno* de Dante. Estas palabras no habían sido sacadas de la Biblia, sino de un monumento de la literatura humanista, en el que se había inspirado directamente su enemigo. ¿Cómo no había pensado en ello antes?

En el Primer Círculo, Dante se encontraba con Homero, Horacio, Ovidio y los poetas antiguos; pero también con los emperadores y los filósofos, Sócrates, Platón, Demócrito, Anaxágoras y Tales, Séneca, Euclides y Tolomeo. Hombres ilustres, del arte y la ciencia, cuyo único pecado era no haber sido bautizados. Cristo descendía entre ellos, y permanecía brevemente entre los condenados, entre el instante de su muerte y el de su resurrección; lo llamaban el «prepotente» porque no podía ser nombrado en los infiernos. Coronado con la señal de la victoria, pretendía elevar a Abel, Moisés, Abraham y David, y a conducir a Israel con él a los cielos.

«Cristo en los Infiernos».

Pietro se arrellanó en su asiento, reflexionando, con un dedo sobre los labios.

Ahora comprendía con toda claridad el significado de la puesta en escena del San Luca. Era, en efecto, un cuadro que el enemigo había preparado: un cuadro inspirado en las evocaciones del Primer Círculo dantesco. Hasta el menor de los detalles que le habían intrigado cobraba ahora sentido. Marcello, ilustre hombre de arte, actor de gran fama, y sin embargo, culpable de haber traicionado su religión con una actividad pagana en grado extremo. ¿No era acaso un agente informador, un delator, un espía... y un hombre obsesionado por el sexo de los hombres? Pietro, sobrecogido, creyó oír de nuevo a Caffelli. «Marcello estaba perdido. Había renegado de su bautismo. Yo le ayudaba a recuperar la fe». Y lo habían crucificado en medio de su arte, en ese escenario del teatro. ¡Un último papel, una última representación para Marcello, el gran actor de Goldoni! ¡Marcello el desesperado, el torturado, el ambivalente! Obsesionado por el pecado y el enigma de su propia naturaleza. Marcello, a quien habían arrancado los ojos en penitencia.

«Eternamente condenado a buscar a Dios, sin verlo jamás...».

Pietro sacudió la cabeza.

Algo parecido ocurría con su confesor, Cosimo Caffelli. En el canto V, los hombres y mujeres de su especie eran arrastrados por el huracán infernal, con Tristán, Semíramis, Dido, Lancelot y Cleopatra... El sacerdote de San Giorgio, veleta insensata bajo la cólera del cielo. El castigo reservado a los lujuriosos.

El del Segundo Círculo.

Las palabras del sacerdote volvían a danzar en la memoria de Pietro.

«¡El Diablo! ¿Ha oído hablar de él? Estoy seguro de que el Gran Consejo y el

Senado están al corriente, que se estremecen ante su sola mención. El dux debe de haberle hablado de él, ¿no es cierto? ¡El Diablo! ¡El Diablo está en Venecia!».

Sí, esas palabras asustadas volvían a sus oídos. El enemigo había escenificado este segundo crimen utilizando la tempestad como un nuevo guiño. El Minué de la Sombra cruzó también por su mente, como una góndola negra sobre la laguna: «Sígueme, Viravolta / y de la carne podrás ver / la sombra impura...».

Como había presentido, Pietro no tuvo dificultad en encontrar en el Segundo Círculo el extraño epigrama que habían descubierto detrás del Descendimiento de la cruz de San Giorgio. Estos versos habían sido extraídos de otro pasaje, que resultaba más que elocuente.

Ese lugar sin luz pisamos luego, mugidor como el mar que la tormenta de sus vientos contrarios rinde al juego. Pues la tromba infernal, siempre violenta, a las almas arrastra en tremolina: las voltea, sacude y atormenta. Cuando llegan delante de la ruina, allí el grito, el llanto y el lamento, con la blasfemia a la virtud divina. Condenados están a este tormento, supe, los lujuriosos libertinos que la razón someten al contento.

Pietro cerró el libro con un ruido sordo. El descenso a los Infiernos. El huracán infernal. Así, tal como había barruntado, la sombra estaba lejos de actuar al azar. Se había alimentado de esta materia dispar para cubrir el cadáver exangüe de Marcello y el muro de San Giorgio de inscripciones, que no eran sino estos versos extraídos del *Infierno*. El cuerpo, la pared... no eran más que el resumen de estas lecturas, impregnadas del perfume de la muerte, oscilando entre condenación y redención, martirio y resurrección. En cuanto a Minos, el juez, el examinador y gran desterrador de las almas, también aparecía en el canto V, en el lindero del Segundo Círculo. Él elegía el lugar donde debían recalar los condenados, en el corazón de los Infiernos. Minos se envolvía con su cola «cuantos grados las almas descendían al lugar de su acomodo». Las multitudes gimientes se apretujaban a su alrededor —¡Oh, Minos, hospicio de dolor!— y él disponía la suerte de cada uno según sus pecados, entre gruñidos y sentencias cavernosas. Esto probaba también, si es que no estaba ya claro, que el misterioso comprador de Murano estaba relacionado con el caso. Y si este Minos estaba mezclado en la conspiración que se tramaba, el vidriero Spadetti recuperaba toda la importancia. Pero Pietro no podía dejar de percibir la ironía de la situación. Al entregarle así esta clave, el Diablo, o la Quimera, lo retaba a anticipar los cuadros que seguirían.

Lo que proponía a todos, y a él en particular, era un duelo. Ahora Pietro estaba convencido de ello.

«Y hay Nueve Círculos en el Infierno de Dante».

Pietro no pudo contener una maldición.

«Es un juego. Un jeroglífico. Distribuye los asesinatos como Minos dispersa a los condenados en los Infiernos, en expiación de sus faltas. Quiere pasearme... pasearme como Virgilio condujo al poeta, de un Círculo a otro, ¡hasta haber completado su obra maestra!».

En el Noveno Círculo, en la aparición del propio Diablo, se encontraba la adaptación del primer verso de un himno famoso de Fortunato empleado en la liturgia del Viernes Santo. Y ese verso decía: «*Vexilla regis prodeunt inferni*». Los estandartes del rey del Infierno avanzan.

La Orquídea Negra volvió a reunirse con Landretto ante la villa Vicario y subió a la góndola.

—¿Todo bien, señor?

—Navegamos en medio de la más absoluta locura, Landretto, puedes creerme. Y nos enfrentamos a un esteta...

—El dux nos ha hecho llamar. Nos espera en el palacio.

Pietro se sentó, cuidando que las amplias mangas de su camisa no se arrugaran al contacto con la húmeda madera de la góndola. Se colocó bien la chaqueta tirando de los hombros y se ajustó el sombrero.

—Vamos, pues. Sin duda se sorprenderá de lo que tengo que contarle.

LAS FUERZAS DEL MAL y las monarquías diabólicas.

Anasthase Raziel

Discurso sobre la rebelión de los ángeles.

Prefacio a la edición de 1436

Cuando los ángeles se rebelaron contra el Creador, se agruparon bajo la bandera de Lucifer y reivindicaron ejercer a su vez el poder divino. Forjaron así un ejército de nueve legiones, se inventaron una monarquía demoníaca y se dispersaron por todos los horizontes del Cielo para preparar el último enfrentamiento. A cada uno se le asignó su grado, su dignidad y sus armas celestes; y cada uno fue investido con una misión particular, como preludeo a la rebelión final. Cuando todo estuvo preparado, Lucifer estudió a aquella multitud alada con satisfacción. Por última vez pidió al Todopoderoso que compartiera su poder, y como no obtuvo respuesta, le declaró la guerra. Entonces el universo entero se inflamó, y flamearon los mil colores de los astros, de un extremo a otro del éter, porque los Tiempos habían llegado.

—¿*La Divina Comedia*? Pero ¿qué tiene que ver con todo esto?

Francesco Loredan apartó un pliegue de su vestido de armiño. Su cetro bailaba ligeramente en el aire.

—Es la clave, serenísima —dijo Pietro—. El vínculo entre los dos asesinatos. Digamos que se inspiran libremente en la comedia dantesca. Se burlan de nosotros.

Emilio Vindicati se inclinó hacia delante.

—Este descubrimiento es muy importante, alteza, aunque es probable que no sea en absoluto debido al azar. Los argumentos de Pietro hablan por sí solos. Esto confirma que tenemos que enfrentarnos con un hombre, o una organización, perfectamente diabólica. Está claro que tenemos un problema. Si el enemigo prosigue con la trama que parece haber trazado, hay que temer lo peor. La Quimera se divierte organizando para nosotros los elementos de una pequeña charada. Una charada fúnebre. Nueve Círculos..., ¿nueve asesinatos?

El dux estuvo a punto de atragantarse.

—¿Quiere decir que podemos esperar que se produzcan siete crímenes más?

Pietro frunció las cejas.

—Temo que sí, alteza.

Francesco Loredan se pasó la mano por el rostro.

—¡Pero eso es impensable!

Se produjo un silencio. Luego Emilio continuó:

—La amenaza que temíamos es ahora patente. Pero tenemos algo. Si Giovanni Campioni ha dicho la verdad, si nos encontramos realmente ante una conspiración, es muy probable que esta no tenga nada que envidiar a las que los Diez tuvieron que dismantelar en otro tiempo, cuando Bedmar preparaba nada menos que el saqueo de Venecia. Y además con el apoyo del extranjero. Nada nos dice que el Minos con el que trató Spadetti en su taller de vidriería no sea el emisario de una potencia que quiere hundirnos. ¡Esto ya ha ocurrido en el pasado, alteza! En una época en que la República era más fuerte que hoy. Campioni está lejos de excluir esta hipótesis. Y no olvide que la *Comedia* de Dante contenía también críticas virulentas contra algunos políticos florentinos, y no precisamente irrelevantes.

—¡Florentinos, sí! ¡Pero aquí estamos en Venecia!

—El modelo funciona igualmente bien. Denuncian una supuesta delicuescencia de nuestro poder. Le digo que se burlan de nosotros a golpe de imágenes, unas imágenes que hablan tan claro como la eliminación de esas personas que resultaban molestas porque sabían demasiado.

—Pero entonces ¿qué es? ¿Una potencia extranjera? ¡Vamos —dijo Loredan—, esto no se tiene en pie! ¡A veces ha habido tensiones con nuestros vecinos, pero siempre fue Venecia la que ganó la mano! ¡Ya no estamos, como antes, entre dos imperios y teniendo que gobernar el nuestro! De hecho, la situación es más bien tranquila..., ¡y así debe continuar! Espero al nuevo embajador francés dentro de una semana; es vital que esta llegada se desarrolle bajo los mejores auspicios. Para

cuando llegue este momento, el asunto debe estar solucionado. No podemos permitir de ningún modo que Venecia se sumerja en el terror. Dígame, Emilio, ¿quién podría aplicarse, en el exterior, en sembrar la discordia con tanto refinamiento? ¿Los turcos, los austríacos, los ingleses...? Vamos, no creo en ello ni por un momento.

—Solo hay una clave para este misterio —dijo Pietro—. Y esta clave se llama los Pájaros de Fuego. Debemos descubrir quién mueve los hilos. Ahora ya conoce el mensaje que me hizo llegar Campioni. Me indica que en Mestre, en Tierra Firme, se prepara una reunión de su secta. Se celebrará esta noche. Y yo estaré allí.

Se produjo un nuevo silencio.

—Podría ser una trampa —acabó por decir Vindicati.

—En ese caso, Emilio, quedaría establecido quién es el enemigo. Y en la hipótesis de que las cosas acabaran mal, solo me perdería a mí, a alguien que es todavía prisionero de la República, ¿no es así?...

Emilio se volvió hacia el dux.

—¿Llegaremos a tener que agradecer la ayuda de Viravolta de Lansalt, alteza? Reconozcamos, en todo caso, que no le falta celo ni ardor en el desempeño de su tarea. En circunstancias muy distintas esto hubiera podido parecer sospechoso.

—Considero este asunto una cuestión de honor personal, alteza —dijo Pietro—. Como a ustedes, no me gusta ser humillado. No dejo de dar vueltas a estos asesinatos. Giovanni Campioni todavía nos oculta información. Si caigo en una trampa, solo él podría haberla tendido. Así quedaría desenmascarado; a menos, claro está, que él mismo sea víctima de un odioso chantaje. Pero lo cierto es que lo desconocemos todo sobre los engranajes de esa organización, y por el momento creo que Campioni es sincero, cosa que no podría decir de otros. Traten solo de saber más sobre él. Y sigan interrogando a Spadetti, en Murano. Tal vez sea inocente, como pretende, pero personalmente me inclino a creer que le presionan para impedir que hable.

Callaron de nuevo.

—Todo esto está muy bien, pero el tiempo apremia —acabó diciendo Loredan—. El emisario de Francia llegará pronto, solo falta un mes para la Ascensión, y entonces el Carnaval volverá a arrancar con toda su fuerza. No podemos arruinar la fiesta ni dejar que el sepulcro de nuevas tragedias se cierre sobre la ciudad en efervescencia.

—Enviaré hombres a Tierra Firme con usted —dijo Emilio a Viravolta—. Tal vez haya llegado el momento de mostrarles que hemos detectado el complot. Esto podría disuadirles de actuar.

Pietro sacudió la cabeza.

—¿Lo cree seriamente, maese? No. Es demasiado peligroso; no hay que correr ningún riesgo. No tenemos una idea exacta de sus fuerzas; ni siquiera del rostro del enemigo. Golpear a ciegas es lo peor que podríamos hacer; podría precipitar sus planes. Lo que necesitamos es un reconocimiento, un paso que debe preceder a cualquier acción concertada. Si consigo descubrir la identidad de estos asesinos, recuperaremos la iniciativa, con más razón aún porque ellos pensarán que todavía

están a resguardo. Debo añadir que no tengo ninguna confianza en otros agentes aparte de mí mismo. Necesito dos caballos, uno para mí y otro para Landretto. Y una escolta discreta hasta las inmediaciones de Mestre. Nada más.

—Es una locura —dijo el dux.

—Contra un loco, loco y medio —dijo Pietro.

Al salir de la Sala del Colegio, donde el dux les había recibido, Emilio sujetó a Pietro de la manga y lo arrastró hacia otra habitación del palacio. El Senado celebraba sesión el sábado: era miércoles, y la sala estaba vacía. Aquí se decidían los asuntos más complejos de la diplomacia veneciana. Aquí se sentaba regularmente Giovanni Campioni, y tal vez, también, algunos oscuros miembros de los Pájaros de Fuego. Emilio y Viravolta se encontraron solos en ese decorado barroco, cuya desmesura acentuaba la impresión de soledad, previa al combate, que ambos sentían en ese instante. La sala, inmensa, desplegaba sobre ellos sus techos recargados, dominados en su centro por el fresco de Tintoretto, *Venecia recibiendo los dones del mar*. Emilio posó la mano en el hombro de Pietro, con rostro sombrío.

—Arriesgarás tu vida esta noche.

—Está en juego mucho más en esto. Venecia arriesga, como yo, su libertad.

—Tengo que decirte algo. El dux te ha hablado de este nuevo embajador francés que llega la semana próxima; me ha pedido que vele por su seguridad y que le reciba dignamente. En la situación en que nos encontramos tendré que dar prueba de prudencia, como puedes imaginar, no solo para evitar que sepa lo que se trama en Venecia, sino también para asegurarme de que no le ocurra nada. En este momento estoy preparado para todo.

—Mañana sabremos más, te lo prometo. Aunque andemos a tientas, las cosas avanzan.

—Dentro de dos horas debes estar preparado. La escolta y los caballos te esperarán ante el palacio.

Pietro apartó los pliegues de su manto. Sus manos se posaron sobre el pomo de la espada y sobre una de las pistolas de pólvora que llevaba a la cintura.

—Le garantizo, digno miembro del Consejo de los Diez, que ya lo estoy.

Sonrió.

—Esta noche la Orquídea Negra irá a observar a los pájaros.

CANTO VIII

Los Nueve Círculos

Mañana por la noche, los pájaros estarán al completo en su jaula; para admirarlos, tendrá que dirigirse a Tierra Firme, a la villa Mora, en Mestre. El lugar está en ruinas, pero es un paraje ideal para calentarse en grupo ante una buena hoguera e intercambiar pequeños secretos. Sobre todo no olvide que, como en Carnaval, el disfraz es de rigor.

G. C.

—¿Es usted la Orquídea Negra?

—Sí.

—Vamos. Ya cae la noche.

Como habían convenido, la escolta acompañó a Pietro y a su criado hasta Tierra Firme, y al llegar a las cercanías de la ciudad de Mestre, los dejó para permanecer en las proximidades. Habían acordado que no se moverían hasta que Pietro no estuviera de vuelta; si no había llegado antes del alba, avisarían inmediatamente al dux y a Emilio Vindicati.

Desde hacía muchos años, los venecianos habían empezado a buscar en Tierra Firme un medio para escapar un poco de su entorno urbano. Las villas de recreo en la campiña se habían multiplicado y no era raro que familias enteras abandonasen definitivamente la laguna para probar la experiencia de una vida nueva, adquiriendo extensas propiedades rurales; o bien escapaban al campo el fin de semana —hombres, mujeres, niños, caballos y amigos— para disfrutar de unos días de descanso en alguna villa a la que acudían para recuperar fuerzas. Allí jugaban, celebraban fiestas y banquetes, disfrutaban de los encantos de la jardinería y los paseos campestres. Poseer una casa en Tierra Firme se había convertido en una verdadera moda nobiliaria. Naturalmente, Pietro y Vindicati se habían hecho preguntas sobre esa villa Mora de la que había hablado el senador Campioni en su nota. Conocer el nombre del propietario habría sido de gran ayuda para avanzar en el asunto que les preocupaba; pero una vez más se habían encontrado en un callejón sin salida. Lejos de ser el lugar de peregrinaje semanal de algún misterioso miembro del gobierno, la villa Mora era solo una casa en ruinas que no encontraba comprador desde hacía varios años.

A la luz del crepúsculo, Pietro y su criado pudieron distinguir a cierta distancia la solitaria edificación. La casa estaba situada en la frontera de Mestre con la llanura colindante, sembrada aquí y allá de pequeñas lomas silenciosas. El tiempo había refrescado de nuevo y, desde la imponente tormenta de San Giorgio, Viravolta tenía la impresión de que el clima se había trastornado. Pietro bajó de su caballo y

Landretto le imitó. Desde el lugar en que se encontraban, podían contemplar el tejado medio destruido y el parque, rodeado de oscuros matorrales, donde se entremezclaban las zarzas y los cardos. La villa estaba cercada por un murete de piedras cuarteadas, también medio derruido. La noche ganaba terreno, y una bruma parecida a la que había acompañado a los dos hombres en su viaje a Murano envolvía el paisaje. Surgida de la laguna y traída por el viento, o ascendiendo de las mismas entrañas de la tierra, la neblina se insinuaba en jirones diáfanos y movedizos entre los vestigios de fuentes abandonadas, pilas secas y restos de columnas torcidas. Pietro se estremeció. No era extraño que los Pájaros de Fuego hubieran elegido un lugar como aquel para sus encuentros clandestinos: con sus paredes agrietadas, sus jardines de vegetación anárquica y su arco demolido, del que solo se mantenía en pie un trozo de pared, la casona ofrecía un espectáculo siniestro. Los continuos ladridos de una jauría de perros en la lejanía acentuaban aquella atmósfera lúgubre. Los tejos y los cipreses que se levantaban a uno y otro lado enmarcaban ese perímetro desolado como otras tantas estelas funerarias; un cementerio se extendía a unas decenas de metros de la villa, y un bosque de cruces, moteadas de miríadas de agujas blancas, se recortaban contra el cielo como manos desolladas que imploraban la clemencia de esa noche en la que pronto se hundirían.

—Estábamos mejor en casa de la Contarini —masculló Landretto.

Viravolta golpeó la hierba resbaladiza con el talón para deshacerse de un terrón que se le había pegado a la suela. Verificó las dos pistolas de pólvora que llevaba a los costados, junto a la espada, y dejó caer de nuevo la capa negra por encima. El lánguido follaje del árbol bajo el que se habían resguardado susurraba en la oscuridad. Con los ojos fijos en la villa, Pietro frunció las cejas.

—No veremos gran cosa si la luna no nos ayuda. Cuando sea noche oscura, tendré que acercarme un poco. Tú llevarás los caballos más lejos, pero tampoco demasiado, Landretto. Si nos vemos obligados a salir precipitadamente, me gustaría encontrarte rápido. ¿Ves aquella colina, allí? Será nuestro lugar de encuentro. Ya sabes qué debes hacer si la aurora llega sin que yo haya aparecido.

—Comprendido.

Siguieron esperando. El mundo entero parecía poblado de fantasmas. En aquel lugar no era difícil imaginar la presencia de bandadas de espectros lastimeros, saliendo de sus tumbas para errar en torno a ellos con un ruido de cadenas que se confundiera con el silbido del viento. La hoz de una luna pálida aparecía de vez en cuando, pero enseguida era tragada por las nubes. Hacia las diez, Pietro y Landretto se separaron, y el criado fue a apostarse en la colina. Pietro se acercó sigilosamente hasta el murete que rodeaba la villa y allí permaneció al acecho. Solo sus ojos parecían brillar en la noche. Se mantuvo alerta, sin relajar ni un momento la atención. Los últimos acontecimientos volvían continuamente a su cabeza. Pensaba en Dante, en los grabados que había visto, en esos condenados sumergidos en las turbas infernales, en los aullidos de los atormentados; en Marcello Torretone y el sacerdote

Caffelli, unidos por el secreto. Luego era el rostro de la cortesana Luciana Saliestri y el del senador, trastornado ante la evocación de la Quimera. Y finalmente, la aparición de Anna Santamaría; la manera en que la había visto en las Mercerie le desgarraba el corazón; y esa especie de impotencia que había sentido entonces, esa incertidumbre sobre la conducta que debía seguir... Pietro meditaba arrodillado bajo los tejos.

Dos horas más tarde todavía estaba sumergido en sus reflexiones. El viento seguía murmurando en sus oídos, pero nada se movía. Cada vez hacía más frío. Los perros se habían calmado y los pájaros dormían. Momentáneamente dominado por la fatiga, Pietro se desperezó y se sentó detrás del murete. Empezaba a creer que había sido víctima de una broma de mal gusto. ¿Tendría que esperar así hasta el alba? En el mismo instante en que, no sin cierta amargura, se disponía a considerar seriamente esta posibilidad, oyó algo. Se puso de rodillas, se incorporó a medias y miró por encima del muro.

Pasos. Sí, eran pasos, sobre la tierra fresca. Una antorcha acababa de encenderse.

Pietro sintió que la agitación crecía en su interior.

La antorcha bailaba a unos metros ante él, entre dos matorrales, en una de las avenidas del parque. Parecía avanzar sola entre los macizos. Al cabo de unos segundos se detuvo; la llama subía hacia el cielo. Pietro distinguió una forma encapuchada, que parecía mirar en otra dirección. El misterioso personaje reemprendió la marcha y se detuvo de nuevo. Movió la cabeza. Una segunda antorcha se encendió.

Pietro siguió con la mirada las dos siluetas. Las distinguió claramente mientras se acercaban al arco en ruinas, justo detrás de una de las fuentes de los jardines, que en otro tiempo debía de haber señalado la entrada. Luego, de pronto, las antorchas parecieron acercarse al suelo; descendieron gradualmente y se desvanecieron tan de repente que Pietro se preguntó si no había sido víctima de una ilusión. Volvió a sentarse. ¿Era posible que el arco ocultara algún pasaje secreto que conducía a las profundidades de la tierra? Debía salir de dudas. No tuvo que esperar mucho para solucionar el enigma, porque cinco minutos más tarde apareció otra antorcha. La misma escena se desarrolló entonces de idéntico modo. El recién llegado caminó unos metros, se reunió con otro hombre, y ambos desaparecieron junto a las ruinas. Por lo visto, los Pájaros de Fuego se presentaban de dos en dos, a intervalos regulares, antes de dirigirse al lugar exacto de su encuentro.

«Bien... —pensó Pietro—. Ahora me toca a mí».

Dejó pasar unos instantes, y luego, de un salto, pasó al otro lado del muro y se deslizó hasta el lugar donde había visto aparecer la primera antorcha. Allí se detuvo. Como había presentido, pronto oyó crujir la tierra de la avenida y distinguió una sombra. La figura se acercó. Al llegar junto a él se detuvo.

También iba encapuchada, y vestía un sayo que recordaba un hábito monacal, ceñido en la cintura por un cordoncito blanco. Una voz susurró, dubitativa:

—Porque el león ruge tan fuerte...

Pietro parpadeó. Instintivamente llevó la mano al pomo de la espada, dispuesto a sacarla de su vaina; pero si el otro era más rápido, corría el riesgo de dar la alerta.

—¿Porque el león ruge tan fuerte...? —insistió el miembro de la secta con nerviosismo.

Una contraseña. Tenía que ser una contraseña.

La silueta encendió su antorcha para divisar el rostro de su interlocutor. El puño enguantado de Pietro le golpeó al instante en pleno rostro.

El hombre lanzó un grito ahogado mientras Pietro lo dejaba inconsciente. Tendió el oído; nada. En unos segundos lo arrastró entre la maleza. Le quitó el sayo, lo ató sólidamente contra una pila con el cordoncito de su propia capa y lo cubrió con ella después de haberle amordazado con ayuda de un pañuelo. El rostro del hombre del que acababa de deshacerse le era desconocido. Pietro se vistió con el sayo y volvió hacia la avenida, disimulando lo mejor que podía la espada bajo la vestimenta. Se cubrió bien con la capucha y recogió la antorcha caída en el suelo. Luego avanzó por la avenida.

Una segunda antorcha se encendió mientras se acercaba a la arcada. Pietro se aclaró la garganta; tenía los labios secos. Había que improvisar.

—Porque el león ruge tan fuerte... —murmuró.

—... jamás temerá a la muerte —respondió su interlocutor, satisfecho.

Pietro se dirigió hacia la arcada con el otro «discípulo».

Solo se sorprendió a medias al descubrir los estrechos peldaños de una escalera de piedra que, disimulada entre los vestigios de la arcada y las columnas, se hundía en las profundidades. Siguió los pasos de su acólito de circunstancias, tratando de mantener regular la respiración. Ahora estaba completamente solo. La escalera giró dos veces sobre sí misma y después desembocaron en una sala rodeada de antorchas. Pietro contuvo una exclamación. La sala era bastante amplia. Se trataba, sin duda, de un antiguo panteón familiar. Una recámara albergaba una polvorienta figura yacente, drapeada de mármol y piedra, con las manos juntas y una espada contra el cuerpo. Otras losas sepulcrales daban al lugar un aire de catacumba. Aquí y allá, telas de araña decoraban ese refugio húmedo. Seis pilares sostenían las bóvedas. Una reja de hierro oxidada daba a otra escalera, tapiada, que en el pasado debía de comunicar con otro lugar del jardín o con ese cementerio que Pietro había distinguido detrás de la villa Mora. Las otras personas que habían precedido a Pietro y a su colega se encontraban allí; todas se saludaron con una inclinación de cabeza silenciosa, antes de ocupar sus puestos en los asientos de madera que habían alineado a uno y otro lado, como filas de bancos de una iglesia. Pietro se las arregló para quedar en el extremo de uno de esos bancos y, con las manos juntas, esperó. Al fondo de la sala se levantaba un altar, así como un pupitre sobre el que descansaba un libro. Cortinajes púrpura caían del muro. En el suelo, un largo pentagrama estaba sembrado de signos incomprensibles hechos con tiza. Pero lo que más atrajo su atención fueron los

cuadros que colgaban de las paredes a la derecha y a la izquierda. *La inscripción sobre la Puerta*, que mostraba a dos personajes en el umbral de los mundos subterráneos, le recordó enseguida aquella otra Puerta del Infierno que había visto en la obra de la colección Vicario. *El papa simoníaco* era lanzado a un caldero en llamas, en medio de una cascada de rocas negras de bordes cortantes; Pietro vio que el pintor había dado al pontífice los rasgos de Francesco Loredan. ¡El dux condenado al oprobio a la vista de todos! Una alusión de dudoso gusto... Más lejos, *Caronte* conducía las almas de los condenados sobre su barca en un universo tempestuoso. *Los Estriges y las Hordas de demonios* —imagen de los Pájaros de Fuego— rodeaban a Virgilio en lo alto de un precipicio, batiendo sus alas de murciélago.

Un total de nueve cuadros.

«Sí, sin duda esto es un infierno», se dijo Pietro.

Poco a poco la sala se llenaba con nuevas sombras. Pronto fueron una cincuentena. Ahora llegaban en grupos de tres o cuatro y en intervalos más cortos. Todo eran murmullos y crujir de telas. Cada grupo se desprendía de sus antorchas, que añadían otras luces a la sala. Pietro, nervioso, ya no se movía. No se atrevía a imaginar qué ocurriría si le descubrían. La tensión y los movimientos se redujeron poco a poco; luego, los Pájaros de Fuego abandonaron toda actividad y se quedaron en postura hierática. El silencio se prolongó mucho tiempo; bajo las capuchas, todos los rostros estaban vueltos hacia el altar todavía vacío. «¿Qué estarán haciendo? —se preguntaba Pietro—. ¿Rezan? ¿Esperan a alguien más?».

La respuesta no tardó en llegar.

Porque la Sombra soberana estaba allí.

Había llegado sola, vestida como las otras, excepto por un medallón de oro que llevaba colgado al cuello, sobre el que Pietro tuvo tiempo de distinguir un pentagrama de perlas y una cruz invertida. El Diablo, la Quimera, pasó entre las hileras de bancos. Entonces, como una ola que refluye, de las últimas a las primeras filas, los luciferinos se arrodillaron. Pietro les imitó con un leve retraso. Al haber llegado entre los primeros, no se encontraba muy lejos del altar junto al que había ido a colocarse su enemigo. Si tenía que lanzarse hacia la escalera que le había conducido hasta allí, tendría que recorrer más de la mitad de la sala. La idea no le tranquilizó demasiado; pero no habría podido situarse en otro lugar sin parecer sospechoso. Esperó de nuevo, percibiendo el aliento que exhalaban esos pechos que respiraban al unísono en torno a su Maestro. Todo aquello tenía algo de pesadilla, y aunque, en otras circunstancias, Pietro, que no era un hombre impresionable, habría considerado esa puesta en escena con la más mordaz de las ironías, lo cierto era que no había podido evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo cuando el misterioso personaje había pasado junto a él. La trampa se cerraba. La única posibilidad que tenía era pasar inadvertido y participar en esta ceremonia insólita. Las palabras de Emilio pasaron por su mente; se dijo que había sido un estúpido al no aceptar el refuerzo de las milicias secretas del Consejo e irrumpir allí por sorpresa para atrapar de un solo golpe

a aquellos locos. Aunque lo cierto era que lo que tenía ante él bien podía considerarse un pequeño ejército, una tropa capaz de exterminar perfectamente a sus asaltantes.

La Sombra invitó a la asamblea a levantarse. Un oficiante le trajo un pollo que pareció surgido de la nada. La hoja de un puñal brilló. La Sombra degolló al animal con un golpe seco, encima del pentagrama dibujado con tiza. El ave, con la glotis desgarrada, lanzó un cloqueo ahogado. La sangre brotó a grandes chorros y se extendió por el pentagrama y luego sobre el altar. El Diablo llenó con ella un cáliz, que se llevó a los labios. Aquella mascarada esotérica tenía un regusto fúnebre. «Un carnaval», había dicho el senador Campioni en su nota. Mortífero, sin duda. ¿Era posible que bajo aquellas tenebrosas capuchas se ocultaran algunos de los más altos dignatarios de Venecia? ¿Era aquello un juego trágico al que se entregaban los nobles decadentes de la laguna, dispuestos a utilizar cualquier maleficio, a tramar las conspiraciones más viles, para mitigar su aburrimiento? No, aquello no podía ir en serio; a Pietro le costaba creerlo, pero no podía olvidar el terror del sacerdote Caffelli ni el del propio senador.

De pronto, la voz —su voz, profunda, cavernosa— rompió el silencio.

El maestro de ceremonias se había acercado al libro colocado sobre el pupitre.

Ya me encuentro en el Círculo Tercero: el de la lluvia eterna, fría, que no cesa en su fuerza y ritmo fiero. Cruzan granizo, agua negruzca y nieve el aire tenebroso en lluvia adversa: hiede la tierra que esta lluvia bebe. Cerbero, fiera cruel, torpe y diversa, ladra trífauce, mientras la hostiliza, contra la gente que aquí yace inmersa. Tiene pelambre hirsuta, de ojeriza rojos ojos, gran vientre, uñas manos con que a las almas hiere, rasga y triza. La lluvia arranca aullidos infrahumanos...

El Diablo continuó así su lectura. Al cabo de un rato se detuvo, volvió hacia el altar y levantó las manos:

—Como en otro tiempo el poeta predijo las discordias en Florencia, yo os digo que estas llegan a Venecia, y que vosotros seréis sus más ardientes promotores. Os digo que el dux Francesco Loredan merece la muerte, que también él será devorado. Os exhorto a que no olvidéis lo que la República fue en otro tiempo, para comprender mejor así lo que es hoy: la guarida del pecado y la corrupción. Pronto la derribaremos, y la edad de oro volverá a nosotros. Recuperaremos el dominio de los mares. También nuestro poder será nuevo, un poder rudo hacia el mundo, pronto a imponer su supremacía, como el imperio lo hizo antaño en todas sus colonias, en sus factorías y sus bases imperiales, hasta el otro extremo de las tierras conocidas. Inundaremos la laguna con estas nuevas riquezas, que merece; salvaremos a nuestros menesterosos y reforzaremos nuestros ejércitos. Nuestro poder se alimentará de los siglos antiguos y del ardor de nuestro combate. ¡Y vosotros, mis Estriges, vosotros, mis Pájaros, seréis arpías y furias, lanzadas sobre toda la ciudad, hasta que, sobre los

vestigios del mundo antiguo, se levante por fin el régimen nuevo, el régimen que reclamamos en nuestros votos!

—*Ave Satani* — clamó la asamblea con una sola voz.

A Pietro casi se le escapó la risa, que se transformó en una breve tos entrecortada. Uno de los miembros de la secta volvió el rostro hacia él. ¿Había notado también la Sombra este movimiento? Inspirada por una repentina intuición, la figura pareció mirar un breve instante en su dirección. Pietro se puso rígido, pero solo podía distinguir un agujero negro, una nada bajo la capucha del enemigo. Y pronto empezó una extraña procesión. Uno tras otro, los luciferinos fueron a arrodillarse ante el altar, en el centro mismo del pentagrama, para prestar juramento.

Pietro sacudió la cabeza.

—Yo te nombro Semyaza, de los Serafines del Abismo —decía la Sombra dibujando un cruz invertida con ceniza sobre la frente de su discípulo, sin quitarle la capucha—. Yo te nombro Chocariel, de los Querubines del Abismo y de la orden de Pitón-Luzbel. Tú serás Anatnah, de los Tronos, con Belial por jefe.

Pietro no tuvo más remedio que unirse a los demás. Ante él, los encapuchados seguían arrodillándose. Se pasó la lengua por los labios. ¿Llegaría a ver los rasgos del hombre que se ocultaba bajo aquella capucha oscura? Era una ocasión única; pero si lo conseguía, él mismo corría peligro de ser descubierto. Cerró el puño; su mano estaba húmeda en el interior del guante. Y había algo más: la espada le molestaba bajo el manto. Temía desvelar la hoja, que colgaba de su cinturón, al ponerse de rodillas. Con cuidado, aflojó el cordoncito que llevaba atado a la cintura.

—Alcanor, de las Dominaciones del Abismo, tu jefe será Satán; Amaniel y Raner, de las Potencias, serviréis a Asmodeo... Amalín, tú seguirás a Abadón, de las Virtudes del Abismo...

Pietro no comprendía nada de aquello, pero se iba acercando al altar.

—Sbarionath, de los Principados, y Golem de los Arcángeles, en nombre de Astaroth...

«Es imposible, es una farsa, una mistificación...».

Por fin llegó ante el jefe de la secta. Se llevó la mano al costado, sobre el sayo. Tuvo que arrodillarse —con gesto algo torpe—, porque la voz espectral de la sombra había marcado una pausa. Por suerte, la vaina de la espada no emitió ningún ruido. Pietro se encontraba a su vez en el centro del pentagrama. Sus ojos contemplaron un instante los signos cabalísticos dibujados con tiza. Luego alzó la cara. Estaban frente a frente. Ambos camuflados bajo sus capuchas. Pietro no pudo distinguir el rostro del Diablo, igual que él no podía distinguir el suyo. La mano de la Sombra se posó sobre la frente de Pietro. ¿Había sentido la humedad? Su pulgar pareció, en efecto, retrasarse más de lo necesario. Pietro aún conservaba la sangre fría, pero había empezado a transpirar. De pronto tenía la pavorosa sensación de que el Maestro le olía, le husmeaba, como un animal salvaje olfatea a su presa antes de lanzarse sobre ella. En ese gigante que se erguía sobre él había algo profundamente bestial. Y esa

voz..., por un momento le pareció que no había nada humano en ella.

Finalmente el dedo del Diablo dibujó sobre su frente la cruz de ceniza invertida.

—Tú serás Elafón, de los Angeles del Abismo, con Lucifer por señor...

Pietro se levantó despacio, para que sus movimientos no le traicionaran. Dio media vuelta y aprovechó el final de la procesión, no para volver a su puesto cerca del altar, sino para dirigirse al fondo de la sala, muy cerca de la escalera. A medida que avanzaba en esa dirección, suspiraba de alivio. Aún no había acabado la ceremonia, pero era inútil seguir allí más tiempo; había sido una locura aventurarse solo en ese nido de víboras. Tenía que desaparecer discretamente y correr a informar a Vindicati de lo que había visto. Aunque se preguntaba quién iba a estar tan loco para creerle. Detrás de él, la Sombra había vuelto a ocupar su lugar junto al altar y levantaba de nuevo los brazos:

—¡Vamos, mis ángeles, vamos, mis demonios, mis Pájaros de Fuego! ¡Dispersaos sobre Venecia, y estad atentos a responder a la llamada de los cañones! Pero antes...

Pietro ya estaba solo a unos pasos de la escalera; de la libertad.

—... antes dad las gracias conmigo a nuestro invitado por estar entre nosotros esta noche. Un invitado de alcurnia, amigos míos... Porque debéis saber que con nosotros se encuentra una de las más hábiles espadas del país...

Pietro se volvió.

—¡Saludad a la Orquídea Negra!

Pietro se detuvo, petrificado.

Ya no podía dar marcha atrás y volver a una de las filas de bancos.

Permaneció inmóvil un segundo, mientras un rumor crecía en la asamblea. Las desconfiadas capuchas se volvían en todas direcciones en busca de un indicio, una señal, una explicación. La Sombra reía, con una risa continua que resonaba grotescamente bajo las bóvedas. Lentamente, Pietro se volvió. Ahora la Quimera tendía un dedo hacia él.

«¡Oh, no!».

Cincuenta rostros siguieron la dirección que indicaba el Maestro.

—Un impostor, amigos míos... Prendedle.

«Sabía que esto acabaría mal».

Bajo la capucha, Pietro esbozó una sonrisa crispada.

Durante un breve instante no ocurrió nada; luego, como un solo hombre, los caballeros del Apocalipsis se precipitaron hacia él.

Con un gesto brusco, Pietro levantó su sayo y empuñó las pistolas que llevaba a la cintura.

Con el movimiento, la capucha cayó hacia atrás, desvelando su rostro. Había llegado la hora de saber si estos demonios eran mortales. Los disparos restallaron entre un olor a pólvora y dos de sus asaltantes se desplomaron en el acto con un gorgoteo, en el mismo momento en que iban a abatirse sobre él. El clamor se convirtió en un bramido; los encapuchados se abalanzaban sobre él desde todos lados.

Pietro giró sobre sus talones y se precipitó hacia la escalera. Mientras subía los peldaños de cuatro en cuatro, se deshizo del sayo, que lanzó a la cabeza de sus perseguidores. Fuera, dos de los Pájaros de Fuego montaban guardia. Pietro les propinó un violento empujón. Sorprendidos, los hombres cayeron, uno contra la arcada del jardín y el otro en la entrada de la escalera. Pietro corrió sin dudar hacia el este del parque y saltó por encima del murete. Los Pájaros de Fuego seguían tras él.

Corrió a través de la llanura, en dirección a la colina donde había concertado el lugar de encuentro con Landretto.

Este estaba adormilado bajo un tejo, con una manta sobre los hombros.

—¡Landretto! —exclamó Pietro—. ¡Landretto, por lo que más quieras! ¡Huyamos!

El criado, horrorizado, se desprendió enseguida de la manta y corrió hacia los caballos. Pietro subía por la colina y un ejército, una horda sombría equipada con armas y antorchas, le pisaba los talones como una jauría, dándole caza. Landretto no podía dar crédito a sus ojos. Por un instante le pareció ver en aquella imagen la señal de que los muertos, tras surgir de sus tumbas, habían vuelto a la tierra y perseguían a Pietro con sus siseos y sus sortilegios. El criado sujetó las riendas de la montura de Viravolta; la suya giró sobre sí misma relinchando. Pietro siguió corriendo, saltó rápidamente a la silla y golpeó vigorosamente los flancos del animal, que se encabritó y salió al galope.

Los dos huyeron levantando terrones de hierba y tierra.

Esta carrera nocturna duró hasta que encontraron la escolta de Vindicad, a las puertas de la ciudad de Mestre. Pietro ordenó a los hombres de Emilio que le siguieran sin dar más explicaciones. La escolta tampoco contaba con suficientes efectivos para hacer frente a los Pájaros de Fuego en caso de que les alcanzaran. Todos cabalgaron, pues, a galope tendido en dirección a Venecia. Pietro no se había encontrado en una situación como aquella desde hacía mucho tiempo, cuando, siendo oficial en Corfú al servicio de la República, había tenido que escapar a los furiosos ataques de hordas de campesinos bajados de las montañas, armados con fusiles y horcas.

Pero lo cierto era que no le habría importado prescindir del recuerdo de esa noche. Mientras galopaba hacia la Serenísima, no podía evitar pensar en la figura gigantesca y sombría del Diablo y en su voz surgida de los infiernos.

«*Vexilla regís prodeunt inferni*».

Los ángeles de la Sombra se desplegaron sobre Venecia.

CANTO IX

Los glotones

Pietro dejó caer el libro sobre el escritorio con un ruido sordo; luego, después de haberse humedecido el dedo, lo hojeó para buscar las páginas que le interesaban.

—Los términos de «diablo» y «demonio» fueron introducidos por los traductores de la Biblia tres siglos después de Jesucristo, en la traducción griega llamada de los «Setenta» —dijo—. Un egipcio, el pseudo-Aristeo, nos legó su historia en una carta dirigida a su hermano Filadelfo, deseoso de enriquecer su biblioteca con la legislación hebraica. Este último escribió al gran sacerdote Eleazar para pedir traductores instruidos, y setenta y dos israelitas fueron elegidos para esta misión. El gran sacerdote los envió a Egipto, cada uno con un ejemplar de la Tora transcrita en letras de oro. Los traductores terminaron su trabajo en ermitas, en la isla de Faros, al cabo de setenta y dos días. La leyenda afirma que fueron encerrados en celdas diferentes y que, sin embargo, al acabar su labor, sus traducciones se revelaron idénticas. Sin duda sus manos habían sido guiadas por Dios mismo. El *daimon*, el gran divisor, concededor del Todo como el del antiguo Sócrates, ya no dejaría de alimentar las obras de teología y de esoterismo. También la literatura apócrifa hizo suya esta figura, y sus autores se apropiaron de los nombres de los antiguos patriarcas para hacerse oír: Henoch, Abraham, Salomón, Moisés. Numerosos eruditos perfilaron las jerarquías de la demonología tradicional. La más antigua se debe a Miguel Psello, que, en 1050, los reunió en seis categorías, en función de los lugares que estaban supuestamente llamados a infestar. Otros inventaron extraordinarias monarquías diabólicas y dieron nombres y sobrenombres a setenta y dos príncipes y 7 450 926 diablos, contados por legiones de 666, en referencia a la profecía del Apocalipsis.

El dux se inclinó sobre el libro, con los ojos muy abiertos. Pietro giró el manuscrito en su dirección para que su alteza pudiera leer cómodamente.

—Aquí están los nombres que oí. El Diablo no se inspira solo en *La Divina Comedia*, sino que también plagia el libro de *Las fuerzas del Mal* de Raziél, un tratado de demonología bastante popular a finales de la Edad Media. Nueve legiones de ángeles del Abismo, que preparan el holocausto final sellando el destino escatológico del hombre. Ahí puede verlos...

El dux se inclinó.

En medio de grabados evocadores figuraban los nombres en caligrafía gótica, con fórmulas intercaladas redactadas en lenguas incomprensibles.

—Los Serafines, los Querubines y los Tronos del Abismo —prosiguió Pietro—; las Dominaciones, las Potencias y las Virtudes, los Principados, los Arcángeles y los Angeles, todos gobernados por una entidad diferente, emanación directa del Diablo: Belcebú, Pitón-Luzbel, Belial, Satán, Asmodeo, Abadón, Meririm, Astaroth, Lucifer.

Todos se enfrentarán a las legiones celestes el Día del Juicio.

Francesco Loredan estaba pálido. Pietro cerró el libro bajo sus ojos con un ruido seco.

El dux se sobresaltó.

—Tenemos que enfrentarnos a unos enfermos notorios, serenísima, y a uno en particular que se toma por el propio Diablo y se divierte interpretando un juego de enorme envergadura. Creo que representa no solo una amenaza tangible, sino incluso la más temible a la que hayamos tenido que hacer frente jamás. Se da varios nombres, y el de la Quimera dice bastante sobre su gusto por la ironía. Se aplica en tejer metáforas con las que se deleita, para tendernos trampas y arrastrarnos a los meandros de sus pequeñas charadas. La más importante de todas está clara: Venecia deberá atravesar los Nueve Círculos hasta ser dominada por las nueve legiones, que la conducirán al Purgatorio, antes de la restauración de la edad de oro. Esto implica su desaparición, alteza, pues ahora sabemos que se encuentra personalmente en su punto de mira. Los Estriges quieren matarle e instaurar en este palacio un nuevo poder. El apocalipsis sobre Venecia. Lo que vi era el acta de bautismo de las legiones que nuestro Lucifer prepara para su golpe de Estado. Tiene su jerarquía, y ya sueña con sus futuras instituciones. Y hay algo más...

Pietro dio unos pasos y luego se detuvo.

—Él sabía que yo estaba allí.

Fue a sentarse. Una mueca horrorizada se dibujó en el rostro de Loredan.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Estamos en el Tercer Círculo, alteza.

Lentamente, el dux alzó la mirada. La expresión de su rostro se había endurecido. Sus ojos lanzaban chispas.

—Nombres, Viravolta. ¿Me oye? Quiero nombres.

Pietro cruzó una mirada con Vindicati. De nuevo se hizo el silencio.

—Que los Diez y la Crimínale dediquen todos sus efectivos a este asunto si es preciso —añadió Loredan—. Pero encuéntrenlos.

El manto púrpura del dux crujió suavemente. Loredan, erguido ante ellos, concluyó:

—Consideren que estamos en guerra.

Emilio recibió el encargo de reclutar a setenta y dos agentes de confianza. Cada uno de ellos desfiló ante los ojos del miembro de los Diez y los de Pietro en una de las salas secretas de los Plomos, a unos pasos de las prisiones, en el lugar donde habitualmente se sometía a los condenados al tormento.

Pietro quiso aprovechar la ocasión para informarse sobre Giacomo; pero a la entrada de las celdas donde él mismo se encontraba poco tiempo antes, tropezó con el guardián, ese buitres de Lorenzo Basadonna, que le sonrió con sus dientes mellados

mientras levantaba la linterna.

—¿Y bien? Parece que tienes prisa por volver...

Basadonna le negó el acceso a las celdas, mientras hacía tintinear groseramente las llaves que colgaban de su cintura bajo el abombado vientre.

—¿Puedo hablar con él, al menos?

—Si quieres... —replicó Lorenzo con una risotada.

Pietro alzó la voz para llamar a Casanova.

—¡Giacomo! ¡Giacomo, soy yo, Pietro! ¿Me oyes?

Esperó un par de segundos; luego el prisionero respondió. Los dos pudieron conversar unos minutos, con Basadonna en medio, que se complacía en exhibir sus tristes poderes y disfrutaba viéndose de nuevo en el papel de acompañante de esos señores, o más bien, de maestro de ceremonias. Aunque si Pietro hubiera podido seguir adelante por aquellos sombríos pasillos, tampoco habría llegado a ver de Giacomo más que su ojo detrás del tragaluz y una parte de su rostro. De vez en cuando un grito o la imploración lúgubre de otro prisionero interrumpían la conversación, pero aun así pudieron hablar lo suficiente para que Pietro se tranquilizara con respecto al estado de salud de su antiguo camarada. Naturalmente no le dijo nada del asunto que le preocupaba; de todos modos, se alegró de saber que Giacomo se encontraba bien. A Pietro le hubiera gustado aprovechar la situación para negociar con Vindicad el reclutamiento de Casanova para su grupo; pero este, igual que el jefe de la Quarantia Crimínale, no quería oír hablar de ello.

Sin duda consideraban que no era momento de excederse en sus peticiones.

—¿Y las damas? —preguntó Giacomo—. Pietro, ¿qué tal están las mujeres ahí afuera?

—¡Te echan en falta, Giacomo! —bromeó Pietro.

—Transmíteles mis recuerdos. Dime... ¿has vuelto a ver a la Santamaría?

Pietro dudó, con la mirada fija en la punta de sus zapatos.

—Bien... es que... Sí, o mejor dicho, no. Yo...

—¡Pietro! —exclamó Giacomo en un tono que no admitía réplica—. Hazme un favor. ¡Encuétrala, y marchaos de esta ciudad sin volver la vista atrás!

Pietro volvió a sonreír.

«Lo pensaré, Giacomo. Lo pensaré».

—¿Y tú? ¿Resistirás?

Casanova respondió con voz clara:

—¡Resistiré, sí!

El reclutamiento de los agentes continuó. No había un solo detalle de su vida que escapara al control de Pietro y Vindicati. Si la Sombra organizaba sus legiones, era preciso prepararse para el contraataque sin pérdida de tiempo. Cada uno de los espías enrolados al servicio de la República respondería con su vida, sus bienes y su familia

de su fidelidad al juramento que renovaba ante Emilio.

El Consejo de los Diez se sumó de forma decidida a este proceso.

Una traición, cualquiera que fuese, equivaldría a una o varias ejecuciones inmediatas; en ausencia de un culpable designado, los Diez golpearían al azar y la muerte se abatiría como un rayo, de forma arbitraria, sobre los agentes, colocados de este modo entre la espada y la pared. En tres días se constituyó y se desplegó a través de Venecia un segundo ejército secreto. En él se mezclaron nobles, *áttadini*, artesanos, actores, mujeres de vida alegre; todos se dispersaron de la plaza de San Marcos al Rialto, de las Procuratie a las Mercerie, de Canareggio a Santa Croce, de la Giudecca a Burano, con la misión de obtener información sacando partido de sus encantos y de las actividades que les eran propias. Más que nunca, la justicia de excepción de los Diez funcionaría a pleno rendimiento y sin asomo de piedad. Ante la urgencia de la situación, se adoptaron medidas sin precedentes. El dux sería vigilado las veinticuatro horas del día por diez hombres armados que, a la menor alerta, se transformarían en cincuenta si era preciso. El primer momento de pánico dio paso a una rigurosa organización. La Sombra tenía sus Dominaciones, sus Principados y sus Arcángeles; la República tendría sus fuerzas celestes, sus legiones propias, las de la laguna: Rafael, Miguel, Gabriel, Hesediel y otros Metatrón. Se organizó un registro a fondo del panteón de la villa Mora. Naturalmente, no se encontró nada. Ni el altar ni la edición del *Infierno* sobre su pupitre ni los cuadros colgados de las paredes, y menos aún alguna presencia humana.

La escalera que conducía a la sala subterránea, en medio de las ruinas, fue tapiada.

La noche del tercer día, Pietro, agotado, se encontró con Landretto en el puente de Rialto. Mientras, la vida veneciana continuaba como si nada hubiera pasado. El Rialto: Pietro y su criado habían llegado a él por esas calles pavimentadas con piedras cuadradas de mármol de Istria, que recientemente se habían repicado con el cincel para evitar que fueran demasiado resbaladizas. El puente, con un arco de casi treinta metros, cruzaba el Gran Canal, sosteniendo en su curva elevada unas ochenta tiendas y viviendas con los techos cubiertos de plomo, en medio de esa feria permanente del paso de los barcos y las góndolas. Después de unos días desapacibles, e incluso tempestuosos, el sol había vuelto a brillar sobre Venecia. El mercado estaba en plena efervescencia. Las barcas no paraban de descargar hortalizas, carnes, frutas, pescado, flores. Ahí podía encontrarse de todo; vendedores de especias que gritaban en mangas de camisa, joyeros que hacían probar a las damas sus nuevas creaciones, vendedores de vino, aceite, pieles, ropa, cordelería y cestería, funcionarios escapados de las oficinas cercanas, controladores, magistrados, aseguradores y notarios; las tres calles que conducían al puente resplandeciente de blancura vomitaban sin cesar nuevas oleadas de mirones, oficiales y tenderos. ¡Venecia vivía, vivía! Y los gondoleros seguían cantando: «Viva Venecia, en el corazón, que nos gobierna en la paz y el amor...».

—Uf —dijo Pietro dándose un masaje en las sienes, extenuado—, mi querido Landretto... Me pregunto si no empiezo a añorar la cárcel.

—No diga tonterías. Está mejor actuando que pudriéndose en un calabozo. Al menos tiene libertad de movimientos.

—Libertad, sí: para correr más deprisa y escapar de esa jauría. Es verdad que... Se volvió hacia su criado y se esforzó en sonreír.

—Es verdad que podría hacer el equipaje esta misma noche, Landretto. Tal vez Giacomo tenga razón. Tal vez debería volver con Anna. Cogeríamos tres buenos caballos y nos largaríamos de aquí para buscar aventuras en otra parte.

Un sueño pasó por un instante ante sus ojos. Se vio huyendo con Anna Santamaría a algún lugar de Venecia, luego a la Toscana, y luego más lejos, a Francia tal vez.

—Pero Emilio tiene razón en una cosa. Estoy demasiado comprometido en esta empresa para huir ahora. Con lo que sé, yo mismo podría ser acusado de conspirar contra el Estado, lo que ya sería el colmo.

Pietro se volvió y se apoyó con los codos en el puente, con los ojos perdidos en el Gran Canal. Las villas que lo bordeaban adquirían a la luz del sol poniente un maravilloso tono rosa y anaranjado. Venecia, envuelta en sus ilusiones, parecía saborear la dulzura infinita de su alegría de vivir, una dulzura con la que Pietro soñaba. Deseaba saciarse de ella, dejarse ir, abandonarse a esta contemplación tranquila, y devolver a la ciudad su más hermoso ornamento, su más bello calificativo: la Serenísima.

—¿Sabes, Landretto, qué matará al hombre?

—No, pero adivino que usted me lo dirá.

—Mira estas villas, estos palacios, esta laguna magnífica; mira estas riquezas, escucha estas risas y estos cantos. No será la miseria la que mate al hombre.

—¿Ah, no?

—No —dijo Pietro—. Porque no es ella la que despierta la codicia...

Se desperezó, abriendo los brazos con una mueca.

—Es la abundancia.

Durante mucho tiempo, Pietro y su criado permanecieron inmóviles, sobre el puente, contemplando la vida que hervía a su alrededor. Súbitamente, la mano de Viravolta se crispó sobre el hombro de su criado.

Bajo los últimos rayos del sol poniente, ella había reaparecido.

Se encontraba un poco más lejos, sonriendo a esa luz suave y velada, esa luz de fin del día, amarilla y blanca, con un matiz anaranjado, que centelleaba en la fachada de las villas y en el agua del canal. Anna Santamaría sonreía. Se movía a unos pasos de él, más abajo, sobre el muelle donde se extendían los puestos del mercado y de los tenderos. De nuevo, Pietro creyó encontrarse bajo el influjo de un hechizo; admiró el

color rubio de sus cabellos, la gracia de su porte, la finura de sus dedos. Anna caminaba ante él, más natural que nunca, y un ardiente arrebató de deseo se apoderó de la Orquídea Negra. Anna parecía haber surgido de la nada, de algún paraíso perdido al que no tardaría en regresar. Ahí estaba, de pronto, sin explicación. Esta vez no había visto a Pietro, mezclado con la multitud del puente.

Pero enseguida el rostro de Viravolta se ensombreció; acompañando a su diosa prohibida, reconoció al senador Ottavio. El hombre intentaba alcanzarla, buscaba su brazo. Ottavio. Ottavio y su nariz chata, sus mofletes adiposos y picados de viruela, su papada, esa frente brillante enmarcada por dos mechones de cabellos blancos ridículos. Ottavio el grave, el fatuo y severo Ottavio, que en otro tiempo había sido el protector de la Orquídea Negra. Él también caminaba, falsamente majestuoso en su traje negro, con esa afectación tan característica, con esos vulgares medallones de oro colgando del cuello como condecoraciones y su *beretta* en la cabeza, como su colega, el senador Campioni. De modo que también estaba allí, para desgracia de Pietro.

¿Pero iba a huir Anna también esta vez? ¿La dejaría marchar de nuevo?

La ocasión era demasiado buena.

Casanova. Ella, aquí y ahora.

Señales del destino.

«En fin, eso espero».

Se volvió hacia Landretto.

—Señor, no... —dijo el criado, sorprendido por la intensidad de su mirada.

Pietro dudó un segundo, pero de inmediato cogió la orquídea de su ojal.

—Lo que me temía —dijo Landretto sacudiendo la cabeza.

—Arréglatelas como quieras —dijo Viravolta tendiéndole la flor—, pero quiero que leagas llegar esto... y quiero saber dónde se aloja.

Los dos hombres intercambiaron una larga mirada. Suspirando, Landretto cogió la orquídea.

—Bien.

Giró sobre sus talones.

—¿Landretto? —le retuvo Pietro.

El criado se detuvo. Pietro sonrió.

—... Gracias.

Landretto se ajustó el sombrero sobre la cabeza.

«Bien. De acuerdo —se dijo—. Pero... ¿y yo? ¿Cuándo se ocuparán un poco de mí?».

Aquella misma noche, en algún lugar de Venecia, una dama llamada Anna Santamaría, a la luz de una vela, se embriagaba secretamente con el perfume de una orquídea negra. Sonreía, pensando en las mil noches que ahora se atrevía a volver a esperar, y la luna parecía descender desde el cielo hasta sus ojos para mojarlos de

lágrimas de alegría.

Federico Spadetti, *capomaestro* y miembro de la guilda de los vidrieros de Murano, estaba solo bajo las inmensas naves de su taller. La noche había caído. ¿Estaba solo? En realidad no habría podido decirlo. Se sabía vigilado por los agentes de los Diez. De hecho, había faltado poco para que acabara en los Plomos. Y su suerte no estaba aún, ni mucho menos, decidida. Pero Federico Spadetti tenía la cabeza bien plantada sobre los hombros. Era un hombre emprendedor y atrevido. La guilda lo sabía, y había tomado partido por él, incluidos los jefes de los talleres rivales de Murano. La emulación y la competencia entre miembros de la corporación era una cosa, pero el ataque directo a uno de sus representantes por parte del poder era otra muy distinta.

Aunque lo cierto era que Federico se encontraba en una posición harto difícil.

Normalmente le gustaba quedarse así, solo en ese lugar, cuando los elementos, por fin calmados, habían callado. Las forjas de Vulcano en reposo. Los hornos dormidos. Ni un obrero ya, ni un aprendiz, circulando de un lugar a otro. No más gritos ni exclamaciones; ni ruido de metal en fusión, de golpes y soplidos superpuestos. Le gustaba esta oscuridad acogedora, esta paz en que se sumergían las naves. Esta noche no se veía gran cosa. Inmóvil en su imperio, Spadetti, con los ojos perdidos en las tinieblas, se esforzaba en aprovechar esta soledad para recobrar el dominio de sí mismo. Por un instante su mirada se posó en el vestido de cristal, el vestido de Tazzio, ese vestido inspirado por el amor, con sus perlas y sus lenguas de vidrio opalescentes, su cinturón de diamantes. Incluso en medio de la oscuridad, el vestido parecía brillar. Su hijo lo había acabado ese mismo día. Federico sonrió. Dentro de unas semanas habría vuelto el Carnaval. En realidad casi no cesaba durante seis meses al año, en Venecia; pero durante la Ascensión la fiesta alcanzaría su apogeo. Federico inspiró hondo. ¿Ocurriría todo tal como deseaba? ¿Podía esperarlo aún? Tazzio y él mostrarían el vestido al dux. Con una proeza como aquella, ganarían el concurso de la guilda. ¿No les daban ya todos por vencedores? Francesco Loredan los miraría, admirado; les felicitaría, absolvería a Federico, les otorgaría las coronas de laurel que merecían. Luego Tazzio iría a buscar a la hermosa Severina. ¡Spadetti envidiaba a su hijo al pensar los momentos que le esperaban! Severina moriría de amor por él, se cubriría de velos para preservar el raso de su piel, y se prestaría al milagroso ejercicio de llevar este vestido, el vestido de cristal. Brillaría con mil fuegos, con todo el rubor luminoso, con todo el esplendor de su juventud. Se amarían. Y Federico Spadetti bendeciría esta unión. Velaría por ellos. Recordaría con ellos a su propia mujer desaparecida demasiado pronto, y mil, dos mil, diez mil obreros de la guilda cantarían sus alabanzas.

Federico se pasó una mano sucia por la comisura de los labios. «Sí... Si todo va bien». Unas inoportunas lágrimas asomaron a sus párpados ante estas evocaciones. ¡Él, Spadetti, ciudadano e hijo de hijo de hijo de vidriero, se abandonaba a los

impulsos de su corazón! Esa misma noche, Tazzio debía de haber ido a cantar su serenata bajo el balcón de la hermosa, a acechar un beso en el frontón de su *altana*. «¡Qué suerte tienes, hijo mío! ¡Y qué feliz me siento por tu felicidad!». Pero, y su juventud, ¿dónde estaba? ¿Qué sería ahora de él? Un velo sombrío cayó ante sus ojos.

Se había defendido bien durante los interrogatorios de los agentes del Consejo y de la Crimínale. Después de todo, ¿qué tenía que reprocharle?

«Lo sabes muy bien, Federico».

Una falta profesional. Una falta, sí... Por dinero. Por el taller. Por Tazzio y el vestido de cristal. Una falta que, en su momento, no le había parecido tan grave. ¡No se trataba de informaciones vendidas al extranjero, de un fraude, de algún tejemaneje extraño! Él solo había hecho su trabajo: fabricar lentes de vidrio. Y si el comprador había querido mantener su anonimato, después de todo, estaba en su derecho. Entonces ¿por qué buscar culpabilidades? Tal vez porque Minos no había querido figurar en el registro contable ordinario y había llevado a Federico a falsificar la orden de pedido. Tal vez porque el vidriero había tenido la sensación, vaga pero persistente, de que compraban su silencio en el momento mismo en que había aceptado. La perspectiva de esos doce mil ducados había acallado su desconfianza. «Doce mil ducados». No era justo, siempre acusaban de todos los males precisamente a los que más trabajaban.

«No —se dijo Federico, apretando los puños—, esto no acabará así».

Aún le quedaban energías. Pelearía. Y si era preciso, diría quién era Minos. Había establecido un compromiso con él, pero nunca se había hablado de que el Consejo de los Diez fuera a meter las narices en sus asuntos. ¿Por qué habían ido así las cosas? ¿Qué buscaban? Minos también tenía algo sobre su conciencia... y sin duda algo mucho más grave. Estaba tan claro como el cristal. Federico no podía diferir el momento de volver a la transparencia. Cuanto más esperara, más se arriesgaba a caer en desgracia ante el gobierno; y en ciertos casos, la desgracia podía llevar de la confiscación de los bienes al encarcelamiento de por vida, e incluso a la muerte. El Consejo no estaba seguro de nada, eso era evidente. Por el momento se había mostrado «amable». Los interrogatorios no habían sido demasiado rigurosos. Pero aquello no iba a durar... Y Federico sabía de qué eran capaces. Mañana, entonces; mañana iría a verlos y saldría de aquella maldita trampa. Aunque eso le obligara a revelar su propia ligereza y, en particular, su excesiva afición a los ducados contantes y sonantes. Trataría de explicar a Tazzio lo que había pasado. Su hijo lo comprendería, ¿no? Comprendería que había actuado así también por él, porque...

«Eh, aquí ocurre algo».

Federico alzó los ojos al sentir que ya no estaba solo.

Alguien, detrás de él, le observaba.

Y acababa de encenderse un horno.

—¿Quién va?

Federico miró un instante hacia las sombras; adivinaba la silueta de un hombre,

pero no llegaba a ver su rostro. ¿Sería uno de ellos, uno de los agentes del Consejo?
O bien...

—Soy yo —dijo una voz lúgubre.

Federico no pudo contener un grito de estupor, pero se rehizo enseguida.

Ya había pensado en aquella eventualidad.

Y se había prometido que no temblaría.

—¿Quién es yo? —preguntó con voz firme.

Durante unos segundos solo oyó una respiración regular, y luego la voz respondió:

—Minos.

Spadetti no perdió la calma. Sus ojos se movieron furtivamente en dirección al banco que se encontraba a unos pasos de él, pero el resto de su cuerpo permaneció inmóvil. Allí, apoyado contra el banco, había un atizador que todavía debía de estar caliente. Vio el horno encendido no muy lejos; las brasas refulgían, rojizas, tras la mirilla enrejada.

—¿Minos, eh...? Ya veo. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

El hombre se aclaró la garganta.

—Recientemente ha recibido la visita de representantes de los Diez y de la Quarantia Criminale, ¿no es cierto, Federico? Dígame si me equivoco.

—No —dijo Federico—. Así es.

—¿Sabe que el hombre que vino a husmear en sus registros es la Orquídea Negra, uno de los más temibles agentes de la República?

Spadetti entornó los ojos. Aparentemente el hombre estaba solo.

Los dos se hablaban en la inmensidad de las naves desiertas.

—Y los Tenebrosos le convocaron para un interrogatorio, en el propio palacio...

Minos marcó una pausa y luego suspiró. Lentamente, cogió una silla de madera y se sentó cerca de una cuba donde habitualmente se colaban piezas de vidrio ardiente.

—¿Qué les dijo, Federico?

—Nada —respondió este último—. Nada en absoluto.

—Pero descubrieron... lo de mi pequeño pedido, ¿no es verdad?

—No me necesitaban para eso. Los Diez hubieran podido descubrirlo antes. Uno de sus hombres tuvo un poco más de juicio que los demás, eso es todo.

—Es todo, claro...

El hombre había cruzado las piernas. Federico calló unos segundos, antes de continuar:

—Esas lentes... Esos miles de lentes de vidrio... Ellos saben tan poco como yo sobre esto, maese. ¿Qué ha hecho con ellas?

—Me temo, Federico, que ese asunto no le concierne. Le había dicho bien claro que hiciera desaparecer todo rastro de este pedido.

—Se disponían a interrogar a mis aprendices, que conocen cada una de las piezas en que han trabajado. Si hubieran llegado a hacerlo, me habría encontrado en una

posición muy incómoda. No puedo hacer desaparecer milagrosamente las anotaciones contables, maese. Mis balances están sometidos a control, como todos los de la guilda. No hace falta que le recuerde los términos de nuestro contrato; yo no he faltado a él. Simplemente me las he arreglado para que no pudieran llegar hasta usted, tal como estaba convenido. Y no pueden hacerlo... por el momento.

Minos rio. La amenaza, apenas velada, no le había pasado por alto. Era un risa convulsa, ahogada, como si se hubiera colocado la mano ante la boca. Por primera vez, Spadetti sintió que le dominaba el nerviosismo.

—Es su punto de vista, Federico. Pero yo creo que, al pretender protegerse, ha querido, como buen negociante, nadar y guardar la ropa. Y debe saber que el Diablo abomina de los tibios, maese Spadetti.

—Escuche. El Diablo, Lucifer, todas esas bobadas no me impresionan.

—¿Ah, no? Pues se equivoca, maese Spadetti. Se equivoca por completo...

El hombre se inclinó. Su voz se hizo sorda, incisiva.

—El nombre de Minos aún figuraba en el registro, ¿no es cierto?

—¿Y eso qué importa? Minos no significa nada.

—¿Cree usted que el juez de los Infiernos «no significa nada», Spadetti? ¿Por qué aceptó el encargo si era incapaz de respetar íntegramente sus compromisos? Sé lo diré: porque fue demasiado goloso, amigo mío. Un feo defecto, y un pecado capital. Solo pensó en engordar su fortuna con este nuevo pedido. Pero ¿por qué? ¿Para que su hijo pudiera acabar a tiempo este vestido de cristal, tal vez? ¿Lo hizo por él, Spadetti? Oh, tranquilícese, no tengo nada contra la guilda. Usted es como el resto de sus miembros, Spadetti. Como los que, estando en otro tiempo en su lugar, vendieron el honor de la República dejándose sobornar por los agentes franceses y la cuadrilla de Colbert. Dispuestos a entregar todos los secretos de Estado en cuanto el oro brillaba, deslumbrándolos, al final del camino. Usted es como la mitad de las corruptas corporaciones de esta ciudad, dispuestas a venderse al extranjero. Pero al final del camino, Spadetti, no hay oro. No hay oro, sino...

Minos se levantó. Spadetti se puso rígido. Miró de nuevo en dirección al atizador.

—Ya se lo he dicho: no tengo nada contra el vestido de cristal...

Spadetti vio por primera vez la sonrisa del hombre.

Una sonrisa centelleante, como sus ojos.

—... sino contra usted.

Federico se lanzó aullando en dirección al banco, dispuesto a agarrar el atizador.

No llegó a alcanzarlo.

El hombre también había saltado. Con todas sus fuerzas, le hundió una hoja en el estómago. La mantuvo allí, clavada hasta el fondo de sus entrañas. Su muñeca giró una y otra vez en la herida, mientras el vidriero, con los ojos en blanco, despavoridos, escupía chorros de sangre y se desplomaba lentamente contra su cuerpo. Por fin el hombre sacó la hoja y la colocó ante los ojos de Federico.

—Mire, Spadetti, y observe la ironía: entrará en el reino de las sombras con uno

de sus propios estiletes de vidrio, con mango de nácar, con la serpiente y la calavera. ¿No es justo, después de todo, que el pecador perezca por el objeto que sus manos envilecidas crearon? Usted es el del Tercer Círculo, Spadetti. No lo comprende, pero no importa. Sepa solamente que este será su último y único título de gloria.

Con un último estertor, Federico se desplomó, mientras el hombre concluía:

—Al final del camino está el Infierno, Spadetti.

Se volvió hacia el horno y sus ojos se perdieron en las brasas enrojecidas.

Una hora más tarde, acabada su tarea, Minos esbozó una sonrisa satisfecha.

—Decididamente, Federico Spadetti, puede decirse que inflama usted mi inspiración.

Andreas Vicario, miembro del Gran Consejo, célebre por su incomparable *Librería*, su biblioteca infernal instalada en pleno corazón de Venecia, se volvió después de haber contemplado por última vez su obra.

Mientras se alejaba, sus pasos resonaron en el silencio de las amplias naves del taller.

El estilete de vidrio ensangrentado cayó tintineando al suelo.

Cuarto Círculo

CANTO X

Arsenal y bellos encajes

La agitación que reinaba en el taller de Federico Spadetti no tenía nada que envidiar a la de los días precedentes, pero a ella debía añadirse un matiz fundamental: la presencia de una treintena de agentes enviados por los Diez y la Quarantia, que interrogaban uno por uno a los obreros, empleados y aprendices de las naves de Murano, sin contar al personal de los otros vidrieros miembros de la guilda, diseminados en diversos centros de la isla. Este súbito despliegue no podía ocultar, sin embargo, el desconcierto que embargaba al dux y a Emilio Vindicad. Las autoridades acababan de recibir un nuevo golpe. Emilio echaba pestes. Los cuatro hombres encargados de la vigilancia del vidriero, atados y amordazados a la entrada del taller, habían sido agredidos antes de haber podido dar siquiera la voz de alarma. Ahora el Minor Consiglio, el Consejo restringido de Francesco Loredan, estaba ya al corriente de lo que se tramaba; la conmoción había llegado al límite. Pietro, por su parte, se encontraba con Brozzi a dos pasos del local donde había examinado el registro de Federico hacía unos días, en el mismo lugar donde, la víspera por la noche, Spadetti había recibido a Minos. El vestido de cristal estaba manchado de sangre. Pálido y silencioso, con expresión alucinada, Tazzio limpiaba el cuello de vidrio hilado, en el extremo superior del vestido, con gestos de autómata. Antonio Brozzi, el médico de la Quarantia, eterno cuervo encargado del trabajo sucio, había llegado hacía una hora con su bolsa negra y su improbable caduceo, que balanceaba adelante y atrás mientras acariciaba su barba blanca.

—Lamento tener que darle más trabajo —le dijo Pietro.

—Oh —dijo Brozzi—, no se preocupe.

Y esbozó una sonrisa que era más bien una mueca.

—Es la rutina, ¿no? La rutina.

Luego, suspirando, se concentró en este nuevo enigma.

El cuerpo de Federico Spadetti había sido primero despedazado y luego introducido en el horno. En el suelo se veían fragmentos de vidrio, semejantes a los que se habían encontrado a los pies de Marcello Torretone en el teatro San Luca. Federico Spadetti había sido «soplado» en los cilindros de metal en el extremo de las pinzas de hierro, como los vidrios con que trabajaba tradicionalmente. El resultado eran esas carnes colgantes y unos huesos triturados en circunvoluciones diversas, que dibujaban los más inesperados y espantosos arabescos. Una nueva obra de arte, de algún modo, que estaba más allá de las palabras. Por la alianza, milagrosamente caída al suelo no lejos de los restos del cadáver, Tazzio había identificado a su padre. Aquella mañana,

Federico no había aparecido por el taller, y los primeros aprendices encontraron a Tazzio solo en medio de aquella carnicería. El joven, de vuelta de sus galantes escapadas a la *altana* de Severina, había estado buscando a su padre sin resultado durante parte de la noche, antes de dirigirse al taller para comprobar que no se encontraba allí. Desde entonces no había pronunciado una sola palabra, aparte de las que habían oído sus compañeros cuando lo descubrieron arrodillado ante el vestido de cristal: «Es mi padre... Lo han matado. Sí, lo han matado. Mi padre...».

—Ya empezaba a preocuparme —dijo Brozzi—. Casi una semana sin verle, Viravolta, a usted y a otro cadáver inverosímil... ¡Buf...!

Lo poco que quedaba de Federico Spadetti había sido depositado en una cuba y mezclado con tierra gredosa. La cuba estaba colocada bajo una toma de agua y había sido regada copiosamente; se había formado un fango pestilente. Sobre la cuba habían escrito con tiza:

Noi passavam su per l'ombre che adora La greve pioggia, e ponavam le piante Sovra lor vanita che par persona.

Pisábamos las sombras que así aplana la lluvia atroz, dejando nuestras huellas sobre esta vanidad hecha persona.

—El castigo del Tercer Círculo —dijo Pietro—. Naturalmente.

—Los golosos —dijo Brozzi levantando las cejas.

—Tendidos en el fango bajo una lluvia negra y glacial.

Pietro contempló la turba negruzca mezclada en la cuba.

—La Quimera está cada vez más divertida.

—¿Qué quiere que saque de aquí? —preguntó Brozzi, mientras hundía la espátula en ese fango espeso que en otro tiempo había sido el soplador de vidrio.

Pietro se volvió y miró en dirección a Tazzio. El vestido resplandecía ahora, pero el muchacho seguía limpiándolo. Pietro cogió un taburete y fue a colocarse a su lado. En torno a él, bajo las naves del taller, los agentes de la Quarantia proseguían sus investigaciones. La aflicción del joven emocionaba a Pietro. Sin duda, Tazzio, desconocedor de los pormenores del asunto, no había captado la alusión del enemigo a la codicia de Spadetti; pero esta visión de horror —su padre reducido a una greda informe, como el Adán bíblico antes de su concepción— le perseguiría siempre. Pietro también estaba consternado y furioso; aunque el vidriero se encontrara bajo sospecha, no había previsto que la Quimera pudiera tratar de desembarazarse de él tan deprisa y en semejantes circunstancias. Se maldijo por ello. Era urgente reaccionar.

—Dime, muchacho —dijo Pietro—, ¿te acuerdas de mí?

Tazzio, ausente, no respondió.

—Créeme, haré todo lo que esté en mi mano para encontrar a quien ha hecho

esto. Conozco el dolor de perder a un ser próximo y adivino hasta qué punto estás sufriendo; aunque sé también que las palabras, en estas circunstancias, son un triste consuelo.

Levantó una mano, dudó. Suavemente la posó sobre el hombro del joven.

—Tal vez el momento no sea oportuno, pero necesito ayuda. Para encontrar a ese... Minos. Porque ha sido Minos, ¿no es cierto? ¿Habías oído hablar de él?

Tazzio siguió sin responder y se limitó a parpadear mientras continuaba lustrando el vestido de cristal.

Pietro lo intentó aún varias veces, pero no consiguió obtener ninguna información del muchacho. Finalmente decidió no insistir y se unió a los investigadores de la Quarantia para interrogar a los obreros. Al cabo de media jornada, tuvieron que rendirse a la evidencia: solo tres personas habían oído hablar de Minos —a pesar de que la mayoría de ellas, en un momento u otro, se habían ocupado de la fabricación de las famosas lentes de vidrio—, y nadie era capaz de revelar la identidad exacta del enemigo.

Pietro había vuelto a sentarse en el taburete, no muy lejos de Tazzio. Trataba de centrar sus pensamientos, de recapitular los hechos. En primer lugar, estaba Marcello y el broche de la cortesana Luciana Saliestri, abandonado sobre las tablas del teatro San Luca. Aquel broche le había conducido al senador Giovanni Campioni.

Pietro empezó a hablar solo.

—Marcello Torretoñe, agente del gobierno... Admitamos que el sacerdote Caffelli, al corriente de la doble identidad de Marcello, hubiera descubierto la existencia de los Pájaros de Fuego. El sacerdote se confía entonces a Marcello, que reúne nuevas informaciones, pero no tiene tiempo de transmitir las al Consejo de los Diez. Es asesinado en el San Luca. Al mismo tiempo, uno de los Pájaros visita y posee a Luciana Saliestri, le roba el broche del senador y lo deposita en el teatro para incriminarle. A menos que ella misma formara parte de la secta y le diera el broche deliberadamente... Una forma de matar dos pájaros de un tiro y de empujar a las autoridades a eliminar a los reformistas moderados, como nuestro senador Campioni.

Pietro se pasó la mano por la peluca empolvada. El talón de su mocasín de hebilla reluciente golpeaba regularmente contra el suelo, marcando el desarrollo de sus reflexiones como un metrónomo.

—Sí, hasta ahí todo se sostiene. Luciana es, pues, una clave. Tengo que volver a verla, es posible que aún me oculte algo. ¡Enseguida estoy contigo, querida! Ve preparándote. Bien, después de esto, el padre Caffelli, aterrorizado, no se atreve a mover un dedo. También él es descubierto. ¿Tal vez Marcello ha dado su nombre bajo tortura? Caffelli es atado en lo más alto de San Giorgio. Por este lado, los Pájaros han quedado satisfechos. Pero he aquí que los restos de vidrio encontrados en el San Luca nos conducen hasta Federico Spadetti, miembro de la guilda, y al misterioso Minos. Spadetti es asesinado a su vez, y no sabemos nada de Minos, aparte de su pedido de lentes de vidrio. Lentes de vidrio, *Santa Madonna*, ¿para hacer qué?

Pietro suspiró y se frotó los ojos.

—Y por encima de todo Virgilio y Campioni conducen mis pasos; uno hacia Dante y las Fuerzas del Mal, y el otro hacia esos mismos Pájaros de Fuego, a la villa Mora... Nos están manipulando. ¿El Diablo descubrió mi presencia en el panteón de la Mora, o le habían prevenido antes de que acudiría? Y en ese caso, ¿por qué me dejó ir? Podía interceptarme en cualquier momento. ¿Tendré yo también un papel que representar en este asunto? No; creo... creo que todo esto no es más que un cebo... una digresión...

Sacudió la cabeza.

De repente oyó una voz a su lado.

—Minos fue al Arsenal.

La mano de Pietro quedó suspendida en el aire. Se volvió hacia Tazzio.

—¿Cómo?

—Minos fue al Arsenal.

Viravolta se inclinó de nuevo hacia el muchacho.

—¡Tú le conoces! Sabes quién es, ¿verdad?

—No. Pero sé que fue al Arsenal. Oí que mi padre conversaba con uno de sus hombres, hace seis meses.

—Y ese hombre, ¿quién era?

—No lo sé.

Tazzio seguía frotando el vestido de cristal; veía en él su rostro, multiplicado en mil reflejos traslúcidos y movedizos.

—Minos fue al Arsenal —repitió.

El Arsenal, en el *sestiere* de Castello, tenía todas las características de una fortaleza extraordinaria. Por sí solo ocupaba una amplia parte de la superficie total de Venecia. Aquí se dirimía, desde hacía siglos, el poderío económico y militar veneciano. El Arsenal albergaba a dos mil artificieros, carpinteros, calafates, fabricantes de velas, trenzadores de cordajes y otros cuerpos de oficio; era un mundo en sí mismo, flanqueado de torres y centinelas que velaban por los varaderos, los hangares y talleres cubiertos, las forjas, los centros de construcción de embarcaciones, las fundiciones. De aquí habían salido las cinco galeras y los ocho galeones que protegían permanentemente el golfo Adriático; las galeazas y galeotas que cruzaban de Zante a Corfú; las fragatas y los navíos de cuarenta, cincuenta o noventa cañones que surcaban los mares de Gibraltar a Constantinopla; los *mude* y los «navíos sutiles» que luchaban contra la piratería en el mar.

En cuanto Pietro se enteró, por boca de Tazzio, de que Minos había ido al Arsenal —en unas circunstancias y con un objetivo que estaban por determinar—, avisó a Emilio Vindicad antes de dirigirse él mismo al lugar, a la cabeza de un grupo de veinte agentes, a los que se añadieron los inquisidores enviados por los Diez. Una noche, Tazzio había sorprendido una conversación entre su padre y un hombre cuyo rostro no llegó a ver, pero que afirmaba venir de parte de un tal Minos. Tazzio solo

comprendió algunos fragmentos de esta conversación: el susodicho Minos estaba relacionado con ciertos constructores del Arsenal, a los que había pasado en secreto un encargo privado, como había hecho con el vidriero para conseguir sus famosas lentes. Esto reafirmaba a Pietro en su idea de que Minos, por más que ocultara su identidad, era un personaje bien situado.

La llegada de la Orquídea Negra y de los esbirros de los Tenebrosos produjo el efecto de un terremoto. Los hombres avanzaban, encabezados por Viravolta, y se dispersaban por todas partes, atendiendo a un gesto o a una inclinación de cabeza de su jefe; sus pasos resonaban en medio de los artesanos y los obreros de los astilleros. Los agentes se repartieron por las naves y los varaderos. Era como un zafarrancho de combate, y se murmuraba que el asunto era de extrema gravedad. Mientras Pietro interrogaba a uno de los constructores públicos en una fundición, sus hombres llegaron para entregarle nuevos registros. Como de costumbre, los Pájaros de Fuego habían maniobrado en la sombra, ante las narices de los Diez y la Quarantia. Minos había ordenado la construcción de dos fragatas ligeras, pero había más: lo que descubrió Pietro en su visita le heló la sangre en las venas. No se necesitó mucho tiempo para cruzar las informaciones del Arsenal con las de las autoridades militares de la ciudad. Quince personas fueron interrogadas. Ninguna pudo revelar la identidad de Minos, que manifiestamente parecía actuar solo a través de oscuros intermediarios. Pietro circuló durante un rato entre los registros, las balas de cañón salidas de las fundiciones, los morteros y barriles de pólvora que llenaban, por centenas, los almacenes. Luego, al acabar la tarde, corrió a ver a Emilio Vindicati. No podía creerlo, y sin embargo, lo que tenía que explicarle era totalmente real.

—¡La Orquídea Negra!

Habían anunciado discretamente a Pietro, que encontró a Emilio en la Sala del Colegio; Francesco Loredan, por su parte, estaba reunido en ese mismo momento con los miembros de su Consejo restringido. Emilio no estaba solo; con él se encontraba un hombre de unos treinta años, de rostro fino, con la piel tan blanca que parecía mármol, unos dedos de pianista y un aire etéreo que atenuaba el hilillo de una barba cuidadosamente recortada. Llevaba una amplia camisa blanca y una chaqueta cuyo aspecto, colores y corte reveló a Pietro, buen conocedor de los detalles de elegancia, su procedencia francesa. Emilio dedicaba a este invitado de la República amplias sonrisas y forzaba un poco la mano con las lisonjas. Hablando tan pronto en francés como en italiano, Vindicati lo halagaba abiertamente haciendo referencia a su «inmenso talento» e inclinándose ante el «privilegio de recibirle en el corazón de la Serenísima». Pietro no tardó en comprender la razón de todo aquello.

—¡Ah! Maese, le presento a Pietro Luigi Viravolta de Lansalt, uno de... hummm... de los consejeros especiales de nuestro gobierno —dijo Emilio, sin perder su aire obsequioso—. Pietro, le presento al maestro Eugène-André Dampierre, renombrado artista pintor, que ha acompañado hasta aquí a su excelencia el embajador de Francia. El maestro Dampierre expondrá próximamente sus obras en el

nártex de la *basílica San Marco*. Unas obras maravillosas, de inspiración religiosa, Pietro.

El maestro Eugéne-André Dampierre se inclinó con modestia. Pietro respondió del mismo modo.

—¿Podría tener una entrevista con usted, Emilio? —preguntó Pietro—. Tal vez el momento no sea el más adecuado, pero el asunto es importante.

El rostro de Emilio se crispó momentáneamente; luego se volvió hacia Dampierre y, cogiéndole las manos con calor, le dijo:

—¿Querrá perdonarme un instante, maestro? Los asuntos de la ciudad no nos dan respiro. Vuelvo dentro de unos minutos.

—Por favor —dijo Dampierre volviendo a inclinarse.

Emilio arrastró a Viravolta a una sala contigua.

—El nuevo embajador de Francia ha llegado, Pietro —dijo Vindicati—. En estos momentos está reunido en sesión con el dux y el Consejo restringido. El traspaso de poderes oficial se celebró anoche; su predecesor ya se ha ido. A partir de este momento, la protección de Dampierre y de Loredan me acapararán por completo. La seguridad de toda esta gente no será asunto fácil, y no debemos revelar nada de lo que ocurre aquí. Las recepciones oficiales se limitarán por el momento a entrevistas en el palacio, pero el recién llegado querrá visitar la ciudad; a invitación del dux, participará en todas las fiestas de la Ascensión, que, en atención a él, deberán redoblar su fasto. El embajador participará en las celebraciones públicas, y tenemos poco tiempo para prepararnos. Para acabar de complicarlo, resulta que su excelencia quiere disfrutar de los pequeños placeres de la vida veneciana, y de incógnito, si es posible. Está previsto que mañana acuda a la velada de baile organizada por Andreas Vicario en Canareggio. ¿Te das cuenta? Creo que voy a volverme loco con todo esto.

—Pues tus desgracias no terminan ahí, Emilio —dijo Viravolta con aire sombrío—. Nuestra visita al Arsenal me ha hecho descubrir elementos nuevos realmente aterradores.

Se produjo un silencio. Emilio le dirigió una mirada inquieta.

—¿Qué quieres decir?

—Todo esto ha sido planificado hace tiempo. Minos ha podido saltarse, Dios sabe cómo, el control de los pedidos públicos. Ha hecho construir a su cargo, o con fondos desviados del Estado, ¿quién sabe?, dos fragatas de las que no poseemos ninguna información; esto en sí ya es extraordinario, y sin embargo, no es nada comparado con lo que sigue. Hace seis meses, el Arsenal puso a flote dos galeras que debían patrullar en el golfo, la *Santa María* y la *Joya de Corfú*. Sujétate bien: las galeras desaparecieron hace dos días en algún lugar del Adriático. Ni el Arsenal ni ninguna de nuestras magistraturas o de nuestras autoridades militares saben qué ha sido de ellas.

Nuevo silencio.

—Quieres... quieres decir que... —balbuceó Emilio.

Pietro le cogió del brazo:

—La *Santa María y hjoja de Corfú* están equipadas con sesenta y noventa cañones respectivamente, Emilio. Dios sabe qué harán cuando vuelvan a puerto...

Vindicati se llevó la mano a la frente.

—Esto es una locura... ¿Crees realmente que Minos está armando galeras para atacarnos?

—Estoy dispuesto a creerlo todo, después de lo que vi en la villa Mora. Minos, Virgilio, la Quimera... No sé si se trata de una única persona, pero una cosa es segura: los Pájaros de Fuego están en todas partes, como dijo el sacerdote Caffelli, y la administración de la República se encuentra con el agua al cuello. ¿Te das cuenta? Esto es aún peor de lo que pensábamos.

Emilio acusó el golpe. Los dos oyeron cómo se abrían a lo lejos las puertas de la sala donde el dux se había reunido con el Minor Consiglio, para recibir al embajador de Francia y dirigirle unas palabras de bienvenida. Un débil rumor, acompañado de algunas exclamaciones de alegría, llegó hasta ellos. Emilio se apoyó en el brazo de Viravolta y trató desesperadamente de recomponer su expresión.

—¡Y ahora me piden que me ponga a hacer zalemas a diestro y siniestro! *Porca miseria!* Pietro, tengo que ocuparme de ellos. Te lo ruego, te doy plenos poderes para continuar la investigación cuando yo no esté en disposición de hacerlo. No estaría de más que fueras mañana por la noche al baile de Vicario. Y mientras tanto, da caza a esos Pájaros de Fuego; yo me ocuparé del dux y de nuestros queridos políticos.

Pietro asintió en silencio, y los dos hombres volvieron a la Sala del Colegio, donde aún se encontraba el pintor Eugéne-André Dampierre. Emilio, abriendo los brazos, con una amplia sonrisa en los labios, se dirigió hacia el dux y el embajador. Este último era un hombre de unos cincuenta años, con la frente arrugada y unos rizos blancos que asomaban por debajo del sombrero; llevaba una chaqueta roja y azul, orlada de oro, y un pantalón blanco, y su pecho estaba cubierto con toda clase de condecoraciones. El francés escuchaba a Loredan, que, con su vestido de púrpura y armiño y el cetro en la mano, le hablaba sonriendo, como si fueran amigos de toda la vida. Pietro alzó los ojos y su mirada se posó en la tela de *La batalla de Lepanto*.

Se dijo que la partida estaba lejos de estar ganada.

Luciana Saliestri acababa de levantarse, a unos pasos de la *altana* que dominaba el Gran Canal y del diván rojo en el que ya había recibido a Pietro la primera vez, cuando este fue a interrogarla a su villa. A la llegada de la Orquídea Negra, Luciana le había propuesto, sin dejar de destilar sus hábiles insinuaciones, una partida de dominó, y ahora esparcía las fichas sobre una mesa baja finamente trabajada, entre dos tazas de café. Sonrió, e hizo un guiño mientras Pietro, sentado ante ella, veía cómo se desplegaban los encantos y las formas seductoras de la cortesana. La joven le dirigió una mirada picara, y posó un dedo en su boca antes de rozar sus pómulos

realizados de rosa, no lejos del lunar que tenía en la comisura de los labios. Su vestido, con temblores de encajes, dejaba al descubierto la garganta y los hombros; un colgante en forma de delfín caía hasta el nacimiento de los senos, redondeces sublimes que se adivinaban palpitantes bajo la tela. Luciana había añadido un velo diáfano en torno al cuello. Al cabo de unos instantes, decidió que en realidad no tenía ganas de jugar. «¡Vamos! Tengo otras cosas en la cabeza». Se levantó, y con un simple gesto el vestido se deslizó suavemente hasta sus pies. El velo onduló sobre el secreto de su pecho, y Pietro intuyó el color lechoso de sus senos y las delicadas areolas. Luciana era una flor, sí, una flor con un dulce pistilo que permanecía oculto y cuya corola se iba abriendo ante sus ojos. No era sorprendente que el senador Campioni se hubiera enamorado de ella. La joven apoyó una de sus largas piernas sobre la mesa baja donde Pietro había dejado su taza de café, dispersando las fichas. Viravolta estudió con delicia la curva de ese muslo, pero no tenía demasiado tiempo para frivolidades. Sin duda estas hubieran podido formar parte de su plan y permitirle obtener información utilizando armas menos desagradables que las pistolas, la espada o el arcabuz; pero, desde su primera entrevista con Luciana, habían cambiado muchas cosas. La víspera, Landretto había ido al encuentro de su amo. Fuera caía la lluvia. La Orquídea Negra recordaba los ojos claros y la frente despeinada de su criado cuando se quitó el sombrero para decirle: «Anna Santamaría está celosamente vigilada por su marido en su villa de Santa Croce... Sabe que, como antes, solo tiene ojos para ella. Le he dado la flor...».

Sí. Ahora Anna Santamaría estaba a su alcance. Pietro solo debía hacer un gesto. Y a pesar de la prohibición que pesaba sobre él, se sentía dispuesto a todo por volver a verla.

La voz clara de Luciana, a la vez incitante y burlona, le susurró al oído:

—¿Qué le parecen mis zapatos, Pietro? ¿Quiere que los conserve?

Pietro no respondió.

—Me he puesto uno de mis vestidos más bonitos para usted, ¿sabe? En Venecia dicen que soy una coqueta, pero no soy como esas que sujetan a los hombres del *tabarro* bajo las Procuratie, mi dulce señor. Mi corpiño no oculta ningún refuerzo de espuma y no me coloco almohadillas bajo las faldas, como hacen ellas, para corregir sus defectos. No llevo postizos para el pelo y me he deshecho de todos mis aderezos. ¿Le gusta como llevo los cabellos? Espere que me los suelte...

Y eso hizo con gesto experto. Su cabellera cayó en cascada sobre los hombros y, como si fuera un accidente, el pañuelo cayó también. La joven se llevó las manos a los senos, remedando un pudor que no sentía, y luego las apartó lentamente. Sus pezones estaban solo a unos centímetros de la cara de Pietro.

—Los emplastos, las andrianas y las ballenas, los afeites groseros, son para aquellas cuya belleza necesita de artificios; aunque es cierto que no renuncio a comprar los más hermosos vestidos, siempre tras dar las gracias a mi difunto marido, que en paz descanse. Sabe, ese pobre ángel tenía el don de los negocios y el dinero. A

veces perdía completamente el sentido con ello. Yo, por mi parte, soy justo lo contrario: tengo un gusto infalible para otros tipos de comercio y no tengo valor para negármelos. ¿De qué podría servirme mi fortuna, si no fuera para hacerme más deseable? Y es que en el fondo siempre me he encontrado mucho mejor... en libertad. De modo que en cuanto los ducados aterrizan en mis manos, ¡hop!, los gasto. Los hago desaparecer. Tengo para eso un oscuro talento de maga... ¡Y solo espero a volver a sacar partido del pequeño tesoro que me dejó mi querido esposo! Un santo varón, a fin de cuentas...

Con la cabeza echada hacia atrás, balanceando el cuello, la joven había posado las manos sobre los hombros de Viravolta, y ahora simulaba que se frotaba contra él haciendo ondular la pelvis. Él seguía sentado, y ella de pie.

—¿No quiere comprobarlo?

—¿Comprobar qué? —preguntó Pietro.

—Comprobar lo que le he dicho sobre las almohadillas.

Mientras hablaba, dejó que se deslizara al suelo la poca ropa que le quedaba y se volvió. Pietro tenía ahora ante los ojos sus caderas y el par de nalgas más suntuoso, más hermoso, más aterciopelado que hubiera visto jamás.

—¿Ve? Todo es natural.

La veneciana había acabado de deshojarse. Se volvió de nuevo hacia él. Ambos se miraron en silencio. Por un momento, Pietro, no sin cierta sorpresa, creyó ver un destello de tristeza en su mirada. Su actitud le pareció, por un instante, más sincera, más seria. Luego, la joven ladeó la cabeza y sonrió de nuevo. En el exterior, un rayo de luz asomó entre dos nubes blancas, por encima del Gran Canal, franqueó la *altana* y se proyectó en la habitación, trayendo consigo el suave calor del atardecer.

—Vamos, quítese la capa, la levita y el chaleco, Pietro Viravolta, y dígame cuáles son sus preferencias.

Pietro se levantó lentamente. Dudó un instante, y luego se agachó para recoger las ropas de la joven.

—Vamos, señora...

Un brillo de incomprensión cruzó por la mirada de Luciana.

—Los encantos que posee podrían condenar a un papa, y sepa que en otras circunstancias no habría dudado. Pero, por desgracia, el tiempo apremia y tengo otros planes en la cabeza. Se lo ruego... No vea en este rechazo una afrenta, porque no lo es.

Luciana parpadeó, sorprendida. Durante unos instantes, frunció las cejas; no sabía si debía representar el papel de la cortesana ultrajada o el del pájaro herido. En ese momento había en ella algo profundamente femenino. Parte de su coquetería y su afectación se habían desvanecido súbitamente, y en ese movimiento inesperado había algo que despertaba una gran simpatía. Pietro no pudo evitar preguntarse cómo se habría comportado Luciana si de repente él hubiera renunciado a sus prevenciones para lanzarse sobre ella. Pietro no se dejaba engañar por los melindres, y un

misterioso poder, así como una larga experiencia, solían permitirle adivinar con cierta clarividencia el estado psicológico de las mujeres por la forma en que hacían el amor. Estaba convencido de que Luciana se habría entregado con furor; sí, con una especie de furor extático que Pietro adivinaba en ella y que incubaba en su seno como una voluntad de revancha. En lo más intenso del éxtasis, él la habría acompañado como a un náufrago. De hecho, ya tenía aspecto de extraviada. Una intuición le decía que Luciana, en el fondo, y por más que simulara protegerse de él, estaba dispuesta a todo para encontrar el gran amor. Solo los adornos del placer le permitían representar ese juego, esa comedia que la ponía a resguardo de su propia angustia y la alimentaba al mismo tiempo de un sentimiento de laxitud, de continua huida hacia delante. Pietro comprendía de sobras todo aquello. Durante esos pocos segundos que habían animado silenciosamente el rostro de la joven, la Orquídea Negra había percibido hasta qué punto estos impulsos sutiles agitaban el espíritu de la bella Luciana; y ahora se sentía conmovido. Esta percepción atenuaba la disposición de espíritu con que había ido a ver a la cortesana; su propia rigidez se había desvanecido. Sin embargo, debía seguir desconfiando. Si Anna Santamaría era una Viuda Negra, Luciana podía tener algo de tarántula. Uno nunca estaba seguro de nada...

«También tú tienes tu parte de sombra, Luciana; también tú estás perdida para este mundo».

Finalmente la joven adoptó un tono neutro, un poco frío.

—Ya veo... Sin duda su mente está concentrada por entero en ella.

Un asomo de amargura apuntó en su voz.

—... En esa Anna Santamaría.

Ahora fue Pietro quien se quedó desconcertado.

—Perdón, ¿cómo dice?

La joven alzó los ojos hacia él, con los labios fruncidos en una sonrisa contrita.

—¿Qué creía? También yo, querido amigo, me he informado sobre usted. La Orquídea Negra. Pietro Luigi Viravolta, liberado de los Plomos... Un agente del gobierno encerrado después de haber pisoteado el jardín del senador Ottavio...

Pietro se pasó la lengua por los labios.

Esta vez Luciana se había apuntado un tanto.

—¿Cree que no soy más que una libertina extática y sin seso?

¡Oh, no, estaba lejos de creerlo! Luciana prosiguió.

—¿Ve?, yo tampoco se lo he dicho todo.

—¿De dónde ha sacado esas informaciones?

La mirada de Luciana fue a posarse en su taza de café.

—Dígame, señor Orquídea Negra, ¿por qué debería ayudarle?

Se produjo un silencio.

—Por Marcello Torretone. Por Giovanni Campioni, que si no me equivoco, se encuentra hoy en una situación bastante precaria. ¡Vamos, Luciana, no faltan razones! Y realmente la necesito. Créame, el dux y los Diez no lo olvidarán. Se lo ruego, si

sabe algo, dígamelo.

La joven aún dudó un momento. Luego, después de un largo suspiro:

—Otro senador ha venido a verme de vez en cuando —dijo—. Alguien que no siente mucha simpatía por usted.

De nuevo hundió sus ojos en los de Pietro.

—El senador Ottavio.

Pietro frunció las cejas.

De pronto varias piezas del rompecabezas empezaron a encajar. El broche robado, los Pájaros de Fuego, las informaciones sobre Giovanni Campioni... Y el hecho de que Pietro hubiera estado apartado desde hacía tiempo de los asuntos de la República por estar encerrado en los Plomos. Él, un estorbo realmente molesto.

—Ottavio... Vaya, vaya. Mi antiguo mentor, naturalmente...

Pietro se volvió hacia la hermosa mujer.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

Luciana se encogió de hombros.

—Protejo a los que vienen a verme, amigo mío. A todos los que vienen a verme. ¿Qué habría dicho usted si hubiera traicionado su identidad ante Ottavio?

—Lo que se habrá guardado de hacer, espero —dijo Pietro entrecerrando los párpados.

La joven le dirigió una mirada penetrante.

—Vamos, maese Viravolta. Sé perfectamente qué me conviene.

Otro tanto a su favor. Pietro calló, y luego recuperó la sonrisa. Una curiosa idea acababa de cruzar por su mente.

—Sabe, Luciana... Usted podría convertirse en un buen agente secreto. Hablaré de ello al Consejo de los Diez, si lo desea.

La joven reaccionó a esa salida con un interés moderado.

—Deje a los Tenebrosos donde están, y a mí donde estoy.

—En todo caso, no me disgustaría representar a mi vez el papel de reclutador. Y tengo para usted un sobrenombre muy acertado...

Miró las fichas esparcidas sobre la mesita y cogió una.

El doble seis.

—Luciana, tengo una proposición que hacerle.

Su sonrisa se amplió.

—¿Aceptaría ser mi «Dominó»?

Dos días antes, caída la noche, el duque Von Maarken había abandonado su castillo austríaco de almenas dentadas. Envuelto en un gran manto negro, se deslizaba ahora como una sombra fuera de la góndola que le había conducido a Canareggio. Alzó los ojos hacia la luna, que desaparecía tras las nubes. Dos portadores de antorchas iluminaban su marcha. El duque les siguió en silencio hasta la entrada del edificio

donde le habían citado. Después de un intercambio de contraseñas, las puertas se abrieron. Finalmente, el duque cruzó la entrada del palacio. Unos minutos más tarde se encontraba ante una chimenea, con un vaso de vino en la mano.

La Quimera estaba sentada frente a él.

—La fruta está madura —dijo Von Maarken—. Desde Passarowitz, Venecia es vulnerable. Dígame, ¿en qué punto se encuentra ahora?

—Cumpló el plan tal como estaba previsto.

—Sí, sí... He dejado que se divierta y que actúe a su modo, amigo mío. Pero dudo de la eficacia de todas esas fantasías y aspavientos suyos. Estas puestas en escena, ¿eran realmente útiles? ¿Creen de verdad en sus acrobacias de salón? Una secta diabólica... Ningún responsable sensato podría conceder el menor crédito a un enemigo tan ambiguo. No van a cargárselo todo a Satán y a sus bufonadas de biblioteca...

La Quimera rio entre dientes.

—No lo crea. Estamos en Venecia. Todos andan asustados. El dux y los suyos no saben qué hacer. Nuestros cebos están a la altura del reto; están perdidos y no saben por dónde ir. La coherencia de nuestro plan aún se les escapa porque nosotros así lo queremos. Es cierto que me divierto. Y todos caen en las trampas que tiendo a mi paso. Allí quedarán enredados hasta que lancemos el último golpe. Entonces dará las gracias a Dante y a la imaginación de su servidor.

—Una imaginación muy italiana, se lo concedo. Hubiera debido escribir para el teatro. ¿Y su... representación en Mestre?

El Diablo rio de nuevo.

—¿Ha oído hablar de Cario Gozzi y sus *granelleschi*?

—No, nunca.

—Los llaman los «Ineptos». Se trata, en cierto modo, de una academia festiva, que reúne a un grupo de alegres barbianses apasionados por las bellas letras; se califican de enemigos del énfasis, y pretenden promover el estudio de los antiguos preservando la «pureza del idioma». Venecianos cultivados, en verdad. Cada año sus miembros nombran como cabeza del grupo a un «bobo archinecio», que vela por sus fieles con una autoridad de farsa. En ellos me inspiré. Mis Pájaros de Fuego son de lo más distinguido y mi mascarada se ha desarrollado a la perfección. Pero, bromas aparte, puede estar seguro de que todos los hombres que he reclutado nos serán fieles.

—Ya lo veremos —dijo Von Maarken.

Sus ojos brillaron mientras miraba las llamas de la chimenea.

—Pronto lo veremos, sí. Venecia caerá en unas horas. Entonces ofreceré a Austria, en bandeja de plata, la llave del mar. La más bella, la más sublime de las joyas. Y usted será recompensado como merece, tal como convinimos. Mi gobierno velará por ello, créame.

Eckhart von Maarken se sacudió maquinalmente una mota de polvo de la chaqueta, chascó la lengua y terminó de un trago su vaso de vino.

Avanzada la noche, Viravolta se aventuró bajo el balcón de la villa de Santa Croce donde se encontraban los aposentos de Ottavio. Con sombrero y *tabarro* negros y una máscara sobre el rostro, envuelto en una larga capa y con las manos enguantadas, Pietro solo llevaba en el costado la espada de empuñadura de oro, y la habitual flor en el ojal.

Con los ojos entornados, empezó por calcular la distancia que le separaba del tercer piso. Dudó unos instantes, y luego se decidió a silbar, como hacía en otro tiempo. Una vez, dos veces... Nada se movía allá arriba. ¿Dormiría Anna ya? Sin embargo, había luz. Si por casualidad era Ottavio quien se asomaba, la Orquídea Negra no tendría más que ocultarse en la sombra, bajo el porche. Volvió a silbar y luego miró a derecha e izquierda. Nadie. Tenía que tomar una decisión.

«¡Vamos, Anna, escúchame!».

Ya se disponía a trepar, cuando algo se movió. Alzó los ojos; fugazmente vio la silueta de Anna y la orla de su cabellera rubia, peinada hacia atrás, que se recortaba a contraluz en el marco de la ventana. No podía distinguir sus rasgos, pero, por la mano que se llevó al corazón, supo que había adivinado la identidad del que se encontraba al pie de su villa. El pecho de la joven se elevó un instante, ahogó un grito; luego, sin decir palabra, dio media vuelta y abandonó el balcón.

Después de tomar aire, Viravolta aseguró el primer apoyo. Pietro no carecía de agilidad, y en unos instantes alcanzó el borde de las ventanas del primer piso, y luego las del segundo, aprovechando las asperezas del muro y el enrejado de los balcones. La oscuridad era su aliada. Se detuvo un instante cuando, por debajo, un portador bergamasco pasó canturreando, seguido de cerca por dos Señores de la Noche. Contuvo la respiración; hubiera sido muy molesto ser descubierto así, mientras se encontraba suspendido en el muro como una araña. Viravolta temió por un momento que sus botas resbalaran de la pequeña cavidad del muro donde había conseguido encajarlas. Su capa susurraba suavemente, colgando en el vacío, mientras se mantenía con las rodillas dobladas, sin hacer el menor gesto, como si quisiera fundirse con la pared contra la que se apretaba. Finalmente los hombres desaparecieron. Pietro alzó los ojos, aseguró una o dos presas, y luego, con un crujido de su capa, pasó sin esfuerzo aparente por encima de la baranda.

Aterrizó discretamente, como un gato. Ante él se agitaban unas cortinas diáfanas. Avanzó despacio. Se dio cuenta de que su corazón palpitaba, desbocado. Detrás de las cortinas adivinó una forma tendida.

Apartó los pliegues que le velaban la vista.

Allí estaba, tendida sobre una cama con baldaquín rojo. Le miraba con sus grandes ojos, con una expresión indecisa dibujada en el rostro. Dividida entre la alegría y el miedo, le espiaba como un corzo acorralado. Su cuerpo estaba cubierto por un camisón en el que se entremezclaban los encajes y el raso, de un color rojo violáceo; un broche de plata sujetaba sus cabellos. Permanecieron así largo rato; él

casi emboscado entre el balcón y la habitación, y ella allí tendida, sin decir nada. Por fin se levantó, se precipitó a su encuentro y se lanzó a sus brazos. El beso que siguió barrió de golpe todas las penalidades del encarcelamiento de Viravolta y los tormentos que no habían dejado de acompañarle desde su salida de los Plomos. La magia del reencuentro y la proximidad de ese cuerpo encantador, la sensación de esos senos firmes que se apretaban contra su pecho, esa lengua grácil, ese perfume embriagador, le hicieron preguntarse cómo había podido evitar verla al salir de prisión, en lugar de lanzarse en su busca inmediatamente, olvidando todo lo demás. Ahora, de pronto, no existía ya ninguna amenaza. Siempre había sabido que volvería a encontrarla, y este milagro al fin realizado resonaba en su interior como una evidencia. La amaba, estaba seguro. Cuando ella se separó, a regañadientes, fue para hundir sus ojos brillantes en los suyos.

—¡Amigo mío, está loco! ¡Loco por venir a buscarme!

Pietro distinguió, bajo la almohada, los pétalos de una orquídea que sobresalían de su ingenuo escondrijo. Con la frente contra su hombro, Anna dijo en un susurro:

—Landretto consiguió hacerle saber que yo estaba aquí, ¿no es cierto?

—¡Anna! Yo... no podía perderla. No ha pasado un minuto en que no pensara en usted. Cuando estaba encerrado temí tener que forzarme a olvidarla, intenté...

—¡Oh, debería haberlo hecho! ¡Debería, sí!

Pietro habría dado cualquier cosa por gozar desde ese mismo momento de este fruto que le ofrecía el destino. Anna Santamaría estaba ahí, en sus brazos, conteniendo unos sollozos en los que se mezclaban la alegría y el terror. Habría querido llevársela, tenderla a su lado, olvidarlo todo entre estas sábanas, en el corazón de la noche; o bien raptarla, ahora, para llevarla lejos y cumplir el dulce sueño que había ocupado su mente en las peores horas de su existencia. Pero aquí estaba en un medio hostil, lo sabía.

La sujetó por los hombros.

—¡Anna! No tenemos mucho tiempo.

Ella le miraba, aturdida. Los dos temblaban.

—¿Dónde está Ottavio?

—Ha salido —dijo Anna—. Si no, nunca le hubiera dejado subir. Pero puede volver en cualquier momento. ¡Es una locura que haya tratado de volver a verme! ¡El otro día, cuando nos vimos de nuevo en las Mercerie, creí morir! Y sin embargo, sabía... Tenía una certidumbre...

La mirada de la Orquídea Negra recorrió la habitación.

—¿Podría decirme dónde está su despacho?

Anna apretó los dedos en torno a él, incrédula.

—¿Qué?

—Muéstreme su gabinete de trabajo, por favor. ¡Rápido! ¡Ya le explicaré!

Anna dudó, pero acabó por ir hacia la puerta.

—¿Qué está haciendo? ¡Sabe que mis damas de compañía no están lejos! Al

menor ruido pueden...

—¡Conozco a sus carabinas! —se burló Viravolta—. No haré ningún ruido, confíe en mí. ¡Condúzcame a su despacho, se lo ruego!

Así lo hizo. Anna cogió una vela y atravesaron un silencioso gabinete revestido de fieltro; un espejo perdido, con montantes de oro cincelados como los de la más hermosa pieza de orfebrería, reflejó brevemente la luz de la candela. Rodearon un diván y luego Anna, con la oreja contra el marco, escuchó unos instantes junto a una puerta.

—Es aquí.

Lentamente hizo girar el pomo.

Mientras Pietro se dirigía hacia el escritorio y encendía otra vela, ella cruzó la habitación para apostarse junto a la siguiente puerta, pendiente del menor ruido de pasos.

—¡Dese prisa! —murmuró con expresión asustada.

«Dos pájaros de un tiro, me atrevería a decir...», pensó Viravolta.

La ocasión era demasiado buena.

El gabinete era una habitación provista de una librería de madera oscura y de un astrolabio que probablemente nunca había sido utilizado. En las otras paredes se veían decenas de mapas de Venecia, que daban testimonio de la expansión y el desarrollo histórico de la ciudad en el curso de los siglos. Venecia, la ciudad pasión. Ottavio era un coleccionista de esos mapas antiguos. Retratos de tatarabuelos de aire infatuado, con miradas que expresaban altivez y condescendencia, aparecían al azar al fulgor de la llama y parecían velar con su austera gravedad sobre los elementos de un rico mobiliario de cedro y caoba; una cómoda con cerraduras de oro, un bufete con seis cajones, un secreter de boca sombría de la que desbordaban cartas rasgadas y, sobre todo, ese escritorio, de diez pies de largo, que ahora Pietro trataba de forzar. Revolvió bajo su sombrero, en la cabellera de la peluca de bolsa que se había encasquetado para la ocasión. La máscara le molestaba. Se desembarazó de ella arrancándosela del rostro. Con un alfiler entre los labios y otro entre los dedos, empezó a escarbar en el mecanismo mientras Anna, apretada contra la puerta, sudaba asustada. Su respiración se aceleraba por momentos.

—Pero ¿qué está buscando? ¡Por favor, vaya rápido!

Dominado a su vez por una tensión sorda, Pietro peleó aún unos segundos con la cerradura.

Ahogó un grito de victoria al ver que cedía el mecanismo.

Abrió el cajón. Algunas hojas sin interés... Un cortapapeles... Finalmente un rollo de pergamino sujeto con una cinta violeta. Pietro acercó la vela y desenrolló el pergamino sobre el cartapacio de cuero colocado sobre el escritorio.

No comprendió el sentido de lo que tenía bajo sus ojos.

Era una especie de plano, cubierto de rosetas, de símbolos matemáticos, de flechas dispuestas en todos los sentidos; podían verse cálculos de ángulos e hipérbolas y reproducciones de frontones de villas desconocidas, como si se tratara de los esbozos de algún arquitecto demente; junto al dibujo de edificaciones imprecisas aparecían trazados ejecutados con regla por una mano experta, con fórmulas caóticas marcadas al pie. Pietro entrecerró los ojos. Dos palabras atrajeron su atención: panóptica, y otra, en el margen, casi invisible pero impresa en filigrana, como si en ese lugar la pluma o el lápiz apenas hubieran rozado el pergamino: MINOS.

Estuvo a punto de lanzar un grito, pero lo retuvo mientras su mirada volaba hacia Anna, que se había estremecido junto a la puerta.

Se oían ruidos abajo.

Anna se volvió hacia Viravolta, presa del pánico.

—¡Ha vuelto!

La vela temblaba entre sus manos.

Pietro solo tuvo unos segundos para reflexionar. Cerró de golpe el cajón, abandonando allí esos misteriosos planos. Ahora trataba de cerrar de nuevo el pestillo de la cerradura. Anna, temblando como una azogada, lanzó una mirada implorante en su dirección.

—¡Pietro, te lo suplico!

La frente de la Orquídea Negra se empapó de sudor.

—Ya voy, ya voy —susurró, con un alfiler entre los dientes y el otro agitándose entre sus dedos.

Se oían pasos en la escalera.

—¿Anna? —preguntó una voz sorda, una voz que Pietro conocía demasiado bien

—. ¿Anna, no duermes?

Los ojos de Anna estaban ahora llenos de terror. La vela oscilaba entre sus manos, estaba a punto de dejarla caer.

—Ya estoy...

—¡¡Pietro!!

—¿Anna?

Se oyó un chasquido. Pietro levantó la cabeza, empujó a su sitio el sillón del escritorio y apagó la vela de un soplido. Levantando los pliegues de su bata, Anna cruzó el despacho, casi corriendo. Los dos desaparecieron tras la puerta del gabinete en el mismo instante en que Ottavio abría la de la habitación contigua. Permaneció un momento quieto en el umbral, con los ojos entornados, con una expresión sarcástica. Se llevó la mano a la papada... Luego avanzó.

Anna y Pietro habían cruzado el gabinete. La Orquídea Negra se precipitó hacia el balcón. Antes de pasar sobre la baranda, se volvió hacia Anna, y con las manos enredadas en la capa que le cubría, estrechó a la joven con todas sus fuerzas, aplastando sus labios con un beso.

—Volveremos a vernos, te lo juro. ¡Te amo!

—Te amo —susurró ella.

Ottavio abrió la puerta.

La capa de Pietro voló por encima del balcón y desapareció en la noche.

—¿Todo va bien, ángel mío? —preguntó Ottavio con aire desconfiado.

En el balcón, Anna se volvió. Una luna pálida se abría como un ojo en el cielo. Las cortinas se agitaban con la brisa. Una hermosa sonrisa iluminaba el rostro de Anna Santamaría.

CANTO XI

El baile de Vicario

El problema del Mal de Andreas Vicario, miembro del Gran Consejo

«De la mentira en la política», capítulo XIV

La principal manifestación del Mal en la política consiste en el empleo de la mentira, pero a través de uno de sus habituales giros, esta constituye también su sal y su esencia; muchos piensan que es, por otra parte, necesaria, bien para preservar al pueblo, bien para mantenerlo en un estado en que no corra el riesgo de erigirse en un obstáculo para el poder. Esa es la razón de que todo régimen funcione según el principio de un juego de engaños, en el que se encadenan promesas de felicidad que el desempeño real del ejecutivo se encarga luego de soslayar, desplegando tanto talento como destreza. A la fatalidad oligárquica de la organización en grupos de intereses responde la utopía de la defensa del interés general. Yo declaro hoy que Atenas ha muerto y que de todo esto solo queda el rostro único del egoísmo humano. ¿No es Satán el primero de los mentirosos? Por eso, precisamente, se encuentra tan cómodo en la antecámara de los grandes de este mundo.

Landretto esperaba a Viravolta en la góndola que debía conducirles hasta la villa de Andreas Vicario. La fiesta que daba el miembro del Consejo era un baile de disfraces, y en circunstancias normales, Pietro habría estado encantado de aprovechar la ocasión para conquistar algunos corazones o al menos divertirse un poco, como en los viejos tiempos; pero la perspectiva de encontrarse allí con Emilio Vindicati, los agentes disfrazados de la Quarantia y el embajador de Francia recién desembarcado no le complacía demasiado. Los diplomáticos extranjeros solicitaban a menudo, de forma más o menos discreta, poder gozar de las festividades y las bellezas venecianas; algo que, por otro lado, la ciudad siempre había promovido, pues la perspectiva de placeres y felicidad asociada a Venecia constituía, desde hacía mucho tiempo, uno de los fundamentos de su reputación. En 1566 incluso se estableció un catálogo de las doscientas «cortesanas más importantes de la ciudad», con las direcciones y las tarifas de las damas, catálogo que había circulado durante mucho tiempo en secreto, hasta los arcanos del poder. En otra época, el propio Enrique III disfrutó de la compañía de Verónica Franco, una de estas cortesanas de lujo, para amenizar su estancia en la Serenísima. Naturalmente, el dux, obligado por la etiqueta, no participaría en estas festividades a medias privadas y a medias públicas. La coincidencia de la llegada del nuevo embajador francés con la Sensa, no había hecho olvidar tampoco los usos oficiales, y ya se habían empezado a tratar los asuntos

diplomáticos en curso. Habitualmente, desde el momento de su llegada, los representantes de las naciones extranjeras podían hacer uso de una suntuosa góndola de gala, la *Negrone* en el caso de los franceses; pero en esta ocasión esta no saldría hasta el momento culminante de los festejos de la Ascensión, cuando el embajador asistiera al despliegue de los fastos de la República en compañía del dux. Al desembarcar en la laguna, Pierre-Francois de Villedieu —ese era el nombre del embajador— se había apresurado a enviar a su gran chambelán al caballero del dux para pedir audiencia y presentar sus respetos; luego su secretario presentó al Senado la memoria que contenía sus instrucciones y la copia de sus cartas credenciales. Normalmente, el ceremonial era respetado escrupulosamente; desde la conjura de Bedmar, en el siglo pasado, se suponía que los nobles no debían mantener ningún tipo de relación con los diplomáticos extranjeros aparte de los encuentros en el Colegio, en los Consejos o en el Senado. Esto explicaba por qué el dux y el señor de Villedieu estaban interesados en que las primeras diversiones organizadas para complacerle tuvieran lugar sin que el conjunto de la población estuviera al corriente de las idas y venidas del digno embajador de Francia. A eso se añadían también las reservas que albergaba el dux y las circunstancias excepcionales de la situación. Favorable a este juego que tenía su lado excitante y que él mismo había iniciado en parte, Pierre-Francois de Villedieu aceptó encantado. El embajador llevaría consigo a su protegido, el pintor Eugène-André Dampierre, que pronto expondría en la basílica de San Marcos las obras que ofrecía como regalo a Venecia.

Pietro había pasado el día reuniendo las informaciones de que disponían ahora los Diez y la Quarantia, sin avanzar por ello en sus investigaciones. La frustrante impresión de dar vueltas en círculo aumentaba su irritación y su inquietud. Y para colmo, ahí estaba dirigiéndose al banquete, vestido con el disfraz de rigor. Con una máscara negra y dorada sobre los ojos, un sombrero adornado con plumas blancas y un redingote multicolor, tenía a la vez algo de Arlequín y de esos pájaros exóticos que había podido ver en el curso de sus periplos entre Constantinopla y las villas de recreo de la campiña turca, cuando navegaba en las fronteras de Oriente coincidiendo en su camino con grandes viajeros. Llevaba su espada y sus pistolas, así como una daga, que ocultaba en la bota. Como de costumbre, Landretto le esperaría hasta que volviera a coger la góndola; pero la noche sería larga.

Con un topetazo sordo, el esquife atracó ante los escalones que conducían a la villa. El chapoteo del agua se calmó y Pietro bajó a tierra. Otras embarcaciones llegaban por la derecha y por la izquierda. Hombres y mujeres con pelucas, enmascarados y empolvados, atracaban a su vez entre risas. Los señores ayudaban a las damas a salir de las góndolas y las acompañaban luego al interior del edificio. Criados en librea sostenían antorchas y recibían a los invitados; la entrada, enmarcada por dos leones, estaba cubierta de guirnaldas, que Vicario había hecho colocar para la ocasión. Pietro alzó los ojos hacia la rica morada, un verdadero palacio con elegantes balcones y cornisas de estilo tan pronto gótico como morisco o bizantino. Una

vigorosa unidad inspiradora había permitido conciliar estas influencias diversas en una fachada cuya perfecta belleza no tenía par en Venecia. Un poco más lejos, a su izquierda, Pietro podía ver también el frontón y el muro de esa *Librería* esotérica donde había consultado la edición impresa del *Infierno* de Dante y otros opúsculos maléficos.

Hizo una señal a Landretto y entró en la villa.

Aquello era otro universo. Después de cruzar el portal, el visitante se encontraba en un vestíbulo adornado con una fuente interior que recordaba el atrio de las casas romanas. Allí, más criados comprobaban la identidad de los invitados, los liberaban de las prendas superfluas y recibían los presentes para el señor de la casa. El propio Andreas Vicario —enfundado en un disfraz negro y plata y provisto de una máscara solar que se quitaba para recibir a sus huéspedes— respondía a los cumplidos y animaba a los recién llegados a lanzarse a ese mundo irreal que había imaginado. No lejos de él, Emilio Vindicad, con levita, manto y pantalón rojizos, con una máscara de león y dos alas a la espalda, controlaba también con la mirada el flujo de venecianos invitados al banquete. Al verlo, Pietro tuvo un momento de duda. Se encontraba en una situación realmente incómoda. No era fácil confesarle que, a pesar de todas las exhortaciones de su mentor, había desobedecido sus órdenes para encontrar la pista de Anna Santamaría y correr a lanzarse a sus brazos. Emilio había confiado en él. Las consignas habían sido claras, y la libertad de la Orquídea Negra estaba sujeta a la promesa que le había hecho. Pero, al mismo tiempo, era imprescindible que hablara con Emilio de lo que había descubierto en el escritorio del senador. No cabía duda de que Ottavio estaba implicado en aquel asunto. Viravolta estudió los pros y los contras durante un segundo. Tendría que hablarle, sí... en cuanto pudiera. Y tanto peor si, de paso, tenía que confesarle su pequeña traición. Después de todo, no era gran cosa comparado con lo que se jugaban en aquel caso, y tampoco había para tanto. Pero aún no había llegado el momento de hacerlo. La Orquídea Negra tomó aire y se acercó a Vindicad. Ambos estaban informados sobre sus respectivos disfraces. Se miraron de arriba abajo; se encontraron ridículos, pero no se extendieron sobre ello. Tenían cosas mejores que hacer. Pietro se había dirigido directamente hacia Emilio, que le presentó discretamente a Andreas Vicario. Este le dirigió una sonrisa y asintió en silencio. Luego Emilio hizo un aparte con Viravolta.

—El embajador ya ha llegado, Pietro. Lo verás enseguida; va disfrazado de pavo real, lo que encaja perfectamente con el personaje, créeme. Oscila, como nosotros, entre la majestad y el más absoluto de los ridículos. Su artista pintor lleva una toga blanca y una corona de laurel; estos franceses no carecen de humildad, ¿no te parece? Podría decirse que ahí justamente reside su encanto. ¡El Carnaval, Pietro! El dux se encuentra en el palacio, protegido por la guardia. Aquí he distribuido a diez de nuestros hombres, que se mantendrán en el anonimato, como tú. Mézclate con los invitados y abre los ojos.

—Bien —dijo Pietro.

El vestíbulo conducía a una gran *loggía*, con vanos decorados en celosía que iban de un extremo a otro de la planta baja, hasta una segunda entrada coronada por un portal, el *cortile*, que daba a la calle. Por encima de la sala, una impresionante arcada estaba adornada con mil luminarias y nuevas guirnaldas. Una escalera subía hacia los apartamentos del piso superior y dos chimeneas decoraban las fachadas este y oeste. Tapicerías, muebles preciosos y cuadros de maestros rodeaban el amplio espacio, que se había despejado para la fiesta. Mesas colocadas en hilera ofrecían los más deliciosos manjares: asado de ternera, codornices, becadas, perdices, capones, acompañados de todo tipo de verduras; lenguados, anguilas, pulpos y cangrejos; buñuelos, quesos y cestas cargadas de fruta, verdaderos cuernos de la abundancia, farándula de postres multicolores, regado todo con los mejores vinos italianos y franceses. Los criados se afanaban en torno a la cubertería de oro y plata, los platos de porcelana y los vasos de cristal. Estatuas de madera pintada, que representaban a esclavos llevando cestos cargados de especias, estaban dispuestas a uno y otro lado del bufete y parecían velar por que todo estuviera en su lugar. Entre los cortinajes rojos y las molduras, divanes y sillones dispuestos en círculo, aquí y allá, proporcionaban a los invitados espacios para una conversación tranquila, mientras que el centro de la sala estaba ocupado por los bailarines, poco numerosos en ese inicio de la velada. Al fondo, ante el *cortile*, había instalada una orquesta. Los músicos también iban disfrazados. Una cuarentena de personas se cruzaban en la sala y empezaban a conversar; aún faltaban por llegar cerca de cien. El lugar era mucho más grande y profundo de lo que la fachada y el vestíbulo de entrada de la villa hacían presagiar. El suelo, de mármol, estaba cubierto de motivos en forma de rombo en tonos pastel, de color crema y azul cielo.

Pietro deambulaba entre Colombinas, Polichinelas, Pantalones, Trufaldines, Briguellas, Scapinos y otras muchas figuras emplumadas, con el rostro oculto por antifaces, máscaras blancas de nariz ganchuda, maquillajes excesivos que las mujeres apenas lograban ocultar tras abanicos venecianos finamente trabajados; todo era un agitarse de chaquetas, chalecos, fantasmas coronados de tricornios, camisolas, mantos rutilantes y profundos escotes, vestidos ondulantes, lunares artísticamente dispuestos sobre la lozanía de una mejilla o la redondez de un seno. Pietro no tardó en distinguir al embajador, que llevaba un sombrero negro coronado de encajes, vestido enteramente de azul; arrastraba tras de sí una capa que evocaba las plumas de un pavo real, mientras su mano se apoyaba indolentemente sobre el pomo de un bastón plateado. El diplomático ya estaba rodeado por un arco iris de cortesanas, que Vicario, sin revelar la identidad del dignatario francés, se había preocupado de reunir a su alrededor. No muy lejos, el pintor, con su toga romana, se acercaba a una de las mesas para picar algo con que acompañar su vaso de chianti. Los agentes de la Quarantia debían de encontrarse también allí, repartidos por la sala. Los invitados iban llegando, mientras la orquesta empezaba a tocar en sordina. El alcohol corría ya a raudales. La *loggía* era la estancia más grande de la planta baja; a la derecha y a la

izquierda, otras puertas se abrían sobre salones con una decoración tan rica como la de la sala principal, con profundos canapés, sillones acogedores y cómodas cargadas de valiosos objetos decorativos. Dos balcones de madera permitían a cualquiera que lo deseara refrescarse un instante y contemplar los canales o la luna que ascendía en el cielo. Pietro sabía que, detrás de los salones, Vicario había preparado habitaciones y alcobas, donde, previsiblemente, las parejas embriagadas y enardecidas acabarían la velada, en grupos de dos o más, disfrutando de otro tipo de placeres.

Viravolta sonrió al reconocer, no lejos de él, a una hermosa conocida. Con una *moretta*, una máscara sin boca, de contornos elegantes y estilizados ante el rostro y un vestido de incandescente drapeado, Luciana Saliestri estaba realmente magnífica. Sus zarcillos lanzaban destellos, y llevaba los cabellos recogidos en un moño detrás de la cabeza. Luciana también había reconocido a Pietro, que en ese momento se acercó para decirle:

—Buenas noches, Dominó. Me alegra ver que ha decidido venir...

—No podía rechazar la invitación de maese Vicario, querido amigo. Y no vaya soltando por ahí su «Dominó» con tanta prisa; todavía no he aceptado su propuesta. Como sabe, soy una persona independiente. La idea de trabajar para los Tenebrosos encaja mal con mi temperamento.

La Orquídea Negra sonrió abiertamente.

—Vamos, es usted perfecta para eso. Sin querer atentar contra su libertad, Dominó, abra los ojos por mí, se lo ruego. Tal vez pueda recoger alguna información que ayude a la buena causa. Después de todo, aquí hay mucha gente, y las lenguas se sueltan...

Detrás de la máscara, un brillo divertido cruzó por los ojos de Luciana.

—Cómo no, pensaré en usted. Desde hace poco soy una pequeña santa para la República. Y quién sabe, ¿tal vez también usted reconsidere mi propuesta?

Pietro no respondió. Finalmente Luciana rio y giró sobre sus talones.

—Hasta pronto, ángel mío.

La observó mientras se alejaba. Decididamente aquella mujer sabía manejarse; sin embargo, Pietro seguía notando en ella esa especie de tristeza que se negaba a confesar. La imagen de la dulce Ancilla Adeodato cruzó también por su mente. ¿Qué estaría haciendo en este momento? ¿Languidecía Ancilla por él, o por su oficial de marina? ¿Habría vuelto el capitán? Otro cuerpo, otros placeres... Placeres a los que en adelante renunciaría por la hermosa Anna Santamaría. Y cuando pensaba en su encuentro de la víspera, tan rápido, en circunstancias tan especiales, Pietro sentía que el corazón le saltaba en el pecho. Todo lo que amaba. La pasión, el peligro. La sensación de vivir. ¡Ah, decididamente tenía cosas mejores que hacer que perderse entre estos invitados anónimos que seguían afluyendo a la sala!

Cuando todos hubieron llegado, Andreas Vicario pronunció unas palabras de bienvenida y los invitados se agruparon en torno al bufet. Luego Vicario abrió el baile. Las parejas empezaron a girar en el centro de la sala en deliciosos minués. La

orquesta tocaba con vivacidad redoblada. Se oían risas, los hombres corrían tras las mujeres, algunos les susurraban al oído, y otros las sujetaban por la cintura y les dedicaban galantes serenatas. Luciana fue enseguida abordada por algunos galanes; el embajador no se cansaba de perorar ante el ramillete de bellezas que le habían reservado y que le lanzaban pullas por sus imprecisiones lingüísticas cuando se expresaba en italiano. El maestro Dampierre, utilizando un cubierto como si fuera un pincel, guiñaba el ojo mientras miraba un esbozo de Veronés, entre dos estatuas de esclavos. La *loggia* de Vicario era un jardín de las delicias. Las conversaciones se hacían cada vez más animadas, de todas partes surgían exclamaciones de alegría, que no dejaban de amplificarse. Las danzas se enlazaron durante horas; se habían formado grupos, y algunos se dirigían ahora a los salones contiguos.

Pietro rondaba cerca del señor de Villedieu.

—Sus encantos, señora —decía este, inclinándose hacia una morena misteriosa—, harían palidecer, en mi opinión, a las mujeres más hermosas de Europa. Y créame, sé de qué hablo. En cuanto a usted —y se volvió hacia una rubia de sonrisa arrebatadora—, es evidente: usted es su reflejo en la sombra, o mejor diría, viendo el oro de sus cabellos, su doble solar y maravilloso. Tengo frente a mí a dos esferas... a... dos astros, y no sé cuál de los dos puede ejecutar las más bellas revoluciones; dos caras de una misma moneda que por sí solas valen todos los tesoros del mundo. Comprendan, pues, señoras, mi turbación. ¿Cómo elegir entre el agua y la llama? ¿No podrían permitirme gozar de ambas?

Y soltó una risita de falsete mientras se llevaba la mano a la boca. Ante él, las dos cortesanas se inclinaron haciendo melindres. La noche estaba ya muy avanzada. El juego duró un rato. Luego, el embajador, tras observar un instante el resto de la sala, juzgó que no tardaría en llegar el instante en que podría abandonar la *loggia* para aventurarse detrás de las cortinas púrpura que daban a las habitaciones; seguro de una victoria más que fácil y tan sabiamente preparada, el hombre aplazaba el momento decisivo con delectación. Un último truco de Vicario relanzó la fiesta. El anfitrión hizo soltar dos redes hábilmente disimuladas en el techo, y una nube de pétalos cayó como una cortina ondulante ante los presentes; rosas blancas y rojas aterrizaron sobre el suelo de mármol, volvieron las danzas y la gente se apiñó de nuevo en torno al bufet. Ahora se distribuían a puñados arroz y cotillones, que los invitados se lanzaban a la cara riendo y que a veces caían sobre los charquitos de vino que habían dejado algunos vasos volcados. A los pies de los juerguistas, atentos criados se afanaban en borrar el rastro de sus torpezas.

«Tal como van las cosas —pensó Pietro—, no creo que hoy avance mucho...».

Dos horas antes de que apuntara el alba, el embajador aún seguía pavoneándose, alisándose las plumas. Los invitados se habían dispersado, y ya no se bailaba. La orquesta se limitaba a tocar alguna pieza de vez en cuando. Los músicos, cansados, extraían las últimas notas de sus violines sin demasiada convicción. La marea había retrocedido tan deprisa como había crecido al inicio de la noche. Grupos de dos o tres

personas, cerca de las cortinas, conversaban en voz baja, pero la gente había empezado a desalojar la sala. Incluso los salones se vaciaban. Algunos se despedían. Otros se refugiaban en las habitaciones y las alcobas. Andreas Vicario había preparado varias estancias de sus aposentos del piso superior para los amantes de una noche. Por fin, el embajador arrastró con él a las dos venecianas y desapareció a su vez tras los cortinajes. A fuerza de dar vueltas y observar, Pietro había descubierto a la mitad de los agentes de la Quarantia. Mientras salía tras el embajador, hizo una señal con la cabeza a sus compañeros, y aún tuvo tiempo de distinguir a Emilio Vindicati, que, durante todo ese tiempo, no había abandonado el vestíbulo.

Pietro pasó a los salones. Una de sus manos se demoró sobre el terciopelo de un canapé. Oyó con claridad susurros y suspiros. Al alzar los ojos por encima del sillón, vio a una mujer tendida sobre una gruesa alfombra, con una pierna encogida, asaltada por un fantasma enmascarado. Con las mejillas encendidas de placer, la mujer sonreía, dejando correr sus manos por la espalda del hombre que la tomaba. Pietro levantó una ceja. Un poco más lejos vio a otro hombre de pie, con el rostro medio hundido entre las cortinas, y a una cortesana arrodillada ante él.

El embajador había subido al piso superior, a la habitación que le habían reservado. Pietro subió por la escalera y vio desaparecer al francés con las dos venecianas. Una puerta se cerró tras ellos. Lanzando un suspiro cansado, Pietro se acercó. De nuevo escuchaba tras las puertas. La imagen del padre Caffelli en la casa Contarini y los versos del Minué de la Sombra cruzaron fugitivamente por su mente. Otro suspiro. Ahí estaba otra vez, de plantón ante la puerta de este embajador que no le gustaba demasiado, contemplando sus zapatos lustrados. ¡Él, la Orquídea Negra! ¡Pietro Luigi Viravolta de Lansalt transformado en un vulgar criado! A eso mismo condenaba de vez en cuando a su fiel Landretto. De pronto, al valorar la crueldad del castigo que en ocasiones le infligía, Pietro sintió hacia él una simpatía renovada. Se llevó la mano a la nuca. Pronto llegaría el momento de volver a casa. Alguien tomaría el relevo y todo habría acabado.

Todas las máscaras de esta velada que llegaba al final acudieron a su mente. «Máscaras»... Un juego de máscaras, aturdidor, que le parecía una analogía perfectamente apropiada para la situación en que se encontraba desde hacía unos días.

«Carnaval».

Oyó los primeros gemidos y se agitó nerviosamente.

Luego, otros gemidos.

Pero esta vez no se trataba de suspiros de placer.

Reconoció la voz de Luciana.

«Oh, no».

Gritaba pidiendo ayuda.

Pietro se despabiló de repente. Buscó desesperadamente la procedencia de los gritos. Abrió una puerta de golpe: una mujer cabalgaba a su amante; había conservado su máscara. Otra puerta; no, no era aquí. Otra más...

Se detuvo.

Un hombre se volvió hacia él. Estaba en uno de los balcones que daban al canal, vestido con una *larva* con tricornio y una *bauta*; largos velos negros caían sobre sus hombros en torno a la máscara blanca. Al ver irrumpir a Pietro en la habitación, el hombre se volvió bruscamente; su capa ondeó tras él, y de un salto, con una agilidad sorprendente, se sujetó al enrejado y luego a las piedras de la fachada. Pietro corrió hacia el interior y lanzó un grito. Luciana estaba suspendida del balcón, por debajo de él, y lanzaba gemidos estrangulados. El hombre le había atado a los pies una red cargada de piedras negras, de la que no conseguía deshacerse. Desgarrada así entre la tensión de la cuerda y la que ejercían las rocas, se llevaba las manos crispadas a la garganta, entre estertores de agonía. Los hilos de la cuerda se rompían bajo el efecto del peso. Pietro se lanzó hacia delante, pero ya era demasiado tarde. Se oyó un crujido seco, la balaustrada de madera cedió y la cuerda se le escapó con un silbido. Lanzó un grito de dolor. La cuerda le había desollado las manos hasta hacerlas sangrar. Miró hacia abajo, con los ojos desorbitados. Luciana acababa de caer. Su cabeza se había aplastado contra el margen del muelle, unos metros más abajo, y luego se había hundido a plomo en el canal. Estupefactos, dos hombres —sin duda agentes de guardia de la Quarantia alertados también por los gritos— se lanzaban ya al agua para tratar de rescatarla.

Pietro, empapado en sudor, levantó la vista. Sujetándose a su vez al enrejado, trepó como pudo en dirección al tejado del edificio. Se quitó la máscara que llevaba aún ante los ojos, y esta cayó al canal, arrastrada por la débil corriente.

Durante un momento se balanceó en el remate de la villa Vicario. Luego se izó a pulso y alcanzó una de las terrazas de madera en las que las venecianas se exponían al sol para colorear sus cabellos esparcidos. Recuperó el aliento un instante junto a una chimenea y miró en todas direcciones. La aurora, que apenas apuntaba, le permitió entrever la sombra de su fantasma, que huía por los tejados en medio de los bosques de *fumaioli*, de los que a aquellas horas no escapaba aún ninguna señal de humo. Siguió adelante. De un salto se encontró en la terraza contigua. El salto siguiente fue más peligroso: cerca de tres metros separaban los dos tejados. La capa del misterioso asesino —uno de los Estriges, sin duda— volaba tras él. Súbitamente, el hombre se volvió y extendió el puño. Brilló un destello; acababa de disparar su pistola de pólvora. Pietro se aplastó contra la terraza y estuvo a punto de caer al vacío. Fue el momento que eligió el fantasma para descender por la pared de la villa. Pietro reemprendió la caza; al llegar a su vez al borde del tejado, vio al hombre, que trataba de llegar al suelo sin tropiezos.

Apartó los pliegues de su manto, cogió las pistolas que llevaba a la cintura y las apuntó en dirección al fugitivo.

—¡Maese! —gritó.

El otro se detuvo y levantó los ojos.

Durante un instante se miraron sin moverse. Pero en su precipitación, el hombre

enmascarado perdió el apoyo. Trató de rehacerse sin conseguirlo; una mano se agitó peligrosamente en el vacío. Luego perdió definitivamente el equilibrio y fue a aplastarse más abajo con un ruido sordo.

Jadeando, Pietro descendió a su vez, procurando no seguir el mismo camino que su oponente. Finalmente aterrizó sobre el pavimento de la callejuela, donde el hombre estaba tendido. Se inclinó sobre él y le sujetó por el cuello del vestido. Bajo la máscara, un hilillo de sangre se deslizaba de su boca.

—Tu nombre —dijo Pietro—. ¡Dime tu nombre!

El fantasma respiró roncamente y esbozó una sonrisa, que brilló en la sombra.

—Ramiel... —dijo—, del orden... de los Tronos...

Sonrió de nuevo; luego su mano se crispó en un espasmo sobre el hombro de Pietro. Su cuerpo se puso rígido, antes de caer desmadejado. La cabeza osciló y cayó de lado mientras expiraba.

Pietro se levantó, dejando el cadáver tendido sobre el pavimento, y se secó el sudor de la frente.

«Estaban aquí. Y han matado a Luciana».

CANTO XII

Avaros y pródigos

Cuarto Círculo: «Avaros y pródigos, haciendo rodar grandes piedras e injuriándose mutuamente».

La rica viuda Luciana Saliestri fue rescatada del canal por los agentes de la Quarantia. El lugar era suficientemente profundo para permitir el paso de las embarcaciones; Luciana había desaparecido en el fondo, y se había necesitado tiempo para recuperarla, a pesar de que el dragado improvisado se había efectuado con la mayor rapidez posible. De todos modos, la mujer ya había muerto antes de caer al agua por el efecto de la cuerda, que le había segado el cuello, y la caída contra el margen del muelle. Al ver aquellos restos que sacaban del agua, Pietro le encontró cierto parecido con Ofelia, con sus largos velos chorreantes, el rostro pálido y la boca abierta como la de un pez muerto. Las piedras que la habían arrastrado habían quedado en el limo. Las góndolas negras, fúnebres y silenciosas, se cruzaban en el canal. En una de las paredes de la habitación donde Pietro había sorprendido al agresor, habían encontrado la inscripción ritual, que en esta ocasión decía:

*En su vida primera, los dos lados tan necios fueron, mi mentor agrega,
que gastar no supieron medidos.*

Luciana, que consumía toda su fortuna en adornos necesarios para vender sus encantos, esa fortuna heredada de un marido comerciante de tejidos famoso en tiempos por su sórdida avaricia, igual que Pantalón, la figura alegórica de las representaciones teatrales. La voz cantarina de la joven resonaba todavía en los oídos de Pietro: «Mi marido, que en paz descansa —había dicho a propósito de maese Saliestri, cuya cuantiosa herencia dilapidaba—, tenía el don de los negocios y el dinero. A veces perdía completamente el sentido con ello. Yo, por mi parte, soy justo lo contrario: tengo un gusto infalible para otros tipos de comercio y no tengo valor para negármelos». Esa mujer que siempre había querido ser libre, que había hecho perder la cabeza al senador Giovanni Campioni y a tantos otros con su lozanía y su juventud, se encontraría pronto dos metros bajo tierra, con los gusanos por única compañía. Otro tipo de prodigalidad de la carne.

Abatido, Pietro permanecía sentado contra el muro, a unos metros de la entrada principal de la villa Vicario, con Landretto a su lado. Emilio Vindicati, por su parte, se entrevistaba con el dueño de la casa, mientras sus agotados agentes buscaban a cada uno de los invitados al festejo. Pietro estaba convencido de que sacarían tan poco de aquello como de sus tristes «pistas» precedentes.

Luciana, efímero Dominó, asesinada. Un asesinato más.

Pietro ya no estaba en condiciones de reflexionar. Lamentaba no haber mantenido a la cortesana a su lado. Y lo que era peor: sin duda la había puesto en peligro al querer jugar al sargento reclutador. Al pensar que algo parecido le hubiera podido pasar a Anna Santamaría —y aún podía ocurrir—, sintió que la sangre se le helaba en las venas. ¡Aquello ya era demasiado! Era imprescindible que informara a Emilio de lo que había descubierto en el escritorio de Ottavio. Pietro se sentía culpable. Luciana no merecía aquello. Esa muerte podía haberse evitado. Si él hubiera demostrado más presencia de ánimo, si hubiera hablado antes... Tenía ganas de vomitar, de llorar. En cuanto al embajador, se había dormido entre los brazos de sus venecianas, feliz como un papa, agotado por sus hazañas y el alcohol. El francés había permanecido ajeno a todo el alboroto. En algún momento apareció en la entrada de la villa, más o menos repuesto, con su disfraz de pavo real y los ojos legañosos; solo tuvo tiempo de presenciar las tareas de rescate del cuerpo y de lanzar exclamaciones de espanto, antes de que Emilio acudiera a tranquilizarle y lo enviara, con un buen número de criados y una fuerte escolta, a los apartamentos oficiales de su residencia en Venecia. ¡Un rudo golpe para las buenas formas diplomáticas! Pero Vindicati sabría encontrar una explicación, y el embajador se dejaría convencer de que todo aquello no era tan terrible como parecía. En cuanto al pintor, había desaparecido durante la noche. Sin duda se había esfumado para ir a acostarse.

Los Pájaros de Fuego proseguían su cruel empresa; mientras todos los ojos estaban fijos en Pierre-Francois de Villedieu, era a Luciana a quien habían matado. Tal como iban las cosas, el senador Giovanni Campioni tenía todos los números para ser el próximo de la lista. Y hasta el momento, los partidarios del dux habían llegado siempre con retraso, empezando por Pietro. El Diablo les manejaba a su antojo. Analizar la gradación y las penitencias asociadas a los distintos círculos dantescos no bastaba para adivinar la identidad de las futuras víctimas. En ese juego, los Diez se arriesgaban a llevar siempre las de perder. La Orquídea Negra deslizó la mano en el bolsillo de su manto para echar una ojeada a su último hallazgo. Se había tomado tiempo para registrar al «fantasma». Ramiel, del orden de los Tronos. Pietro no había encontrado nada, excepto esa carta que ahora hacía bailar ante sus ojos.

Era una carta de tarot.

El Diablo, naturalmente.

Parecía haber sido hecha especialmente para el caso. En ella se veía a Lucifer ante una especie de orbe zodiacal que remitía a las nueve legiones descritas por Raziél en *Las fuerzas del Mal*; tres de estas zonas quedaban ocultas por el cuerpo de la Bestia. Uno de sus brazos, nudosos y torcidos, sostenía a una mujer colgada, con piedras atadas a los pies, mientras que abajo, a la izquierda, una forma indistinta hacía rodar otra roca. Una vez más la Quimera jugaba con las metáforas, tan pronto límpidas como confusas. Y una vez más ella, o sus emisarios, aparecían como una sombra evanescente, golpeaban en el corazón y desaparecían luego sin dejar a su adversario la menor oportunidad de reaccionar. Ataques de cobra. Pietro volvió a la carta de

tarot. El rostro del Diablo estaba deformado en una mueca; sus ojos lanzaban chispas bajo los cuernos de macho cabrío. Pietro, que en el pasado había practicado asiduamente todos los juegos de naipes y todas las formas de astrología, estaba acostumbrado a ese tipo de representaciones. Y también esta vez tenía la extraña sensación de que el «mensaje» iba dirigido directamente a él.

Levantó los ojos al ver que su amigo Emilio Vindicati se acercaba.

—Al menos por el momento, desconocemos la identidad de tu fantasma de la callejuela. Pietro..., ¿sabías que la fortuna de Luciana Saliestri era aún mayor de lo que pensábamos? Decididamente tenía mucho que agradecer a su marido. Era tan despilfarradora como él avaro. Seguro que esto debió de divertir al Diablo. ¿Tendría miedo, tal vez, de que te confesara algo?

Pietro se irguió, extenuado. Y aún le quedaba por superar un mal trago.

—Deberías ir a descansar —prosiguió Emilio—. Yo también me concederé unas horas de sueño. Lo necesitamos.

Pietro suspiró.

—Sí, pronto iré a descansar un rato. Pero Emilio... tengo algo que decirte.

El tono que había empleado intrigó enseguida a Vindicati, que se preguntaba qué catástrofe iban a anunciarle ahora.

—Luciana me habló, en efecto. Sé que también recibía, de vez en cuando, la visita de alguien... alguien que no me aprecia demasiado.

Emilio frunció el entrecejo.

—¿Te refieres a...?

—Sí, amigo mío, me refiero a Ottavio. Y eso no es todo. Escúchame: es absolutamente imprescindible que el Consejo de los Diez le convoque al palacio. Y si es posible, hay que organizar un registro sorpresa en su villa de Santa Croce. ¡En el plazo más breve posible, Emilio! Nos arriesgamos a que desconfíe, ahora.

—Espera, espera... ¿De qué estás hablando? Pietro, tú...

Su rostro se iluminó y se ensombreció en solo un segundo.

—La has visto. La has visto, ¿no es eso? ¡Has ido a buscarla!

—¡Era una «pista», Emilio! ¡Era preciso! ¡Y tuve acceso al escritorio de Ottavio! Allí vi algo, ¡unos planos incomprensibles en los que se mencionaba a Minos! ¡Emilio, no puede ser una casualidad!

Vindicati sacudía la cabeza. No podía creer lo que estaba oyendo. Su frente estaba pálida. Y la fatiga de la noche y de los últimos acontecimientos no contribuía a mejorar las cosas.

—Pietro, ¿me estás diciendo que fuiste a casa de Anna Santamaría? ¿Que registraste de forma ilícita el despacho privado del senador? Fuiste al único lugar al que... ¡No es posible, debo de estar soñando!

—Emilio, ¿me has escuchado?

—¿Y tú, Pietro, me has escuchado? ¡Por todos los santos! ¡Me lo habías jurado!

Ahora estaba realmente encolerizado. Vindicati fulminó a Pietro con la mirada.

—¡Ottavio está involucrado, estoy convencido de ello! ¡Esto es serio, Emilio!
¡Hay que registrar su casa, esta misma mañana!

—¡Vamos! ¿Crees que puedo poner su villa patas arriba así sin más, haciendo chasquear los dedos? ¿Me hablas de un registro? ¿Con qué pretexto, Pietro? ¿En base a tus alegaciones? ¿A las de la Orquídea Negra, el prisionero que saqué de los Plomos y que así me devuelve el favor? ¿La Orquídea Negra, que me había prometido olvidarse de la Santamaría? ¿La Orquídea Negra, enemigo jurado de Ottavio? ¡Me harás quedar como un fanfarrón! ¿Quién va a creer que no tratas de vengarte? ¿Quién creerá...?

—Pero yo sé lo que he visto, Emilio, ¡no lo he soñado!

—¿Y qué has visto? —dijo abriendo los brazos—. ¡Planos! ¡Fantástico! ¡Y el nombre de Minos! ¡Resulta que desde la muerte del vidriero este nombre está en boca de todos en Venecia! Pietro, ¿dónde están las pruebas? ¡No tengo ni la sombra de un indicio de sospecha! ¿Qué quieres que haga? ¿Que en nombre de la Orquídea Negra envíe a los inquisidores a buscar a Ottavio *manu militan*?

—De hecho, si bien se piensa, sería un justo giro del destino. Emilio...

Pietro sujetó a Vindicati del brazo.

—Tienes que confiar en mí. Ottavio es nuestra pista más seria.

Con los rasgos en tensión y la mandíbula apretada, Emilio miró a su agente durante unos larguísima segundos. Luego sacudió de nuevo la cabeza suspirando.

—Trataré de arreglar una entrevista con la Criminale en el palacio. Pero en secreto, Pietro. Y tú no participarás en ella. ¿Me has oído? Sobre todo no debe saberse que eres tú quien se encuentra tras este asunto. Esto acabaría con el resto de credibilidad que aún nos queda. Y ya no puedo permitirme perder más prestigio.

Lanzó un juramento.

—No, realmente ya no puedo permitírmelo.

—Comprendido. ¡Pero que no le suelten! ¡Es uno de los Estriges, estoy seguro!
¡Y tal vez el Diablo!

—El Diablo... él... Bien, bien, de acuerdo.

Emilio volvió a suspirar.

—Y ahora, Pietro, ¿me dirás qué piensas hacer exactamente?

—Voy a ver a un viejo conocido.

La mano de Pietro jugó de nuevo con la carta de tarot que había guardado en el bolsillo.

—Un tal Frególo...

Se levantó el cuello del manto. Nubes grises, llovía.

—... Un cartomántico.

Andreas Vicario, con su traje negro y plata y su máscara solar en la mano, permanecía solo en medio de la *loggia* ahora desierta. Los agentes de la Quarantia

habían recomendado que no tocaran nada mientras procedían a su investigación. Andreas sonrió. En torno a él, pétalos de rosa, arroz, cotillones, banderolas y guirnaldas deshechas yacían esparcidos por el suelo. El baile había sido un éxito. Y él había representado a la perfección el papel de víctima y de noble escarnecido. No necesitaba esforzarse, aquello formaba parte de su naturaleza. Estaba solo en su imperio y se felicitaba de nuevo por su hazaña. Pronto el Gran Consejo tomaría el asunto en sus manos; era algo inevitable. A solo unos días de la Ascensión, Venecia se encontraría en plena ebullición. Ahora todos se habían marchado, los invitados y la Crimínale. En cuanto recibiera la autorización formal, Andreas ordenaría a sus criados que pusieran la casa en orden. Solo había una sombra: Ramiel había sido descubierto y estaba muerto. Sin embargo, esto no bastaría para que la Orquídea Negra consiguiera que el gobierno llegara hasta él. Tal vez ya alimentara sospechas con respecto a su persona; pero Andreas no lo creía probable. Se había informado sobre Pietro Viravolta. Había logrado suficientes datos sobre él. Su reputación estaba consolidada. Andreas conocía su forma de pensar. Ese hombre no se contentaba con verdades demasiado transparentes. ¡Y tenía esa verdad al alcance de la mano! Era tan luminosa que le deslumbraba... como el sol.

Minos contempló su máscara y soltó una carcajada.

En algún lugar en los confines del golfo Adriático, entre los 16° de latitud norte y los 40° de longitud este, no muy lejos del canal de Otranto, un joven marino bajaba del puente para dirigirse a los aposentos de su capitán. El marinero descendió algunos escalones, penetró en la oscuridad y abrió una puerta después de haber golpeado tres veces. El capitán se encontraba detrás de su escritorio, vestido de gala, con chaqueta azul con charreteras y botones de oro y la peluca encasquetada en el cráneo. Bajo sus ojos había algunos mapas de la región, así como un sextante y un compás. El marinero saludó y se puso firme. Desde hacía un rato, el capitán soñaba despierto, cansado de tantas horas sin hacer nada. Pensaba en Ancilla, en su querida Ancilla Adeodato, que había dejado en Venecia. Esperaba volver a ver pronto a su dulce mestiza; echaba en falta su cuerpo y su alegría. Ya era solo cuestión de días. Y la noticia que traía el marinero pronto le confirmó su convicción.

—Una delegación de la *Santa María* nos visita, capitán. Hace unos minutos han llegado tres soldados en barca. Han venido a traerle esto. Y las fragatas se han unido a nosotros.

El capitán cogió la carta que le tendía el marinero, rompió el lacre y la leyó rápidamente. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Miró a su hombre, apretó los labios, y luego dijo:

—Bien. No les hagamos esperar. Me reuniré con usted en el puente.

Unos instantes más tarde llegó al lugar indicado. La madera húmeda chirrió bajo sus pies; algunos grumetes frotaban y lavaban las planchas en torno a él, bajo un sol

de plomo. El capitán, con un catalejo en la mano, paladeó durante unos momentos el viento marino. Alzó la mirada hacia el cielo límpido; sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse a aquella luz repentina. Llenó sus pulmones con el frescor salado, que tuvo sobre él el efecto de una bendición. Se sentía revigorizado. Algunos marineros estaban suspendidos sobre él en los aparejos, sobre la arboladura y los obenques, como pájaros en su jaula. El capitán contempló la orilla de una cala perdida de la isla de Corfú, donde se habían resguardado los barcos, y luego se dirigió hacia la delegación de la *Santa María*. Se pasó subrepticamente la mano por la pechera acariciando al paso sus condecoraciones, que no había olvidado prender para la ocasión, mientras aferraba con la otra mano la empuñadura del sable que colgaba a un costado. Pronto se encontró ante los tres soldados de la *Santa María*.

Empezaron a conferenciar.

Las conversaciones y los tratos duraron cerca de media hora, tras lo cual la delegación bajó de nuevo a su barca y partió en dirección a su galera. El capitán observó cómo se alejaban antes de reunir a la tripulación para dar las últimas consignas y dirigirle unas palabras de ánimo. A continuación dijo al marinero que se encontraba a su lado:

—El encuentro con las naves de Von Maarken se producirá ante la costa de Palagruza.

Después tomó aire, satisfecho.

—¡Adelante! —dijo.

Levantó los ojos hacia el mástil principal y ordenó:

—¡Alzad las velas! Nos vamos.

Los marineros se lanzaron hacia la cofa y los cordajes, ocuparon su lugar a los remos y al timón; las velas, inmensas, se izaron lentamente. Los grumetes abandonaron sus cubos de agua para largar amarras; se escuchó el chapoteo del oleaje, el ruido de los remos entrechocando, tratando de encontrar su ritmo y la cadencia correcta. No muy lejos, la *Santa María* también aparejaba. Se escucharon gritos, risas, exclamaciones, cantos demasiado tiempo contenidos. Todo el barco cobró impulso; las velas se hincharon al viento; la popa, con su efigie de sirena desgredada, hendió la espuma. De la proa al palo de mesana se verificaban las balas y las piezas de cañón. En la cabina del capitán, el sextante y el compás se agitaban sobre los mapas desplegados.

Majestuosas, orgullosamente erguidas al sol, la *Santa María* y la *Joya de Corfú*, escoltadas por dos fragatas, pájaros blancos recortados sobre un mar de aceite, abandonaron las orillas de la cala. Un tiempo más tarde, en Palagruza, en pleno Adriático, otras dos galeras y cuatro fragatas se unieron a ellas.

Y la armada surcó las aguas en dirección a la Serenísima.

Tras unas horas de un sueño pesado y agitado por pesadillas, Pietro se arregló de nuevo para salir y partió a visitar, con su criado, a maese Pietro Frególo, que desarrollaba su actividad en la calle Vallarossa, a dos pasos de la plaza de San

Marcos. Frególo era uno de esos astrólogos a los que a veces consultaban los grandes del mundo, superchería que el propio Pietro había utilizado con cierto talento cuando el senador Ottavio, en un pasado que le parecía cada vez más lejano, lo tomó bajo su protección. Pero este tipo de «profesión» estaba estrechamente vigilada por el Estado; Frególo ejercía en una rebotica, mientras que el frontón del edificio que ocupaba en la calle Vallaressa exhibía una fachada mucho más respetable. Su actividad principal seguía siendo la venta de muebles escogidos; algo que, más que proporcionarle una «cobertura» con la que no engañaba a nadie, le permitía relativizar la importancia de su segundo oficio, del que hablaba a los escépticos con aire divertido, mientras que lo tomaba extremadamente en serio cuando las solicitudes de consulta lo eran también. Después de echar una ojeada a la famosa insignia verde con letras de oro, Pietro entró en la tienda. Como esperaba, encontró a Frególo detrás de su escritorio, en medio de secreteres de madera lustrada, armarios con puertas de rombos y otras curiosidades. Esta atmósfera rica y confortable olía agradablemente a madera y a cera. En pocas palabras, Pietro expuso al cartomántico el motivo de su visita, mientras Landretto deambulaba entre las cómodas, divirtiéndose en descubrir y abrir los cajoncitos secretos que ocultaban. Tras escuchar a Viravolta, Frególo frunció el entrecejo y adoptó un aire grave. Luego invitó a los dos hombres a seguirle a la rebotica. Cruzaron dos cortinajes y Frególo les ofreció un sillón. Pietro y su criado se encontraban ahora en una habitación que no guardaba ningún parecido con la precedente. Nuevos cortinajes azules y negros, salpicados de estrellas, cubrían cada uno de los muros. Apenas se veía nada. Una mesa redonda cubierta por un dosel púrpura exponía algunos tratados esotéricos que causaban un gran efecto, así como una bola de cristal y un péndulo artísticamente depositados en un estuche de cuero abierto a las miradas. Pietro sonrió y cruzó las piernas, mientras Frególo pedía a los recién llegados que esperaran unos instantes. El tendero desapareció un par de minutos detrás de una de las cortinas. Cuando volvió, estaba transformado. Se había quitado el *tabarro* y los pantalones marrones, que había sustituido por un vestido, también estrellado, de mangas anchas y dignas, que recordaba a un caftán oriental, y llevaba un gorro en la cabeza. Frególo tenía una barba gris cortada en punta, cejas pobladas y un rostro apergaminado. Una especie de dux, de mago de los astros. «Ahí está, posando para nosotros», pensó Pietro, que sabía hasta qué punto podía impresionar a los espíritus débiles toda esta parafernalia.

—Enséñeme ese naipe.

Pietro se lo tendió y el cartomántico examinó el arcano con atención.

—El Diablo... Esta carta ha sido pintada hace poco. Es la primera vez que veo una de este tipo. No estoy seguro de que forme parte de un juego completo. Pero después de lo que me ha dicho, no me sorprende demasiado. Tal vez la hayan hecho expresamente para usted, en efecto. El mito del Diablo es más o menos parecido al del Dragón, al de la serpiente. Es, normalmente, el decimoquinto arcano mayor del tarot. Se sitúa entre la Templanza y la Casa de Dios. Simboliza la unión de los cuatro

elementos para la satisfacción de las pasiones, cualquiera que sea el precio. En astrología corresponde a la tercera casa celeste. En cierto modo es el reverso, no de Dios, sino de la Emperatriz, que representa el poder y la inteligencia soberana, o la Venus uraniana de los griegos.

—Venus por Venecia... —dijo Pietro a su criado.

—En general encarna el caos, al emulador de Dios, a las Fuerzas del Mal. Las mismas a que usted ha apuntado con esta alusión a las nueve legiones. Pero la versión tradicional es distinta. Aquí está medio desnudo, como ocurre a menudo; pero normalmente descansa sobre una bola hundida en un zócalo compuesto por seis estratos diferentes. Es hermafrodita, con alas de murciélago azules, un cinturón rojo cruzado bajo el ombligo y patas con garras. Su mano derecha está levantada y la otra dirige hacia el suelo una espada sin guarda ni mango. Lleva un tocado amarillo, hecho de medias lunas y de una cornamenta de ciervo de cinco puntas. Dos diablillos se encuentran a sus lados, uno macho y otro hembra, con cola y cuernos, o bien coronados de llamas. El colgado que ha visto en su carta, o mejor dicho, la colgada, con sus rocas, y el espectro abajo a la izquierda, que hace rodar otras rocas, son puras invenciones plasmadas expresamente para el caso. Pero la alusión es evidente. Las rocas son la imagen del pecado que arrastra a su colgada, y que el espectro hace rodar ante sí para deshacerse de él, como Sísifo, o para mostrarlo a la faz del mundo.

—¿Tiene idea de dónde podría proceder esta lámina?

—Ni la más remota —respondió Frególo.

Pietro se inclinó hacia el cartomántico.

—¿Ha oído hablar de los Pájaros de Fuego?

¿Funcionaría esta referencia con Frególo? Ciertamente el cartomántico pareció más preocupado aún, pero no se le veía arrastrado por una corriente de pánico, como había ocurrido en el caso del sacerdote Caffelli y el senador Campioni. El hombre se echó hacia atrás, se hundió en su asiento, y luego miró fijamente a Pietro.

—Digamos que tengo por costumbre estar al corriente de diversas... intervenciones ocultas.

—Se dice que el Diablo está en Venecia, maese Frególo...

—Es una creencia que hay que tomar muy en serio.

—El asunto es político, me temo. Y parece que algunos de nuestros senadores están mezclados en él.

—La política —dijo Frególo— es un campo de juego privilegiado para el enfrentamiento entre el Bien y el Mal. Si le dicen que han llegado las tinieblas, piense que eso no depende solo del hombre, sino de la inspiración que se oculta detrás. Esta inspiración, el propio Lucifer, no es solo un mito, sino una realidad. No se niegue a aceptarla; siempre saldría perdedor. Tiene que prepararse para lo impensable.

—Sin duda, amigo mío. Sin duda... Pero ¿qué sabe de los Pájaros de Fuego?

—Se trata de una especie de secta, ¿no es así? Algunos de mis clientes me han hablado de ellos, con palabras encubiertas. Y creo que uno forma parte de ella. Me

propuso, con medias palabras, que me uniera al grupo. Pero yo no me dedico a la Cabala ni a la magia negra. Rechazar jugar al juego de las fuerzas de la sombra puede conducir nuestro cuerpo a la muerte, pero aceptarlo es perder mucho más. Es perder el alma, amigo mío.

Pietro se pasó la lengua por los labios; sabía demasiado bien lo que quería decir el astrólogo.

—Ese cliente del que me ha hablado, el que trató de hacerle firmar el pacto..., ¿quién es?

Frególo dudó un momento, con una mano suspendida a la altura de la frente, que acariciaba suavemente.

«¡Ah, no! —pensó Pietro—. ¡Esta vez me lo dirás! ¡No me iré de aquí sin saberlo, aunque tenga que torturarte y obligarte a comer una tras otra todas tus barajas de cartas!».

Frególo acabó por acercarse a Viravolta. Y entonces dijo en voz baja:

—Es, en efecto, como usted parece insinuar, un senador de Venecia...

—¿Un senador? —dijo Pietro tendiendo de pronto el cuello hacia delante, con los ojos entrecerrados.

—Sí. Su nombre es Giovanni Campioni.

Pietro, estupefacto, se volvió hacia su criado.

Landretto hizo una mueca.

«Así pues, es el otro».

Quinto Círculo

CANTO XIII

Cartomancia y panóptica

—¡Es falso! ¡Se trata de una abominable mentira! ¡De un complot! ¡De otra tentativa para desestabilizarme!

El senador Campioni, sentado frente a Pietro y el Consejo de los Diez al completo, en una de las salas secretas de los Plomos de Venecia, no cesaba de lanzar protestas ultrajadas. El jefe de la Quarantia Crimínale también se encontraba allí. Podía adivinarse la energía que debía desplegar para hacer frente a aquel nuevo golpe. Era sábado; el Senado celebraba sesión ese mismo día. Su excelencia se había revestido con su traje de armiño y su *beretta*. Tenía el rostro descompuesto; había sido informado de las circunstancias de la muerte de Luciana Saliestri y parecía haber envejecido diez años. Bajo los cabellos blancos, su frente estaba pálida y tenía una expresión perdida y febril. De vez en cuando se interrumpía, al borde del sollozo. Sin embargo, el senador se había convertido en el sospechoso más evidente en aquel caso. La cuestión estaba en saber si se podía confiar en Frególo; pero los miembros de los Diez y la Quarantia no podían pasar nada por alto. Se encontraban los unos junto a los otros, ante unas mesas dispuestas en arco de círculo. Un verdadero tribunal. Ernesto Castiglione, Samuele Sidoni, Niccolo Canova y otros, doctos artífices de la policía secreta veneciana, vestidos también ellos en tonos oscuros, con expresión austera, parecían estar a punto de lanzarse contra el pobre senador, al que despedazarían sin piedad al menor error de su parte. ¿Simulaba Campioni realmente —ese caso con mucho talento—, o era sincero, como aún pensaba Pietro? Habían llegado a un punto en que este ya no estaba seguro de nada. Pero todo aquello resultaba de lo más cómico. Pietro sabía que en ese mismo momento, en una sala cercana, Ottavio debía de estar siendo igualmente interrogado por Emilio Vindicati. Un duelo cruzado de senadores. Pietro estaba furioso; habría dado lo que fuera por encontrarse en esa otra sala, frente al esposo de Anna Santamaría. Estaba convencido de que Ottavio había robado a Luciana el broche encontrado en el teatro San Luca, y de que la joven había sido asesinada por esta razón. Habría querido llevar el interrogatorio a su modo, sin todas las precauciones que Emilio no dejaría de tomar en nombre de una «etiqueta» que ya no tenía nada que hacer en aquel caso y que, por si fuera poco, parecía ser de geometría variable. Pietro, por su parte, quería acorralar a Ottavio. Sí: a pesar de las palabras de Frególo, la Orquídea Negra tenía la impresión de que se equivocaban de enemigo.

—Reflexionen —dijo finalmente Campioni—, se lo ruego. ¡Este broche en el San Luca y ahora esta carta de no sé qué juego de charlatanes que les conduce hasta mí! ¿No les parece demasiado oportuno? ¡Soy inocente! ¿Acaso me ven dirigiendo un ejército secreto para tomar el poder? ¡Esto es un disparate!

—En el pasado, nuestros adversarios nos han probado suficientemente que eran gente retorcida, su excelencia, y que estaban acostumbrados a emplear todas las estrategias. Venecia ha conocido cosas peores en otros tiempos. Nuestra hermosa ciudad siempre ha despertado la codicia. ¿Quién nos dice que esta culpabilidad, demasiado transparente para ser cierta, según usted, no ha sido orquestada por encargo suyo por esta misma razón? Vamos, no apueste demasiado por nuestra inteligencia, estamos cansados de pensar. Queremos hechos. Ya conoce nuestro poder; es al menos equivalente al suyo, y el tiempo apremia. Tememos lo peor para la Ascensión. Usted amaba a Luciana Saliestri, ¿no es cierto?

—Oh... —dijo Campioni, visiblemente afectado, hasta el punto de que se llevó espontáneamente la mano al corazón—. No mezclen la pasión más pura con estas horribles acciones. ¿Cómo pueden imaginar ni por un instante que haya podido levantar la mano contra ese ángel? ¡Su atroz muerte me desgarrar con más violencia que una jauría de perros!

—«La pasión más pura» —repitió Ricardo Michele Pavi, el jefe de la Quarantia—. Resulta divertido oír eso cuando se evoca la memoria de una cortesana, tristemente fallecida, que tenía por costumbre ofrecerse al primero que pasara.

Pietro tosió.

—Los crímenes pasionales son tan viejos como el mundo —continuó Pavi—. ¿No estaba usted celoso de sus otros amantes? ¡Sabía que eran numerosos!

—Sí, era una tortura, en efecto, una tortura que solo a mí concernía. Pero ¿qué tienen que ver mis sentimientos por ella, cuando se trata de dar caza a los Pájaros de Fuego? ¿Por qué no va a buscar a su cartomántico y...?

—¿Niega acaso que requirió sus servicios en el pasado? —le cortó Pavi.

Ante estas palabras, el senador bajó los ojos unos instantes.

—Yo... Es verdad que quizá fui a verlo una o dos veces. Pero esto no tiene nada que ver con la política, no era...

Viendo que el senador no sabía cómo salir del paso, Pietro se decidió a intervenir.

—Ha habido otros antes que usted —dijo, tratando de emplear un tono más tranquilizador—. Y personajes de altura. Le estoy hablando de Augusto y de todos los emperadores romanos. No se preocupe por el astrólogo. Si ha mentido, estará entre rejas antes de esta noche, y esta vez no le soltaremos. Lo que queremos saber es qué nos oculta todavía con respecto a los Pájaros de Fuego. ¿Quién es Minos? ¿Quién es Virgilio? ¿Quién se hace llamar el Diablo?

Campioni se volvió hacia Viravolta.

—Sí. Les diré lo que sé. Pero compréndanme. Alguno de ustedes podría ser uno de ellos.

Aquello ya fue demasiado para Niccolo Canova, un sexagenario rechoncho pero cortante como una hoja de afeitar, que intervino a su vez; se levantó enfáticamente de su asiento y lanzó perdigones en todas direcciones:

—¡No añada a su situación acusaciones de semejante gravedad dirigidas a

personas que solo tratan de salvar a la República!

Se produjo un largo silencio; luego Campioni bajó de nuevo los ojos.

—Me han amenazado —dijo—, pero eso no es lo más grave. —De nuevo buscó apoyo en Pietro—. Han amenazado a miembros de mi familia y a otros senadores del gobierno. No puedo cargar con la responsabilidad de ponerles en peligro. Usted fue a la villa Mora, en Mestre. Ya vio cómo eran, ¿no? Y fui yo quien le ofrecí la posibilidad de calibrar la magnitud de esta amenaza. Tal vez ahí perdió la oportunidad de exterminarlos. Ahora son aún más fuertes; son ellos los que dirigen el baile. Y yo sé que no se detendrán.

Nuevo silencio.

—¡Muy bien! Se lo diré todo. No les ocultaré nada, créanme. Si supiera más, no habría dudado en desenmascararlos.

Los Diez, Pietro y el jefe de la Quarantia eran todo oídos.

—De todos modos, ya no puedo cargar con esto solo. Minos es un miembro del Gran Consejo, pero desconozco su identidad. Creo que ese mismo hombre ha tratado de sobornar al astrólogo Frególo, como ha hecho con tantos otros. No todos los Pájaros de Fuego son nobles, ni mucho menos. Muchos de ellos son *cittadini* infiltrados en las administraciones o gentes miserables, fácilmente impresionables, a las que se ha hecho creer en un sueño que no existe. Es muy probable que ese Ramiel que asesinó a mi querida Luciana fuera uno de ellos. No sé si los cabecillas de la secta cuentan con complicidades en el extranjero, pero es posible que sea así. No tienen rostro, lo que les hace más fuertes. Son maestros en el arte del chantaje, que utilizan para hacer que la gente se adhiera a su causa; primero con pequeños regalos, promesas indignas y toda clase de corrupciones, y luego mediante el terror, cuando la persuasión y la convicción no bastan. Colocan a sus víctimas en situaciones imposibles, como esta en que me encuentro ahora. El golpe de Estado que preparan se realizará pronto, en efecto, y tienen razón al temer las fiestas de la Ascensión; el momento podría ser propicio. El dux estará entonces al descubierto. La mascarada de la que se rodean es un señuelo destinado a hacer correr rumores siniestros y a reforzar su capacidad de intimidación. Sé que uno de ellos está instalado a dos pasos de las Procuratie, donde ha alquilado a la encargada unos apartamentos de elevado precio que se cuentan entre los pocos que permiten dominar, desde su tejado, el conjunto de la laguna; aunque desconozco por completo qué le ha impulsado a hacerlo.

—¡Necesitamos nombres, excelencia! —atacó de nuevo Canova—. ¡Nombres!

—Bien. De hecho hay alguien, sí, alguien que podría encontrarse detrás de todo esto, alguien que...

—¿Alguien que «podría», senador? No queremos presunciones, ¡sino nombres!

Se produjo un largo silencio. Todo el mundo permaneció inmóvil. Finalmente, las palabras surgieron en un murmullo de la punta de los labios de Campioni.

—Les hablo del senador Ottavio.

Los rumores recorrieron la asamblea. Se oyeron exclamaciones. Canova se

hundió en su sillón. La mirada de Pietro se iluminó. Luego, de nuevo reinó el silencio. Campioni, por su parte, había cerrado los ojos y se acariciaba con los dedos la punta de la nariz. Cuando miró de nuevo a los hombres que tenía frente a sí, había recuperado un poco el dominio de sí mismo. Canova se inclinó hacia delante y dijo con voz temblorosa:

—¿Ha calibrado la gravedad de esta acusación?

Campioni asintió lentamente. Su frente estaba cubierta de sudor.

—Vayan a las Procuratie y véanlo ustedes mismos, si así lo desean —dijo—. Pero ahora escúchenme bien. Dentro de unos instantes me sentaré en el Senado. Y cuando esté allí, no estaré seguro en ningún momento, he dicho bien, en ningún momento, de que los asuntos de que hablemos, las decisiones que se tomen y los informes que nos remitan, no vayan a ser inmediatamente transmitidos a esta gente, o al menos a aquellos de entre ellos que conocen el peso y el valor de los asuntos públicos.

Y concluyó:

—Maese, hay un punto sobre el cual estamos de acuerdo: todo esto ha durado demasiado. Debemos unirnos, sin que importen los riesgos. Ni yo ni mis partidarios confesos, en el Senado y en el Gran Consejo, podemos cerrar los ojos ante este asunto. Me comprometo ante ustedes a convencerles para que les comuniquen a su vez todo lo que puedan saber. Les daré sus nombres, y desde ese momento podrán contarlos entre sus filas como sus colaboradores más fieles. Sé que la traición está en todas partes, pero, sobre este punto, deben confiar en mí. Yo les atraeré a nosotros y lucharemos con todos los medios de que disponemos, incluso si todo esto debe salir a la luz. El dux acoge al embajador de Francia; es algo lamentable, pero después de todo también él podría estar amenazado. Creo que hay que poner al corriente a toda Venecia. No dejaré de proclamar aquello en lo que siempre he creído: hay que confiar en el pueblo de esta ciudad que, como usted recordaba, ha pasado ya por otras pruebas. Bajo todos sus perifollos y su alegría de carnaval, sabe perfectamente dónde se sitúan sus intereses.

Esta última alusión fue recibida de forma diversa por los miembros de la asamblea. Para algunos, en los que el miedo hacia el pueblo y el recuerdo del dux Faliero aún permanecía vivo, las palabras del senador seguían siendo sospechosas; el nombre de Ottavio había resonado como un adoquín lanzado al pantano. Los otros empezaban a estar más o menos convencidos. Deliberaron una hora, y después Giovanni Campioni pudo volver a la sala del palacio donde iba a comenzar la sesión oficial del Senado. Le habían escuchado, y Campioni no ignoraba los riesgos a que le expondría cualquier mentira hacia los Diez y la Quarantia. Tenían un plan: había llegado el momento de reunir a las ovejas dispersas y colocarse en orden de batalla. El cartomántico Pietro Frególo fue detenido inmediatamente para ser interrogado, aunque los conjurados eran bastante escépticos con respecto a sus posibles confesiones. ¿Se había metido él solo en la boca del lobo? Ricardo Pavi, el jefe de la Crimínale, se volvió hacia Pietro.

—¿Cree que ha dicho la verdad?

—Sí. No creo que pueda jugar hasta este punto con dos barajas. ¡A quien necesitamos es a Ottavio!

Pavi era el superior directo de Brozzi, el médico delegado de la Quarantia. Aunque tenía apenas treinta años, ese hombre de ojos ardientes y expresión dura era conocido por sus posiciones reaccionarias. Los que le conocían murmuraban que en ciertas circunstancias no dudaba en hacerse cargo personalmente de los interrogatorios. Pavi trataba los asuntos criminales con tanta entrega como firmeza, con una impresionante capacidad lógica y un sentido de la iniciativa que despertaban la admiración de los políticos y los magistrados venecianos, por más que estos últimos temieran sus arrebatos a veces excesivos. En su descargo había que decir que su mujer había sido asesinada por un portador bergamesco que más bien podía considerarse un ladrón de caminos. Desde entonces había perdido la sensibilidad; ya solo la satisfacción del deber cumplido podía emocionarle. El jefe de la Crimínale era un hombre inquietante, cuya eficiencia no podía, sin embargo, ser puesta en duda, con una reputación de asceta y católico ferviente.

—Según Campioni, uno de los Pájaros de Fuego se ha instalado en unos apartamentos situados cerca de las Procuratie: en el número 10 de la calle Frezzeria. Esto está a dos pasos de la casa donde Frególo tiene su tienda, en su prolongación exacta. ¿Una coincidencia tal vez? En todo caso, si Campioni ha dicho la verdad, no debería ser difícil descubrir la identidad del inquilino.

—Iré ahora mismo —dijo Pietro—. Y ya veremos. Pero dígame, maese...

Su rostro se había ensombrecido.

—¿Qué se sabe de las galeras del Arsenal?

También Pavi cambió de expresión, y le comunicó con rostro tenso:

—No sabemos nada nuevo. La *Santa María y hjoya de Corfú* siguen navegando por algún lugar del Adriático, si es que no se han hundido. No podemos colocar los grilletes a todos los obreros del Arsenal, y nuestras investigaciones siguen sin dar resultado.

Y añadió, volviéndose hacia Pietro:

—¡Pero ahora vayamos a lo nuestro! Nuestros agentes le acompañarán. No se entretenga.

Pietro cogió su sombrero y se levantó.

En cuanto salió de la sala donde había sido interrogado Campioni, Pietro fue al encuentro de Emilio Vindicati, que también había acabado su tarea.

—¿Cómo ha ido?

Emilio esbozó una mueca amarga. Tenía los puños apretados.

—¿Que cómo ha ido? ¡Naturalmente lo niega todo! ¡Y no puedo acusarle sin pruebas! Se ha ido, sin más, ¡y yo he quedado en ridículo como temía!

—¿Qué? ¿Pero sabes que mientras tanto...?

—¡Sí, sí, por Dios! ¡Lo sé! ¡Pero Ottavio, por su parte, acusa a Giovanni Campioni de maniobras políticas! ¿No lo comprendes? ¡Se devuelven la pelota! ¡Nuestros dos senadores nos hacen ir por dónde quieren! ¡Nos encontramos ante dos duelistas de partidos distintos y nosotros en medio, debatiéndonos sin ningún resultado! A este paso, nos pondremos a toda la nobleza en contra en dos días, ¡y no tenemos nada para combatir, Pietro! ¡Nada!

La mirada de la Orquídea Negra se ensombreció. Viravolta apretó los dientes.

—No es cierto. Tenemos algo.

—Por lo que más quieras —dijo Emilio mientras Viravolta se alejaba con paso rápido—, ¿qué vas a hacer ahora?

—Lo que tú me enseñaste —dijo Pietro. Y añadió con sorna—: Improvisar.

Los apartamentos a los que se había referido Giovanni Campioni, en el número 10 de la calle Frezzeria, dependían de un hotel. La encargada, Lucrezia Lonati, convino, efectivamente, en que el tercer piso, así como la libre utilización de la terraza, habían sido negociados en el otoño precedente con un hombre que decía ser un habitante de Florencia en visita a Venecia. Se había hecho llamar maese Sino. M. Sino... Un anagrama de Minos, como observó enseguida Pietro, hastiado. Lonati condujo a Viravolta y a dos agentes al tercer piso, mientras los demás revisaban sus registros. Llegaron ante unas grandes puertas claras. La mayor parte del tiempo los apartamentos estaban vacíos. En una ocasión, dijo, había visto que el misterioso inquilino recibía a hombres que llevaban máscaras de carnaval y tricornos. Los desconocidos traían numerosas cajas de madera, que Lucrezia tomó por el equipaje de ese tal M. Sino. Debía de ser un personaje conocido en Florencia, y prefirió no hacer preguntas. Esos hombres, según ella, permanecieron allí un día entero, antes de desaparecer. Se preguntó, ciertamente, quiénes podían ser esos extraños lacayos; pero el hombre pagaba con generosidad y además a toca teja, lo que bastó para frenar su curiosidad. Luego el arrendatario volvió solo muy de vez en cuando, acompañado en cada ocasión por personajes igualmente enigmáticos. Su descripción, que correspondía a físicos de lo más corriente, proporcionó a los agentes del gobierno informaciones muy escasas.

Lonati sabía que en aquel momento no había nadie en el interior de los apartamentos. De todos modos llamó para asegurarse, antes de introducir su llave maestra en la cerradura.

Pietro y los dos agentes entraron en una estancia de un lujo impersonal que se extendía a cuatro habitaciones de dimensiones iguales. Su atención se concentró muy pronto en la segunda. Landretto, que ya estaba harto de esperar plantado como un palo en todos los lugares a los que iba su amo, fue a reunirse con Viravolta cuando este iniciaba sus investigaciones; pronto se les unió el resto de la cuadrilla. No hubo

una pulgada de esos apartamentos que no fuera objeto de un registro metódico.

«Vamos. Ya empiezo a estar harto de dar palos de ciego».

La habitación que había llamado la atención a Pietro estaba confortablemente amueblada. Tres sillones estaban dispuestos sobre una sedosa alfombra oriental, y una de las paredes estaba ocupada por una pequeña biblioteca donde figuraban algunas obras sin interés, aunque no por ello dejaron de mirar página a página, antes de sacudirlas en todos los sentidos. En la pared opuesta había un mapa detallado de Venecia fijado a la pared; Lonati afirmó que el mapa no se encontraba allí antes. La encargada no había hecho la habitación desde hacía varias semanas por petición expresa del inquilino; menos trabajo para sus empleadas de la limpieza. Una vez más, Lucrezia cerró los ojos ante el abundante peculio que habían vertido en sus manos. Una película de polvo cubría el suelo y los muebles. En la habitación contigua se encontraban depositadas las cajas traídas por los «lacayos» desconocidos, que ahora estaban vacías. Pero, cerca de las grandes ventanas que daban a la calle, y más allá a las Procuratie y a la plaza de San Marcos, al lado Aredros —de las fuerzas del Mal—. Cada uno de ellos disponía de una terraza parecida, donde se hallaron otros telescopios. Se comprobó que, según el lugar donde se encontrara, el observador podía penetrar en el interior de las casas de los más importantes patricios de la laguna, en la intimidad de los *casini*, en los jardines del Broglio, ¡y hasta en los apartamentos del dux! Minos había extendido por todas partes una red asombrosa, una malla apretada y de una extrema complejidad, a través de la cual ciertas lentes astutamente dispuestas sobre un tejado o una chimenea, dando al frontón de una villa o rebotando en el espejo inesperado de un estanque abandonado, servían al observador de punto de paso para reflejar las alcobas más inaccesibles. La inteligencia de esta disposición era tal que este gigantesco panóptico transformaba toda la ciudad en un campo de juego y de reflejos ópticos que solo unos cálculos que superaban la imaginación y unos conocimientos fuera de lo común habían podido poner a punto. «Panóptica», pensó Pietro, recordando los planos que había entrevisto en el escritorio de Ottavio. Los insensatos dibujos que debían de haber servido de bosquejo para esta instalación desfilaron de nuevo ante sus ojos; hojas garrapateadas con rosas de los vientos, cifras y ecuaciones entrecruzadas, flechas asesinas. ¡Un Ojo, un Ojo omnipresente espía Venecia! Se requisaron los apartamentos, se interrogó a fondo a sus propietarios, y los agentes de la Quarantia se dispersaron por todos los *sestieri*, por todas las parroquias. Venecia hervía de murmullos, los venecianos empezaban a cuchichear por todas partes. Las noticias más sombrías, mezcla de fantasía y realidad, circulaban por las Mercerie, se extendían como regueros de pólvora bajo las arcadas de las Procuratie y del Rialto hasta las inmediaciones de la Tierra Firme; una sombra desconocida, inmensa, se había extendido sobre la ciudad de los dux.

Nadie estaba a resguardo, nadie se sentía ya protegido en su casa.

Pronto la placidez veneciana se convertiría en un recuerdo.

Entonces, hasta en lo más profundo de sus lechos, tanto los nobles como las gentes sencillas se pondrían a temblar.

—Qué vigilancia más perfecta, ¿no te parece, Landretto? Una vigilancia cuyo objeto desconoce que es observado. Sin duda Ottavio no ha podido imaginar solo todo esto.

Landretto se volvió hacia su amo.

—¿Y duda aún de que el Diablo en persona está en Venecia?

CANTO XIV

Los iracundos

La sala del Gran Consejo era la más amplia del *palazzo ducale*; cerca de dos mil personas se sentaban en los bancos del *Maggior Consiglio*, ocupando un espacio de más de cincuenta metros de largo. El dux se hallaba en su lugar junto a los miembros del Consejo restringido, los Diez y el jefe de la Quarantia Criminale, secundado por Antonio Brozzi. Detrás de ellos se extendía el famoso *Paraíso* de Tintoretto, pintado en 1590: uno de los óleos sobre tela más grandes del mundo, desbordante de personajes y alusiones simbólicas. Palma el Joven y Bassano habían realizado los frescos del techo y, en el óvalo que constituía su corazón, Veronés había pintado *La apoteosis de Venecia*. Pietro contemplaba esa obra, pensando, no muy divertido, en la sombría ironía de este título en un momento tan difícil como el de aquel día. Al llegar a la plaza de San Marcos, una hora antes, se había cruzado con una multitud de curiosos que formaban cola ante la basílica, y había distinguido la silueta del maestro Eugène-André Dampierre, el pintor francés, que se pavoneaba bajo los paneles abigarrados que anunciaban la exposición de sus obras. Las pinturas habían tenido que ser instaladas en el nártex, tal como estaba previsto. El dux debería hacer, una vez más, como si nada hubiera ocurrido cuando se encontrara con el embajador de Francia para la inauguración oficial, que tendría lugar en el curso de la jornada, con la bendición de los clérigos de San Marcos. Pero, por el momento, el ambiente no estaba para festejos. Habitualmente el Consejo se reunía todos los domingos y días festivos. Las sesiones acababan a las cinco de la tarde cuando el propio Loredan concluía sus audiencias y cerraban las magistraturas. Si la discusión no había acabado, se aplazaba para otro día. Pero en caso de problemas graves o de revisión de las instituciones —la *conexione*, como la llamaban—, el Gran Consejo podía celebrar sesión cotidianamente. De hecho, la sesión de esa mañana de martes tenía este carácter excepcional. Toda la nobleza de Venecia estaba allí, tiesa y envarada, tocada con largas pelucas, con chaqueta negra o roja. Ante estos centenares de venecianos empolvados, Emilio Vindicati rendía cuenta de las amenazas que planeaban sobre la laguna y de los elementos de que disponía el Consejo de los Diez. Un ejercicio difícil, ya que «debido a las necesidades de la investigación», como tan bien decía, algunas de estas informaciones debían ser... mantenidas en secreto. Esto había dado ocasión, de nuevo, a una virulenta discusión con Pietro. «¡Atacar frontalmente a Ottavio en plena sesión del Consejo está totalmente fuera de lugar, Pietro! Bastará con que pronuncies su nombre para que, sabiendo quién eres, te hagan pedazos desde lo alto de sus bancos. Destruirás tú mismo todos tus esfuerzos».

Pero entonces ¿qué?, protestó Pietro. ¿Era intocable, Ottavio? ¿Acaso no bastaba el descubrimiento del panóptico, ese invento digno de un Leonardo da Vinci?

«Sí, estoy de acuerdo contigo —respondió Emilio—. Por fin tenemos algo serio. Pero tenemos que actuar con más delicadeza. Ottavio no ha podido elaborar solo un invento como ese, y Lonati no ha identificado a nadie por su nombre. Hablaré de esto con el dux y trataré de enviar a nuestros inquisidores a casa de Ottavio. Te recuerdo que nos sigue faltando lo esencial, Pietro: ¡una prueba! ¡Sin el documento que dices haber visto, no puedo hacer nada! Y no olvides que tenemos una ventaja: aunque Ottavio pueda intuir el peligro, sin duda no sabe que está a punto de caer. De modo que, por favor, ¡no lo estropees todo por un arrebato!».

Desde luego, Pietro podía comprender este lenguaje. Se maldecía por no haberse apoderado de los planos del panóptico cuando los tuvo ante sus ojos; y al mismo tiempo, recordaba el motivo de su decisión y no tenía nada que reprocharse. Podría haber puesto en peligro a Anna. Un peligro que era más real que nunca. Pietro estaba preocupado. Era imprescindible que alejara a Anna de Ottavio y la pusiera a salvo. Los Estriges no bromeaban; la Orquídea Negra tenía suficientes pruebas de ello. Y si a Anna le ocurría algo, Pietro nunca se lo perdonaría. Debía presionar a Vindicati para obtener la garantía de que la llevaría a un lugar seguro. O bien actuaría por sí mismo. Sin preguntarle su opinión.

Cualesquiera que fueran los riesgos.

Mientras tanto, en el palacio, en ese inicio del mes de mayo, los asistentes al Consejo creían estar soñando. Los nobles palidecían, algunos lanzaban exclamaciones, otros sacudían la cabeza en silencio. Entre las personas presentes en la sala se encontraba también Giovanni Campioni, que se había sentado junto a algunos de los más prestigiosos miembros del Senado, con los que se había ampliado el Gran Consejo. Además, el propio Ottavio estaba allí, lo que hacía la situación aún más compleja. Ya estaba prevista, por otra parte, una reunión del Senado en esa misma jornada; los programas y las agendas se habían trastocado por completo. El Colegio, que se reunía al completo todas las mañanas, había enviado *comandadori* para convocar a los senadores al despuntar el día. Estos estaban acostumbrados a las reuniones intempestivas, incluso de noche; pero el carácter inhabitual del procedimiento no había dejado de sorprenderles. Detrás de las puertas cerradas del Maggior Consiglio, una nube de abogados del palacio, revestidos con el *ormesino* de tela preciosa, con un cinturón de terciopelo negro adornado con plaquitas de plata y pieles suntuosas que guarnecían las mangas y los bordes, se agitaban, cuchicheaban, trabajaban, caminaban arriba y abajo, entre un murmullo de inquietud. Allí se encontraba reunido todo el abanico de emblemas institucionales de Venecia; allí residía todo el poder de la Serenísima.

A uno y otro lado de la sala, los retratos de los antiguos dux se alineaban sobre las paredes. La sucesión quedaba interrumpida por un velo negro en el lugar donde debía encontrarse la imagen de Baiamonte Tiepolo, heredero de los dux populares, que quiso reabrir por la fuerza el juego democrático en el momento en que se reforzaba el cierre de los Consejos. El recuerdo de Faliero, y el de Gian Battista Bragadin, jefe de

los Quarante, acusado injustamente de revelar secretos de Estado a España y condenado a muerte, parecían planear aún sobre el lugar. Campioni, cada vez más pálido y sudoroso, estaba en este sentido perfectamente colocado, a unos metros del oscuro velo de Tiepolo. El senador se llevaba regularmente un pañuelo a la frente. Ni él ni el dux ni nadie estaban ya en condiciones de impedir que el peligro de la conspiración se hiciera público. Aquello, que hubiera podido constituir en cierto modo una oportunidad se convertía en realidad en el pretexto para un enfrentamiento larvado en el seno de las instituciones, que tenía todas las posibilidades de empeorar aún más. La resolución de revelar a los principales dignatarios de la República los diferentes episodios que se habían producido desde el asesinato de Marcello Torretone estaba tomada.

El pueblo de Venecia había percibido, al parecer, que una amenaza real planeaba sobre la ciudad; pero la proximidad de las fiestas y la tranquilizadora confianza en el poder atenuaban estas inquietudes. Y aunque los más terribles comentarios —y a veces también los más delirantes— hubieran empezado a extenderse de *sestiere* en *sestiere*, el gobierno de la Serenísima trataba aún de apaciguar los ánimos y evitar que los detalles del asunto se divulgaran.

Pietro permanecía con la mirada clavada en Ottavio, que, por su parte, se frotaba su chata nariz, *con* las cejas fruncidas, y lanzaba a la Orquídea Negra miradas fulminantes. En adelante ya no podría fingir no conocer la liberación de su antiguo protegido. Sin duda ya le habían informado, pero el hecho de que se encontraran así, cara a cara, daba implícitamente la medida del enfrentamiento que se preparaba. Ottavio, con el gorro en la cabeza, se había pasado en torno al cuello un crucifijo que le daba un aire episcopal. De vez en cuando deslizaba un dedo bajo el cuello de su traje y sus mofletes temblaban como si fueran de gelatina. Los párpados del senador se entornaban con aire malvado. Se intuía que podía estallar en cualquier momento. Los dos hombres se lanzaban un desafío silencioso. Luego las miradas de ambos se deslizaron hacia un tercer hombre: Giovanni Campioni, que de pronto se inmiscuía en estos intercambios tácitos y desconfiados. Un triángulo perfecto. Pietro volvió a pensar en lo que había dicho Vindicad: «¿No lo comprendes? ¡Se devuelven la pelota! ¡Nuestros dos senadores nos hacen ir por dónde quieren! ¡Nos encontramos ante dos duelistas de partidos distintos y nosotros en medio, debatiéndonos sin ningún resultado!». Y en el punto en que se encontraban, Pietro estaba dispuesto a considerar todas las hipótesis. ¿Y si los senadores Campioni y Ottavio estaban efectivamente conchabados y se «devolvían la pelota», como decía Emilio, para sembrar el desconcierto en el seno de la Criminale y la policía de los Diez? Aunque no era esta la opción a la que la Orquídea Negra concedía más crédito, tampoco podía dejarla de lado. Muchas cosas ocurrían, pues, tras esas miradas que se cruzaban; la sala del Gran Consejo no era solo, en ese instante, un centro de poder, sino un entrecruzamiento de ojeadas con las que todos se calibraban y donde empezaban a dibujarse, en los bancos de la asamblea, líneas fronterizas y fracturas invisibles.

Sin embargo, más allá de la animalidad de las pasiones agazapadas de un extremo a otro de esos bancos, cada una de las personas presentes era consciente de la solemnidad del momento. Y cada uno de los nobles del Gran Consejo rememoraba el juramento que había prestado, del que podía justificadamente temerse que sufriera, en aquel día, numerosas transgresiones. «Juro sobre los Evangelios que me ajustaré en todo a las exigencias del honor y la riqueza de Venecia... El día del Gran Consejo no podré permanecer en la escalera, ni en las entradas de la sala, ni en el patio del palacio, ni en ningún otro lugar de la ciudad requiriendo votos para mí o para otros. Y no podré hacer llegar partes ni notas, y no podré solicitar o hacer solicitar, con palabras, actos o signos, y si soy solicitado, lo denunciaré. De todas las proposiciones que se presenten elegiré la que me parezca razonable, con toda sinceridad. No hablaré, no pronunciaré palabras injuriosas, no cometeré actos o haré gestos groseros y no me levantaré de mi puesto con palabras o actos injuriosos o amenazas contra nadie... Si oigo a alguien blasfemar contra Dios o la Santísima Virgen, le denunciaré al Señor de la Noche».

Por eso, los dos mil hombres que, en ese día, contaban más que nunca en la vida política de Venecia, ya considerablemente escaldados, no se perderían ni una coma de los debates.

Vindicad empezó exponiendo las circunstancias del asesinato de Marcello, y mencionó el broche de Luciana Saliestri. A partir de ese momento se levantó en la sala un inimaginable clamor de indignación. En todo aquello no dejaba de existir cierta hipocresía. La mayoría estaban al corriente de las aventuras de Campioni con la cortesana; este tipo de libertinaje era de notoriedad pública. Sin embargo, el senador parecía asustado al ver la reacción que había suscitado su ardiente pasión tanto entre sus enemigos como entre sus amigos, o entre aquellos que pretendían serlo. Giovanni Campioni pareció recogerse en sí mismo —¿como una fiera preparándose para saltar, o como un príncipe que trata de hacerse olvidar?— cuando la mitad del Consejo empezó a abuchearlo, mientras la otra mitad le defendía con uñas y dientes. En el espacio de unos segundos se escuchó lo peor y lo mejor; los sudores del senador aumentaron, y por un momento creyó que iba a marearse. Aprovechando una intervención de Loredan, Emilio volvió a tomar la palabra y expuso sucesivamente los detalles relativos a los asesinatos de Cosimo Caffelli, Federico Spadetti y la bella Luciana; se convocó sucesivamente a Antonio Brozzi y al jefe de la Quarantia Crimínale; después, un arquitecto de las magistraturas hizo circular bajo los ojos de los estupefactos nobles la reconstrucción de los planos utilizados por Minos para crear la amplia red de su panóptico. Los miembros del Consejo no podían creer lo que veían. El nerviosismo llegó al límite cuando se detallaron los resultados de la investigación llevada a cabo en el Arsenal y tuvo que hacerse constar la desaparición de las fragatas y de las dos galeras perdidas en algún lugar del Adriático.

«Realmente existen motivos para atragantarse», pensó Pietro.

Era evidente que bajo sus ojos se estaba desarrollando una crisis política de

primer orden. Aunque todavía era a medias secreta, Pietro nunca había asistido a semejante confusión en una ciudad famosa por su sentido del equilibrio y de la tranquilidad y por su amable confianza en sí misma. Mientras las discusiones empezaban a convertirse en una inaudita cacofonía, Pietro, con los ojos mirando hacia el techo, trataba también de ver más claro. En ese día, ¿cuántos de los nobles presentes habían participado en la ceremonia esotérica de la villa Mora? ¿Cuántos debían de formar parte de los Pájaros de Fuego?

Sus dedos apretaban una hoja de vitela.

Primer Círculo: Marcello Torretone: paganismo. Segundo Círculo: Cosimo Caffelli: lujuria. Tercer Círculo: Federico Spadetti: glotonería. Cuarto Círculo: Luciana Saliestri: PRODIGALIDAD Y CODICIA.

Marcello Torretone, que renegó de su bautismo y buscó a Dios sin encontrarlo nunca, crucificado. Cosimo Caffelli, lujurioso, entregado al huracán infernal en la cúspide de San Giorgio. Federico Spadetti, demasiado atraído por sus ducados, inconsciente promotor del panóptico de la Sombra, reducido a un lodo informe. Luciana Saliestri, libertina que dilapidaba la fortuna amasada por los cincuenta años de avaricia de su difunto marido, lanzada con la roca de sus pecados al fondo de los canales de Venecia. Dante y *Las fuerzas del Mal* presidiendo la erudita, delirante orquestación de esas puestas en escena realizadas como otras tantas obras de arte, con una preocupación estética que lindaba con la más terrible de las locuras. Un buen trabajo, en verdad. Particularmente horripilante. Pietro no había tardado en cobrar conciencia de la inminencia del castigo de los Círculos siguientes. El Quinto Círculo sería el de los iracundos, a los que su ciego e impulsivo furor hacía olvidar toda moral. Los espías se ocultaban en todos los rincones de la Serenísima. Pietro volvió a alzar los ojos y abandonó momentáneamente la pluma, así como la hoja en la que había empezado a anotar su triste cuadro de equivalencias. Emilio, en medio del griterío, bajaba los brazos.

—Propongo que se conceda la palabra a Pietro Viravolta de Lansalt —dijo Emilio—. Muchos aquí saben ya quién es, y es inútil que ocultemos su identidad por más tiempo. Este hombre es aquel al que llaman la Orquídea Negra. Planteadle las cuestiones que deseéis.

Emilio se retiró y volvió al puesto que le estaba reservado, invitando a Pietro a situarse a su vez entre la tribuna donde se sentaba el dux y la asamblea nobiliaria. Pero el anuncio del seudónimo de Pietro, lejos de calmar los ánimos, desencadenó más furor en la asamblea. Algunos se levantaron y protestaron con vehemencia. Ottavio aprovechó inmediatamente la ocasión para elevar también la voz, procurando al mismo tiempo mantener su dignidad. ¡Viravolta de Lansalt! ¿Qué hacía aquí ese hombre, vergüenza de la República? ¿Cómo un prisionero de los Plomos podía estar ligado al destino de la Serenísima? ¡Ese crápula, ese criminal! Otros, intrigados e

inquietos, conminaron a sus colegas a sentarse de nuevo. Las informaciones que acababan de conocer parecían haber colocado de pronto a todos los miembros de la asamblea ante una turbia verdad, que recibían como una bofetada; tal como había temido, el propio Francesco Loredan había quedado en entredicho de un modo más o menos explícito. ¿Asesinatos en Venecia, la amenaza de una conspiración identificada por los Diez, y el Gran Consejo era mantenido al margen de los asuntos de la Sombra? Una cincuentena de nobles decidieron incluso abandonar la sala, y se necesitó todo el peso de una llamada al orden establecido para disuadirlos provisionalmente. Algunas voces solicitaron que se suspendiera la sesión; otras se elevaron para exigir, al contrario, la prosecución de los debates mientras no se hiciera la luz sobre la situación presente. Pietro, por su parte, se había levantado, con la cabeza alta, para pasar entre las filas de bancos; al llegar ante la tribuna, dio unos pasos más, y luego juntó las manos y esperó. Poco a poco el escándalo se apaciguó. Francesco Loredan, superado por los acontecimientos, consiguió, con todo, recuperar su aplomo.

Viravolta estaba solo ante la asamblea.

El dux se volvió hacia él.

—Pietro Viravolta, infórmenos de sus reflexiones con respecto al peligro que corremos en la actualidad. Después de todo, usted es quien se ha encargado de la investigación...

Un nuevo clamor de indignación. ¡Se habían atrevido a confiar una misión como esa a un ateo amoral, más peligroso aún que el Mal que supuestamente debía combatir! Afortunadamente el dux recibió el apoyo de los Diez y del Minor Consiglio, que, sin llegar a celebrar la realización de la investigación por parte de la Orquídea Negra, subrayaron al menos su utilidad. Ante esta sala a punto de explotar, Pietro, entornando los ojos, esperaba de nuevo que pasara la tormenta. Pero la forma en que el dux le había devuelto la pelota no le había pasado inadvertida; señalarlo como el responsable de la investigación suponía situarle ante el peligro de que, al menor paso en falso, le endosaran la incuria general de las autoridades venecianas y le transformaran en un chivo expiatorio; una solución tanto más práctica para todo el mundo si se consideraba que él era ya la oveja extraviada de la Serenísima. Tal vez ese cálculo hubiera intervenido también en la elección inicial de su reclutamiento... En el momento en que ese pensamiento cruzaba por su mente, Pietro no pudo evitar dirigir una mirada a Emilio Vindicati. En la Sala del Consejo la tensión decreció un poco, siguiendo ese curso de ascenso y reflujos que la agitaba en oleadas sucesivas.

Pietro esperó a que se hiciera el silencio. Juntó las manos a la espalda, mientras miraba hacia el enlosado.

Se aclaró la garganta.

—Comprendo, alteza serenísima, su excelencia, maese, que todo esto altere y

convulsione tanto su imaginación como sus principios. Posiblemente consideren que la inspiración de los Diez al utilizar a alguien como yo para que condujera sus investigaciones constituyó una locura; que todos los nobles de Venecia hubieran debido ser informados desde el inicio de la investigación, aun a costa de atemorizar a la población y sobre todo de alertar a un enemigo que, debo recordarlo, aún desconocemos. Pero me parece que, en el punto en que nos encontramos, la cuestión no es ya saber qué hubiera debido hacerse o no. Ahora solo debe guiarnos en nuestra reflexión la amenaza inmediata y tangible a que tenemos que hacer frente.

Volvió a levantar los ojos e irguió el busto.

—La prioridad, aquí, es la protección de la persona misma del dux, así como la de nuestras instituciones. Su serenísima, lo que he visto y oído en Mestre no deja lugar a dudas sobre los proyectos de atentado contra vos. Pienso, desde hace algún tiempo, que los asesinatos a que hemos asistido no solo representan el árbol que oculta el bosque, sino que constituyen además un señuelo, una diversión, una digresión cuyo objetivo es confundirnos. Solo hay una cosa que temer: me refiero a las fiestas de la Ascensión.

Agitación en los bancos.

—Considero que debemos anular todos los actos oficiales.

El final de la frase de Pietro fue inmediatamente respondido por resonantes clamores de protesta.

—¡Las fiestas de la Ascensión! ¡Los Esponsales del Mar! ¡En el punto culminante del Carnaval! ¡Es inimaginable, cuando miles de personas se están preparando para ello!

—¡La Ascensión, Viravolta, es el escaparate de la República! ¡Todo el pueblo estará en la calle, y acudirán representantes de toda la nobleza de Europa! ¿Hace falta que le recuerde que el nuevo embajador de Francia tomará parte en las ceremonias y que no entenderá nada de todo esto?

—¡Lo último que hay que hacer es ceder! ¡Venecia no debe capitular ante nada ni ante nadie!

Pietro dio unos pasos, girándose alternativamente a la derecha y a la izquierda.

—Ahí está justamente el problema: todos los presentes se encontrarán entonces al descubierto, y el dux en primer lugar. ¿Qué haremos frente a una acción decidida si, por desgracia, nuestros enemigos se manifiestan en un momento en que miles de personas irán disfrazadas y serán totalmente anónimas? ¿Qué seguridad podrán garantizar a los ciudadanos de Venecia en medio del tumulto y el escándalo generales? ¡Vamos! ¡Han acechado nuestros menores hechos y gestos, ya hemos sido vigilados, espiados, traicionados! Hay que poner en alerta al Arsenal, cerrar las entradas de la laguna por tierra y por mar, dar caza a la *Santa María* y a la *Joya de Corfú*. No nos tapemos los ojos, algo se prepara, algo de tal envergadura que se impone la adopción de medidas extremas. Maese, recordemos una cosa: ¡Minos tal vez esté entre nosotros, y algunos conspiran en la sombra, aquí mismo, en estos

bancos!

Aquello ya era demasiado. El senador Ottavio se levantó bruscamente de su banco. Su vientre se aplastó contra el borde de madera, y tomando la palabra, replicó con acerba ironía:

—¿Y quién es usted, Viravolta, para darnos lecciones? Esta broma odiosa ya ha durado demasiado. Ha llegado el momento de que tomemos las riendas y asumamos nuestra labor. En cuanto a este... este hombre, solo merece volver al lugar de donde salió. Ya ha jugado bastante con la República y con nuestra lamentable credulidad, Viravolta. Vuelva al lugar de donde viene: ¡a los Plomos!

—¡A los Plomos! ¡A los Plomos! —corearon cuatrocientos miembros del Consejo.

El clamor aumentaba, los gritos se multiplicaban.

Pietro permaneció inmóvil.

Andreas Vicario estaba allí también. Con las manos juntas ante los labios, los ojos vivos, entornados como los de un zorro acechando a su presa, y un rostro que no revelaba la menor emoción, asistía en silencio al espectáculo.

—¡Veamos, veamos por un instante qué está ocurriendo aquí! ¡Elevémonos un poco y consideremos hacia dónde pretenden arrastrarnos! —prosiguió Ottavio, girándose a derecha e izquierda con sus ropajes negro y armiño, tomando a los nobles por testigos mejor de lo que lo hubiera hecho cualquier procurador—. ¡Vamos! ¿Será un prisionero de los Plomos quien dicte la conducta del gobierno? ¿Estoy oyendo bien?

Pietro apretó los dientes. También él se sintió ahora invadido por la tensión.

«¡Atacar frontalmente a Ottavio en plena sesión del Consejo está totalmente fuera de lugar, Pietro! Bastará con que pronuncies su nombre para que, sabiendo quién eres, te hagan pedazos desde lo alto de sus bancos. Destruirás tú mismo todos tus esfuerzos».

—¡Acabemos con esta broma, y que la Orquídea Negra desaparezca! —exclamó Ottavio.

Los labios de Pietro temblaron. Miró a Vindicati, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dar rienda suelta a su furor.

Entonces Francesco Loredan se levantó a su vez. Las miradas convergieron en la *bacheta*, el cetro que sostenía. El dux levantó una mano.

—Creo...

Su voz quedó cubierta por las exclamaciones de unos y otros. Poco a poco las voces callaron.

—Creo que, en efecto, queda descartada por completo la posibilidad de anular de un plumazo las fiestas de la Ascensión. En cuanto a poner al Arsenal y al ejército en alerta, ni que decir tiene que así se hará. Reforzaremos los controles en todos los puntos de la ciudad y corresponderá a los Diez y a la Criminale asegurar la protección de los venecianos, incluida la de mi persona y la de nuestros visitantes extranjeros. La

tarea es inmensa, pero no tenemos elección. Mientras tanto, Pietro Viravolta...

Hizo una pausa, pareció vacilar un instante, y luego dijo en tono más bajo:

—Creo que ha llegado el momento de que sea apartado de este asunto. Le dejo provisionalmente en manos de Emilio Vindicati. Decidiremos sobre su caso más tarde.

Pietro levantó una ceja y se mordió los labios, conmocionado.

Dirigió una mirada a Emilio.

—Las fiestas de la Ascensión se celebrarán —concluyó Francesco Loredan.

Pietro estaba solo de nuevo.

Había regresado, escoltado, a los apartamentos de la casa Contarini. Allí permanecía vigilado, a la espera de una decisión oficial que, con toda probabilidad, le conduciría de nuevo a los calabozos de Venecia. Con voz tensa y llena de amargura, había informado a Landretto de los últimos acontecimientos y le había ordenado que fuera a ver inmediatamente a Emilio Vindicati, que se había visto forzado a darle de lado tras la sesión del Consejo. Él mismo se encontraba en una situación sumamente delicada. Pero Pietro no podía resignarse a dejar las cosas así. Aún estaba a tiempo de aprovechar ese aplazamiento para huir. «¡Huir, huir!» Apretó el puño. De modo que todo esto no había servido para nada. La Quimera había ganado. Su plan, sabiamente trazado, había bastado para condenarle por segunda vez. Siempre había temido esta posibilidad, y ahora, por primera vez, la perspectiva de volver a su celda le parecía tan real que se sentía profundamente afectado. No, imposible, no había ni que pensarlo. No podría volver a renunciar a su libertad. Pero ¿y entonces? ¿Iba a ponerse al mismo tiempo en pie de guerra contra los Pájaros de Fuego y contra la República? Para él ya no había solución. Se sentía acorralado, perdido. La manipulación había funcionado hasta el final, como una mecánica fatal en la que él había sido solo un engranaje, un juguete más. Aislado, en adelante no podría contar siquiera con sus escasos apoyos. La partida estaría perdida si no reaccionaba vigorosamente. Reaccionar, pero ¿cómo? Volvía a verse tal como era en su interior, tal como había sido siempre: sometido al juicio de la nobleza, devuelto a la villanía de su nacimiento, condenado a todas las sospechas. Todo eso para nada. Una vuelta al punto de partida. Una vuelta definitiva, sin duda. Sus esperanzas se fundían como la nieve al sol. «Al menor signo, los leones de Venecia se precipitarán contra usted para despedazarle. Y lejos de frenar ese movimiento, yo lo apoyaré entonces con toda la fuerza de mi autoridad». Pues bien, el dux no había mentado. Aunque Pietro, por su parte, no había fallado. ¿Hubiera podido ir más rápido? ¿Asumir más riesgos? ¿De qué era culpable esta vez? Bajo la presión del Consejo, Loredan había tenido que sacrificarle una vez más públicamente, había tenido que servirse de él como contrapartida necesaria para recuperar la calma. Pensándolo bien, había sido un ingenuo al imaginar que las cosas podían acabar de otro modo. ¿Ingenuo? Pero

¿había tenido siquiera la posibilidad de actuar de otro modo? ¡No! Esa era la verdad, la triste verdad. Pietro podía comprender la evidente presión a la que estaba sometido el dux; en estas circunstancias, la más elemental de las políticas era no cargar con hombres como él. En cuanto al reconocimiento... ¿Había esperado Pietro el menor reconocimiento de parte de Venecia? ¿Realmente había acariciado semejante ilusión?

Landretto volvió al cabo de tres horas.

Llevaba en la mano una nota firmada por Vindicati.

—Las cosas se complican, amigo —dijo Pietro—. Solo dispongo de una prórroga, de un día, tal vez dos; pero ya me veo en prisión. Y esto es imposible, Landretto. Arréglatelas para prepararnos unos caballos. En el peor de los casos, huiremos de esta ciudad aprovechando esta breve tregua.

Abrió la nota.

Pietro:

Como habrás imaginado, ya no me es posible ser visto contigo si no es en presencia de hombres armados. Aún no he recibido la orden formal de devolverte a prisión; a pesar de todo, el dux se siente muy incómodo con todo esto. En cualquier caso, yo no te abandono, amigo. Nuestros asuntos van por mal camino, pero yo sé lo que has hecho por nosotros. Encontrémonos en la basílica de San Marcos a partir de medianoche, yo me ocupo de todo. No intentes huir, es lo último que deberías hacer. Trataré de hablar en tu favor en cuanto los ánimos se hayan calmado un poco. De momento hay que conseguir que te olviden; el momento no es el más oportuno. Pondremos a punto nuestra estrategia a partir de esta noche, en particular con respecto a Ottavio. Aún nos quedan esperanzas. He vuelto a ver al senador Campioni. Sabes que aún desconfío de él, pero dice que está reagrupando a los suyos lo mejor que puede y afirma que actuará en tu defensa cuando llegue el momento. No perdamos el ánimo. Y tengo que decirte una cosa: he obtenido, gracias a Campioni, nuevas informaciones.

E. V.

La Orquídea Negra levantó la vista y frunció las cejas.

Abrió la puerta; tres hombres armados se encontraban junto a ella, y había otros cuatro al pie de la casa. Se volvió de nuevo hacia su criado.

—Escúchame, Landretto. Tengo que salir esta noche. Debo encontrarme con Vindicati, quizá por última vez. Tengo que convencerle a toda costa de que ponga a resguardo a Anna Santamaría. Esta es ahora mi única prioridad. Si las cosas no funcionaran como deseo, yo mismo iré a buscarla y nos iremos de aquí. Busca también un caballo para ella, por si acaso, y mantente preparado. Landretto, amigo mío, cuento contigo para que entretengas a los soldaditos que tenemos a la puerta. Pasaré por la ventana y los tejados, y estaré de vuelta antes del alba...

Suspiró:

—En fin, eso espero.

CANTO XV

Estigia

El problema del Mal, de Andreas Vicario, miembro del Gran Consejo

«La inspiración del Mal», capítulo XVII

Sería un error pensar que el Mal es el fruto perpetuo de una intención malvada; el más grande apela a menudo a la más noble causa. Su nombre es Utopía, procede de la más pura de las inspiraciones y su recorrido está sembrado de cadáveres. El Mal no podría desaparecer sino con la raza humana: él es la expresión desnaturalizada del Sueño que cada uno lleva en sí y de los medios de alcanzar ese sueño. Esto me lleva a plantearme la siguiente cuestión, vertiginosa como pocas: si el Mal, como pretendo, es la celda del hombre y de sus sueños rotos, y al mismo tiempo su fuente supera al hombre mismo, es posible que su encarnación última en Lucifer sea también el producto de un sueño. El sueño de Dios. El sueño maldito, la pesadilla del Todopoderoso, cuya Creación renegó de la immaculada perfección, en el momento mismo en que surgió de la Nada, para perderse por siempre jamás en el río caótico de la historia.

La maniobra de despiste preparada por Landretto, que simuló estar borracho y provocó un escándalo, bastó para distraer la atención de los guardias mientras su señor se deslizaba sobre los tejados. Pietro había acabado por acostumbrarse a este tipo de acrobacias, y en medio de aquella situación de desconcierto, la vigilancia de una soldadesca que se encontraba superada por los acontecimientos jugó a su favor. Llegó como habían convenido, en mitad de la noche, a la basílica de San Marcos. En este lugar se habían conservado las reliquias momificadas del evangelista sirio, traídas de Alejandría por los famosos comerciantes que, para conservar el cuerpo, lo habían sumergido en pedazos de grasa de cerdo salada. Desde entonces, los restos de san Marcos se habían convertido en un elemento indisoluble de la historia y el destino de la laguna.

La basílica había sido reconstruida en el siglo XI. Edificada con la forma de una cruz griega, según los planos que estaban también en uso en Constantinopla, la iglesia estaba provista de cinco portales adornados con mosaicos de estilo oriental, coronados por cúpulas recubiertas de láminas de plomo. Las influencias bizantina, islámica, gótica y renacentista se aliaban en ella con esa armonía y esa elegancia ligera tan características de la arquitectura veneciana. Desde el piso superior, el dux asistía cada año a las ceremonias que se celebraban en la plaza, bajo los célebres

caballos de bronce robados en Constantinopla durante la cuarta cruzada. La balaustrada ofrecía a las miradas cuatro escenas que, mientras se acercaba a las puertas de entrada, despertaron en el espíritu de Pietro un eco muy especial: un nuevo *Descendimiento de la cruz*, un *Descenso al limbo*, así como otras dos representaciones que evocaban la *Resurrección* y la *Ascensión*.

Al leer la nota de Emilio, Viravolta se había sentido más que intrigado; de hecho, su preocupación no había dejado de aumentar desde entonces. «Tengo que decirte una cosa: he obtenido, gracias a Campioni, nuevas informaciones». Naturalmente para Pietro se trataba de decidir su propia suerte y al mismo tiempo la de Anna; pero que el jefe de los Diez le convocara así, en el secreto de la basílica, a una hora tan tardía y despreciando los usos habituales, solo podía ser un signo de extrema gravedad. ¿Qué informaciones poseía Emilio? ¿Habría identificado a Minos, o al Diablo? ¿Sabría algo más sobre el papel exacto de Ottavio en todo aquello? En todos los frentes, Pietro solo podía esperar lo peor. Tenía la sensación de que tenía las horas contadas. Y no había ni que pensar en la posibilidad de volver otra vez a los Plomos.

A esas horas de la noche, la plaza estaba casi vacía. En teoría, la basílica hubiera debido estar cerrada. Sin embargo, Pietro solo tuvo que golpear tres veces a las puertas para que una de ellas se abriera, casi milagrosamente, ante él.

Entró; sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad.

Mármoles y mosaicos sobre un fondo de oro centelleaban extrañamente en la oscuridad. Los cuadros de Dampierre, el protegido del embajador de Francia, estaban instalados a uno y otro lado del nártex. Aparentemente la inauguración se había desarrollado sin contratiempos; centenares de visitantes debían de haber pasado desde la tarde para contemplar las obras del artista. Una oscura intuición invadió a Pietro en el momento mismo en que penetraba en ese gran vestíbulo. Con todos los sentidos alerta, se llevó las manos a los costados y permaneció inmóvil durante varios segundos. En el fondo de la basílica, detrás del altar, brillaba la *Pala d'Oro*, el retablo de oro con esmaltes insertados que representaba la vida de Jesús y sus apóstoles. El retablo estaba rodeado de piezas de orfebrería, cálices, pebeteros, cofrecillos con piedras preciosas engastadas. Los mosaicos componían una especie de impresionante Biblia ilustrada que cortaba el aliento; las piezas estaban como inundadas de oro, al que se mezclaba en ocasiones la plata, para crear esa especie de «vibración celeste» que les daba una profundidad y un esplendor únicos. Aunque el lugar estuviera sumergido casi por completo en la penumbra, Pietro distinguió también dos siluetas que inmediatamente le pusieron en guardia. De pronto comprendió el motivo de su alarma: un olor pesado, característico, que desde hacía algún tiempo se le había hecho familiar. Tuvo una clara intuición.

«Es una trampa. Evidentemente es una trampa». A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad del lugar, su instinto le condujo a volverse hacia las telas expuestas a uno y otro lado del nártex, justo en el momento en que los versos de Dante volvían a su memoria con una viveza y una agudeza insospechadas. Había

leído esos versos una y otra vez, con la esperanza de descubrir en ellos un indicio que le permitiera anticipar los próximos movimientos del Diablo.

*Una vez que a la playa gris e impía
este triste arroyuelo ha descendido,
en la laguna Estigia se vacía.
Yo que ojeaba con todo mi sentido,
vi gente encenagada en el pantano,
desnuda, con el rostro enfurecido.
No solo se golpeaba con la mano,
sino con la cabeza, el pie y el pecho,
y se rasgaba con morder no humano.
Y el buen guía dijo: «Contempla este desecho
de los esclavizados por la ira...».*

El Quinto Círculo: los iracundos, comedores de fango en medio del Río negro. El Río de sangre... Pietro se acercó a uno de los cuadros del pintor francés, tocando las banderolas de la exposición, que colgaban del techo. «Temas de inspiración religiosa —había dicho Emilio con respecto a las obras de Dampierre—, todo belleza...». Pietro acercó lentamente los dedos a una de las telas; se dio cuenta de que le temblaba la mano. Rápidamente obtuvo la confirmación de lo que había temido y retrocedió unos pasos.

Su pulgar y su índice estaban impregnados de una sustancia roja y viscosa.
«Sangre».

Retrocedió aún más, volvió hacia el centro de la basílica para abarcar con una sola mirada esa espantosa perspectiva que acababa de dibujarse en su conciencia; porque todas las telas estaban manchada de sangre fresca, abigarrada, desfigurada por oscuros regueros acompañados a veces de grumos descompuestos, ¡pedazos de carne pegados a las propias pinturas! «La Estigia... ¡Telas de sangre!». Avanzó por en medio de ese río de sangre; desenfundó una pistola con una mano y con la otra sacó la espada de su vaina. Mientras se dirigía hacia el altar, las dos formas que había distinguido se hacían más precisas. Pronto comprendió la naturaleza de esa nueva «obra maestra» preparada por el Diablo.

Un hombre, casi desnudo, estaba atado ante el altar. Prendidos a lo que quedaba de sus ropas —o tal vez a su carne, a juzgar por las manchas de sangre—, cuatro ganchos tensaban unas cuerdas que iban desde sus hombros y sus piernas hasta los extremos superior e inferior de los pilares que enmarcaban la nave. Ante el cuerpo así tironeado, desplomado sobre una vulgar silla de madera, con el mentón caído sobre el pecho, se había derramado un fango negruzco. El hombre parecía escupir ese mismo fango, como una triste fuente. Pietro se dio cuenta de que todavía estaba vivo. Vio unos ojos en blanco, una cabeza que giraba lentamente a derecha e izquierda,

implorando su ayuda antes de entregar el alma. Pero de pronto la respiración, ronca y entrecortada, calló definitivamente. Oyó un soplo, un largo soplo de agonía, como un susurro que se perdió en el silencio de la basílica. Y luego nada. Pietro reconoció entonces el rostro de esa víctima dispuesta de un modo tan atroz. Permaneció un momento petrificado, sus manos temblaron. No podía creer lo que veía.

—Emilio... —soltó en un suspiro.

Sí, era él: Emilio Vindicati, portaestandarte del Consejo de los Diez.

Pietro sintió que se le oprimía el corazón.

Entonces una voz estalló en el interior de San Marcos. Una voz que produjo en Pietro el efecto de un trueno; parecía venir de todas partes a la vez, de entre los pilares imponentes, en medio de las estatuas, de este derroche de mosaicos, rebotando a derecha e izquierda.

—Así debía perecer aquel a quien venció la ira, Viravolta. Sea bienvenido.

Pietro entornó los ojos. Detrás de la víctima, triste espantajo negro, se encontraba la Sombra encapuchada, el Diablo en persona, tal como lo había visto en su intrusión en la ceremonia secreta de la villa Mora. De pie, hierático, inmóvil en una postura de una solemnidad llena de énfasis y locura, parecía presidir ese nuevo espectáculo.

—Quería que pudiera contemplar este cuadro antes de lanzar el cuerpo de su amigo a la laguna. Emilio Vindicati acabará su carrera en otro río, se mezclará para siempre con el fango de donde surgió. Ha llegado el momento de que comprenda cómo acaban los que se me oponen.

—¡Emilio! —gritó Pietro con la garganta seca.

Entonces lo comprendió: no sabía cómo, pero Emilio había caído en la trampa antes que él; tal vez a través de una nota idéntica a la que Pietro había recibido en la casa Contarini. En cuanto a esta, la Quimera debía de haber obligado a Emilio a escribirla, antes de torturarlo, como había hecho con Marcello Torretone o con el padre Caffelli. Una oleada de furia le inundó; sin reflexionar, se lanzó de un salto hacia delante, con la espada en una mano y la pistola en la otra. Como un rayo cayó sobre su enemigo. Pietro atravesó al Diablo, mientras dejaba escapar un grito.

—¡Muere! ¡Muere, maldito!

Retiró la espada al oír un ruido sordo. Perplejo, vio cómo la capa negra caía al suelo. Un casco metálico rodó a sus pies, un bastón envuelto en heno se rompió.

«Un muñeco. ¡Un vulgar muñeco!».

De nuevo, la risa resonó en todas partes a su alrededor.

—Me decepciona, amigo mío. Esperaba más de la Orquídea Negra. Está muy por debajo de su reputación.

Pietro no tuvo tiempo de comprender el alcance de su error; el enemigo surgió de la sombra de un pilar, se escurrió en un abrir y cerrar de ojos hasta el altar y se lanzó sobre él. Pietro recibió un violento golpe en el cráneo. Durante un segundo permaneció de pie, tambaleándose, con la mirada perdida. Luego se sintió aspirado por un sifón negro y, de golpe, sus piernas cedieron. Se desplomó; su cuerpo rodó al

pie de los escalones del altar, la pistola y la espada se le escaparon de las manos.

La silueta encapuchada se inclinó sobre él.

—Ah, Viravolta... Ahora que está a mi merced, merecería que acabara con su vida. Pero ha tenido suerte.

La Sombra se arrodilló y le acarició el rostro.

—Aún forma parte del plan. Pietro, es usted el instrumento, el culpable supremo y el chivo expiatorio de la Justicia.

Lanzó de nuevo una carcajada pensando en el río, en el río borbotante de sangre en que se ahogaban los condenados.

Cuando Pietro despertó, una gran confusión reinaba en el interior de la basílica, ahora iluminada. Notó que dos soldados lo cogían por las axilas para incorporarlo a la fuerza. Recibió sucesivamente agua y luego una bofetada en plena cara. Como en una pesadilla, vio el rostro azorado de Landretto y, más lejos, el de Antonio Brozzi, que se movía ante las telas profanadas de Dampierre.

—¡Vamos! Llévalo a los Plomos, ¡y que no vuelva a abandonar su celda!

—Pero... Emilio...

Quiso echar un vistazo por encima del hombro, en dirección al altar. Distinguió vagamente los restos del espantapájaros de heno que había simulado la presencia de la Sombra; la silla donde había estado Emilio estaba vacía: solo quedaban los rastros de sangre y las cuerdas, ahora destensadas, que tapizaban el suelo. Pietro fue arrastrado vigorosamente hacia fuera a pesar de las protestas de Landretto. Una voz le aullaba al oído:

—¿Qué ha hecho con Emilio Vindicati? ¡Es culpable, culpable!

Luchando contra un nuevo desvanecimiento, Pietro se vio arrastrado sin miramientos al exterior de la basílica. Fuera, el alba rosa y anaranjada desgarraba el cielo de un nuevo día.

Encontraron los jirones de las ropas que habían pertenecido a Emilio Vindicati unas horas más tarde, en uno de los canales de Venecia. El dux, desconcertado y abrumado por este incomprensible golpe del destino, fue informado del asunto en el mismo momento en que encerraban de nuevo a Pietro en prisión y el guardián Lorenzo Basadonna, con aire socarrón, le recibía con untuosidad y le decía con el rostro deformado en un rictus sarcástico:

—Me alegro de volver a verte... florecilla.

Sexto Círculo

CANTO XVI

Dite

Los Plomos.

Una vez más.

Tal vez para siempre. O hasta una ejecución pública.

Y fuera, la inasible Quimera seguía actuando.

Pietro se sentía vencido. Por suerte, no le habían llevado a los Pozos, los *Pozzi*, en la planta baja del palacio, donde se encontraban las peores celdas. Allí, en esos calabozos sin luz, se pudrían los condenados más desafortunados. En medio de la mugre y el salitre, soportaban el *acqua alta* y el enrarecimiento del aire, teniendo por única escapatoria los recuerdos de su vida exterior y las invocaciones a los santos que grababan sobre los muros de la prisión, embadurnándolas con frescos en su infierno, como otros tantos paraísos artificiales. Pietro tampoco estaba amenazado por la tortura, por más que, apenas llegó, se cruzó con uno de sus congéneres a quien conducían al suplicio de la cuerda: arrodillado con las manos a la espalda, levantado mediante pesos, el hombre había debido de aullar por las luxaciones, esquinces y fracturas que causaba el espantoso mecanismo. No había vuelto a subir. Pietro, por su parte, estaba vivo, y aún ileso; pero algo se había roto en él. Durante mucho tiempo había aguantado, había contado con su sangre fría, su carácter animoso y la convicción de que su suerte acabaría por cambiar. Ahora todo eso había acabado. Ya no sabía nada de lo que ocurría en el exterior. Imposible adivinar qué hacía, qué pensaba el dux en estos momentos, ni el jefe de la Criminale, ni Brozzi, ni nadie. Basadonna le había dicho que Landretto había tratado de verle. La bella Ancilla Adeodato también se había enterado de la noticia, pero no había podido franquear las puertas del palacio. En cuanto a Anna Santamaría, Pietro se atormentaba pensando en ella; no tenía idea de qué podía estar sucediéndole. Todo había ido demasiado deprisa. Desde el instante en que empezó a sospechar de Ottavio, hubiera debido olvidarlo todo, raptar a Anna y huir. Pero las cosas no habían sido tan sencillas. Y ahora este silencio le resultaba intolerable.

Pietro caminaba por su celda como un león enjaulado, se golpeaba la cabeza contra los muros, hablaba solo, apretaba los puños, trataba de idear aún una salida, rompiéndose la cabeza para encontrar un medio de hacerse oír por toda una ciudad, cuando todos los nobles que la representaban ya no veían en él sino a un condenado culpable de alta traición y, sin duda, del asesinato de Vindicati. La locura llevada al paroxismo. Los cálculos del Diablo a punto de alcanzar su cumplimiento, entre la ignorancia, la brutalidad y la incompetencia generales. Pietro no se engañaba; ya se estaban propagando diversas versiones de los hechos. Dispuesto a todo con tal de salir de su enclaustramiento para burlarse del Consejo de los Diez, Viravolta habría

sido cómplice de la conspiración, tal vez uno de sus primeros instigadores. Empezaban a circular rumores terribles sobre su persona. Y ya no tendría ningún derecho a defenderse.

—¡No! ¡No!

Lo más grave era que ya no conseguía pensar. El rostro de Emilio seguía dando vueltas en su cabeza; veía a Marcello crucificado, a Caffelli en su capitel, a Spadetti ardiendo en su horno, a Luciana y Vindicati ahogados en los canales, el amasijo de sombras junto a la estatua yacente de la villa Mora. Una parte de él todavía trataba de captar el cuadro en su conjunto, y otra volvía a arrojarle al cenagal de la incompreensión. Se volvía loco. Se encontraba aislado, perdido como el niño que había sido en el *campo* San Samuele; sus defensas caían. A eso le lanzaban de nuevo. «¡Venecia, yo, que tanto te he querido, que te he amado como a todas las mujeres que he tomado en mis brazos y que formaban contigo una sola cosa, que eran tu reflejo, tu alma, tu cuerpo! Venecia, tú que me amparaste como una madre, ¿qué haces hoy? ¡Me devuelves a mi lugar! ¡Al lugar del renegado, del plebeyo, del miserable! ¿Por qué permanecerás para siempre como aquella que no supe conquistar? ¿Por qué no has dejado de ser para mí una amante tirana, que responde a mi adoración con el abandono?». Pietro desvariaba. Su ciudad, la ciudad de la que hubiera querido convertirse para siempre en emblema, renegaba de él como de uno de sus vulgares bastardos. Venecia ya no era Venecia, sino Dite, la Dite del *Infierno* con sus murallas austeras.

*«Hijo —explicó el maestro—, en este instante
a la ciudad de Dite damos vista
con su padrón de reos abundante»...
Llegamos hasta el foso que guarnece,
profundo, esta ciudad desconsolada:
de hierro la muralla me parece...
Sobre el portón más de un millar se advierte
de caídos del cielo, de ira yertos,
que gritaban: «¿Quién es el que sin muerte
camina por el reino de los muertos?».*

Venecia era las Tres Furias, Venecia era Medusa, la Gorgona que le petrificaba ahora en el fondo de su calabozo. Pietro trató de serenarse; fue en vano. Sentía demasiado las nuevas grietas que iban a dibujarse sobre la imagen que se había construido de su propia confianza; se resquebrajaba como esos retratos antiguos que en otro tiempo le habían inspirado una extraña, misteriosa admiración, retratos de emperadores petrificados en su mosaico. Una sola cosa aparecía clara en su conciencia y acababa de reducirle a la nada: ¡cómo se había alejado de sus sueños! ¡Cómo todo eso, llevándole a los umbrales de una demencia absoluta, lo había

arrastrado a un camino que no era, no podía ser el suyo! ¡La Orquídea Negra, agente de la República! Pero de pronto, en medio de sus insoportables angustias, cuando el mundo entero le parecía una trampa, Pietro veía resurgir sus recuerdos, fragmentos de memoria ligados a ese culto, a ese único culto que valía la pena: el placer, el disfrute del encuentro, el juego sutil de las seducciones, la plenitud del éxtasis. Una mujer, mujeres, esos ángeles perdidos, la única religión que había querido profesar, la religión del amor, del amor tal como era, hermoso, fluctuante o eterno, trágico e incierto, ¡su única verdad! ¡Una cadera, la curva de un seno, el cuerpo a cuerpo, besos perdidos en el hueco de dulces cabelleras, rostros extáticos de labios temblorosos, murmurando su nombre en el instante eterno de la posesión! ¡Y figura entre todas las figuras, diosa inaccesible, Anna Santamaría! ¡Qué insensato había sido! ¿Por qué no había huido con ella ya el primer día? ¿Qué orgullo absurdo le había empujado a renegar hasta ese punto de su propia naturaleza? Pietro se derrumbaba, renunciando, sin embargo, a esas lágrimas amargas que acabarían de consumir su fracaso. Con la espalda apoyada contra la pared de su calabozo, se deslizaba lentamente hasta encontrar de nuevo el frío contacto del suelo, con la mirada vuelta hacia el tragaluz que daba al pasillo, donde de vez en cuando pasaba la sombra de Basadonna, dispuesto a hundir un poco más los clavos de su féretro con sus chanzas cargadas de ironía.

No muy lejos de él, Giacomo Casanova seguía encerrado. Pietro apenas había tenido valor para explicarle lo que ocurría; se había limitado al mínimo. Giacomo solo había comprendido que, para su amigo, todo parecía perdido. Le había pedido noticias de Anna, aumentando, sin saberlo, el terror de Pietro. Le había propuesto, como en los viejos tiempos, una partida de cartas de celda a celda, uno de esos pequeños juegos que, con el consentimiento tácito de Basadonna, habían ideado durante su encierro común. Pero pronto todo rastro de humor había desaparecido de la voz clara de Casanova, que empezaba también a desesperar y a pensar que no saldría nunca de aquel mal paso. Giacomo esperaba hasta el infinito su proceso de apelación, no podía explicarse por qué tardaban tanto en llevarlo a juicio. Y Pietro, por su parte, comprendía demasiado bien las razones de este retraso.

«Deberías haber huido —le dijo Casanova—. Huir como te había dicho, huir a Francia».

El silencio no tardó en caer de nuevo entre ellos.

Un silencio de plomo.

La primera noche fue una pesadilla. Los recuerdos de su antiguo enclaustramiento se mezclaban con la amarga realidad de su encarcelamiento presente; otros demonios le rodeaban ahora y le acosaban. Pietro daba vueltas y se retorció, abrazaba el jergón con las manos como un náufrago a punto de deslizarse hacia un abismo sin retorno. Tan pronto le dominaba el frío como sentía fiebre; su tez perdía el color o se inflamaba a medida que la oscuridad seguía envolviéndole, hundiéndole en el olvido. Ya no tenía más horizonte que el de ese reducto asfixiante, ni más sentimiento que el

de una caída infinita, que reactivaba con mayor vigor aún ese desamparo contra el que en otro tiempo había sido capaz de luchar, pero que ahora le invadía por entero. La voz, esa pequeña voz interior que le impulsaba continuamente a aguantar, se iba debilitando cada vez más.

Por la mañana se calló.

Pietro se sentó de nuevo apoyado en uno de los muros de su celda.

Una sombra pasó por el pasillo a la luz de las antorchas. Pietro la entrevió por el tragaluz; al escuchar el ruido de las llaves, creyó que se trataba de Lorenzo Basadonna, que le llevaba su pitanza en una vulgar escudilla de hierro, acompañada de una de esas bromas de mal gusto de las que parecía tener el secreto.

La puerta se abrió... Creyó estar soñando.

Era una silueta elegante, una forma encapuchada de negro. Solo el roce de su manto había alterado el silencio de los pasillos sembrados de antorchas. Dos manos finas como la blonda, con los colores de la aurora, se acercaron a la capucha para hacerla caer hacia atrás.

Y el rostro de Anna Santamaría salió de la sombra.

Pietro tardó unos instantes en comprender. Más que nunca, tuvo la impresión de encontrarse frente a un ángel. Se sentía, por primera vez, al borde de las lágrimas; y loco de agradecimiento hacia el destino que le enviaba aquel milagro, estuvo a punto de caer de rodillas a sus pies. Se incorporó. Se sentía débil; sus rodillas crujieron y estuvo a punto de caer hacia atrás. Finalmente recuperó el equilibrio y la cogió en sus brazos.

—¡Tú! ¡Eres tú!

—Sí, amor mío, soy yo. Me he enterado de lo ocurrido.

—Pero... Pero ¿cómo...? Anna, tienes que huir, ¿me oyes? ¡Huye ahora que aún estás a tiempo! Mis temores estaban fundados. Ottavio está mezclado en todo lo que ocurre, ¡estás en peligro! Pensé que nunca conseguiría prevenirte de...

—Dale las gracias a tu criado, Pietro. Una vez más te ha hecho un gran servicio. Y tal vez también a mí. Ha conseguido avisarme. No te preocupes. Por el momento, Ottavio está ausente de Santa Croce. No sé en qué está ocupado, pero ya solo pasa muy de vez en cuando. Como si fuera una sombra. Yo ya no cuento para él.

—Sin duda cuentas mucho más de lo que quieres creer —dijo Pietro.

Permanecieron largo rato abrazados. Pietro no podía creerlo. ¡De nuevo podía apretar su cuerpo contra el suyo! Acariciaba los cabellos de Anna, respiraba su perfume, la abrazaba más fuerte aún. Sintió que su corazón se henchía de alegría, pero al mismo tiempo una oleada de inquietud volvió a apoderarse de él. Continuó:

—Anna, créeme, ¡no debes quedarte en Venecia! ¡Vete lejos de aquí, di a

Landretto que te lleve a algún lugar seguro! Me sentiría más tranquilo si...

—La situación es más complicada. No tenemos mucho tiempo. Si huyera ahora, no haría más que agravar las cosas. Me parece que Ottavio está ya medio loco y... Pietro, he tenido una conversación con alguien... alguien que conoces. Es un aliado para nosotros.

Viravolta la miró con aire escéptico.

—No he venido sola —dijo Anna.

Entonces la silueta de Giovanni Campioni se recortó a su vez en el marco de la puerta.

—Soy yo, Viravolta.

Pietro le miró, incrédulo. Giovanni avanzó unos pasos mientras Anna se apartaba. Con las manos juntas, continuó:

—El dux ha consentido en que venga a verle, tal vez por última vez. Su criado me ha explicado lo importante que era Anna para usted. He decidido venir con ella. No he olvidado... lo que trató de hacer por Luciana y por mí.

Lanzó un suspiro, y luego recuperó su firmeza. Tuvo que hacer un esfuerzo para continuar.

—Escúcheme, se lo ruego. Las cosas se precipitan. Esta entrevista es secreta. Loredan está atado de pies y manos ahora. También él se está jugando la cabeza, y los nobles ya le miran con desconfianza. Sé que han hecho recaer sobre usted el asesinato de Emilio Vindicati, y ciertamente es la víctima ideal. De todos modos, no creo que le sorprenda si le digo que yo dudo de su culpabilidad. Al menos de esta. Usted supo escucharme cuando nos encontramos. Ha llegado el momento de responder a su gesto. Y esta joven me ha convencido de que es usted una persona honrada. Ya nadie ve las cosas con claridad; en este momento celebramos incluso el triunfo de la anarquía y la ceguera. Sin duda, es justo lo que deseaban los Pájaros de Fuego. Un nuevo éxito para ellos.

Pietro trató de ordenar sus pensamientos. La voz de Giovanni resonaba en la celda y en su cabeza. Detrás de Anna y el senador, Lorenzo Basadonna había vuelto y les observaba. Giovanni le fulminó con la mirada. El guardián se inclinó con compunción, le miró con insolencia, y se retiró con su caminar pesado y renqueante. A Pietro le hizo pensar en una larva que volvía a la seda reluciente de su capullo, dejando tras de sí un rastro de miasmas. Viravolta se llevó la mano a la cabeza. No le fue difícil comprender que la llegada inesperada de Anna y el senador representaba su última oportunidad de salvación.

—Yo... solo no puedo hacer nada —dijo—. ¡Giovanni! Están locos, créame. Caí en una trampa. En San Marcos vi a la propia Sombra. Mató a Vindicati antes de lanzar su cuerpo... Estaba... en un estado... Recibí una nota que me empujó a abandonar la casa Contarini para acudir allí; no presentí la emboscada hasta que era

demasiado tarde. Pero el dux sigue estando en peligro, y después de lo que vi en el Gran Consejo no apostaría demasiado por él, con el escándalo que se ha desencadenado. Sobre todo ahora que los Diez se han quedado sin su jefe. Claro que está Pavi, el de la Crimínale, en quien confío; pero eso no es nada frente a lo que se anuncia. ¡Senador, tiene que sacarme de aquí!

Giovanni sacudió la cabeza, contrariado.

—Por desgracia, esto no está en mis manos, al menos por el momento. Pero hay otra cosa que debe saber.

Campioni inspiró profundamente. Con un gesto amplio extrajo como por encanto de entre sus ropas un rollo de papel envuelto con una cinta roja, que abrió ante los ojos de Viravolta.

—No he permanecido inactivo estos últimos días. Sigo tras la pista de Minos. Y los nobles que me rodean también han realizado su propia investigación. Uno de ellos ha efectuado un hallazgo realmente sorprendente. Lo que hemos descubierto me ha dejado sin habla.

Se aclaró la garganta.

—Tengo entre mis manos el esbozo de un tratado, Viravolta.

—¿Un tratado?

—Se trata de un acuerdo de ayuda mutua, aún en esbozo, que se encontró medio quemado en una chimenea de los apartamentos alquilados para el panóptico después de haberse colado entre las redes de las investigaciones de Pavi y la Crimínale. Este documento no lleva sello ni firma, pero designa claramente a las dos partes. Una de ellas es la Quimera. Y la otra...

—¿Cuál es la otra?

Campioni entornó los ojos con aire sombrío.

—Se trata de un hombre llamado Eckhart von Maarken.

Marcó una pausa.

—¿Le dice algo este nombre?

—No —dijo Pietro.

El senador prosiguió:

—Eckhart von Maarken es una de las mayores fortunas de Austria, aunque es considerado un renegado a los ojos de su propio gobierno. Le han acusado de desviar fondos del Estado para fines personales, pero, en ausencia de pruebas, se han contentado con apartarlo. La ambición y la megalomanía de este hombre no le permiten aceptar verse expulsado así del poder. Durante mucho tiempo Von Maarken sirvió en Asuntos Exteriores y conoce Venecia a la perfección. ¡Frecuentó al propio Loredan! Austria mira desde hace mucho tiempo hacia el Adriático, Viravolta. Recuerde que se extendió a los Países Bajos y a una parte de Italia. La corona acaba de salir de una sangrienta guerra de sucesión; solo gracias al apoyo de Inglaterra, la emperatriz María Teresa ha podido conservar su herencia, y todo hace indicar que está más preocupada por Federico de Prusia y la pérdida de Silesia que por un intento

de extender su poder hasta Venecia. Pero se murmura, en Viena, en Hungría y en Bohemia, que prepara una revancha que podría afectarnos de un modo u otro. Sea como sea, Von Maarken es un peón incontrolable que no carece de apoyos ni de recursos; actúa con total independencia y no me sorprendería que intentara un golpe de fuerza para servir a un imperio que le repudia y recuperar así sus favores. Hasta el momento, ninguno de nosotros tomaba en serio una amenaza de este orden. Pero aún hay algo más: al parecer, Von Maarken abandonó su castillo de Knittelfeld hace unas dos semanas. Tal vez se encuentre aquí mismo, en el corazón de la República.

—¿Cree que Von Maarken es Minos?

—O el Diablo, a menos que se trate de la misma persona. Por lo visto ha conseguido que Ottavio se adhiera a su causa. Pero, en cualquier caso, no podía organizar una conjura como esa sin disponer de un apoyo aquí, en Venecia. El tratado prevé disponer de fuerzas conjuntas, navales y terrestres. Una parte de los Pájaros de Fuego está compuesta, sin duda, por austríacos de su séquito, pero ha debido de contar igualmente con un... reclutamiento local. La cuestión ahora es atraparlo antes de las fiestas de la Ascensión, que empiezan pasado mañana, lo que no nos deja mucho tiempo.

Pietro reflexionó unos segundos, sacudiendo la cabeza, abrumado.

—Este tratado es un elemento realmente providencial, ¿no cree? Aquí hay algo que se me escapa. Ya no entiendo nada de todos estos cálculos. ¿Está al corriente, el dux?

—Aún no. Yo mismo no tengo ninguna prueba de lo que estoy exponiendo aquí, y tal vez este tratado no sea, en efecto, más que una aberración suplementaria.

—¿Habló de esto a Emilio Vindicati?

Giovanni miró a Viravolta, sorprendido.

—No.

—¿No? Bien. Escúcheme, excelencia, se lo ruego. Si Von Maarken está en Venecia, debemos esforzarnos en encontrarlo. Pero la otra clave es la identidad de Minos. Y si es realmente un veneciano...

—Lo es —dijo en ese momento una voz desconocida.

Pietro creyó por un instante que se trataba de Casanova, porque aquella voz le resultaba familiar. Había surgido de pronto, como un grito de entonaciones temblorosas, de una celda cercana. Estaba seguro de que la había oído en alguna parte. Mientras realizaba un repentino esfuerzo de memoria, el senador se volvió hacia el pasillo.

—Lo es —repitió el hombre.

—Frególo... —murmuró Viravolta.

El astrólogo se pudría en los Plomos desde su entrevista con Pietro. Había sido interrogado y golpeado, pero no había dejado de proclamar su inocencia. Ahora Casanova se manifestó también:

—Escuchen, no comprendo nada de lo que dicen, pero me da la sensación de que

las cosas están un poco tensas ahí afuera. Y esta prisión resulta cada vez más sorprendente. ¿Puedo unirme a su conversación? Parece que este es el último salón en el que se charla.

El rostro de Campioni se tiñó de púrpura. Pietro le indicó con un gesto que no hiciera caso a su amigo.

—¿Frególo? —dijo Viravolta levantando la voz.

—¿Fue usted quien me denunció a los Diez, no es cierto? —exclamó, indignado, el senador—. ¡Este falso testimonio hubiera debido costarle la vida!

Un poco más lejos, el rostro barbudo del astrólogo se apretaba contra el tragaluz. Si hubieran podido echar una ojeada a su fisonomía, sin duda se habrían quedado sorprendidos. Los tiempos en que Frególo consultaba a las cartas y a las bolas de cristal con tanta pompa bajo los cortinajes, embutido en su vestido estrellado, había quedado muy atrás. Sus ropas estaban sucias y desgarradas; tenía la mirada perdida y el rostro tumefacto. Debido a su delgadez y a la debilidad de sus miembros raquíticos, le resultaba casi imposible realizar cualquier esfuerzo físico. En el interior de su calabozo, medio desplomado, curvado contra la puerta, dejaba escapar una respiración irregular y enfermiza. Se escuchó un tintineo de cadenas. Tras un largo silencio, el astrólogo continuó, de una celda a otra:

—Perdóneme, excelencia. Es que... estaba amenazado, como muchos otros. Los Pájaros de Fuego vinieron a verme y le designaron para ser mi culpable. Pero ahora que temo morir a cada instante y que usted está aquí, ya no tengo por qué callar. No me atrevo a esperar que eso baste para redimirme a sus ojos... pero aún puedo ayudarle.

Pietro y Campioni intercambiaron una mirada.

—Minos no siempre ha podido conservar su anonimato —continuó Frególo.

—¿De modo que le conoce! ¿Sabe cuál es su nombre? —exclamó Pietro.

—No. Pero sé quién lo sabe. Me parece que no han prestado suficiente atención a una de las pistas en este asunto. Les hablo del primer asesinato, el del teatro San Luca.

—¿El asesinato de Marcello? ¿Qué quiere decir?

—No les hablo exactamente de Marcello... sino de su madre. Arcangela Torretone. Ahora está medio inválida, y casi loca. Lleva una vida austera en el convento de San Biagio de la Giudecca. Una hermana del convento me informó que Arcangela cuenta a quien quiera oírla que se encontró con el Diablo en persona. Para las monjas, son solo elucubraciones de una pobre mujer enferma, pero reconocerán conmigo que la coincidencia es turbadora.

Pietro miró de nuevo al senador.

—Y... ¿eso es todo? —dijo elevando la voz.

—Tal vez sea mucho —respondió el astrólogo con un resoplido—. Créanme... Vayan allí.

Nuevamente se hizo el silencio entre ellos.

—Fantástico... ¿Y qué se puede hacer sobre mi asunto? —preguntó Casanova.

Pietro cogió del brazo a Campioni.

—Excelencia... Esta es mi propuesta. No nos escucharán solo a partir de conjeturas en un momento en el que todo el mundo tiene las suyas, cuando el Consejo se ha visto privado de Emilio y tanto usted como yo nos encontramos en una situación muy delicada. Vaya a San Biagio y trate de hablar con Arcangela; veremos si podemos obtener algo de ahí. Por otra parte, y en este punto le pido que confíe en mí, haga lo posible, en mi nombre, para que se me conceda una última audiencia con el dux. Si conseguimos nuevas informaciones, me salvaría poder negociarlas con él. No proteste, se lo ruego, sé que le pido mucho, pero es mi única oportunidad. Y le doy mi palabra de honor de que haré todo lo que esté en mi mano para apoyarle. Es verdad que ya no tengo mucho crédito ante la República, pero puedo serle útil de muchos otros modos. Necesito su protección, excelencia, deposito toda mi confianza en usted. Mi suerte está en sus manos.

—El dux sabrá que he sido yo quien...

—Estamos en el mismo barco, excelencia. También nosotros tenemos que aliarnos, si no Venecia estará perdida.

—Pero... Es que... Se da cuenta de que mi posición... al venir aquí ya...

—¡Giovanni! ¡Luciana ha muerto, el dux corre un gran peligro, no podemos quedarnos sin hacer nada! Usted ha venido a verme, y ha hecho bien. Es preciso...

Viravolta calló.

Giovanni, con sus ojos clavados en los del prisionero, dudó largo rato antes de hablar.

—Bien —acabó por decir—. Iré a San Biagio. En cuanto a lo demás... ya veremos.

Se apartó. Anna Santamaría se deslizó de nuevo entre los brazos de la Orquídea Negra.

—Pietro, tenemos que irnos —dijo.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

—Estaré preparada. Seré prudente, te lo juro. Y Landretto velará por mí. Pero no me marcharé sin ti, amor mío.

—Anna...

Campioni se volvió y gritó:

—¡Guardia!

Pietro oyó enseguida los pasos pesados de Lorenzo, que volvía hacia ellos.

—¡Anna!

Sus manos se soltaron con pesar. Intercambiaron una última mirada.

Luego ella salió de la celda.

El senador observó también a Viravolta por última vez, y luego giró sobre sus talones.

—¡Amén! —dijo Frególo desde su celda.

—¡Eh, no se vayan! —gritó Casanova—. ¿Es que nadie va a contarme qué pasa?

La puerta del calabozo se cerró tras ellos. Mientras Campioni se alejaba, Viravolta pensó: «Vamos, Giovanni. A veces hay que saber confiar en los demás: eres mi única esperanza». Pero rectificó mentalmente: «Nuestra única esperanza».

CANTO XVII

Arcangela

Giovanni Campioni se dirigió al convento de San Biagio, en la Giudecca, al caer la noche. Vestido con un manto y su vestido negro, y tocado con la *beretta*, salió de su góndola acompañado por dos hombres. Juntos atravesaron algunas callejuelas antes de rodear el edificio oscuro de San Biagio. El silencio era absoluto. Giovanni se dio a conocer en la entrada y pidió que le anunciaran a Arcangela Torretone. La madre superiora del convento, una mujer de unos sesenta años, de tez pálida y arrugada, le observó un instante con desconfianza detrás de la pequeña reja que había abierto; pero la visión de las ropas senatoriales dispuso rápidamente sus temores. Abrió la puerta. Tres hermanas se encontraban junto a ella. Sonó una campana. Una de las hermanas salió apresuradamente y desapareció en los pasillos. La madre superiora pidió a los soldados que esperaran a Giovanni en la entrada del edificio y luego se dirigió con él al interior de San Biagio. Pronto entraron en el claustro, abierto a la noche estrellada, y cruzaron el refectorio antes de seguir avanzando por otros pasillos.

—Debe saber, excelencia, que Arcangela no está muy lúcida. Hace ya mucho tiempo que se unió a nosotras. Su hijo venía a verla de vez en cuando, y ella no siempre le reconocía, ¿se da cuenta? Ha envejecido y ha engordado mucho; su invalidez le impide desplazarse como quisiera. En ocasiones, sus noches se ven agitadas por pesadillas. ¡Triste suerte la suya, excelencia! Nosotras hacemos cuanto podemos por suavizar sus penas y su locura; pero en ocasiones este convento tiene también algo de asilo, y no hay nada peor que oírla lanzar en medio de la noche esos lúgubres aullidos que desgarran el alma. Invoca a Nuestro Señor, y no tenemos valor para abandonarla. A pesar de que también nos haga la vida difícil y nuestro recogimiento sufra por ello.

—Dice que su hijo la visitaba de vez en cuando. ¿Cuándo vino por última vez?

La madre superiora reflexionó un instante, mientras seguía caminando a su lado.

—Fue... dos días antes de que muriera, creo. Porque Marcello fue asesinado, ¿no? Debo decirle que no supimos en qué circunstancias se había producido su muerte. ¡Y no pienso preguntárselo, Santa María! Ni siquiera sé si Arcangela ha comprendido que su hijo ya no está en este mundo. Pero, excelencia, aquí estamos inquietas. ¿Qué ocurre en Venecia?

—Nada que deba contribuir a perturbar la vida de su comunidad —respondió Campioni en un tono que pretendía ser tranquilizador.

—¿Sabe qué dice Arcangela? No deja de repetir que ha visto al Diablo. ¡El Diablo, el Diablo! Solo tiene esta palabra en la boca. Se retuerce las manos mirando al cielo, recita rosarios. Creo que fue después de la llegada de ese hombre cuando...

A Giovanni le brillaron los ojos. Se detuvo.

—¿Vino alguien? ¿Vino otro hombre? ¿Quién era? ¿Quién vino, dígame, y cuándo?

Había sujetado con la mano el brazo de la madre superiora y apretaba con más fuerza de lo razonable. Intrigada, con un brillo angustiado en los ojos, la monja trató de soltarse. Los pliegues de su hábito, negro también, temblaron un instante en el silencio del pasillo. El senador balbució unas excusas confusas. Volvió a la carga.

—¿Quién?

—Yo... no lo sé, excelencia. Dijo que era uno de sus primos. Estuvo una hora con ella y, cuando salió, encontré a Arcangela casi en trance. Estaba aterrorizada, sí, con la mirada perdida en el vacío; pero esto le ocurre de vez en cuando. Se olvida de todo, ella no...

—Dios mío. Él vino aquí. ¡El astrólogo tenía razón!

Giovanni aceleró el paso, y la madre superiora tuvo que esforzarse para mantenerse a su lado.

—¿Qué quiere decir, excelencia? ¿Qué ocurre? Hubiera debido... Ella está loca, comprende, ella...

—¿Cuándo tuvo lugar esa visita? ¿Antes o después de la muerte de su hijo?

—Después, creo. Unos días después.

Giovanni se pasó la mano sobre los ojos y volvió a detenerse.

—Creo que trataron de intimidarla —murmuró.

—¿Intimidarla? Pero ¿por qué? ¡A una pobre mujer como ella, enclaustrada en un convento!

—No se preocupe. Solo necesita que le dedique, como siempre, todas sus atenciones. ¿Cree que sabría reconocer a ese hombre? ¿Conoce su nombre?

—No sabría decírselo. Lo mejor es que se lo pregunte. Si aún tiene conocimiento para hablarle, o para acordarse de algo.

Y allí, en ese convento con vislumbres de sepulcro prematuro, Giovanni Campioni se encontró con Arcangela Torretone. La madre superiora golpeó tres veces a una puerta de madera, y después, sin esperar respuesta, introdujo a Giovanni en una celda fría y austera. Una pequeña abertura con barrotes daba al cielo nocturno. La habitación, pavimentada de fría piedra, tenía por todo mobiliario una cama de madera coronada por un gran crucifijo, un taburete y una mesa de lectura. Arcangela se encontraba sentada a la mesa, pero no había ningún libro ante ella. Con las manos juntas sobre las rodillas y aire huraño, con la mirada perdida en el vacío, parecía concentrada en alguna contemplación interior. Su frente estaba pálida e inquieta, y su figura desprendía una sensación de sordo torpor. Giovanni no pudo reprimir un estremecimiento. No debía de ser tan vieja, y sin embargo, sentada así en silencio, parecía no tener edad. La sombra de la toca que llevaba puesta se recortaba sobre su rostro; de la prenda escapan algunas mechadas de cabellos gris pálido. Arcangela permaneció inmóvil, y ni siquiera movió la cabeza cuando el senador y la madre

superiora entraron en su celda. La superiora se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

—Arcangela, ¿se encuentra bien? Aquí hay alguien que quiere verla. Un miembro del Senado.

No hubo reacción.

—A maese Campioni le gustaría hacerle unas preguntas sobre su hijo, Arcangela.

Lentamente, Arcangela volvió la cabeza en dirección a Giovanni. Lo que este vio en sus ojos le confirmó la impresión de deterioro mental que, como un hálito angustioso, había percibido desde su entrada en la celda. Apartó los pliegues de su manto y se sentó en el taburete; Arcangela casi le daba la espalda. Giovanni cogió el taburete y lo desplazó para colocarse a su lado.

—Bien. Les dejo —dijo la madre superiora—. Si necesita cualquier cosa, excelencia, hágame llamar.

Tras decir esto, la superiora se marchó y cerró la puerta al salir, dejando allí a Giovanni y a Arcangela. Ambos permanecieron silenciosos unos minutos. Mientras examinaba aún ese rostro estrecho, que en otro tiempo debía de haber sido, en efecto, el de una encantadora comediente, Giovanni pensaba en esas voces que se elevaban cada vez con más fuerza en Venecia —e incluso entre las propias religiosas— para dar testimonio del infierno conventual que vivían cotidianamente ciertas «esposas de Cristo». Para la mayoría, el servicio al Señor procedía de una voluntad íntima y sincera; pero muchas otras habían sido forzadas a este enclaustramiento, a veces desde su más tierna infancia. Entraban en el convento con diez o doce años, debido solo a la exigencia paterna o a la tradición familiar. Algunas vivían cuarenta, cincuenta o sesenta años en el silencio de monasterios como este de San Biagio, o el de Sant' Anna, en Castello. A estas monjas prematuras se añadía el cortejo de las víctimas de amores desdeñados, de matrimonios frustrados, de las que, en su juventud, se negaban a plegarse a las exigencias de una unión forzada o a la indignidad de una subasta matrimonial. Batallones de mujeres que no habían tenido otra elección que el convento o un matrimonio de conveniencia. Las más instruidas de entre ellas acusaban a la República de tiranía, a veces abiertamente. La imagen de Luciana Saliestri volvió a cruzar por la mente de Giovanni. Ella, para escapar a un destino como aquel, había tenido que utilizar todas las armas que la naturaleza le había proporcionado. El labio del senador tembló. Luciana, por la que se habría condenado; Luciana libertina y rebelde, pero pura, tan pura en el fondo... Giovanni estaba seguro de ello, siempre había estado convencido. Luciana y su incansable búsqueda, en pos de su paraíso en la tierra sin encontrarlo jamás. Él había querido dárselo todo, sin llegar nunca a conquistarla realmente. Luciana y sus locas carreras hacia un ilusorio jardín de los placeres. Entre la absoluta reclusión y la liberación espasmódica, monjas y cortesanas se deslizaban hacia una misma nada.

Arcangela seguía perdida en sus meditaciones. Sí, pensó Giovanni, sin duda aquella mujer debía a la compasión de la madre superiora encontrarse aquí y no en el

asilos de locos, ese lugar lúgubre de la isla de San Servólo, abismo de ultratumba, guarida de los rechazados de la tierra. Otro infierno, y este verdadero. ¿En qué debía de pensar Arcangela mientras Giovanni la observaba? Tal vez recordaba sus propios funerales; ese día en que, en el curso de una fúnebre ceremonia, se había encontrado tendida bocabajo en medio de los cirios, bajo las letanías. ¿No estaba ya muerta antes de llegar a San Biagio? Medio loca, medio paralizada. La toma del hábito..., odiosa noche la de sus segundas nupcias con ese Dios que le había arrebatado a su marido y al que tal vez secretamente hacía también culpable de la extrañeza de su hijo. Marcello debía de haberlo comprendido, debía de haber leído esa incompreensión en los ojos devotos y brumosos de su madre. Como un insoportable repudio, en provecho de otro Padre, que se negaba igualmente a reconocerle. Giovanni se llevó maquinalmente la mano a la boca. Recordaba ese opúsculo de una religiosa que había leído hacía dos años: *La fe, entre la luz y el infierno*. Escrito por una de las dos hermanas de leche Morandini. A veces, hasta tres o cuatro hijas de una misma familia se encontraban en el convento. Con todo eso, resultaba inevitable que se produjeran algunos desvíos. Se había visto a monjas bailando ante los locutorios al son de los pífanos y las trompetas; se hablaba de fiestas prohibidas, de conversaciones políticas organizadas por las reclusas con el concurso de sus amantes. El propio Pietro Viravolta había sido encarcelado a causa de este tipo de escándalos, cuando en otro tiempo iba a encontrarse con la condesa Coronini en el secreto del monasterio; o bien por esa misteriosa M que, por lo visto sin gran dificultad, se fugaba del convento de Santa María degli Angeli, en Murano, para encontrarse con él en uno de los *casini* de Venecia. Pero también en esos casos los Diez se encargaban de perseguir estas uniones ultrajantes y castigar duramente a los culpables. La imagen de Emilio Vindicati pasó a su vez, como una sombra, ante los ojos de Giovanni.

Se inclinó hacia delante.

—Arcangela... Me llamo Giovanni Campioni. Querría hablarle de la última vez que Marcello vino a verla.

La mujer frunció las cejas. Una vaga sonrisa iluminó su rostro. Estiró su largo cuello de cisne, con una gracia que sorprendió a Giovanni. Esa sonrisa no dejaba de ser inquietante.

—Marcello... sí... ¿cómo está?

Giovanni carraspeó y se agitó en su taburete, incómodo. Juntó las manos.

—Arcangela, ¿recuerda qué le dijo, la última vez?

—Marcello... es mi hijo, ¿sabe? Le amo. Es Marcello. Mi hijo amado del Señor, como yo. Un niño bendito, sí. Rezo por él muy a menudo. ¿Cómo está?

—¿Vino a verla? ¿Le habló de teatro? ¿De su trabajo en el San Luca?

Arcangela se quedó inmóvil de pronto, como si hubiera visto u oído algo extraño. Acababa de levantar una mano y de llevarse un dedo a los labios. «¡Chiss!» dijo. Luego miró fijamente un punto de la pared de su celda, con expresión concentrada. Giovanni siguió con los ojos la misma dirección, pero no había nada, o al menos nada

que pudiera llamar su atención. Arcangela, sin embargo, parecía estar viendo realmente algo.

—De vez en cuando Marcello viene a verme —dijo—. De día o de noche.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Ayer. Creo que fue ayer.

Giovanni frunció el ceño a su vez; luego sus rasgos adoptaron una expresión de gran tristeza. Le hubiera gustado tender la mano a esa mujer, rescatarla de ese otro mundo al que había ido a refugiarse.

—No, Arcangela. Eso no es posible. ¿Está segura de que fue ayer?

Arcangela arrugó la frente, se colocó el puño bajo el mentón, reflexionando de nuevo. De pronto tenía gestos de niña. Buscaba, lejos, muy lejos...

—Ayer... No, no fue ayer. ¿Mañana, tal vez? Sí, eso es. Vendrá mañana, ¿verdad?

Giovanni contuvo un suspiro. Temía haber ido allí para nada. Calló, mientras Arcangela seguía repitiendo para sí misma: «¿Ayer? Mañana. O pasado mañana...». Giovanni aún dudó un momento. Tal vez hubiera un método más eficaz de despertarla. La caridad natural de Giovanni le impedía renunciar a la delicadeza, pero tenía poco tiempo y se veía forzado a optar por la brutalidad de las palabras. Quizá una conmoción bastara para devolver la nitidez a los recuerdos de la religiosa.

—Arcangela... Hábleme del otro hombre que vino a verla. Hábleme del Diablo, Arcangela.

El resultado no se hizo esperar; el rostro de Arcangela se petrificó de repente, como una máscara. La mujer buscó con frenesí su rosario, abandonado sobre la mesa. Con dedos temblorosos empezó a desgranarlo mientras murmuraba una oración. En sus ojos brillaba el pánico.

—Oh sí, le vi, maese, vino a mí para asustarme. Vino una noche... No me dijo que fuera realmente el demonio, no, ¡pero yo le reconocí! El Señor me había prevenido de su llegada, lo había visto en sueños.

—Arcangela, es muy importante. ¿Quién era?

—Quiso asustarme... Me dijo que moriría y que soportaría los mil tormentos del infierno, antes y después de eso. Que me quedaría completamente paralizada y que nada, ni siquiera la luz de Dios, podría salvarme. Me hablaba con dulzura, con esa dulzura amarga que solo puede utilizar el Tentador, el Impío, el ángel rebelde. Me dijo que callara para siempre en el silencio de este monasterio, o permanecería entre sus manos por toda la eternidad. Pensaba que Marcello me había hablado de él. Marcello y yo hablábamos largamente, y a veces él me contaba sus tormentos, como a ese buen padre de San Giorgio Maggiore. Tal vez tratara de llevarse a mi hijo... ¡Marcello! ¿Estaba ya en ti, el Diablo?

—¡Quién era ese hombre, Arcangela!

La mujer alzó por primera vez los ojos hacia Giovanni, con aire enloquecido. Sus pupilas vibraban intensamente:

—¿Cómo? ¿No lo sabe? ¡Trataba de disfrazarse, pero había adoptado la

apariencia de un noble de Venecia, lo sé muy bien! Vino a verme en su envoltura carnal. ¡Le hablo de Andreas Vicario, maese! ¡El hombre de la *Librería* de Canareggio, la *Librería* del Diablo, la suya! ¡¡¡Vicario!!!

Repitió este nombre varias veces, y luego su voz se quebró en un lamento terrible, largo y doloroso.

CANTO XVIII

Los heresiarcas

Fueron a buscar a Pietro a la mañana siguiente, poniendo término así —provisionalmente— a una nueva noche de angustia. El prisionero recibió el anuncio de Basadonna con tal alivio que, por primera vez, casi habría bendecido a su guardián. Frególo y Casanova le imploraron que no les olvidara, y Viravolta prometió interceder en su favor, en la medida de sus posibilidades, en cuanto las condiciones lo permitieran; sus esperanzas renacían. Ahora todo dependía de la entrevista con Loredan. Pietro encontró a Campioni ante la Sala del Colegio, y estuvo a punto de abrazarle cuando el senador le confió, cuchicheando, lo que le había explicado Arcangela, unos segundos antes de que fueran recibidos por el príncipe serenísimo. El dux, en esta ocasión, no les recibiría solo, sino junto con los miembros de su Consejo restringido.

—He tenido que hacer uso de todas mis dotes de diplomacia para que pueda explicarse por última vez —dijo Giovanni—. Mi experiencia negociadora en las cortes de Europa me ha sido de gran ayuda, créame. No puede imaginar los esfuerzos que he tenido que desplegar para llegar a este punto. Sea digno de ello, Viravolta, por una vez en su vida, porque estos instantes, para usted y tal vez para mí, no tendrán remisión posible. Loredan no es tonto, sabe que tuvo que encarcelarle bajo la presión del Gran Consejo; pero solo le concederá unos minutos antes de llevarle de vuelta al calabozo... si no conseguimos convencerle enseguida. Ya nadie quiere oír hablar de la Orquídea Negra. Al Consejo restringido le falta muy poco para mostrarse escandalizado; le es hostil, y solo ha dado su beneplácito a este «favor» porque algunos de sus miembros no han perdido por completo su estima hacia mí y porque tenemos amigos comunes. La amistad, sin embargo, ya no tiene mucho peso en el juego político en que estamos metidos y frente al peligro que nos amenaza. Este peligro precisamente les ha llevado también a actuar como lo han hecho; porque, al fin y al cabo, sin Vindicati, sin usted y sin mí, no tienen muchas esperanzas de avanzar... y la Sensa se celebra mañana.

—Vicario —murmuró Pietro—. De modo que no fue el azar el que me condujo a su biblioteca de Canareggio... ¡y bajo su techo asesinaron a Luciana! Ya tiene a su asesino, Giovanni. Y ahora debe pagar. Le invitaremos a otro tipo de baile. Su influencia en el Gran Consejo y el secreto que entonces rodeaba nuestros asuntos bastaron para ponerle a resguardo de todas nuestras investigaciones. Debió de divertirse como un loco al colocarse a sí mismo en el papel de víctima... Pero las obras de su *Librería* dan una idea de la perversidad enfermiza de este hombre. Entre él, Ottavio y ese misterioso Von Maarken... ¡Recobremos el ánimo, senador! El enemigo empieza a tener un rostro. ¡Y no solo uno, sino varios!

—Hummm... Es cierto, sí. Pero no olvidemos un detalle crucial, Viravolta. Aparte del esbozo de un descabellado tratado, la única información de que disponemos procede de una religiosa al borde de la demencia. Por no hablar de los planos del panóptico que usted dice haber visto en casa de Ottavio. Todo esto no tendrá demasiado peso.

—El hecho, sin embargo, es que las cosas empiezan a encajar. Es preciso que el dux y el Minor Consiglio escuchen lo que tenemos que decirles.

Campioni y Viravolta hablaban en voz baja, rodeados por hombres armados, que se apartaron cuando un guardia abrió de par en par las puertas de la Sala del Colegio.

—Su alteza serenísima y el Consejo van a recibirles.

Maese Pietro y el senador intercambiaron una mirada. Luego entraron juntos en la sala...

—En presencia de su alteza serenísima el príncipe y dux de Venecia Francesco Loredan, de los dignos representantes del Minor Consiglio, de su excelencia Giovanni Ernesto Luigi Campioni, miembro del Senado, y de Pietro Luigi Viravolta de Lansalt. Se ha decidido lo siguiente:

1) En vista de las nuevas informaciones aportadas por maese Campioni y Viravolta, llamado la Orquídea Negra, el Minor Consiglio recomienda convocar a maese Andreas Vicario al palacio para su interrogatorio, lo que se cumplirá en el menor plazo posible, debiendo garantizar la fuerza pública que esta convocatoria sea respetada bajo pena de inculpación inmediata de maese. Vicario bajo los cargos de acusación de asesinato y alta traición.

2) Corresponderá a Michele Ricardo Pavi, jefe de la Quarantia Criminale, y al jefe supremo del Arsenal llevar las investigaciones sobre la supuesta implicación del duque Eckhart von Maarken en la desaparición de las galeras *Santa María y Joya de Corfú*, y garantizar, con el apoyo sin fisuras del conjunto de las fuerzas del orden y de las autoridades públicas de Venecia, la seguridad de los ciudadanos de la República y de la persona del dux durante el Carnaval y las fiestas de la Sensa, hasta la erradicación completa de la amenaza que pesa sobre la laguna.

3) Considerando que Pietro Luigi Viravolta de Lansalt parece haber sido víctima de una manipulación que tendría por objeto culparle del asesinato de Emilio Vindicati, y dado que en el momento actual no existe prueba alguna que pueda apoyar esta inculpación y que el susodicho ha aportado a la investigación de los acontecimientos datos que podrían demostrarse decisivos, Pietro Luigi Viravolta de Lansalt se beneficiará de un aplazamiento provisional antes de su reingreso en la prisión de los Plomos y será puesto bajo el control y la autoridad directa de Ricardo Michele Pavi. A demanda de su alteza serenísima, se unirá a la defensa de la ciudad, bajo el mayor anonimato y solo durante el día de las ceremonias de los Esponsales del Mar,

después de lo cual será entregado de nuevo a la justicia. De la eficacia de su actuación dependerá la clemencia o el castigo de la magistratura competente, en el marco de los cargos de acusación que pudieran ser mantenidos en su contra.

4) Su excelencia Giovanni Ernesto Luigi Campioni...

Francesco Loredan se frotó los párpados. Volvía a ver el rostro de la Orquídea Negra ante él y creía oír de nuevo sus palabras. «Pero... ¿y con Ottavio? ¿Qué haremos?...». Loredan suspiró. Ese día había asumido grandes riesgos. Alzó las manos al cielo un instante, implorando la ayuda de la Virgen María; luego se volvió hacia el escribano, sacudiendo la cabeza.

—Vincenzo...

—¿Alteza?

—Las actas de la sesión...

—¿Sí, alteza?

—Tenga la amabilidad de... quemarlas.

El llamado Vincenzo le dirigió una mirada perpleja. De un capirotazo, Loredan se limpió una mota de polvo de la manga.

—Por Dios, Vincenzo. He dicho que las quemé.

«Pero... ¿y con Ottavio? ¿Qué haremos?...».

El dux había dudado.

«Bien... La tarea de desenmascararlo es solo cosa suya. Pero se lo ruego...».

Se había puesto a toser.

«¡Hágalo con discreción!».

Recordaba también la expresión de Viravolta en el momento de abandonar el despacho.

La frente grave, los ojos chispeantes.

«Yo me ocuparé».

Le habían devuelto su espada.

El dux se levantó de su trono y caminó con paso lento, con la mano sobre el cetro y los hombros hundidos; veía cómo las instituciones, su tranquilidad y hasta las más pequeñas reglas de etiqueta se derrumbaban una tras otra. Sí, el mundo entero se le caía encima.

Y al día siguiente se celebrará la ceremonia de los Esponsales del Mar.

El senador Ottavio subía la escalera de su villa de Santa Croce; en esas horas atormentadas, su rostro tenía una expresión más grave que nunca. Ciertamente, había conseguido apartar de su camino, una vez más, a ese maldito Viravolta; pero el

descubrimiento del panóptico suponía un duro golpe. La puesta a punto de ese dispositivo insensato había requerido un año de trabajo; treinta años antes de Bentham, los planos, concebidos por un arquitecto y matemático napolitano ya desaparecido, demostraban por sí mismos el carácter único de este invento. Ottavio estaba ahora obsesionado por la idea de que pudieran remontarse hasta él. No había que menospreciar al adversario; no hacían falta cuarenta años de política para saberlo. Todo ocurriría en apenas unos días. Era todo o nada. Pero la necesidad de preparar una alternativa aparecía claramente ante él. La cuestión era: ¿qué alternativa? En cualquiera de las hipótesis que se planteaban, las miradas se dirigirían rápidamente hacia él. Las últimas conversaciones que había mantenido con Minos y el Diablo no dejaban ningún espacio a la ambigüedad.

Mientras subía los peldaños de la escalera para dirigirse a su despacho, Ottavio sentía un gran peso en las piernas.

El senador se había quitado la *beretta* y había cambiado su traje nobiliario negro por otro rojo. Solo había conservado sus medallones; uno con la efigie de la Santa Virgen, y otro que encerraba un retrato en miniatura de sus padres. Su padre, senador antes que él, y su madre, que tanto había intrigado en su época en torno al dux. De su cintura colgaban las dos llaves de cobre que a veces utilizaba para encerrar a Anna Santamaría en sus apartamentos. Cuando la alejó de Venecia, después de haberse asegurado de enviar a la Orquídea Negra a prisión, no tuvo apenas necesidad de emplear este procedimiento. Anna no podía salir de Marghera sin su consentimiento. Pero una vez de vuelta en el corazón de la laguna, su paranoia se había impuesto; ¡y Viravolta otra vez estaba fuera!

Afortunadamente, en ese aspecto, la sesión del Gran Consejo se había vuelto en su favor y había desacreditado a su antiguo protegido. Ese Bruto... Que hubiera vuelto a los Plomos era la mejor noticia. En cuanto a su querida esposa, ahora comprendía mejor por qué, desde hacía unos días, la veía tan risueña, animada por una alegría que se esforzaba torpemente en ocultar. Sí, él ya había detectado sus sonrisas fugaces cuando volvía la espalda, y ese aire pensativo que tenía a veces —un aire diferente al sombrío y casi apagado que mostraba en Marghera—. Ahora, sin duda, se habría calmado. Era bueno recordarle quién era el amo, si es que aún hacía falta. Y cuando hubiera olvidado definitivamente a Viravolta, que la perseguía desde hacía demasiado tiempo, volvería a él, a Ottavio, aunque solo fuera por necesidad. No era posible mantener dos fidelidades al mismo tiempo, el senador lo sabía. A veces uno debía elegir su campo. Preferiblemente el del vencedor.

Pero aún no había nada decidido.

Durante un instante Ottavio se detuvo, sin aliento, en medio de los escalones. Le preocupaba también su propia salud; desde hacía un tiempo, su corazón se estaba volviendo frágil. Sudaba. Buscó el pañuelo bordado con sus iniciales, que llevaba oculto en la manga, y se secó la frente. Cuando llegó a lo alto de la escalera, con las cejas fruncidas, resopló y se frotó la nariz. Cogió sus llaves de cobre y las introdujo

en la cerradura.

Para su gran sorpresa, las puertas se abrieron por sí solas.

Daban directamente a su despacho, luego al tocador, y finalmente al dormitorio —al dormitorio de Anna, pues desde hacía tiempo ella se le negaba, obsesionada con aquellas estúpidas fantasías suyas—. Ottavio había intentado forzarla en varias ocasiones, pero sabía que mientras pensara en la Orquídea Negra, existiría entre ellos una sombra. Debía eliminar esa sombra. Aniquilarla. Barrerla en volutas de ceniza. Que no quedara nada. Cuando Ottavio recibió de la Quimera el encargo de sustraer el broche de la cortesana Luciana Saliestri —ese broche abandonado en el teatro San Luca y destinado a incriminar al senador Campioni—, aprovechó la ocasión para poseerla también a ella. Varias veces. Aquello, al menos, le había aliviado un poco. Pero ahora el repetido rechazo de su mujer se le había hecho intolerable. Costara lo que costase, la forzaría a doblegarse a su voluntad.

Intrigado, repentinamente inquieto, Ottavio entornó los ojos. Su despacho estaba sumergido en una semioscuridad. De pronto, una intuición fulgurante cruzó por su mente. Las sonrisas de Anna, su aire de estar en otra parte... ¿Habría vuelto a verle? En el mismo momento en que Ottavio examinaba de nuevo esta hipótesis —ya había pensado en ella, sin concederle demasiado crédito, pero en este instante le parecía inquietantemente probable, casi palpable—, sintió que le volvían los sudores. ¿Y si el dux, gracias a la Orquídea Negra, sabía más sobre él? Y si...

Acababa de encender una vela, que acercó a su rostro. Este, medio iluminado por la llama, parecía temblar con ella; había distinguido una forma oscura. Alguien se encontraba en la habitación.

Sentado detrás de su escritorio.

—Le esperaba, Ottavio.

—Viravolta... —susurró Ottavio entre dientes.

Durante unos instantes, el silencio reinó en la habitación. En ese momento suspendido, extraños recuerdos acudieron a la mente de Ottavio. Esa noche en Santa Trinitá, en el palacio Mandolini, en la que el senador sucumbió al encanto de ese muchacho pasmoso, que hacía como que tocaba el violín antes de perorar sobre Ariosto, mientras dirigía a las mujeres guiños mucho menos intelectuales. La noche en que se conocieron, después de que Pietro le salvara de una apuesta imprudente con sus expertos consejos y un par de trucos de prestidigitación. Viravolta le había fascinado con sus relatos picarescos, en parte inventados y en parte vividos, entre Corfú y Constantinopla, con su afición a las cartas y la numerología. Pero ¿por qué motivo Ottavio había convertido entonces a ese joven apenas salido de la adolescencia en su protegido, e incluso en su hijo putativo, proponiéndole de un día para otro el oro y el moro? Sí, Pietro le había seducido, le había engatusado. Su compañía le complacía. Ottavio había mantenido conversaciones sobre él con Emilio Vindicati, y había asistido a los primeros pasos de la Orquídea Negra. Junto con Emilio, lo había, en cierto modo... «construido». Gracias a su apoyo, se había

convertido en ese agente de la República cuyas últimas aventuras se comentaban riendo o con palabras encubiertas durante las cenas entre nobles venecianos. Hasta esa otra noche fatal en la que Ottavio le presentó a... Anna. Había visto esa luz en sus ojos. Una inhabitual torpeza. Sus zalamerías. Los hubiera desollado vivos.

Pietro, por su parte, pensaba igualmente en todo aquello.

Estaba sentado en la penumbra. No se distinguían los rasgos de su rostro. Solo eran visibles, sobre el escritorio, las mangas claras de su camisa. Había dejado el sombrero sobre el cartapacio de cuero. El cajón —el famoso cajón en que había encontrado, en su anterior visita, los planos del panóptico— había sido forzado. Naturalmente, los planos habían desaparecido.

—Creía que habían vuelto a encerrarle —dijo Ottavio con voz sorda.

El senador había posado la mano sobre el secreter con cajones de madera labrada, no muy lejos de la puerta.

—Ya me conoce. Soporto mal la soledad.

Pietro dirigió la mirada a un rincón de la habitación, hacia una pequeña chimenea en la que no se había fijado en su primera visita.

—Los ha quemado, ¿verdad?

Ottavio no respondió. Sus dedos se movían nerviosamente sobre el secreter.

—¿Qué ha venido a buscar aquí, Viravolta? ¡Sabe que con un gesto puedo hacer que le arrojen de nuevo al fondo de su calabozo! Y créame, volveré a meterle entre rejas siempre que haga falta. ¡Hasta que obtenga su cabeza!

—Temo que tendrá que esperar mucho tiempo, Ottavio.

La Orquídea Negra suspiró.

—Vamos. Entre en razón y volvamos a nuestro asunto. Sabemos que conspira con Andreas Vicario y el duque Von Maarken. Su proyecto era una locura. Venecia nunca caerá en manos de gente como esa. Cometió un grave error al ofrecerles su colaboración. ¿Por qué lo hizo, Ottavio?

Ottavio sudaba a mares, y al mismo tiempo hacía un esfuerzo sobrehumano para mantener las formas. No era momento de traicionarse. Todo su cuerpo estaba rígido, con los músculos en tensión. Necesitaba desahogarse. Finalmente dio libre curso a su rabia.

—¡¡Pamplinas!! ¡Usted no sabe nada, Viravolta! No tiene ninguna...

—¿Prueba? —preguntó Pietro.

Nuevo silencio. Luego Pietro continuó.

—Al menos tengo un testigo.

En ese momento, la puerta del tocador se abrió.

La silueta de Anna Santamaría, con el rostro hundido también en la sombra, aureolado por sus rubios cabellos, apareció ante Ottavio, envuelta en un vestido frisado negro.

Orgullosamente erguida ante la puerta, la joven sostenía en la mano, caída a lo largo del cuerpo, una flor. Una orquídea.

Una mueca amarga deformó la boca del senador.

—Ah, ya veo... —se burló aún Ottavio, con voz temblorosa—. ¡Es un complot, claro! No habéis dejado de conspirar... ¡contra mí!

Sus dedos acariciaban ahora uno de los cajones del secreter, con cerradura de oro.

—Todo ha terminado —dijo Anna.

Los tres callaron. Ottavio estremeciéndose, Anna firme como la justicia, y Pietro sentado detrás del escritorio. La atmósfera era más tensa y sombría que nunca.

—Todo ha terminado —repitió Anna.

Entonces Ottavio lanzó un alarido.

—¡Eso habrá que verlo!

De un tirón, abrió el cajón del secreter, hundió la mano en él y palpó el interior febrilmente.

—¿Es esto lo que busca?

Ottavio se volvió hacia él, con el rostro descompuesto.

La Orquídea Negra hizo bailar ante los ojos del senador una pequeña pistola de pólvora con mango de plata. Casi una miniatura.

Durante un momento Ottavio miró alrededor frenéticamente, como si buscara una salida. Luego, al ver que no se le ofrecía ninguna solución, se quedó inmóvil. Con la mirada vibrante y el labio inferior tembloroso, pareció encogerse sobre sí mismo. Sus hombros se hundieron.

Se abalanzó sobre Viravolta.

Los noventa y dos kilos del senador se lanzaron contra él por encima del pequeño escritorio, barriendo a su paso el sombrero, el cartapacio de cuero y los papeles de vitela que se encontraban encima. Pietro, sorprendido por el ataque, no tuvo el valor de apretar el gatillo y disparar sin más contra Ottavio; pero aún conservaba el arma en la mano. Anna retrocedió ahogando un grito. El combate que siguió tuvo algo de grotesco. Fue una lucha confusa y bárbara. Los ojos del senador echaban chispas y tenía espuma en los labios; sus dedos se crispaban convulsivamente como garras; los gruesos medallones de su cuello tintineaban. Estaba medio tendido sobre el escritorio, y Pietro medio sentado. Ottavio trataba de apoderarse de la pistola, como un niño al que han arrebatado un juguete. Durante un breve instante, incluso creyó haber conseguido su propósito. De pronto se escuchó una detonación. La pistola se había disparado sola.

Luego nada.

Anna lanzó un nuevo grito mientras Pietro se derrumbaba en el sillón.

Con el pie, volteó el cadáver de Ottavio.

Tenía los ojos en blanco. Un hilillo de sangre se deslizaba de su boca.

Pietro tardó unos instantes en recuperar la respiración.

Miró a Anna. Estaba pálida.

—Era... era él o yo —dijo solamente.

Al pie de la villa de Santa Croce, Anna Santamaría, con la cabeza cubierta por una capucha negra, se disponía a subir a la góndola que la alejaría definitivamente de aquel lugar. La joven levantó los ojos hacia la fachada del edificio de colores desteñidos, con los rosetones pintados que corrían bajo su balcón.

Viravolta se encontraba a su lado, con Landretto.

Pietro posó la mano en el hombro de su criado y le miró largamente. Esos rizos rubios, que viraban al castaño. Esa nariz un poco demasiado larga. Ese pliegue siempre insolente en la comisura de los labios. Pietro se dijo que el día que le recogió en la calle —completamente borracho, cantando canciones picantes y aullando a la luna—, había tenido una de las inspiraciones más brillantes y más decisivas de su vida.

—No olvidaré todo lo que has hecho, amigo mío. Nunca. Sin ti, aún me estaría pudriendo en los Plomos. Y no estaríamos aquí, los tres.

Landretto sonrió, se quitó el sombrero y se inclinó.

—Para servirle, maese Viravolta, la Orquídea Negra.

—Ahora solo tienes una misión que cumplir. Vela por ella, te lo ruego. Encontrad un lugar seguro y no os mováis de allí. Yo me reuniré con vosotros en cuanto pueda.

—Así se hará —dijo Landretto.

—La muerte de Ottavio dará que hablar. Debo ver a Ricardo Pavi, el jefe de la Criminale, lo antes posible.

Se volvió hacia Anna. Ambos se miraron sin decir nada. Pietro le acarició el cabello y depositó un beso en sus labios.

La Viuda Negra.

Ahora lo era realmente.

«La viuda y la orquídea».

—¿Adónde vas ahora? —preguntó Anna—. ¿Dónde está Pavi?

Pietro le acarició la mejilla.

—La Serenísima aún me necesita —dijo.

Inspiró y giró sobre sus talones, con un movimiento enérgico, haciendo sisear la tela de su manto.

—Pietro, te lo ruego... ¡sé prudente! —gritó Anna mientras se alejaba.

El sol se ponía.

La Orquídea Negra desapareció por la esquina de la calle.

Giovanni Campioni no comprendía muy bien qué había pasado; todo se había desarrollado en el plazo de unas horas. Después de la entrevista con el dux, había corrido a reunirse con el jefe de la Quarantia Criminale, Ricardo Pavi, que al mismo tiempo recibía del príncipe serenísimo nuevas instrucciones. La Orquídea Negra le había seguido. Un grupo de una decena de soldados del palacio se había dirigido a la villa de Andreas Vicario, en Canareggio. Giovanni y Viravolta, que no habían podido

acompañar al destacamento, habían esperado con impaciencia el resultado de esta intervención. Al inicio de la tarde, Viravolta ardía en deseos de abandonar por fin el palacio para dirigirse a la villa de Santa Croce, para ver a Anna Santamaría y al senador Ottavio. El Consejo de los Diez, o mejor, de los Nueve, enfurecido por la muerte de Vindicati, había reaccionado al relato de las últimas peripecias con un estupor y una consternación crecientes. Aunque seguían viendo a Pietro con desconfianza, comprendían la decisión del dux; además, el recuerdo de la amistad que Emilio había profesado a Viravolta les tranquilizaba un poco. Pavi también apreciaba a Pietro y se sentía inclinado a defenderlo. Tras las revelaciones referentes a la posible implicación de Vicario en el complot, nuevas y terribles reflexiones ocupaban su ánimo. Decididos a todo, esperaban al interesado y preparaban un severo interrogatorio. Las informaciones del senador Campioni sobre la existencia de un tratado secreto y el nombre de Von Maarken habían acabado de convencerles de la gravedad del peligro que amenazaba a la República. Como es habitual en este tipo de circunstancias en que reina la confusión más extrema, las opiniones de unos y otros cambiaban continuamente, como veletas, sin saber realmente dónde fijarse. Algunos empezaban incluso a murmurar que Pietro tenía razón y que tal vez había llegado el momento de pensar en anular las fiestas de la Sensa; pero ya todo estaba preparado y era demasiado tarde para volverse atrás en los compromisos adquiridos. En cualquier caso, la posibilidad de una asociación entre Vicario y Von Maarken creaba la conexión que les faltaba para enlazar todo lo que se había producido desde el asesinato de Marcello Torretone; la hipótesis de una complicidad del senador Ottavio era ahora suficientemente tangible para tomar la decisión de actuar por vías más oficiosas de lo acostumbrado. Cuando Giovanni los dejó, ya había quedado sentado que Viravolta, que ardía de impaciencia, se dirigiría a Santa Croce en el curso de la tarde. Como había dicho Pietro, el enemigo había dejado de ser invisible: la amenaza difusa y parcial de los Pájaros de Fuego se hacía, en cierto modo, menos angustiosa —aunque no por ello menos real— desde el momento en que se había identificado a las cabezas de la hidra; una hidra bicéfala, o tricéfala, al parecer, cuyos contornos, en cualquier caso, por fin empezaban a precisarse. Estaba claro que la ceremonia secreta de Mestre y los artificios esotéricos extraídos de *Las fuerzas del Mal* de Raziel solo habían servido para hacer pasar por una especie de delirio sectario lo que era, en realidad, una amenaza política real y organizada que iba mucho más allá del activismo de tal o cual facción infiltrada en los engranajes del Estado. A la espera del resultado de la intervención del dux en Canareggio, los Nueve y la Quarantia se limitaban de momento a recibir los informes de sus agentes repartidos por la ciudad. Estos se presentaban de uno en uno, en un extraño desfile en el que convivían jorobados, cortesanas vestidas de encaje, ancianas tuertas, falsos mendigos y otras figuras insólitas a las que se veía atravesar una sala tras otra bajo los artesonados en un cortejo de lo más singular. Mientras el sol se ponía sobre la laguna, una información decisiva llegó por fin al palacio: los soldados habían vuelto de

Canareggio. Habían encontrado la villa desierta.

Andreas Vicario había desaparecido.

Se había desvanecido en el aire.

En cuanto a la Orquídea Negra, aún no tenían noticias suyas; quizá todo se había desarrollado de forma simultánea.

Al conocer la desaparición de Vicario, Pavi echó pestes de su suerte y de su propia lentitud; pero el asunto estaba suficientemente claro, y todos vieron en esta prisa por ocultarse una forma de confesión. ¡Andreas Vicario! ¡Quién lo hubiera creído! Aunque ciertamente ese hombre, célebre por su *Librería* maldita —Giovanni comprendía mejor ahora la inspiración secreta que había presidido la elaboración de esta edificante colección, así como sus implicaciones ocultas—, miembro del Gran Consejo, había ejercido múltiples funciones en el seno de la República. Vicario había dirigido las oficinas judiciales del Rialto antes de contribuir al control de las corporaciones, y luego de los registros y las cuentas del Arsenal. A medida que Giovanni recomponía el rompecabezas, todo iba adquiriendo sentido. Las inclinaciones esotéricas de Vicario y esa erudición obsesiva que le había hecho crear su famoso opúsculo, titulado *El problema del Mal*; las maniobras intimidatorias que había debido de realizar para manipular al astrólogo Frególo, y tal vez, un tiempo antes, al vidriero Spadetti; la facilidad con la que había podido eliminar, bajo su propio techo, a su querida Luciana Saliestri... Ante esta idea, Giovanni se sintió invadido por una tristeza y un odio sin límites; se juró que haría pagar ese acto a Vicario por todos los medios. Lucharía para conseguir su ejecución en la plaza pública. Y si Vicario era efectivamente culpable de alta traición, no sería preciso convencer al dux y a los Consejos para que le hicieran justicia. Ellos mismos se lanzarían como lobos contra el traidor. Una sola cosa atormentaba a Giovanni: el profundo remordimiento por haber estado tan ciego —todos lo habían estado, incluso Pietro Viravolta, a pesar de los innegables talentos que había sabido desplegar en su investigación—. ¿Habrían podido evitar, tal vez, la muerte de Luciana? Esta duda atormentaba al senador. Se repetía constantemente esta pregunta en su duelo, en este duelo espantoso, esta cruel herida, hoy menos secreta que nunca pero asociada a un dolor tan profundo, tan interno, que solo él, estaba seguro, podía sentirlo con esa agudeza. Evidentemente era más fácil recomponer ese siniestro cuadro *a posteriori*. Pero ¿no habrían podido ser menos ingenuos? ¿Cómo Vicario y los suyos habían conseguido, durante todo ese tiempo, pasar entre las mallas de la red? ¿Y cuántos Pájaros de Fuego quedaban aún? ¿Tal vez suficientes para constituir una célula secreta que siguiera urdiendo en la sombra las más terribles conspiraciones? ¿Un senado tenebroso, una ilícita Quarantia, la Quarantia del Diablo? Giovanni no tenía respuestas para todas aquellas preguntas, pero sus pensamientos no le daban un instante de respiro. A cada momento, el rostro de Luciana bailaba ante sus ojos. La veía sonriente, murmurándole dulces palabras con sus labios insolentes, tan pronto luminosos como perversos, con esa perversidad que había afligido tanto a Giovanni

pero que al mismo tiempo le había encadenado a esa adorable sirena: «Ah, Giovanni... ¿Sabes qué es lo que me gusta de ti? Tu forma de creer que vas a salvar al mundo». ¡Salvar al mundo! ¡Qué idea! Cuando ni siquiera había conseguido salvarla a ella... Entonces Giovanni apretaba los puños hasta que los nudillos se volvían blancos, y luego recuperaba el dominio de sí mismo, para ser ya solo cólera. Ciertamente que ella había pertenecido a otros hombres, que no había dejado de hacerle sufrir, pasando continuamente del frío al calor; pero ciertos éxtasis habían sido solo para él. Volvía a ver también ese rostro femenino que bailaba a derecha e izquierda, sonrojado de placer. «Giovanni, Giovanni...». Exageraba, sin duda. Pero él había podido confiarse a ella, hablarle. Dormirse, envuelto en confianza, sobre su seno. Todas esas cosas con las que no había dejado de soñar. Hasta el punto de que una vez, bromeando, ella le había dicho: «¡Vamos, Giovanni, senador, se diría que es a su madre a quien busca!». Sí, por Luciana, tal vez por ella, y solo por ella, hubiera podido traicionar a la República. Para poseer a esa mujer que la naturaleza había hecho libre, incapaz de soportar ninguna cuerda al cuello, después de su boda fracasada, siempre en busca de un amor en el que en realidad apenas osaba creer, dándose sin darse nunca enteramente. Por ella, Giovanni habría podido traicionar, si ella se lo hubiera pedido... Pero ¿y Vicario? ¿Por qué había traicionado él?

«Por el poder. Solo por el poder. Por la joya del Adriático y los vestigios del Imperio...».

Antes de recibir el informe de los soldados enviados a Canareggio y de que Viravolta partiera a Santa Croce, Giovanni y él se habían encerrado con Pavi y los Nueve para fijar las posiciones de la policía en los diferentes *sestieri*, con vistas a las festividades de la Ascensión y a las idas y venidas del dux; mientras tanto, los agentes de la República tenían por misión redoblar sus esfuerzos para prender a Vicario y a Von Maarken. Se murmuraba que el austríaco podía estar ya en la ciudad. ¿Era aquello posible? «Oh, sí —pensó Giovanni Campioni, profundamente convencido—, eso no ofrece duda. El renegado ha venido a asistir a lo que cree que será su triunfo. ¡Permanece agazapado en algún sótano oscuro, como una avispa en el fondo de su antro, antes de hacer tronar sus últimos cañones! ¡Pero aún no hay nada decidido, Von Maarken, créeme!».

No, nada estaba decidido aún, se repetía Giovanni. Pero ¿qué hacía él ahí, caída la noche, en medio de este cementerio de Dorsoduro castigado por los vientos?

Porque ahí justamente se encontraba ahora, y mientras repasaba incansablemente los últimos acontecimientos, se volvía a derecha e izquierda, con la antorcha en la mano, tratando de sondear la oscuridad. Empezaba a tener frío, a pesar de su manto de armiño —aunque también podía deberse a los estremecimientos provocados por su creciente inquietud—. Su mano enguantada rebuscó durante unos instantes en el interior del manto, y sacó una nota que releyó atentamente.

Está ahora en el Sexto Círculo,

el de los heresiarcas.
En el extremo de un derrumbadero,
formado por peñascos en redondo,
dimos con un tropel más lastimero;
y allí, por causa del olor hediondo
que nos llegaba del abismo infecto
nos guarecimos de una fosa al fondo.
Una inscripción campeaba allí al respecto:
«Guardo al papa Anastasio, a quien Fotino
hizo apartarse del camino recto».
Venga, pues, esta noche, senador,
cuando den las doce campanadas,
venga, pero solo, a contemplar
la tumba de la mujer que amaba.
Y Luciana Saliestri, triste ausente,
le hará don de un último presente.

VIRGILIO

La nota tenía un tono elíptico idéntico al de los otros mensajes que el propio Viravolta había recibido. Ese Virgilio, del que Pietro le había hablado —¿miembro de la maligna Trinidad adversaria, o nuevo patronímico de un Vicario con mil rostros?— le invitaba, pues, a dirigirse al lugar donde habían enterrado los tristes despojos de Luciana; ahí, junto a un minúsculo cuadrado de césped, entre varios cientos de estelas caóticas entre las que silbaba un viento frío que embotaba poco a poco a Giovanni y hacía temblar la llama de su antorcha. La nota le había llegado a través de un portador bergamasco cuando se disponía a volver a su villa, cerca de la Ca'd'Oro. Giovanni reaccionó demasiado tarde para interceptar al misterioso mensajero. La invitación a acudir a la tumba de Luciana era de una crueldad extrema, pero no le sorprendió. Encajaba perfectamente con el estilo de su enemigo. «Y Luciana Saliestri, triste ausente / le hará don de un último presente». ¿De qué podía tratarse? Naturalmente, Giovanni adivinaba la trampa. ¿No se había encontrado en parecida situación Viravolta en el nártex de la basílica de San Marcos, en medio de la noche? Le pedían que fuera solo. ¡Qué idea! Por más que estuviera todavía trastornado, Giovanni no estaba loco. De acuerdo con el dux, había hecho rodear discretamente el cementerio con unos treinta agentes. Esperaba que esos movimientos nocturnos hubieran pasado inadvertidos al adversario. Sin embargo, en ese mismo momento se sentía espiado, como si la mirada de Minos, o la de ese Diablo que tanto había impresionado a Arcangela, traspasara la cortina de tinieblas para observar cada una de sus acciones y gestos. El senador se pasó la mano por la frente, bañada en sudor. De hecho, estaba haciendo de señuelo. Pavi y sus hombres debían de estar igualmente agazapados en la

sombra, no muy lejos, dispuestos a intervenir: aquello le tranquilizaba un poco. Pero la Orquídea Negra aún no había reaparecido; tal vez estuviera en camino, o tal vez su «entrevista» con Ottavio había acabado mal.

Pavi había propuesto a Campioni que un soldado ocupara su lugar, bajo un disfraz *ad hoc*, pero Giovanni lo había rechazado, temiendo que la superchería se descubriera demasiado pronto y que las posibilidades de contrarrestar los planes de la Quimera se vieran comprometidas.

Ahora no le llegaba la camisa al cuerpo.

Inspiró profundamente y avanzó entre las avenidas de grava. La tumba de Luciana ya estaba solo a unos metros. Giovanni ni siquiera había vuelto a verla desde su muerte en el canal. Habían recuperado el cuerpo y había sido inhumada al día siguiente, en una ceremonia discreta. Giovanni no había podido asistir al acto porque en aquel momento se encontraba sometido al riguroso interrogatorio del Consejo de los Diez, antes de que se decidiera a reunir a sus partidarios y a probar su integridad a los ojos de la República. Durante su breve paso por el cementerio, solo había visto un féretro negro, uno de esos que izaban a una góndola funeraria que surcaba los canales, odisea simple y trágica para ese cuerpo, en otro tiempo encantador, que se había deslizado ineluctablemente hasta su sepultura final. Giovanni caminaba, oía el ruido del viento y el de sus pasos sobre la grava, sudaba cada vez más y sus estremecimientos se intensificaban. Solo veía, ante él, la luz de su antorcha. Con la respiración entrecortada, siguió avanzando, se inclinó para mirar una estela, continuó adelante, dudó en un cruce de caminos, giró hacia la derecha, siguió unos metros, y por fin se detuvo.

Se encontraba ante la tumba de Luciana.

Permaneció inmóvil un instante, petrificado.

Luego se inclinó.

Sobre la lápida sepulcral había otra nota, bajo una miríada de pequeños guijarros. Giovanni la cogió con gesto febril y la leyó:

¡Pape Satán, pape Satán aleppe!

Baila aquí también, Giovanni, en el Minué de la Sombra.

Media vuelta a la derecha y adelanta seis pasos,

media vuelta a la izquierda y otros veinte pasos.

A la tumba entonces dirige tu mirada,

y verás así a la luz de la llama

el modo de abrazar a tu Luciana.

VIRGILIO

—¡Qué significa esta burla! —exclamó Giovanni, tembloroso.

Campioni necesitó unos segundos para reponerse de esta nueva emoción. Luego, lanzando miradas inquietas alrededor, obedeció. Su corazón latía desbocado. Al cabo de seis pasos, se encontró en el cruce de una avenida; los veinte pasos siguientes le condujeron un poco más al fondo, hacia el ángulo nordeste del cementerio. Se detuvo de nuevo, con el rostro pálido... y parpadeó varias veces.

—Pero... qué... qué significa...

Miró otra vez a derecha e izquierda; quiso agitar su antorcha para avisar a los hombres de Pavi que habían rodeado el lugar.

En ese instante, un virote de ballesta cruzó el espacio silbando.

Fue a clavarse en la garganta de Giovanni.

El senador se llevó las manos a la tráquea, mientras su manto se empapaba de sangre. Quiso articular algo. Sintió un dolor desgarrador. Abrió unos ojos inmensos, desorbitados. En el suelo, a sus pies, yacía la antorcha. «La antorcha...». ¡La antorcha había servido de referencia al enemigo, que había alcanzado a Giovanni con un disparo que ni los más brillantes tiradores de la élite veneciana hubieran podido emular! Durante todo este tiempo había sido un blanco ideal. Y desde luego, nunca había esperado algo así; no había creído que fuera posible, no había querido creerlo, ¡ni él ni los demás! Y ahora era demasiado tarde. Sí, Giovanni oía los gritos, los alaridos que surgían de todas partes en torno al cementerio, el ruido de esas rejas torcidas que abrían a toda prisa, las carreras sobre la grava...

Pero se estaba muriendo.

Se tambaleó aún unos segundos, que tuvieron para él el vértigo de la eternidad, y cayó. Cayó al agujero que habían cavado allí para él, un agujero lleno de tierra negra, profundo y oscuro, coronado por una estela y una cruz invertida. La estela llevaba una inscripción:

AQUÍ YACE GIOVANNI CAMPIONI
SENADOR HERÉTICO DE VENECIA
1696-1756
QUE FUE A UNIRSE CON SU AMADA

Su rostro se hundió en el fango. Su último pensamiento fue para la ironía de aquella situación: él, su excelencia, tendido prematuramente en esta tumba preparada por el Diablo, yendo a abrazar a Luciana al reino de las sombras; él enterrado en el fango como el papa simoníaco Anastasio, imagen de un poder herético a los ojos del Enemigo; él, que había aspirado a reformar la República, que había soñado con todas las utopías y casi había salido triunfador, del Senado y del Gran Consejo, y hasta, en el secreto de su alma, del propio dux.

«Yo guardo al papa Anastasio,
a quien Fotino hizo apartarse del camino recto».

Giovanni Campioni había muerto.

Para Ricardo Pavi, aquella fue la operación más lamentable que había dirigido jamás.

La Orquídea Negra llegó demasiado tarde.

«Bravo».

Acababan de entregar al senador en bandeja de plata a la venganza de la Sombra.

Séptimo Círculo

CANTO XIX

Los violentos

Ottavio y Campioni estaban muertos.

Uno por la intervención inesperada de la Orquídea Negra; el otro, por la de un aliado de los Estriges. En cierto modo, los dos senadores se habían neutralizado.

No era tan grave.

Al parecer, Ottavio no había tenido tiempo de revelar nada. Y hubiera podido convertirse en un estorbo. Igual que Minos, que desde hacía un tiempo tenía tendencia a ir más allá de las consignas, sin duda por un exceso de celo. Pero también eso, a partir de esta noche, tendría solución.

En algún lugar de Venecia, el Diablo, de pie ante un gran espejo oval rodeado por un marco de madera finamente labrada, al modo de un espejo de tocador, sonreía mientras se llevaba a los labios una mano cubierta de anillos. El Carnaval empezaría mañana, y se había entretenido en preparar ese disfraz aun sabiendo que en ningún caso lo llevaría durante las festividades. Imitar al dux estaba, por descontado, prohibido. Pero al Diablo le importaba muy poco la prohibición. No era eso lo que le detenía; era, simplemente, que pronto la Serenísima no tendría ningún dux en absoluto. Rio, contento de verse disfrazado así. Se revestía con aquellos oropeles como un símbolo funerario dedicado al hombre a quien auguraba su inminente desaparición, títere devorado sin remisión por la hoguera. Adiós, Francesco Loredan. Volvió a reír, y luego, levantando un brazo, se puso a canturrear una letanía.

*El Consejo elige a treinta,
de los que permanecen nueve en liza,
y esos nueve eligen a cuarenta;
de ahí la gloria doce alcanzan
que eligen luego a veinticinco;
pero de estos quedan solo nueve
que presentan justo a cuarenta y cinco,
de los que once exactamente
eligen a los cuarenta y uno
que en una sala cerrada,
con veinticinco votos y no menos,
dan al serenísimo hacedor
de leyes, ordenanzas y preceptos.*

Así, siguiendo un procedimiento de extrema complejidad y a través de un colectivo de cuarenta y un nobles, se entronizaba al dux de Venecia. A la salida de la

iglesia, el más joven de los consejeros de la Serenísima designaba a un muchacho, el *ballottino*, para que extrajera de una bolsa las *ballotte*, unas bolitas que designaban a los treinta primeros electores. Esta etapa fundacional podía durar, por sí sola, varios días, y desembocaba en sorteos y elecciones parciales, hasta que al término de un increíble recorrido del aspirante, entre el azar y la voluntad aristocrática, el nuevo dux reunía a las veinticinco voces que le ofrecían acceder al trono. ¡Cuántas maniobras e intrigas alambicadas para prevenirse, como siempre, ante colusiones aún más graves! ¡Qué ilusión de esplendores que se derrumban! El Diablo se contemplaba y, lentamente, tarareaba una y otra vez su cancioncilla. Luego, por fin se cansó. Se quitó el *cómo*, ese famoso gorro ducal de inspiración bizantina, fabricado con resplandecientes brocados, bordados y rebordados de oro. La *zogia*, la «joya», como la llamaban los venecianos, cubierta como estaba por setenta resplandecientes gemas preciosas: rubíes, esmeraldas, diamantes y veinticuatro perlas en forma de gotas.

El Diablo, en realidad, poseía solo una vulgar copia.

Hizo una mueca ante el espejo; luego dejó caer el gorro y lo pisoteó despacio, minuciosamente.

La hora de Francesco Loredan había llegado. Venecia, ya conquistada, podría exponer por última vez sus despojos en la sala del Piovego. Los nuevos inquisidores los velarían, así como los oficiales elegidos para ejercer las funciones de responsabilidad de la Serenísima y los inevitables canónigos de San Marcos. Mostrarían el cuerpo a la multitud antes de llevarlo a la iglesia de San Giovanni e Paolo, al corazón de la sepultura de sus predecesores. En la procesión podría verse a la asamblea de los nobles vestidos de rojo, incorporados al Estado renaciente, al capítulo de San Marcos y a los músicos de la capilla Real, a los representantes de las Scuole Grandi, al clero secular y regular, a las corporaciones del Arsenal, a los tres Avogados di común, a procuradores del Estado, a los pensionados de los cuatro grandes operaldi, los notarios y secretarios de la Cancillería ducal, y a su jefe, el gran canciller. Y encabezando el cortejo se encontraría el propio el Diablo, la única muralla, el único depositario del poder capaz de defender a la Serenísima y restaurar la antigua primacía imperial, la de la reina de los mares.

¡Adelante, pues! Venecia esperaba al Diablo.

El tablero estaba preparado. Las cosas se aceleraban.

Las Fuerzas del Mal se reunían para asestar, por fin, el golpe de gracia a la vieja República.

Bajo la sorprendente cúpula de la sala de gala de la villa Morsini, en Marghera, Eckhart von Maarken y su aliado acababan sus preparativos. Habían optado por situar su nuevo cuartel general en Tierra Firme, a orillas del Brenta, para agrupar sus fuerzas. Reunidos bajo las circunvoluciones nebulosas de esa cúpula barroca, los Pájaros de Fuego se preparaban para el asalto. La mirada orgullosa de un dios antiguo

parecía perforar ese cielo de pintura para contar a sus hijos extraviados. A uno y otro lado de la habitación, amplia y ovalada, grandes espejos reflejaban hasta el infinito a las sombras encapuchadas que se apretujaban en el interior. Había caído la noche, y grandes arañas inundaban de luz el estrado instalado para la ocasión, cubierto con una alfombra de color rojo sangre.

El reclutamiento de los Pájaros de Fuego había sido un trabajo largo y difícil. Este ejército heteróclito se apoyaba en una organización de lo más insólito. Agregado improbable de motivaciones a menudo dispares, e incluso contrapuestas, su composición estaba gobernada por el caos: mercenarios atraídos por la promesa de beneficios, funcionarios corruptos, nobles e intrigantes cansados de la letargia de las instituciones, gente de baja estofa, miserables, sin olvidar a los refuerzos de Von Maarken. Este tenía a sueldo a dos batallones austríacos, compuestos por su guardia personal embarcada en galeras en las costas del canal de Otranto, y por una soldadesca profesional que el renegado había apartado pacientemente de los designios oficiales de la corona austríaca. Las decepciones de la guerra de sucesión imperial habían alimentado muchas frustraciones, y al mismo tiempo habían permitido a Von Maarken engrosar sus filas. En realidad, los venecianos decadentes representaban solo la mitad de las tropas movilizadas secretamente. Húngaros, bohemios, e incluso algunos prusianos, se habían asociado a la operación; con un hábil truco de prestidigitación, Von Maarken había conseguido hacer ver a Federico de Prusia que tenía interés en contar con un aliado fiable a la cabeza de la Serenísima. Un juego peligroso, porque el duque austríaco, en caso de éxito, tenía intención de depositar a los pies de la emperatriz María Teresa esta victoria y recuperar de ese modo los favores de su gobierno; pero Federico y María Teresa eran adversarios feroces, y Silesia no era el menor de sus motivos de discordia. Von Maarken realizaba, pues, un doble juego, pero él estaba acostumbrado a este tipo de maniobras. En este sentido podía decirse que se sentía totalmente identificado con el temperamento veneciano.

El proyecto de Von Maarken había empezado a germinar en su espíritu a partir de una ocurrencia realmente singular. ¡Tomar Venecia al asalto! Algo que, más que una audacia, parecía una verdadera locura. Sin duda alguna, aquello hubiera sido totalmente impensable unos decenios atrás, y todavía hoy parecía serlo para todos aquellos que seguían creyendo en la aparente supremacía de la Serenísima. Pero Von Maarken solo había tenido que rascar bajo el barniz para tener la confirmación de lo que todo el mundo sabía: la República languidecía, se contemplaba sin reaccionar en el espejo de su decadencia; la nobleza se buscaba a sí misma, las administraciones bostezaban, los comerciantes estaban dispuestos a escuchar la voz de un nuevo amo. Otros imperios habían caído mucho antes que Venecia. ¡Adiós Imperio! Venecia ya era solo una ciudad. Y tomar una ciudad era algo perfectamente factible. Los artesanos no disuadirían a Von Maarken de intentar esta empresa temeraria; al contrario, le estimulaban. Así, empezó a considerar la cuestión con toda seriedad; y a

medida que enrolaba bajo su secreta bandera a partidarios de la más diversa condición, usando prácticas tan viejas como las que utilizaban las corporaciones y la francmasonería, su sueño comenzó a tomar cuerpo. Reflexionó detenidamente, en busca de un verdadero plan de batalla, y no tardó en decidir el momento propicio para desencadenar el fuego: si debía realizarse un ataque, cualquiera que fuera, este debería tener lugar en las fiestas de la Ascensión, en medio del Carnaval. Una tregua por excelencia, un paréntesis durante el cual las propias autoridades de la ciudad, dispersas entre las multitudes enmascaradas, desbordadas por la extravagancia de la población, dudaban si mezclarse también en las celebraciones. Los puntos neurálgicos se encontrarían entonces mal guarnecidos, o incluso abandonados. Al pensar en ello, el duque rebelde sonrió. Venecia bien valía una guerra, y una vez conquistada, el Adriático, el Mediterráneo se abrirían a él. Una forma de redención final ante María Teresa. Nunca volvería a ser tratado como un paria, como un hereje entre los suyos.

Pero el elemento que, en la génesis de su plan, había marcado la diferencia entre las intenciones piadosas y la puesta en práctica de sus deseos, era la naturaleza de las complicidades que había encontrado en el corazón mismo de las instituciones de la República. Eso había acabado de convencerle de que la operación era factible. Von Maarken no ignoraba que el arte de la *combinazione* también formaba parte del alma italiana. Y había sabido jugar con este elemento con virtuosismo. Sus aliados institucionales y locales seguían siendo, sin embargo, un arma de doble filo. Había que reconocer que el Diablo, la Quimera, había sembrado el pánico en las filas de la Serenísima con un talento consumado. En cuanto a sus homicidios programados, todos respondían a una necesidad estricta. No se había dejado nada al azar. Así, se habían visto forzados a deshacerse sucesivamente de Torretone, del sacerdote de San Giorgio y también del vidriero Spadetti, por no hablar del hombre que constituía, hasta ese día, el más precioso de sus trofeos: ¡el temible Emilio Vindicati, poderoso maestro ejecutor del Consejo de los Diez! Von Maarken contuvo la risa al pensar en ello. En cuanto a Luciana Saliestri, acostumbrada a recibir sobre su almohada las confidencias de todos, podía constituir también un peligro real; pero un peligro previsible. En un estadio en que la preparación del asalto todavía era incierta, no podían asumir el menor riesgo. Von Maarken quedó impresionado por la lucidez del Diablo, que, incluso antes de su primera entrevista en la villa de Canareggio, había empezado a alinear sus peones y, sabiendo que inevitablemente deberían deshacerse de algunos obstáculos molestos, se las había arreglado para tejer su plan de golpes ritmados, utilizando como argumento ese guiño obscuro al mayor poeta italiano de todos los tiempos. Eckhart quería creer que originalmente solo la necesidad imperiosa de mantener en secreto la conspiración y la identidad de sus autores había guiado la mano de la Quimera; a través de sus cuadros dantescos y esotéricos, su asociado se había esforzado en despistar al adversario. De hecho, tanto Viravolta como Ricardo Pavi seguían enredados en sus hilos. La preparación del panóptico y las sustracciones

del Arsenal habían sido igualmente una verdadera hazaña. El Diablo era un artista en cierto modo. Pero justamente eso preocupaba a Von Maarken. ¿Qué necesidad había de tanta puesta en escena? El espectáculo había acabado por volverse contra ellos. Se estaban excediendo, pecaban de soberbia. Sembrar pistas falsas era una cosa, pero atraer desmesuradamente la atención era otra. El Diablo era un jugador. Como Viravolta, que no había tardado demasiado en encontrarse tras la pista, no del acto de un loco aislado, como hubiera podido pensarse —y como durante un tiempo el Diablo se había divertido en hacer creer—, sino de un grupo de intereses. Sin demasiada dificultad había adivinado la implicación del vidriero de Murano; luego descubrió las maniobras realizadas en el Arsenal y la existencia del panóptico. Y aunque en último término no hubiera dado demasiados frutos, la investigación ordenada por el dux, pensaba Von Maarken, se había puesto en marcha demasiado pronto. La vigilancia de las autoridades no se relajaría durante el Carnaval, como habían calculado, sino que, al contrario, se reforzaría; el Arsenal se mantendría en alerta, algo que podía revelarse decisivo y que ciertamente era resultado del estetizante y colosal ego de su aliado. Desbordado de confianza, este gozaba visiblemente con la situación. ¿Inconsciencia? ¿Megalomanía? Algo había de eso, sin duda, al mismo tiempo que un talento organizador a toda prueba y una clarividencia de primer orden en la preparación meticulosa del plan. Por eso, en el fondo, Eckhart se sentía profundamente inquieto. Aún se negaba a plantearse un fracaso —pues el fracaso significaría inevitablemente la muerte, para él en primer lugar—, pero no compartía el optimismo incondicional del Diablo, a quien miraba a veces con una admiración teñida de envidia, y otras con una desconfianza creciente. Y Eckhart no era tonto. Si la República caía, existía el riesgo de que las ambiciones del Diablo fueran mucho más allá de lo que efectivamente podía pretender. Una vez eliminado Loredan y conquistados los símbolos del poder del dux, con las instituciones dominadas, no quedaba excluido un enfrentamiento de otro orden. Von Maarken era muy consciente de que no se encontraría al abrigo de las querellas intestinas, y de que él mismo podía verse amenazado por ellas. Una eventualidad para la que debía prepararse desde ahora.

No muy lejos de él, el Diablo arengaba a la multitud como acostumbraba. Había algo singular en su forma de actuar, que oscilaba entre la locura de opereta y la mayor de las seriedades. Encaramado en su estrado de terciopelo, recapitulaba el desarrollo esperado de las hostilidades. Habría cuatro principales teatros de operaciones. El primero, en las inmediaciones del Rialto y las oficinas judiciales, que habría que tomar lo más rápido posible; entonces las oficinas estarían cerradas y la operación debería poder ejecutarse con un coste mínimo. Luego, el Arsenal, para cortar la salida a los barcos destinados a reforzar al enemigo, cuando las embarcaciones de Von Maarken, enarbolando sus gallardetes austríacos, y las fragatas de apoyo aparecieran

en las inmediaciones de la laguna. Seguiría el *Bucentauro*, navío de gala que llevaría al dux sobre las aguas. Y para terminar, la plaza de San Marcos y el palacio, naturalmente la parte más delicada del asalto. Otros tantos puntos neurálgicos que habría que conquistar uno tras otro, aprovechando el bullicio. Concentrado en la movilización de sus partidarios, el Diablo desgranaba ahora un rosario de directrices, mientras en su fuero interno redibujaba ya las instituciones venecianas a imagen de sus sueños.

Pensaba en la abrogación pura y simple del Senado y en la concentración de poderes en un Consejo único, limitado a la administración de las Magistraturas y de los Quarantie, cuyo número sería reducido a la mitad; en el fin de la rotación de los cargos y los puestos públicos, a través de la cual, durante mucho tiempo, la Serenísima había creído evitar cualquier posibilidad de toma del poder unilateral; en la tutela que debería ejercerse sobre el Arsenal mediante la recuperación del control sobre los Diez, que incorporarían a veintinueve inquisidores gubernamentales y mantendrían su estrecha vigilancia sobre las corporaciones, así como sobre las Scuole Grandi, obras de beneficencia de la ciudad. Fantaseaba con la consagración de un patriarca depositario de las funciones de soberanía del Estado (él mismo, naturalmente), que decidiría, en última instancia, todos los asuntos políticos de importancia; reforzaría las penas de prisión y las ejecuciones capitales destinadas a erradicar el bandidaje y la prostitución; se controlarían los flujos del extranjero mediante la creación de un nuevo permiso de circulación. La reconquista territorial en el Adriático y el Mediterráneo sería una realidad, sin tregua a los opositores al régimen, se verificarían mensualmente las tasas y derechos de aduana para nutrir el Tesoro. El Diablo también pensaba en la retrocesión del derecho de edición de gacetas y de información a los poderes oficiales en exclusiva, así como en la reforma de los Señores de la Noche, transformados en milicias del Estado, que patrullarían diariamente en los *sestieri* para detectar los casos de fraude y de criminalidad y para verificar el correcto desarrollo de las actividades comerciales. Y la lista no acababa ahí: toda Venecia tendría una única justicia, dependiente del poder político y garante de su seguridad y su irradiación exterior. Y él, el Diablo, devuelto ahora a la única realidad de una autoridad vigorosa, dejaría caer la máscara para llevar su misión a buen fin. Se habrían acabado las charadas, los ineptos y los cuadros dantescos; sería el Poder, expuesto a la vista de todos. Y si permanecían aún algunos obstáculos, estos caerían uno a uno, a imagen de Giovanni Campioni y sus vanas utopías...: una buena operación sin duda. El Diablo sonreía aún al pensar en ello. El senador nunca volvería a cruzarse en su camino. Y nadie más se atrevería a hacerlo. La Quimera se volvió un instante hacia Eckhart von Maarken. El austríaco observó esa mirada y en su rostro se dibujó un rictus que pretendía ser cortés.

«Sí —pensó Von Maarken—, pronto me ocuparé de ti».

El Diablo, por su parte, ocultando una mueca bajo la máscara, le respondió con una inclinación de cabeza.

«Pobre duque imbécil. Pensar que ni tú mismo sabes que no eres más que un peón».

Los dos hombres se dieron la mano, y juntos levantaron sus brazos sobre los Pájaros de Fuego en signo de victoria.

Cuando todo hubo acabado, Andreas Vicario salió por fin de su escondite secreto. Aguzó el oído: el silencio era absoluto. El lugar estaba desierto de nuevo. Sonriendo, se pasó un dedo por los labios. Sus dientes parecieron brillar un breve instante a la luz de las arañas, como los de una criatura pérfida que hubiera surgido súbitamente de la oscuridad. Con gesto elegante, alzando su larga manga en el aire, Andreas apartó un pliegue de la cortina, descubrió el reducto invisible en el muro y accionó la palanca que ocultaba. Un panel de la biblioteca se cerró con un ruido sordo, acompañado por un largo chirrido. Siempre había sabido que algún día los retorcidos planos que el arquitecto había concebido bajo sus órdenes se convertirían en su tabla de salvación. Toda el ala oeste de la villa se había reformado, primero para contener los libros, y luego para que él pudiera disponer de una salida discreta y eficaz. Mientras recorría los pasillos abarrotados de manuscritos, Andreas trató, por enésima vez, de recapitular los últimos acontecimientos. Había dispuesto de unas horas para reflexionar. No sabía cómo, pero el dux había barruntado su implicación en la conspiración contra el Estado. ¿Le habría traicionado alguno de los Pájaros de Fuego que tenía a sueldo? ¿Alguien, tal vez el astrólogo Frególo, había hablado demasiado? ¿O tal vez había sido obra de la paradójica clarividencia de la loca Arcangela Torretone, sumida en el silencio del monasterio de San Biagio? ¿Había acabado por adivinar, esa mujer, los rasgos del que en su presencia se había hecho pasar por Lucifer? La Quimera había decidido no eliminar a Arcangela, pensando que sus delirios no saldrían de los muros del convento. Después de aquella entrevista decisiva, en la que Andreas había conseguido aterrorizar a Arcangela hasta el punto de exacerbar su locura, penetrar de nuevo en el recinto de San Biagio se había convertido en una empresa muy delicada. La madre superiora y sus monjas estaban sobre aviso. De modo que lo había dejado correr. Andreas se maldecía hoy por haberlo hecho. ¡Pero en fin, tampoco se podía crucificar a toda Venecia! En todo caso, la situación era grave. Ante esta idea, la sonrisa se borró del rostro de Vicario; su expresión se hizo sombría. Luego la certidumbre de que el momento de la verdad estaba cerca le tranquilizó; solo le quedaba reunir provisiones para aguantar hasta que llegara el momento oportuno, aquel en el que también él podría salir de nuevo a la luz. Al mismo tiempo, debía encontrar a cualquier precio un modo de ponerse en contacto con sus compañeros. Redoblando la prudencia, eso sí. En este mismo instante tenía buen cuidado de no señalar su presencia. Una breve ojeada a través de una ventana, detrás de una pesada cortina de tela, bastó para confirmar sus temores: un grupo de soldados vigilaba la entrada de la villa, ante el canal. Vicario levantó una

ceja, se mordió los labios; luego continuó su marcha. Las hileras con los millares de libros que su familia había reunido durante tantas generaciones desfilaban a su lado.

El nuevo Behemoth, E. de Paganis, Ginebra, 1545.

Historia de las brujas y la brujería, abad Meurisse, Loudun, 1642.

In Cathedral's Shadow, William Terrence, Londres, 1471.

Andreas pensaba abandonar la *Librería* franqueando la puerta que conducía hacia la otra ala del edificio. Desde allí iría a su salón a buscar los centenares de ducados que había escondido en el interior del mapamundi. Cogería sus armas y el sello de identificación que necesitaba. Con un poco de suerte, tendría tiempo de llevarse también algo de comida y bebida. Luego volvería a la biblioteca, al pasaje en la sombra y la escalera, y desde allí, por la puerta oculta, a la parte posterior de la casa, donde le esperaba una góndola. Así podría salir de aquel mal paso. Cuando los hombres del dux y la Quarantia habían acudido a su casa, hacía unas horas, había tenido el tiempo justo para deslizarse detrás del panel móvil del segundo piso. Esta vez tendría tiempo más que suficiente para preparar su partida sin ser visto y dirigirse a Marghera. Sí, allí estaría a salvo...

Se detuvo.

Por un instante había tenido la sensación de que una sombra se deslizaba no lejos de él.

Miró ansiosamente alrededor, preparado para todo. ¿Le habrían descubierto los soldados? ¿Había otros en el interior de la casa? Permaneció unos segundos inmóvil, aguzando el oído.

Nada.

Siguió adelante.

Melquisedec, anónimo, Milán, 1602.

Invocaciones al Diablo, anónimo, París, 1642.

Diabolus in Música, E. Lope-Tenezar, Madrid, 1471.

Vicario pensó que, si la suerte estaba de su parte, podría llegar a Marghera antes del día siguiente. Tal vez allí ya estaban preocupados por su ausencia; aunque la norma de anonimato absoluto que debía prevalecer en sus reuniones secretas no permitía, ni mucho menos, asegurarlo. Tendría que encontrar un caballo al salir de la laguna y dar aviso a algunos de los suyos; luego iría a ver a la Quimera y a Von Maarken en persona. Frunció el entrecejo. Sí, fuera como fuese, debía llegar antes del alba; no era solo una cuestión de «comodidad personal», oh no, era cuestión de vida o m...

Se detuvo de nuevo y sus miembros se tensaron.

Había oído algo esta vez, estaba seguro.

Algo parecido a un gruñido, sordo, profundo, característico.

Sintió que un sudor frío brotaba de sus axilas.

Andreas Vicario vio unos ojos que brillaban no muy lejos, muchos ojos, tres pares al menos, como los de un Cerbero escapado de los Infiernos.

«Pero ¿qué...?».

En ese instante Andreas Vicario realizó un rápido cálculo; una intuición luminosa surgió en él, y le inspiró un terror sin nombre; pero apenas tuvo tiempo de pensar en la formidable intuición que acababa de imponerse en su cabeza.

Desde todos los rincones de la *Librería*, las sombras se abalanzaron sobre él.

El problema del Mal de Andreas Vicario, miembro del Gran Consejo

«De la desconfianza hacia el Mal», capítulo XXI

Tal vez sea preciso explicar por qué existen aún algunos que creen que a largo plazo el Mal está condenado a desaparecer: no siendo por esencia sino desconfianza y traición, este no sabría concebir una organización estable, ni asentar su poder y su dominación, si no fuera sobre una materia transitoria y corrompida. Dicho en otros términos, la traición encarnada por el Mal llegaría a un punto tal que este acabaría por traicionarse a sí mismo, como Pedro al renegar de Cristo o Judas al empujarle a la Cruz, si estos dos hombres no hubieran buscado, uno en el apostolado, y el otro en el ahorcamiento, alguna forma de redención. De ahí se sigue que el Mal, al no poder confiar en sí mismo, cavaría fatalmente su propia tumba y su propio fin; sería causa de su propia pérdida, preparando así, sin quererlo, lo que más teme desde la Noche de los Tiempos: el Triunfo del Dios bueno del que abomina.

En suma: no se podía confiar en nadie. Andreas Vicario tenía razón.

La Orquídea Negra llegó al lugar unas horas antes del alba. Unos aullidos lúgubres habían surgido de la *Librería*, y a la vuelta de un talud, uno de los Señores de la Noche que patrullaban por el barrio se había dado cuenta de que pisaba sangre: la sangre de los soldados que la Quarantia había apostado ante la villa de Canareggio. Desde el inicio de la noche, todo había ido mal. Pietro se recuperaba aún con dificultad de la súbita muerte de Giovanni Campioni. Durante mucho tiempo, Pavi y el senador habían estado discutiendo si debían presentarse a esa misteriosa invitación en el cementerio de Dorsoduro. El propio senador había insistido en hacerlo, esperando ofrecer así a los hombres de la Criminale una oportunidad para identificar a uno o a varios Pájaros de Fuego. Pero había ocurrido lo que Pietro más temía: otro asesinato, el del Sexto Círculo. Campioni había sido arrojado a la tumba como

herético y apóstata por haber buscado otra forma de llevar los asuntos públicos. Conociendo el habitual cinismo de la Quimera y su afición por el espectáculo, Pietro sabía que esa entrevista nocturna era una locura. Ningún argumento había conseguido disuadir al senador, trastornado todavía por el recuerdo de Luciana y su deseo de vengarla. Pero en un instante, un virote de ballesta, lanzado sin duda desde la *altana* de una villa próxima que dominaba el cementerio, había puesto fin a su vida. «Pero ¿qué otra cosa podía esperarse?», pensó Pietro, furioso. El senador tardó en informar a Pavi del mensaje que había recibido; cuando lo hizo ya había tomado una decisión y se disponía a dirigirse al cementerio. Tuvieron que improvisar en un momento en que la mayoría de los agentes y las fuerzas de policía se habían lanzado ya tras la pista de Andreas Vicario. Y a pesar de todas sus precauciones, Pavi y sus auxiliares no tuvieron tiempo suficiente para proceder a un registro exhaustivo en el Dorsoduro. No pudieron prevenir ese disparo aislado ni tampoco identificar su procedencia antes de que el asesino hubiera tenido tiempo de huir tranquilamente. Podía decirse que la determinación de Campioni se había vuelto contra él, su impulsividad había acabado por conducirlo a la muerte; pero, en ausencia de la Orquídea Negra, Pavi había cometido un grave error al decidir seguirle en lugar de impedir que acudiera al cementerio. También él había sido víctima de su curiosidad y de la necesidad de actuar. Hubiera sido preciso, al contrario, retener al senador, por la fuerza si hacía falta. Pero era más fácil llegar a esta conclusión *a posteriori*. Tal vez Pietro, en esas circunstancias, hubiera actuado del mismo modo. Aparentemente, la actitud de Giovanni Campioni en ese momento no había dejado espacio a ninguna duda o contradicción. En todo caso, lo cierto era que las cosas estaban lejos de arreglarse, y por más que estos hechos hubieran multiplicado la rabia y la voluntad de revancha de Pietro, los Nueve y la Quarantia, todos dudaban de que en la *Librería* de Vicario les esperaran buenas noticias. La vergüenza había caído sobre ellos, y también allí se podía temer lo peor.

Al menos Ottavio había quedado fuera de juego. Viravolta había informado a Pavi del episodio de Santa Croce, y este había avisado inmediatamente al dux. Desbordado y desalentado, Francesco Loredan no había podido decidirse a dar ninguna instrucción, totalmente absorbido por la inminencia de la Ascensión, que ahora se situaba por delante de cualquier otra consideración.

Esta era la situación cuando el Señor de la Noche, con su manto negro, levantó la linterna ante su rostro enmascarado para ver el de Pietro. Pavi se había quedado en el palacio, pero un nuevo destacamento de soldados acompañaba a Viravolta. Este distinguió, en una esquina de la villa, una silueta inclinada sobre un amontonamiento de cuerpos. Por el espacio de un instante, creyó reconocer el perfil característico de Antonio Brozzi, el médico de la Criminale. Con los hombros hundidos, la espalda encorvada y su barbita cortada en punta, el médico hundía una mano en su bolsa lanzando un «¡Buf!» de cansancio y de asco. Habían tenido que despertarle en plena noche. Pietro se volvió hacia el hombre que sostenía la linterna ante él. Empezaba a

caer una lluvia fina.

—¿Los han matado a todos?

—Eso parece. Nadie ha entrado ni ha salido de la villa desde que los descubrimos. Le esperábamos.

Pietro alzó la mirada hacia la fachada de la *Librería*, ajustándose bien el sombrero. Algunas gotas de lluvia le cayeron en los ojos. Le pareció que el cielo lloraba, cuando él era todo cólera y deseo de venganza. Cogió las pistolas que llevaba al costado e hizo una señal a los soldados, armados también con pistolas, picas, espadas y armas arrojadizas, para que le siguieran al interior de la casa. Tras ellos, un poco apartado, se encontraba Landretto, que había vuelto para anunciar a su amo que Anna Santamaría se había ocultado en un lugar seguro, en casa de una de sus antiguas amigas, en el *sestiere* de Castello, y se disponía a volver allí para garantizar su protección. Sin haber recibido la autorización para hacerlo, el criado siguió los pasos de la Orquídea Negra y de su grupo.

Todos entraron por la puerta principal de la villa.

Franquearon el vestíbulo, rodeando la fuente de aguas rumorosas, antes de penetrar en la *loggia* de la planta baja. Pietro dejó a algunos hombres de guardia junto al *cortile* que daba a la calle. Una ojeada circular bastó para hacerle revivir todas las sensaciones que había experimentado la noche en que Andreas Vicario había dado su famoso baile. Aquí, precisamente, había conversado con Luciana por última vez. Pietro miró las chimeneas, a uno y otro lado de la habitación; las mesas desnudas, que vigilaban las estatuas de esclavos pintadas. No hacía falta esforzarse demasiado para recordar las luces, las parejas enmascaradas dando vueltas en medio de los cotillones y los pétalos de flores y los bufetes desbordantes de manjares. Pero esa noche la *loggia* tenía un aspecto muy distinto: sumergida en la penumbra, despojada de todos sus oropeles, había sido devuelta al polvo y a la apagada oscuridad de una casa que había albergado a un asesino y un perjuró. Ya nadie bailaba, las orquestas habían callado, y en ese «patio» rodeado de sillones y divanes donde entraba ahora, no había mujeres con los vestidos levantados, antifaces yaciendo en el suelo, manos abandonadas en los ángulos de los sofás. Pietro subió rápidamente la escalera, encontró el pasillo y la puerta tras la que había sorprendido al Pájaro de Fuego con *larva* y velo negro que acababa de colgar a Luciana. Los soldados que le acompañaban abrían, una tras otra, las puertas de las habitaciones; se dispersaban por toda la villa. Viravolta se aventuró hasta el extremo del pasillo. Allí se encontraba la puerta que comunicaba con la *Librería*, en la otra ala de la vivienda. Pietro se inclinó y pegó la oreja a la puerta durante un instante. Nada. Entornó los ojos y movió el pomo.

Lentamente, la puerta se abrió.

La *Librería* aún estaba iluminada, una decena de estanterías se alineaban ante él. Permaneció unos segundos sin moverse en la entrada de ese laberinto y luego continuó la marcha. Sus pasos quedaban ahogados por las mullidas alfombras verdes

que adornaban los pasillos. Giró en una esquina, luego otra vez, y otra. Finalmente llegó a la avenida central. Una quincena de metros le separaban aún del fondo de la primera sala de la biblioteca. Al extremo de esa larga perspectiva, Pietro captó unos movimientos furtivos, sombras curvadas sobre otra forma indistinta. Hasta él llegaron unos jadeos. Pietro se encontraba en el centro de la habitación; la disposición en estrella lo convertía en el punto de convergencia de las diferentes hileras de estanterías del lugar que, después de un doble codo en ángulo quebrado, volvía a un plano más rectilíneo y clásico. Pietro había avanzado unos pasos más. La visión de la escena al fondo de la sala se hizo más precisa: comprendió entonces que había interrumpido un perturbador festín.

En el mismo momento en que se hacía esta reflexión, de los diferentes pasillos que tenía ante él, surgieron los monstruos. Unas masas negras, hambrientas y aullantes se precipitaron hacia Pietro.

«Pero ¿qué...?».

Pietro lanzó un grito y retrocedió un paso. Con la pistola en el extremo de su brazo extendido, apuntó a uno de los perros, que, con los belfos espumeantes, ladraba salvajemente mientras continuaba su carrera. La detonación resonó, entre una nube y olor de pólvora. El perro recibió el proyectil en plena cara y, tras frenar en seco, se recogió sobre sí mismo con un chillido antes de caer al suelo. En el mismo instante, Pietro había girado hacia su izquierda para utilizar la segunda pistola. Otro perro cayó y luego se levantó sobre sus patas, tambaleándose. Solo estaba herido; sus ojos chispeantes brillaron con un furor ciego, y siguió arrastrándose hacia delante. Pietro dejó caer las armas de fuego mientras dos soldados irrumpían en la *Librería* lanzando exclamaciones. Las pistolas cayeron a su lado, sobre la alfombra, mientras desenvainaba su espada. Uno de los perros de la jauría saltó en ese momento, dispuesto a rajarle la garganta. Pietro le recibió con la punta de su espada; la hoja le atravesó de parte a parte y Viravolta acompañó su caída al suelo. Los dos soldados se habían apostado a su lado y, en medio de los gorgoteos de agonía de las bestias enfurecidas, le ayudaron a despejar el terreno. Se había dado la alerta, y todo el destacamento convergió hacia la *Librería*. El rostro de Landretto apareció en el marco de la puerta. El criado preguntó enseguida por el estado de Pietro.

Este había avanzado hasta alcanzar el fondo de la biblioteca. Allí descubrió el cuerpo de Andreas Vicario.

Sus ropas negras estaban destrozadas y manchadas de sangre. Aquí y allá, los belfos húmedos y las mandíbulas aceradas de los perros habían dejado el hueso al descubierto, bajo jirones de carne. Pietro, agachado, con una mano sobre la rodilla, murmuró:

—«Disipadores, desgarrados por las perras...».

Landretto había llegado a su lado.

—¿Qué dice?

Pietro levantó los ojos. Apretó los dientes.

—Los violentos, Landretto. Los suicidas transformados en árboles, que se hablan y se lamentan; los disipadores, desgarrados por perras, en el segundo recinto... Los acompañan los sodomitas, los enemigos de Dios y del arte...

—¿Quiere decir que...?

Pietro contempló de nuevo el cadáver.

—Una vez más nos encontramos ante una acción premeditada. Es evidente que este hombre era solo un cómplice que se había convertido en un estorbo. Vicario ha sido engañado, traicionado por su propio partido. Sin duda también él se estaba convirtiendo en un peligro. Tal vez sabían que había sido desenmascarado. Pero ¿cómo? Landretto... ¿habrá un traidor en nuestras filas? ¿Otro informador?

Viravolta y el criado intercambiaron una larga mirada.

—Regresa con Anna —dijo Viravolta—, y no la pierdas de vista ni un segundo. Volveremos a vernos cuando todo haya terminado.

El grupo de soldados se acercó. Uno de ellos, al descubrir el cuerpo, se llevó dos dedos a la nariz en un gesto de repugnancia.

Andreas Vicario, llamado Minos, juez de los Infiernos y brazo derecho de Lucifer, había abandonado la escena, asesinado por los suyos.

CANTO XX

El Minotauro

El Carnaval de Venecia, que se remontaba al siglo X, había acabado por extenderse a seis meses del año: del primer domingo de octubre al 15 de diciembre, y luego de la Epifanía a la Cuaresma; finalmente la Sensa, la Ascensión, lo veía florecer de nuevo. Toda Venecia entraba en ebullición con los preparativos de la fiesta. Los Diez, que seguirían siendo Nueve hasta que Emilio fuera reemplazado, debían cumplir con la imposible tarea de controlar y vigilar el conjunto de las festividades, con la ayuda de los Quarantie y del comandante en jefe del Arsenal. Como cada año, la gestión de las manifestaciones públicas se había delegado a los oficiales de las Rason Vecchie, el órgano de verificación de las cuentas y de la utilización de los fondos del Estado. Los oficiales de la Crimínale y también los magistrados habían recibido la consigna de velar más que nunca por la estricta observancia de las normas de seguridad. Ningún disfraz, y en particular el de soldado, debía servir de pretexto para llevar ilegalmente armas peligrosas, comprendidos bastones, mazas, palos o picas. Los agentes del gobierno, igualmente disfrazados y repartidos por toda la ciudad, constituían la excepción a la regla. Pero ¿qué podrían hacer estos hombres ante la afluencia de varias decenas de millares de personas, todas anónimas? El Arsenal, por su parte, tenía varios navíos en estado de alerta, dispuestos a surcar la laguna, en la punta de la Giudecca y en las inmediaciones de Murano, Burano y San Michele, y embarcaciones ligeras navegaban más alejadas mar adentro y organizaban patrullas de reconocimiento.

En la tierra y en el mar, Venecia era un hormiguero de actividad. Había llegado el momento de la euforia, de las liberaciones, el momento en que el hombre vulgar podía imaginarse el rey del mundo, en que la nobleza jugaba a ser plebe, en que el universo, de pronto, se ponía patas arriba, en que se invertían y se intercambiaban las posiciones sociales, en que todo enloquecía y todas las licencias, todos los excesos, estaban permitidos. Los gondoleros, con librea de gala, paseaban a los nobles por los canales. La ciudad se había adornado con innumerables arcos de triunfo... En la Piazzetta, una máquina de madera en forma de pastel cremoso seducía a los glotones, y se formaban aglomeraciones en torno a los funámbulos, las escenas de comedia improvisadas y los teatros de marionetas. Subidos sobre taburetes, con el índice apuntando a las ausentes estrellas, astrónomos de feria peroraban sobre el próximo Apocalipsis. La gente gritaba, lanzaba carcajadas, se ahogaba de risa, dejando caer al suelo el dulce o el helado; disfrutaba de la alegría y la dulzura de la vida.

Entonces, aquella a quien llamaban la Reina de Corazones salió de la sombra.

Apostada hasta entonces bajo las arcadas, se adelantó unos pasos mientras abría su abanico. Sus labios rojos se redondearon. Dejó caer el pañuelo a sus pies mientras se arreglaba un pliegue del vestido. Se agachó para recogerlo y dirigió una mirada a otro agente, apostado un poco más lejos, en el ángulo de la Piazzetta, para comprobar que había comprendido. Aquel gesto quería decir: «Allí está».

En efecto, ahí estaba, en medio del tumulto.

Aquel cuya misión suprema consistía en asesinar al dux de Venecia.

Dos cuernos de falso marfil a uno y otro lado del cráneo. Una faz de toro, provista de un hocico de repliegues agresivos. Unos ojos sarcásticos que brillaban tras la pesadez de la máscara. Una armadura, auténtica, hecha de mallas y placas de plata, suficientemente ligera para que pudiera desplazarse con la rapidez requerida. Una capa rojo sangre, que ocultaba, a la espalda, las dos pistolas cruzadas que necesitaría para cumplir su misión. Rodilleras de metal sobre las botas de cuero. Un gigante, una criatura imponente. Casi podía sentirse el aliento ardiente que surgía de sus ollares.

El Minotauro, dispuesto a devorar a los hijos de Venecia en el laberinto de la ciudad en plena efervescencia, se disponía a cambiar el curso de la historia.

El Carnaval había empezado.

CANTO XXI

La Sensa

La Orquídea Negra se encontraba no muy lejos del Fondaco dei Tedeschi, entre la plaza de San Marcos y el Rialto. Los almacenes del Fondaco, en la proximidad de los mercados, ocupaban una posición estratégica sobre el Gran Canal. Como muchos edificios venecianos, los depósitos habían tenido que soportar los asaltos del tiempo, y un incendio en 1508 obligó a reconstruirlos por entero. En el patio interior, en el extremo de una de las tres galerías de arcadas, bajo el techo con claraboya, Pietro conversaba animadamente con un hombre enmascarado vestido de negro ante la puerta que daba al canal. Los agentes del palacio y de la Quarantia, así como numerosas fuerzas militares, patrullaban por la ciudad con la mayor discreción posible. Pietro, por su parte, había decidido moverse a rostro descubierto, esperando hacer, a su vez, de cebo y provocar un paso en falso del enemigo. Se habían reforzado las posiciones del Arsenal, el Rialto, el palacio de los dux, y también del Fondaco. Allí se encontraban dispuestos una cincuentena de hombres de reserva, así como armas, barriles y provisiones; esas plazas fuertes en miniatura se habían diseminado por todos los *sestieri* de Venecia. La población ignoraba, sin duda, que se encontraba sentada sobre un barril de pólvora: la situación era muy delicada, por no decir explosiva.

Después de haber intercambiado unas palabras con su compañero, Pietro se ajustó el sombrero y la flor en el ojal y, echándose el manto hacia atrás, salió en dirección al *campo* San Bartolomeo.

Un instante después se encontraba sumergido en el ajetreo y el bullicio de la ciudad.

Las últimas conversaciones con Ricardo Pavi habían sido agitadas, y había pasado una noche espantosa. Pietro apenas había dormido una hora. Pero, ahora más que nunca, debían permanecer vigilantes. La Orquídea Negra empezó a recorrer las calles, acechando el menor movimiento. Dos mil hombres recorrían así la Serenísima, para controlar o dispersar las aglomeraciones sospechosas y registrar a los habitantes que pudieran ocultar algún arma bajo sus ropas. Entre la multitud, que ignoraba lo que se tramaba, lo menos que podía decirse era que las autoridades estaban en tensión. Preocupadas por no empañar el desarrollo de las festividades, se veían forzadas al temible juego del disimulo; los agentes de la República se esforzaban en mostrarse amables, intentaban sonreír antes de recuperar su expresión sombría, respondían a las exclamaciones con otras exclamaciones afectadas. Las oficinas económicas y judiciales se habían cerrado; en el propio interior del palacio se había cuidado de no dejar sin vigilancia ninguno de los accesos, y el patio estaba trufado de gente armada. Pietro se detuvo un instante a dos pasos del Rialto. En torno al puente,

soldados disfrazados simulaban que jugaban a las cartas, conversaban entre sí, observaban a los paseantes o mendigaban bajo sus harapos de circunstancias. Se habían establecido señales de reconocimiento para evitar las múltiples confusiones posibles entre soldados disfrazados, oficiales en ropa civil, tropas de patrulla y jefes de incógnito del mismo bando. Pietro se acercó primero a una mujer que permanecía inmóvil bajo una arcada y desde hacía unas horas observaba tranquilamente las idas y venidas de la gente, con una daga oculta bajo su capa negra. Intercambió unas palabras con ella. «¡Nada que resaltar por el momento, caballero!», le dijo la mujer, haciendo chasquear el abanico junto a su boca. Unos minutos más tarde se acercó a otra. Esta llevaba un antifaz y un lunar en la comisura de los labios, y exhibía sus senos mientras jugaba con el abanico. Su sofisticada cabellera caía en bucles enmarcando una preciosa cara. En los pasillos del palacio la llamaban la Reina de Corazones.

Y acababa de señalar la presencia del Minotauro.

Apenas había tenido tiempo de sorprenderse por su extraño comportamiento cuando ya lo había perdido de vista.

«Hay que encontrarlo».

Un poco más lejos, un hombre vestido con un gran manto oscuro, con un parche sobre el ojo, se había deslizado entre los apostadores de uno de esos juegos de calle que invadían la ciudad. La lotería llamada *della venturina* consistía en sacar al azar, de una bolsa, fichas marcadas con un número o una figura —la Muerte, el Diablo, el Sol, la Luna, el Mundo— con la esperanza de ganar un sabroso buñuelo. Pietro se plantó al lado del tuerto y observó el juego en silencio durante unos segundos. Manos ávidas se hundían en la bolsa y los participantes lanzaban gritos de alegría o de decepción al descubrir sus fichas.

—¿Va a jugar, maese? —preguntó una voz.

Pietro entregó maquinalmente una moneda, mientras murmuraba unas palabras al hombre que tenía a su lado. Buscó a su vez en la bolsa y, en el momento de sacar la ficha, se dio cuenta de que el hombre del parche le señalaba con el dedo un rincón de la plaza.

Entonces distinguió al Minotauro.

Estaba ahí, a unos metros, petrificado en una postura hierática, y parecía burlarse de él detrás de su máscara. Pietro frunció el entrecejo. «¿Qué es? ¿Qué es?», preguntaban a su alrededor; pero él oía las voces como si llegaran de lejos. Abrió la mano sin mirar su ficha. «¡La muerte! ¡La muerte! No hay buñuelo, maese...». Pietro dejó de prestar atención al juego y se limitó a seguir observando al Minotauro. El individuo no se había movido. Luego, lentamente, inclinó la cabeza. Una compañía de soldados apareció en el ángulo de las Mercerice. El Minotauro se volvió bruscamente en su dirección, antes de girar sobre sí mismo y salir en la dirección opuesta.

Pietro, intrigado, decidió seguirle.

Una calle, luego otra; el Minotauro parecía dirigirse ahora hacia la plaza de San Marcos. En cierto momento se volvió y pareció distinguir a Pietro. Apresuró el paso. Pietro hizo lo mismo. No tardaron en desembocar en la piazzale dei Leoni, detrás del palacio, para caer en medio de una nueva barahúnda de gritos. Aquí se exhibían las Fuerzas de Hércules: pirámides humanas ejecutadas por las agrupaciones de los *sestieri*, los castellani de las parroquias *de citra*, en torno a Castello, los niccolotti de las *de ultra*, hacia San Niccolo en Dorsoduro; con gorras y cinturones rojos los primeros, y negros los segundos, se habían reunido para rivalizar en audacia ante los ojos del mundo. Los acróbatas por un día se encaramaban unos sobre otros, y cada nuevo piso conquistado era celebrado con una salva de aplausos. Pietro no apartaba los ojos del Minotauro; no era casual que su atención se hubiera visto atraída por el curioso atavío del monstruo al que perseguía. Y sin duda no era casual que el Minotauro hubiera ido a descubrirse ante él.

... y hete aquí que al borde del talud destaca esa infamia de Creta, el maleficio concebido por una falsa vaca... Como el toro se suelta y no amilana cuando el golpe mortal ha recibido, no puede huir mas en huir se afana, así vi yo saltar al Minotauro...

Pietro lanzó un juramento mientras se abría paso entre la gente, temiendo a cada instante que el Minotauro desapareciera de su vista. Le vio desvanecerse al otro lado de la plaza. Pietro dudó un segundo y luego, en lugar de recorrer por el exterior el perímetro de las filas del público agrupado en la piazzale, se lanzó directamente hacia el centro. Al hacerlo, en medio de un nuevo clamor, empujó sin querer a uno de los niccolotti, verdadero pilar de soporte de una de las pirámides que competían y que en ese momento estaba atacando el cuarto piso. El buen hombre lanzó un grito y echó pestes mientras trataba de conservar el equilibrio. Vaciló un segundo, luego dos... Toda la pirámide se tambaleó. En lo más alto, un muchacho que acababa de erguirse, flexionó de nuevo las piernas. Notó que se inclinaba hacia la derecha. Tratando desesperadamente de recuperar la posición, hizo molinetes con los brazos. Al final consiguió agarrarse a su vecino, amenazando con arrastrarlo en su imparable movimiento basculante... Entonces toda la estructura se bamboleó un momento, a la derecha y a la izquierda, en un movimiento pendular que el público siguió, atónito. Luego la pirámide se derrumbó de golpe, como un castillo de naipes. La multitud, furiosa y asustada, cerró el anillo de sus brazos en torno a los hombres que caían los unos sobre los otros, abalanzándose hacia delante con un mismo impulso, una especie de pulsación crispada que avanzaba y se retiraba como la marea, en medio de esas decenas de cabezas y de miembros que apuntaban al cielo. Pero el fatal error de Pietro no había pasado inadvertido a todos; algunos espectadores trataron de cerrarle el paso. La Orquídea Negra rugió, se debatió como un loco furioso. Su puño voló hacia el rostro de un mocetón que trataba de sujetarle por la cintura. Pietro consiguió

desasirse de un tirón y, aprovechando el desorden y la estupefacción, se libró de aquellos brazos para lanzarse en dirección a la plaza de San Marcos, que se encontraba muy cerca.

Apenas había llegado cuando le detuvo una chiquilla de mirada clara y piel tostada.

—¡Buenos días! ¡Somos las escolares del convento de la Santa Trinidad!

«¡Oh, no, ahora no, por favor!».

La niña le tendió una cajita de cartón con una ranura perforada e hizo tintinear el contenido bajo sus narices. Un enjambre de chiquillas, vestidas como monjas, con camisita blanca y faldita azul, y los cabellos anudados, se dispersaba por la plaza para recoger las donaciones de los buenos parroquianos.

—¡Maese! Para las escolares de la Santa...

Pietro acababa de echar distraídamente una moneda en la caja y había salido a toda prisa, empujando a la chiquilla, para tratar de encontrar de nuevo al Minotauro.

En la plaza, la animación era aún mayor. El dux se había presentado al pueblo desde lo alto de la tribuna de la basílica de San Marcos para abrir oficialmente las festividades de la Sensa. Las cofradías de oficios desfilaban, con todos sus estandartes al viento, con sus santos, estatuas y relicarios. Una de esas paradas superaba en belleza a todas las demás: la de la guilda de los vidrieros de Murano. Mientras buscaba aún la pista del Minotauro, Pietro distinguió al joven Tazzio, hijo del difunto Federico Spadetti. La visión, aunque fugitiva, le deslumbró. Tazzio estaba de pie sobre una carroza decorada con múltiples banderolas, y sentada a su lado, una joven de mejillas sonrosadas, con una sonrisa radiante, resplandecía en su vestido de cristal. Esta mujer, que brillaba con mil fulgores, parecía una aparición escapada de otro mundo. Sin duda Viravolta no había sido el único en pensarlo, porque en torno a él enseguida se elevaron murmullos de admiración y nuevos aplausos. Sobre la carroza, esa ninfa hechizadora, con la celeste frente coronada por una diadema, agitaba suavemente la mano en la brisa. ¿Sería ella esa Severina que Tazzio deseaba tan ardientemente y que Spadetti había mencionado en su entrevista en Murano? Pietro no hubiera dudado en convenir que cualquiera se habría enamorado por menos. Severina estaba sublime en su funda de vidrio laminado, estriado de orlas opalescentes, ceñido por su cinturón de perlas y por un lazo en forma de estrella, con su cuello de vidrio hilado y sus lenguas de cristal que brillaban con mil reflejos: el del palacio ducal, de la airosa punta del campanile, de las alas vengadoras del león que dominaba la laguna o de los rostros de la multitud extasiada. Sí, en esos reflejos se leía, en definitiva, toda la historia de Venecia ardiendo en un fuego de artificio de colores y centelleos.

Y Severina seguía agitando la mano y sonriendo.

A su lado se encontraba el joven y suspirante Tazzio, ángel rubio de rostro pálido, Adonis espiando al sol o Apolo conduciendo su carro, desafiando al firmamento con sus hipérbolas. Tazzio, con la bandera en alto, tenía una expresión sombría, que

contrastaba extrañamente con la luminosa sonrisa de Severina. El joven, que todavía llevaba sus ropas de luto y vestía un manto largo sobre la casaca negra, con mangas adornadas con pasamanería de oro, levantaba la nariz como si se encontrara en la proa de un navío; detrás de él, a pie, dos mil obreros de la guilda desfilaban al paso en medio de una nueva profusión de estandartes y banderas. Mazos y compases amarillos sobre fondo púrpura, barcos atrapando el viento sobre banderas azules, fieras rugientes sobre pendones blancos o negros. La larga procesión se alargaba desde la plaza hasta el Arsenal, en la Riva Ca'di Dio. Pronto la carroza de Tazzio pasó bajo la tribuna de la basílica y se detuvo. Con la mano en el corazón, Tazzio se inclinó en señal de deferencia. Bajo los famosos bucéfalos esculpidos que adornaban la tribuna, se encontraba su alteza serenísima, el dux de Venecia, que hacía signos con la mano, invitando al joven a incorporarse. Este obedeció y señaló a la bella Severina y su vestido de cristal. Se produjo un nuevo estallido de aplausos. Por toda respuesta, Francesco Loredan cogió de una canasta que le habían acercado un puñado de flores, que echó sobre la joven pareja; luego mostró a la población una medalla de estrellas de oro que Tazzio, caída la noche, recibiría de sus manos. El joven, lentamente, cambió de expresión; intercambió con Severina una amplia sonrisa y depositó un beso en sus labios.

Mientras tanto, Pietro seguía buscando al Minotauro. Por fin lo encontró; había pasado al otro lado de la procesión. Después de los homenajes recibidos y ofrecidos bajo la tribuna de la basílica, el desfile pasaba ante las Procuratie, daba la vuelta a la plaza contorneando un anfiteatro de madera instalado para la ocasión y volvía a salir hacia los muelles por la Piazzetta. Pietro y la extraña figura a la que había seguido estaban separados ahora por la muchedumbre. Los dos hombres se miraron fijamente sin moverse, a uno y otro lado de la plaza. De nuevo parecía que el tiempo se hubiera detenido. Ahí estaban; el monstruo enigmático y cornudo, dominando con su estatura a dos cortesanas enmascaradas, y su perseguidor, con las armas ocultas bajo el manto y el rostro tenso, esperando el momento de lanzarse sobre él. Finalmente, cuando pasó la última de las cofradías de los oficios, Pietro creyó que había llegado el momento y se lanzó hacia delante. Pero el populacho había llenado inmediatamente el espacio desocupado, ajustando su paso al de las corporaciones y festejándolas aún, tan pronto con aclamaciones como imitando burlescamente sus andares. La trampa se cerró inmediatamente sobre Pietro, cada vez más oprimido. De nuevo, el Minotauro había desaparecido de su vista. Así permaneció varios minutos, tratando de perforar la cortina infranqueable de los curiosos venecianos, que le hacían retroceder inexorablemente hacia las Procuratie.

Desde el inicio del día, se habían organizado numerosas misas, y las campanas repicaban por toda la ciudad. Después de un breve paso por el palacio, Francesco Loredan apareció de nuevo. Acababa de ocupar su puesto en el *pozetto*, un gran sitial llevado por dos hombres, en compañía del comandante supremo del Arsenal, y avanzaba entre la multitud. Aquello enardeció aún más a los miles de personas que se

habían reunido en la plaza. El dux lanzaba a su alrededor monedas con su efigie, recordando con ese gesto la ceremonia de su entronización. A su estela, miembros de la nobleza lanzaban pan, dinero y vino. Entre una cabeza y un brazo que se agitaban ante él, Pietro distinguió brevemente el severo rostro de Ricardo Pavi, el jefe de la Quarantia Crimínale, que se había sumado con sus propios agentes a la guardia próxima del dux para escoltar el *pozetto*. Bajo las arcadas de las Procuratie, los conciertos proseguían con nuevo ímpetu. Las «pobrecitas» del palacio, esas doce ancianas de notoriedad pública, antiguas sirvientas caídas en la miseria, recibían por una vez sumas generosas cuando tendían la mano, mientras apartaban con el pie a los competidores y competidoras atraídos allí por la misma necesidad. Esa noche, el palacio estaría iluminado con antorchas, el Gran Baile reuniría a la nobleza extranjera y a la de la Dominadora, los fuegos artificiales coronarían Venecia con nuevas estrellas y San Marcos brillaría como *a giorno*.

Pietro se abrió paso desesperadamente con los codos, tratando de escapar de una vez al caos que le rodeaba, aunque en su avance tenía que escuchar comentarios destemplados: «¡Vamos, tranquilo, amigo!», «¡Eh, que no está usted solo!», «¡Síw calmo, caballero!». De vez en cuando se ponía de puntillas, tratando de encontrar al Minotauro, sin creer ya realmente en ello; esta vez se había desvanecido por completo. A lo lejos, en la esquina de la plaza, el *pozetto* del dux desaparecía también. Sin duda, su alteza serenísima se dirigía al Arsenal, donde pondrían a flote su galera oficial, la *Bucentauro*. Pero ¿y si ocurría algo en el camino, antes incluso de que el dux pudiera alcanzar la laguna? Pietro soltó una nueva retahíla de improperios. Bajo las Procuratie habían instalado unas galerías de madera cubiertas que llegaban hasta la parte delantera del palacio; se deslizó como pudo por ellas, a contra corriente, en medio de filas de tiendas de encajes, de cuadros de maestros, joyas y cristales. Aquel flujo incesante le empujaba constantemente de un lado a otro sin que pudiera reaccionar. Su avance quedaba obstaculizado a cada paso; los insultos redoblaron.

Luego, de pronto, se detuvo.

A sus pies, como si hubiera aparecido milagrosamente, había una máscara.

La del Minotauro.

Pietro la recogió enseguida. Vio que había una nota lacrada en el interior. La abrió con gesto febril.

¡Has perdido, Viravolta! Estamos en el Séptimo Círculo, «Mas mira al valle, cuyas tierras toca ese río de sangre en que se agita quien sobre los demás violencia invoca». Sí, Orquídea Negra: en el Círculo fatal perecerá, por tu culpa, Loredan. ¿Quién de los dos llegará el primero al río de sangre en hervidero?

VIRGILIO

Cada vez más nervioso, Pietro alzó los ojos, mirando de nuevo alrededor.

Un repentino clamor le hizo girarse. Llegaba del anfiteatro montado en la plaza, en torno al cual habían pasado las corporaciones. El amplio recinto había sido construido para la ocasión, imitando al de Tito en Roma. Un nuevo desfile, compuesto por cuarenta y ocho personajes enmascarados que representaban a las naciones amigas de Venecia, había empezado. Hungría, Inglaterra, Suiza, España se inclinaban ante el público antes de entrar bajo el portal de madera. Encaramados en todo el contorno del ruedo, otros personajes, estos de comedia, tocaban trompetas o batían tambores. Se oían mugidos confusos, y también ladridos. Dentro de unos instantes se daría la señal de salida para la caza del toro en el corazón del anfiteatro; doscientos animales de anchos flancos y ollares humeantes se sucederían a lo largo de la jornada, al día siguiente, y también al otro. En las actuales circunstancias, la imagen del toro, asociada a la del sacrificio, despertó en Pietro un extraño eco. Su mirada se dirigía de un extremo a otro de San Marcos siguiendo los impulsos de la multitud, sin que supiera a qué santo encomendarse.

Luego, de repente, oyó una serie de silbidos.

En ese momento se encontraba en el ángulo de San Marcos con la Piazzetta. Alzó los ojos en dirección al campanile. No lejos de él, empezaba a formarse una aglomeración parecida a la que se había creado cerca del anfiteatro. Pietro frunció las cejas. «¡El Salto de la Muerte!».

Lo llamaban también el «Vuelo del Turco»: un juego peligroso en el cual los obreros del Arsenal se deslizaban a lo largo de un cabo tendido entre el campanile y el palacio ducal, mientras ejecutaban temerarias figuras. A veces, algunos obreros desafortunados se aplastaban contra la fachada. En esta ocasión no era uno, sino cuatro o cinco, los cabos que tendían desde el campanile, disparando viroles que los propulsaban hasta el otro lado, a los balcones del palacio, donde eran recibidos por otros obreros que comprobaban la seguridad del dispositivo.

Se escuchó un nuevo silbido, y otro más.

«Pero ¿qué...?».

Al ver adelantarse a las primeras siluetas enmascaradas hacia los cabos, Pietro comprendió lo que pasaba. Se volvió hacia el campanile. Luego hacia el palacio. Sorprendido por su descubrimiento, balbuceó todavía un «Pero... pero...», sin poder evitar las idas y venidas de su mirada de uno a otro de esos dos extremos, la aguja de la torre a un lado, y los balcones al otro. Luego, entre las aclamaciones de la gente, cinco hombres de negro se deslizaron por el espacio sobre él.

«El Vuelo del Turco».

Entonces, Pietro supo que aquellos hombres no eran obreros del Arsenal.

Acababa de comprender de qué modo pensaban penetrar los Pájaros de Fuego en el interior del palacio.

«¡Los Pájaros de Fuego!».

Y allí estaba Orinel, del orden de Abaddón; Halan, del orden de Astaroth;

Maggid, de los Principados; Diralisén de las Dominaciones; Aseal de los Tronos... Todos ahora se sucedían a gran velocidad por encima de Pietro, de cinco en cinco, y se recibían los unos a los otros en los balcones. Su mirada los seguía de un extremo a otro mientras se deslizaban por los cabos, a la vista de la población, que ignoraba lo que se tramaba. Sobre los tejados de la basílica aparecieron otras siluetas encapuchadas y, del otro lado del palacio, se tendían nuevos cabos desde los edificios contiguos. Pietro, horrorizado, asistía petrificado al espectáculo; ¡en torno a él, la gente reía y señalaba con el dedo a los acróbatas! Pietro miró en dirección al palacio, y luego hacia los muelles, donde el dux había desaparecido en su *pozetto*. Entonces abrió su manto, buscó en su cinturón una pequeña cacerola, con una cuchara de metal, y golpeó con todas sus fuerzas al divisar a un grupo de soldados concentrados cerca de la porta del Frumento. Tres de ellos contemplaban también, con aire burlón, a las sombras que se deslizaban por los cabos; no comprendían nada. Otro, más avisado, oyó el ruido y se puso a gritar al distinguir a Pietro. En diversos rincones de la plaza se escucharon nuevos ruidos de cacerolas, que luego se extendieron hasta allí, bajo las Procuratie, y más allá, a las Mercerie; un escándalo atronador empezó a surgir de todas partes. ¡La alerta estaba dada! Otra vez Pietro dudó entre los dos teatros de operaciones que se le ofrecían. ¿Debía correr al interior del palacio con la guarnición, o lanzarse al rescate del dux?

Decidió confiar en los soldados del palacio y salió corriendo en dirección a los muelles.

«¡Con tal de que llegue a tiempo!».

Apenas había avanzado unos metros cuando se detuvo de nuevo.

En la laguna acababa de dibujarse el perfil imponente y majestuoso del *Bucentauro*. El dux se había instalado en él, rodeado de senadores y de damas de la nobleza, así como de las familias que, después de haber representado a la Serenísimas ante los monarcas extranjeros, habían adquirido el estatus de *kavalier*. La *Negrone*, la galera de gala del embajador de Francia, avanzaba a su estela; pero, a invitación de Loredan, Pierre-Francois de Villedieu había subido también al *Bucentauro*, junto al dux. El trono se encontraba a popa, en una especie de cabina formada por un inmenso baldaquín rojo que, adornado con los signos hercúleos propios de todos los príncipes europeos, desplegaba su oro y su púrpura. El león de Nemea acompañaba a las cabezas de la hidra; a sus pies, el dios Pan sostenía el mundo; por encima de él, los óvalos y medallones de pinturas, ricamente decorados, declinaban, en función de las estaciones y los meses del año, las virtudes de Venecia en un largo relato a mayor gloria de la República: Verdad, Amor a la Patria, Coraje y Generosidad, Estudio, Vigilancia, Honor, Modestia, Piedad, Pureza, Justicia, Fuerza, Templanza, Humildad, Fe, Castidad y Caridad, acompañaban a las alegorías de las Ciencias y las Artes y a la suprema Magnificencia. Los leones alados de San Marcos cruzaban los emblemas del

Arsenal y de las principales corporaciones de Venecia: herreros, carpinteros o calafateros, artífices de la conquista del Imperio. A proa se encontraban la Justicia y la Paz sobre los símbolos que representaban los ríos de Tierra Firme, el Adigio y el Po, que celebraban la dominación pacífica de Venecia sobre sus territorios. En torno al *Bucentauro* y a la *Negrone*, una bandada de esquifes hacían brillar las aguas de la laguna; góndolas a decenas, *bisnone* provistas de ocho a diez remeros, peotas nobiliarias que rivalizaban en lujo, laureados de las últimas regatas, pero también carrozas náuticas colosales que representaban ballenas, tritones o delfines. Mujeres con ropa ligera instaladas en conchas flotantes hacían señales con la mano en dirección a las orillas donde se apretujaba la población, encantada con este maravilloso desfile. Falsas grutas incrustadas de algas y corales, batallones de sirenas, monstruos surgidos de los abismos que expulsaban, como fuentes, sus chorros de agua, parecían rivalizar entre sí bajo la mirada altiva de un Neptuno de torso musculoso. Poco a poco este paisaje mágico se organizaba; las embarcaciones se situaban en sus marcas, convergían las unas hacia las otras, se alineaban, se deslizaban delante o detrás de otra más grande o más pequeña. Entonces, la multitud asistió extasiada al largo desfile de una sucesión de cuadros barrocos, cada uno de los cuales estaba construido en torno a una divinidad: Venus iba en cabeza, claro está, pero pronto Marte hizo su aparición, y Juno, Apolo y Minerva. Pegaso, el caballo alado, erguido como si se dispusiera a abandonar el mar, pasó por fin ante un sol que empalidecía ante su figura.

El *Bucentauro* y su armada multicolor salían a la laguna.

Octavo Círculo

CANTO XXII

Los Esponsales del Mar

Pietro se precipitó hacia los muelles. En el lugar habían instalado *casotti* de animales salvajes. Una leona giraba sobre sí misma detrás de los barrotes; un rinoceronte de Asia, con el cuerno apuntando hacia abajo, removía sin convicción un montón de heno sembrado de excrementos; un guepardo mostraba los colmillos mientras golpeaba el suelo con la pata, y un árabe montaba un dromedario que avanzaba con toda calma entre los entusiasmados paseantes. Pietro se detuvo un instante al borde del muelle, ante la laguna. Jardines artificiales, montados sobre enormes balsas, decoraban la orilla; panes de césped cargados de plantas en macetas y ramos de flores acababan de conferir toda su belleza al lugar. Diversos conciertos se celebraban aquí y allá, y la gente paseaba de una balsa a otra al son de músicas barrocas, a través de pasarelas de madera instaladas para la ocasión. Pietro avanzó por una de ellas y franqueó tres o cuatro balsas antes de saltar a una góndola. El esquife se bamboleó peligrosamente ante esta irrupción y el gondolero estuvo a punto de caer al agua. El hombre se rehízo justo a tiempo, y empezó a lanzar insultos. En ese instante, Pietro se dio cuenta de que diversas góndolas convergían hacia el *Bucentauro*, sembrando la discordia en el desfile acuático al cortar el paso a las náyades instaladas en sus conchas y a los Neptunos que agitaban en el aire sus tridentos.

—¡Condúceme al *Bucentauro*! —dijo Pietro jadeando—. ¡Es cuestión de vida o muerte!

El gondolero, un hombre de unos cuarenta años, de rostro tostado y párpados caídos, parecía vacilar entre la perplejidad y la cólera. Sin duda pensaba deshacerse *íllico* de aquel visitante imprevisto, pero algo en la mirada autoritaria de este le disuadió de hacerlo. Pietro deslizó bajo sus ojos el nuevo salvoconducto que le había entregado Ricardo Pavi, firmado personalmente por el jefe de la Crimínale y marcado también con el sello del dux.

—El dux corre un grave peligro. ¡Rema, amigo! ¡Rápido!

El gondolero observó el rollo de papel sin comprender, miró a Pietro, y por fin su rostro se iluminó. Dudó un momento, pero Pietro volvió a gruñir, y finalmente el hombre sonrió y se ajustó el gorro sobre la cabeza.

—Tiene suerte, maese. Ha ido a dar con el gondolero más rápido de la República.

—Ha llegado el momento de probarlo —dijo Pietro.

Los Esponsales del Mar. El viaje del dux a través de la laguna, en ese día de la Sensa, era uno de los más importantes de la vida de la Serenísima. La simbólica y breve odisea le conducía hasta San Niccolo del Lido. Allí, desde el *Bucentauro*, lanzaba

cada año un anillo bendecido por el patriarca, pronunciando estas palabras: «Te desposamos, oh mar, en señal de eterna dominación» (*desponsamus te, mare, in signum veri perpetuique domini*). Este gesto de comunión y de alianza renovada conmemoraba el triunfo de 1177, cuando el emperador, para recompensar a la ciudad por su apoyo contra Barbarroja, fue a inclinarse ante el Papa bajo el porche de la basílica de San Marcos. Alejandro había concedido entonces a Venecia el dominio de los mares. Retrospectivamente, el acontecimiento podía considerarse una profecía, pues así había comenzado la Serenísima a labrarse su reputación. En el *Bucentauro*, Francesco Loredan, sentado en su trono de gala, conversaba con el embajador Pierre-Francois de Villedieu, que desde el baile de Vicario disfrutaba, encantado, de su reciente llegada a la Serenísima. El embajador parecía realmente extasiado ante la sucesión de maravillas a las que asistía. Rodeado, como correspondía, de ricas damas de la nobleza, inclinándose a derecha e izquierda para contemplar la laguna y las bandadas de embarcaciones que les rodeaban, De Villedieu lanzaba de vez en cuando exclamaciones de alegría y se perdía en felicitaciones admirativas.

Loredan, por su parte, disimulaba su profunda preocupación tras una sonrisa de circunstancias. No lejos de él, Ricardo Pavi, con las cejas fruncidas y un rostro de mármol, trataba igualmente de contener su nerviosismo. Con las manos cruzadas por delante del cuerpo, Pavi lanzaba de vez en cuando una mirada sombría hacia el extremo del Lido.

En el palacio, los vidrios del piso superior saltaron en pedazos. Uno de los Pájaros de Fuego, encapuchado de negro, rodó por el suelo y se levantó sacándose una pistola del costado. Diez de sus compañeros se lanzaron en dirección a la Sala del Consejo, mientras una quincena se dirigía hacia la Sala del Colegio. Las primeras escaramuzas habían empezado; bajo el fresco de Tintoretto, *Venecia recibiendo los dones del mar*, se escuchaban disparos, que resonaban con más fuerza aún debido a la prohibición de llevar armas durante las festividades. Fuera la gente todavía aplaudía, creyendo que se trataba de simples petardos, preludio de los fuegos de artificio de la noche, los más esperados, los del Gran Baile de la Dominadora. Después de las primeras salvas, se desenvainaron espadas y puñales. Un gran número de soldados ascendía por la Scala d'Oro y se precipitaba al interior del Ante colegio; en tres lugares del palacio, los Pájaros seguían descolgándose de los cabos, mientras otros descendían por los tejados. Las cuadrillas, tardíamente alertadas, habían tardado un rato en comprender lo que ocurría, y ahora trataban de dispersar a la multitud agolpada en la plaza para impedir que los enemigos siguieran afluyendo desde la torre del campanile. Al mismo tiempo, a unos centenares de metros de allí, en torno al Rialto, Barakiel de Pitón-Luzbel, Turiel de Belial, Ambolino de Asmodeo y algunos mercenarios de Von Maarken empezaban a ocupar las oficinas judiciales, económicas y financieras, en medio de un caos que la multitud, aún ajena a los hechos, contribuía a aumentar

estorbando a las autoridades en su repentina puesta en movimiento.

—¡Más deprisa, más deprisa! —exclamó Pietro, furioso por no poder disponer de un remo con el que ayudar al gondolero, que jadeaba por el esfuerzo.

Pietro estaba encaramado en la proa, con una mano sobre las rodillas y la otra en el costado. El *Bucentauro*, imponente en el centro de esa marea, se iba acercando; pero estaba aún bastante lejos, y la góndola se veía obligada a dar rodeos continuamente para evitar a las embarcaciones de gala que se interponían en su trayectoria. Los insultos seguían lloviendo, y habían estado a punto de ser despanzurrados un montón de veces. «¡Cuidado!», gritaba Pietro, al ver que rozaban aquí una carroza náutica y allá una de las peotas que surcaban las aguas. «¡A la derecha, a la izquierda!». Al mirar alrededor, pudo constatar que otras góndolas actuaban del mismo modo que ellos.

En algunas distinguió claramente a unas siluetas encapuchadas que le resultaban más que familiares. Apretó los dientes y siguió animando a Tino, el gondolero, que hacía todo lo posible por acelerar un ritmo que era ya muy vivo. Gotas de sudor resbalaban por su frente y sus músculos resaltaban bajo el chaleco y las mangas arremangadas de su camisa. Sin embargo, solo estaban acercándose a la punta de la Giudecca, y Pietro comprendió que, a ese ritmo, Tino no podría aguantar mucho tiempo. Entonces distinguió uno de los *bisnone* de diez remeros, deslizándose no muy lejos, a la estela del *Bucentauro*, en medio de una bandada de embarcaciones del mismo tipo. Después de ordenar a Tino que se acercara, Pietro interpeló a gritos a los remeros. Se produjo entonces, de uno a otro esquife, una insólita conversación, en la que cada uno de los interlocutores se desgañitaba para tratar de imponerse al ruido; luego Pietro hizo una señal con la cabeza y se volvió hacia el gondolero.

—¡Te doy las gracias, amigo! Puedes volverte satisfecho, ¡pero ha llegado el momento de un cambio de poderes!

Diciendo esto, cogió la flor de su ojal y la lanzó a los pies del gondolero, que abrió unos ojos como platos al ver la orquídea negra.

La góndola tocó la embarcación, y Pietro subió mientras dentro se apretaban para hacerle sitio. Los remeros eran vigorosos pero acababan de salir de una carrera febril en el Gran Canal. Aun así, los hombres empezaron a cantar, entre jadeo y jadeo, y sacando fuerzas de la flaqueza, como si se tratara de una nueva competición —y en cierto modo, así era—, hicieron entrar en acción sus bíceps con energías renovadas.

En San Niccolo, el *Bucentauro* pareció lanzar un último resoplido; un temblor recorrió sus flancos, cogió impulso, y giró lentamente para situar su proa frente a la embocadura de la laguna. No muy lejos, la *Negrone* hizo lo mismo y fue a colocarse a su lado. Había llegado el momento solemne. El dux se levantó entonces de su trono,

invitando al embajador a hacer lo mismo y a seguirle. Los senadores, las damas de la nobleza y los representantes de las grandes familias se apostaron a uno y otro lado del puente central, formando un pasillo de honor que dibujaba una especie de suntuosa guirnalda de un extremo a otro de la galera. Loredan avanzó lentamente, seguido por el embajador. Dio unos pasos alejándose del baldaquino rojo, observando la hilera de sonrisas y de ojos luminosos que convergían hacia él. Los pajes alineados a ambos lados de la nave alzaron sus trompetas al cielo. Lanzaron un primer toque; a Loredan le pareció oír, por encima del bramido, el rugido del león de Nemea. Prosiguió su marcha hasta la proa del navío; allí, otro paje le esperaba, un hijo de tierras lejanas, de piel morena, con la cabeza envuelta en un turbante azul en el que brillaba una diadema. Llevaba el anillo sobre un cojín de terciopelo rojo y oro. Junto a él, apoyando su mano en el hombro del muchacho, se encontraba el patriarca de Venecia, vestido de gala. Loredan se acercó a ellos y apareció claramente ante los ojos del mundo, con el manto bailando al viento, la *zogia* brillando en la frente, el cetro en la mano y sus anillos resplandeciendo al sol; se detuvo, dominando el mar, y miró alrededor. Una segunda salva de trompetas acabó de llamar a la laguna al silencio. En todas partes, los barcos se detuvieron; toda la armada se inmovilizó después de un último deslizamiento, y de San Marcos a la Giudecca, todos callaron, con los ojos clavados en el *Bucentauro*.

A una cincuentena de metros, en una simple barca estacionada al alcance de la vista de la galera del dux, un hombre encapuchado acababa de tenderse tranquilamente. El hombre retiró con un gesto el tapete púrpura de la proa antes de asegurar su posición. Un cojín colocado bajo el torso le levantaba un poco el tronco, para facilitar su última inspiración antes del momento decisivo. Se apoyó en el codo. Lentamente deslizó una mano hacia el gatillo del arcabuz que acababa de desvelar, mientras con la otra sostenía el interminable cañón, cuyo extremo descansaba en una contera de metal destinada a asegurar la estabilidad del arma en el instante del disparo. Le llamaban el Arquero, el Arcabucero, o también Gilarión de Meririm, de los Principados, y era el hombre que, en plena noche, a ciento cincuenta metros y disponiendo solo de la luz de una antorcha, había alcanzado a Giovanni Campioni con un único virote en el cementerio de Dorsoduro. Desde el lugar en que ahora se encontraba, con el dux erguido totalmente a la vista en la proa del navío, Gilarión no podía fallar. Pero no estaba solo en su empeño; antes de volver a la lente de fabricación propia que le permitiría ajustar el tiro dentro de unos segundos, Gilarión entornó los ojos y miró hacia el flanco derecho del *Bucentauro*. Allí, otra embarcación acababa de acostar, y mientras sobre la galera todo el mundo estaba concentrado en la ceremonia que ejecutaba Loredan, el Minotauro, con su capa color sangre ondeando a la espalda, utilizó una de las escalas para izarse con presteza hasta la cubierta de la nave.

«¡Está allí! ¡Está en el barco!», pensó Pietro.

El *Bucentauro* permanecía quieto en medio de la laguna. Durante un instante el oleaje pareció calmarse. Era una imagen impresionante la del *Bucentauro*, la *Negrone*, las góndolas y embarcaciones de todos los tamaños allí inmóviles, con las velas blancas izadas y las guirnaldas agitándose suavemente al viento. El dux se había levantado, abandonando su trono y su baldaquino junto a la Justicia y la Paz, y ahora cogía con solemnidad el anillo que le tendía el paje. Lo levantó al sol, en señal de triunfo. Y así apareció en medio de toda la población de Venecia y de Tierra Firme y de los extranjeros llegados de los rincones más alejados de Europa y de Oriente, con su *zogia* resplandeciente, de pie bajo el astro de oro. Entonces, con una voz clara surgida de la historia de Venecia como una fuente que celebraba siete siglos de un esplendor que había deslumbrado al mundo, reiterando ese gesto de comunión y de alianza fraternal, en medio de un silencio absoluto, pronunció la fórmula ritual.

El pequeño paje del turbante azul sonrió.

Desponsamus te, mare...

Gilarión se disponía a apretar el gatillo de su arcabuz cuando un golpe repentino estuvo a punto de hacerle caer de lado. Sorprendido, volvió la cabeza; la capucha le estorbaba. Aún no había tenido tiempo de disparar, aunque un instante antes la postura del dux le había parecido ideal. Se dio cuenta de que un hombre acababa de lanzarse a su lado y sus ojos se dilataron de asombro.

De un puntapié, Pietro hizo volar el arcabuz. El arma saltó de su contera de metal, pasó sobre la borda y, levantándose casi en vertical, cayó de punta en el agua de la laguna. Gilarión reaccionó demasiado tarde. Lanzando un grito de estupor, se revolvió para tratar de recuperar el arcabuz antes de que desapareciera. Cuando alzó los ojos de nuevo, se encontró ante la Orquídea Negra.

La lucha fue breve.

Pietro lanzó a su enemigo por encima de la borda.

Durante un breve instante, con las manos sobre las rodillas y la mirada apuntando al fondo de la barca, trató de recuperar el aliento, con el rostro sudoroso.

Luego se incorporó.

Desde la barca empezó a hacer señales, abriendo los brazos, casi dando brincos sobre la frágil embarcación, que se tambaleaba a derecha e izquierda.

Desponsamus te, mare, in signunt veri perpetuique dominií. El dux dejó caer el anillo, que desapareció, tragado por las aguas.

Entonces, desde San Marcos al Lido, resonó en todas partes un clamor sin igual. La población, exultante, dio rienda suelta a su alegría.

Ricardo Pavi recorría el puente del *Bucentauro* con aire grave. Buscaba signos, miraba a derecha e izquierda, incomodado por aquella exaltación, por las banderolas y pañuelos agitados al viento, por los disfraces de carnaval. Se pasó la mano por la nuca, con el pelo negro muy corto, y por un instante creyó distinguir, entre todas las embarcaciones que le rodeaban, una barquita sobre la que se agitaba una silueta familiar.

Se detuvo, entornando los ojos.

Una dama de alto rango, con un vestido malva con reflejos de seda, pasó ante él.

«Viravolta... ¡Es él!».

Le pareció que su corazón se detenía.

¡Trataba de decirle algo!

«¡Demasiado lejos, Pietro! ¡Estás demasiado lejos!».

Pavi trató de comprender las señales que le enviaba la Orquídea Negra; unos ademanes que, en ese instante, hubieran podido parecer cómicos. Viravolta bailaba como la población y Pavi podía ver cómo su boca se agrandaba, pero era incapaz de oír nada en medio del clamor general.

«¿Qué? ¿Qué quieres decirme?».

Representaba con gestos, en lo alto del cráneo, la presencia de... ¿unos cuernos?

Con la vista nublada, Pavi se volvió y miró en dirección al dux.

Desponsamus te, mare, in signum veri perpetuique dominii.

Loredan, momentáneamente distraído por la ceremonia, se volvió también para abandonar la proa del navío. Pasó la mano por la mejilla del paje y dirigió una sonrisa satisfecha al embajador Pierre-Francois de Villedieu, así como a los miembros de la nobleza reunidos en el *Bucentauro*. De pronto, un coloso pareció surgir ante él.

El Minotauro y su máscara cornuda, sus hombros de metal, su capa púrpura.

—¿Francesco Loredan?... —dijo con voz gutural, una voz que resonaba como una sentencia.

Los rasgos del dux se crisparon.

Mas mira al valle, cuyas tierras toca ese río de sangre en que se agita quien sobre los demás violencia invoca.

El Minotauro se lanzó con un gesto la capa sobre los hombros y hundió las manos en su espalda, de donde sacó, como un ilusionista, las dos pistolas deslizadas en su vaina. Se oyeron gritos de estupor. Detrás de la máscara del Minotauro, Loredan, petrificado, creyó adivinar una sonrisa, y pensó: «Esta vez es el final».

Lanzando un alarido, Ricardo Pavi se precipitó contra el Minotauro. El coloso se tambaleó. Dos disparos se perdieron en el aire entre una fugaz nube de humo, agujereando las velas y los cortinajes rojos, mientras se derrumbaba hacia atrás. Los soldados, como si salieran de un sueño, se lanzaron también sobre él. Seis personas rodaron sobre el puente con el Minotauro, en medio de la confusión más absoluta. Una lluvia de puños y picas se abatió sobre él, en medio del horror y la estupefacción generales.

Desde el lugar en el que se encontraba, Pietro no distinguió enseguida qué ocurría. Al parecer peleaban sobre la cubierta del *Bucentauro*. Vio siluetas, el destello de alabardas resplandecientes. Y también había oído disparos.

Por fin vio al dux, con su traje de gala, que volvía a la proa del navío, y a Pavi que se levantaba.

Estuvo a punto de caer por la borda tras derrumbarse en el interior de la embarcación.

Lanzó un suspiro de alivio.

Pero el respiro fue breve.

Desponsamus te, mare, in signum veri perpetuique dominii.

En un recodo de la laguna, en el extremo de la Giudecca y el Lido, aparecieron las galeras. *La Joya de Corfú*, la *Santa María* y las embarcaciones austríacas resplandecían al sol; de los barcos dispuestos por el Arsenal en la punta de San Giorgio, para cerrar la entrada de la península, llegaron sordos clamores. Las galeras enemigas, de dos y tres mástiles y aparejo cuadrado como las caracas, equipadas con una tripulación de doscientos remeros y con el fondo de la cala repleto de armas y pólvora, parecían dispuestas a hacer tronar sus cañones; las naves habían surgido repentinamente de las aguas y avanzaban con todas las velas desplegadas. Ballesteros de élite y arcabuceros se dispersaban por los pontones; más de trescientas veinte piezas de cañón se preparaban para apuntar en dirección a la Serenísima y a los barcos enemigos. El Arsenal tenía, sin duda, con qué responder a estas fortalezas móviles, escoltadas por seis fragatas; pero la laguna hormigueaba de esquifes que habían salido para la fiesta, y los espacios de abertura, fuera de la península, eran reducidos. Cuanto más se acercara el enemigo a la ciudad, más complicadas serían las maniobras y mayores los riesgos de que el campo veneciano sufriera daños irreparables. Para la ocasión, se habían sacado de nuevo de los hangares a los herederos de la flota de guerra especializada, encabezados por la legendaria galera sutil, la *sottile*. Bandadas de escuadras ligeras, habitualmente encargadas de efectuar patrullas lejanas en el golfo, convergían hacia los asaltantes; pero de ningún modo podía asegurarse que la intercepción anunciada llegara a tiempo, antes de que San

Marcos, o incluso el propio *Bucentauro*, estuvieran a tiro. Una veintena de unidades de reserva, bajo el mando del capitán general del mar, colocaban en batería su artillería.

Tanto Pietro, en su barca, como Pavi en el *Bucentauro*, pensaron en lo mismo. Los dos hombres se volvieron con angustia hacia la salida de los muelles del Arsenal. Dos explosiones consecutivas acababan de atraer su atención.

Aquel era otro punto estratégico de Venecia, y ya se veían ascender nubes de humo. Seguramente en ese momento se estaban desarrollando combates en el lugar. Pero ¿quién obtendría la victoria...? ¿El jefe del Arsenal o los Estriges?

Contuvieron la respiración.

En los muelles de San Marcos, el pueblo miraba a derecha e izquierda, perplejo, sin saber si se trataba de nuevas sorpresas preparadas para las festividades... o de algo mucho más grave.

De pronto, surgiendo del puerto, una fragata con todas las velas desplegadas hendió las aguas en medio de la humareda y de las llamas causadas por la explosión repentina de los barriles de pólvora. Elegante, orgullosa como un pájaro, fue a unirse a las escuadras legitimistas, seguida pronto por otras.

—¡Sí! ¡Sí! —aulló Pietro—. ¡Son de los nuestros!

Se produjo un silencio...

Luego se escuchó el primer cañonazo.

Desponsamus te, mare, in signum veri perpetuique dominii.

Entonces, una nueva tormenta estalló.

CANTO XXIII

Los falsificadores

La joven Sofía, lavandera de oficio, llevaba de la mano a su hijito de seis años; ambos se encontraban al extremo de la multitud, en los muelles próximos al Arsenal, en el último lugar hasta el que se prolongaba la fiesta. Ettore, su hijo, devoraba un helado que se abría en volutas blancas y rosas y parecía casi tan grande como su cabeza. El niño se lamía los morritos mientras giraba el helado en todos los sentidos para tratar de sorber las gotas que se escapaban y le manchaban los dedos. A cada momento el helado amenazaba con caer al empedrado. Con una amplia sonrisa, Sofía saludó, haciendo melindres, a un galán que se alejaba después de haberlos acompañado un trecho del camino. Luego miró a su hijo y levantó una ceja, un poco irritada. Se inclinó hacia él, suspirando.

—¡Ettore, por favor! ¿Quieres prestar atención? Si lo aguantas así, el helado se te caerá al...

Un terrible silbido se oyó de pronto sobre ellos, seguido casi inmediatamente por un estrépito espantoso. Lo primero que pensó Sofía fue que era un terremoto. La mujer fue proyectada al suelo y protegió a Ettore con su cuerpo. A unos metros de donde estaba, toda la fachada de una villa pareció deslizarse sobre sí misma y se derrumbó entre los gritos de la gente, en medio de un diluvio de piedras. Nubes de polvo se alzaron en torno a ella y se escucharon toses violentas. La joven abrió un ojo y se dio cuenta de que, más allá de la cortina de humo, la villa, ahora desprovista de su fachada, dejaba ver el interior de dos pisos. Su mirada podía penetrar en unos aposentos ricamente decorados. En el umbral de uno de ellos, un viejo con la mirada extraviada y una expresión ida se acercaba a la abertura que daba al vacío articulando palabras incomprensibles.

Una bala de cañón había salido disparada de la *Joya de Corfú* para ir a caer allí en medio de una espantosa explosión.

La lavandera observó su bonito vestido, manchado y desgarrado. Se aseguró de que Ettore estaba bien; en cuanto a ella, se había herido ligeramente al caer, y tenía un corte en la frente del cual brotaba un poco de sangre. Un poco aturdida, miró de nuevo a Ettore y al helado espachurrado en el suelo.

—*Ma... Mamma mia*, Ettore... ¡Qué te había dicho!

Entretanto, Pietro había vuelto hacia la plaza de San Marcos. Detrás de él, el *Bucentauro* y la *Negrone* daban media vuelta pesadamente, en medio de la laguna, para ponerse definitivamente fuera del alcance de eventuales disparos enemigos. Las miríadas de embarcaciones que los rodeaban, antes dispuestas en armoniosas

formaciones que se habían visto desbaratadas de pronto por toda aquella agitación, giraban sobre sí mismas tratando de recuperar una apariencia de orden, lo que no era tarea fácil. Las naves se cruzaban en todos los sentidos, componiendo un cuadro absolutamente caótico. Pero el principal peligro había pasado, y mientras, mar adentro, la flota seguía combatiendo furiosamente, Pietro se precipitó hacia el palacio. La población se apretujaba en las calles, sin comprender aún qué ocurría, dudando entre la risa y la inquietud, los aplausos y el pánico, ante aquel espectáculo.

Pietro levantó la mirada en dirección al campanile; los cabos que habían servido para el supuesto Vuelo del Turco habían sido cortados. Los hombres de la Quarantia habían hecho su trabajo. Cuando, después de abrirse paso a través de la multitud, que las autoridades empujaban hacia atrás, llegó a la entrada principal del palacio, tropezó con uno de los agentes que trataba de establecer, con sus compañeros, un cordón de seguridad en tanto eso era posible. El hombre se volvió, sudoroso, dispuesto a increpar al recién llegado. «¡Ah, es usted!», dijo al reconocer a Viravolta, y le dejó pasar al interior.

Aunque al otro lado de las puertas aún se combatía, los últimos Pájaros de Fuego, apostados como vigías sobre los tejados y las láminas de plomo de la prisión, se habían dado cuenta de que el intento de asesinato de Loredan había fracasado y de que los barcos salían sin cesar del Arsenal para impedir que las galeras y las fragatas de la Quimera prosiguieran su avance hacia el interior de la laguna. La toma del puerto militar se había saldado, pues, también con un fracaso. La noticia se propagó entonces casi instantáneamente. Todo se había desarrollado, como estaba previsto, de manera simultánea y con una extraordinaria rapidez, pero no de forma favorable a los intereses de los Estriges. Mientras en el exterior continuaban rechazando a la multitud, Pietro avanzó hasta el patio. Aquí la lucha era encarnizada. Aunque algunos habían bajado los brazos y se rendían, otros, en un arrebatado de desesperación, se deslizaban todavía sobre las láminas de plomo para saltar al interior, con sus mantos bailando al viento. Junto a la Scala d'Oro y bajo las estatuas de Sansovino se desenvainaban las espadas; los combatientes se lanzaban hacia las escaleras, girando en torno a los pilares, saltaban desde todas partes hasta los balcones, golpeaban con sus talones las losas grises y blancas; se oía el ruido de las hojas que chocaban, los gritos de los heridos y, de vez en cuando, la detonación de las pistolas, de las que surgían fugaces nubes de pólvora.

Pietro observó un instante el caos y suspiró, cansado.

«Maldito día».

Luego se rehizo y desenvainó también su espada con gesto resuelto.

«¡Bien! Creo que ya es hora de acabar con esto».

A lo lejos, en la laguna, los combates entre las flotas enemigas hubieran podido evocar, en otras circunstancias, un cuadro de Canaletto cruzado con el talento de un

Turner escapado de alguna oscura academia y especializado en temas militares. Al acabar el día, las grandes nubes blancas que se desplazaban bajo el cielo, los barcos con las velas desplegadas y las chispas de fuego que escupían los cañones, daban a esta sorprendente representación la dimensión de un apocalipsis. Junto a las galeras, la silueta esbelta de las fragatas y las *sottili* deslizándose sobre las aguas, dando bordos según las maniobras de ataque y defensa de los adversarios, acentuaba la sensación de movimiento ininterrumpido del conjunto. Desde el *Bucentauro*, situado más atrás en la laguna, se podía adivinar la minúscula silueta de los combatientes encaramados a los mástiles o agitándose en los puentes.

El dux había vuelto a ocupar su trono, en la popa del navío. A su lado, el embajador de Francia contemplaba estos enfrentamientos con los ojos muy abiertos; pero su sonrisa se había helado. Acababa de asistir a tantos acontecimientos consecutivos que no sabía qué actitud tomar, entre el espanto y el alivio. De Villedieu se volvió hacia Loredan.

—Pero... Alteza... Todo esto...

El dux, que se recuperaba de sus emociones mientras Pavi y la tripulación seguían haciendo maniobrar al *Bucentauro*, esbozó una mueca bajo la máscara de yeso de su rostro. Se había librado de una buena.

—Es... hummm... una reconstrucción.

—¿Ah, sí? —preguntó Pierre-Francois de Villedieu, que no lo veía muy claro.

—Sí... Lo hacemos cada año... Una especie de... —se aclaró la garganta—... de tradición, podríamos decir.

La mirada del embajador iba y venía del dux a la embocadura de la laguna. De repente una gigantesca seta negra ascendió hacia el cielo. Con un interminable chirrido, *la Joya de Corfú*, tocada en los flancos en varias ocasiones, se balanceaba de costado. Uno de sus mástiles había volado en pedazos. En la proa se elevaron llamas; el barco hacía agua por todas partes. Su popa no tardó en volar hacia el cielo. La galera estaba a punto de hundirse y los marinos enemigos se lanzaban al agua desde el puente. Más lejos, viendo que la partida estaba perdida, *la Santa María* viraba bajo el fuego cruzado de las embarcaciones del Arsenal; sus velas chasqueaban en el sol poniente. Algunas fragatas aisladas persistían en lanzarse a la batalla, pero las demás imitaron a su capitana y se batieron en retirada. Pierre-Francois de Villedieu había perdido y reencontrado sucesivamente su sonrisa. Miró de nuevo al dux.

—Pero... parece tan real... —dijo, extrañado.

—Sí, ¿verdad? —replicó el dux, compungido.

El embajador lanzó de pronto un gritito histérico y aplaudió con frenesí. *La Joya de Corfú* acababa de desaparecer entre las olas, lanzando al cielo resplandores de incendio.

—¡Oh, bravo! ¡Espléndido! ¡Maravilloso!

Decididamente se divertían mucho en Venecia en esta época.

—¡El enemigo huye! ¡El enemigo huye!

Gritando estas palabras, el soldado se precipitó al patio del palacio ducal, seguido por un tropel de gente armada reunida en las Mercerie. El hombre se adelantó y distinguió a Pietro Viravolta, que en aquel momento se incorporaba; acababa de ensartar a uno de los Estriges encapuchados, que se contorsionaba sobre el suelo envuelto en su manto. Pietro retiró la hoja ensangrentada y miró alrededor.

Los Pájaros de Fuego. Se habían precipitado por los cabos, llovido de los tejados y volado hacia los balcones. Ahora solo quedaba un puñado de ellos. Pietro caminó por el patio cubierto de cadáveres. Un hombre se lanzó hacia él. Lo esquivó, paró una estocada, y luego flexionó las rodillas para lanzar a su vez un ataque que atravesó la garganta de su adversario. Unos instantes más tarde, ascendía por los escalones de la Scala d'Oro; otros cuerpos estaban tendidos sobre los peldaños, algunos implorando ayuda. Al llegar arriba, pudo ver a su derecha a uno de los Pájaros, rodeado por los hombres de Pavi, que abría los brazos para soltar su espada y rendirse. A su izquierda, amparándose en la sombra, otro, dominado por el pánico, se esforzaba en desprenderse de su manto, tratando de aprovechar la confusión. El hombre levantó los ojos al ver, muy cerca, la punta de la espada de Viravolta dispuesta a agujijonearlo.

Pietro sonrió.

—¡Vaya! ¿Cambiamos de bando?

Por fortuna, los combates habían sido escasos en los pisos superiores del palacio. Fue fácil acabar con los últimos Pájaros, que se habían refugiado en la sala del Gran Consejo o en el Ante colegio. La tentativa del enemigo de liberar a los prisioneros de los Plomos tampoco había dado fruto. Los Estriges acababan de comprender que su camino iba a acabar justo en el umbral de estas prisiones, que no tardarían en acogerles.

Al salir del palacio con los oficiales victoriosos de la Crimínale, Pietro se dio de bruces con una chiquilla vestida con faldita azul.

Con una sonrisa radiante, la niña le tendió su caja de cartón.

—¡Maese! Para las niñas de la Santa Trinidad...

Pietro sonrió.

Por un increíble milagro, en el exterior la fiesta y el Carnaval no se habían interrumpido. Asombrosamente, los venecianos no habían perdido ni una pizca de su entusiasmo. A pesar del ruido y la furia, los combates, algunos ocultos a las miradas de la población y otros tan evidentes que se habían tomado como una broma —rumor que las autoridades, sonrientes, se habían apresurado a propagar por todas partes—, se habían fundido en el escándalo general. El comandante en jefe del Arsenal había ganado la partida. Del lado de las oficinas judiciales del Rialto, que habían sido igualmente teatro de combates encarnizados, los Estriges, aislados, acabaron también

por capitular. A la Reina de Corazones, que se había introducido en los despachos donde se habían parapetado los partidarios de Von Maarken y la Quimera, correspondió el honor insigne de recuperar la última pistola que había escupido pólvora en aquel día.

Sin duda, las festividades de la Sensa veneciana y del Carnaval del año de gracia de 1756 fueron únicas en la historia.

En el *Bucentauro*, el embajador se inclinó y susurró al oído al dux:

—¡Ha sido extraordinario!

Pero, recordando que también había que mostrar, en ocasiones, cierto espíritu crítico, añadió:

—Aunque tal vez... un poco demasiado enfático.

Francesco Loredan sonrió sin responder. El dux lanzó un largo, larguísimo suspiro de alivio.

Los Esponsales del Mar habían terminado.

CANTO XXIV

El Pozo de los Gigantes

Seis caballos, vigorosamente fustigados por un cochero, tiraban de la carroza de Eckhart von Maarken en la carretera que salía de Marghera. El carruaje había partido rápidamente, después de que el duque renegado hubiera hecho cargar los baúles que le acompañaban; ahora huía. Con mirada sombría, Von Maarken miraba el paisaje que desfilaba ante sus ojos. En solo unas horas, su sueño loco se había venido abajo. De vez en cuando, el austríaco se cogía la cabeza entre las manos, esforzándose en contener el espanto y la cólera que empezaban a dominarle. Así se encontraba ahora en esa carretera que le alejaba para siempre de la República de Venecia: solo con sus visiones quiméricas y el espectro vivo de su destierro, de ese exilio que no tenía fin. Nunca volvería a recuperar sus bienes, que en gran parte habían sido redistribuidos ya por María Teresa. Y aún menos su honor. Los gritos breves y estridentes del cochero, los latigazos, el jadeo de los caballos, el polvo que ascendía en torbellinos a su alrededor, todo caía en su conciencia como gotas de agua lejanas en un pozo sin fondo, y le parecía que un sudario velaba la realidad. Se encontraba sumergido en una pesadilla, y esa pesadilla, sin duda, no le había abandonado desde el día funesto de su primera proscripción. «Todo está perdido —pensaba—. Todo».

Apretó los puños. Había salido a toda prisa, igual que había llegado: como un conspirador, un aristócrata decepcionado, sin más causa que la suya. El dux había ganado. Estaba vivo. Ottavio y Vicario habían sido eliminados. Los Pájaros de Fuego, esos Estriges surgidos de otras pesadillas, habían entregado las armas. Solo él y la Quimera habían conseguido escapar. Y ahora se habían convertido en un peligro el uno para el otro aunque en realidad, nunca habían dejado de serlo, pensó Von Maarken. Y todo aquello —Eckhart estaba absolutamente convencido— por culpa de un solo hombre: la Orquídea Negra. Pietro Viravolta, a quien por oscuras razones el Diablo había decidido dejar con vida cuando lo había tenido a su merced, en lugar de acabar con él de una vez por todas. Y tal vez desde ese día todo había dado un vuelco.

Eckhart aún se enfurecía al recordarlo.

«¿Y ahora?».

La huida. La huida hacia delante. Volver a Austria era imposible. Allí solo le esperaba la prisión. Huía hacia Francia, donde tenía algunos amigos; tal vez allí encontraría protección y los medios para salir a flote. Mientras pensaba en ello, una rabia loca, mezclada con desesperación, le dominaba. Las lágrimas asomaron a sus ojos. ¡Bien! Estaba solo, pues. Completamente solo. Pero saldría adelante. Lo primero que debía hacer era ponerse a resguardo. Luego retomaría el hilo de lo que siempre había sido su vida: pelearía para conservar los oropeles de su honor pasado, escarnecido, ridiculizado, que le había transformado en un pelele. Pelearía por lo

poco que le quedaba.

¡Duque, él era un duque, y eso no era poco! Nunca se había sentido hasta ese punto como un apátrida al que todo le había sido arrebatado, rey solitario en el exilio.

«¡Vamos, saldré de esta!».

Impulsado, tal vez, por una vaga intuición a la que se unía una inquietud sorda, asomó casi distraídamente la cabeza por la ventanilla de la carroza, hacia la estela del carruaje. Durante un instante quedó deslumbrado; en el horizonte de esa carretera bordeada de cipreses, lagos y lomas, el sol se ponía. Primero distinguió un puntito negro, al que no prestó excesiva atención. Pero a medida que este se acercaba, entornó los ojos, intrigado.

Un hombre a caballo le seguía, con los cabellos al viento. Los pliegues de su manto chasqueaban tras él. Cabalgaba a galope tendido. Las amplias mangas de su camisa se hinchaban por efecto de la velocidad. El jinete golpeaba con fuerza los flancos de su montura.

«¡Él! ¡Es él!».

Von Maarken juró entre dientes.

Pietro Viravolta se había lanzado en su persecución y cabalgaba a galope tendido.

En cuanto había tenido noticia de la existencia de la villa de Marghera, donde los Pájaros de Fuego solían encontrarse después de haber abandonado su triste panteón de Mestre, Pietro había corrido al lugar. Acompañado por algunos soldados y oficiales de la Criminale, aún confiaba en hallar en la casa a la Quimera y a Eckhart von Maarken, de los que dudaban que fueran una única persona. Así se había encontrado ante un edificio flanqueado por dos imponentes columnas de estilo antiguo, adornado con puertas vidrieras que daban a una entrada y a unos salones inmensos, y coronado por una luminosa cúpula de vidrio. Aunque existían signos evidentes de una presencia muy reciente, como unos vestidos con capucha que habían encontrado abandonados por el suelo —recuerdos de la mañana que sigue a la fiesta—, todos los residentes habían abandonado el lugar... o casi todos.

Un criado, visiblemente simple de espíritu, que había ayudado a Von Maarken a cargar su equipaje, se encontraba agazapado en un rincón. Cuando se disponía a huir a su vez, el hombre, sorprendido por la llegada de los soldados de Venecia, se vio obligado a volver sobre sus pasos y ocultarse en un oscuro trastero bajo una escalera. No fue difícil encontrarle y hacerle hablar. Pietro aún veía su dedo tembloroso indicando la dirección por donde había huido Von Maarken. Inmediatamente reemprendió la persecución.

Se había distanciado incluso de los soldados que le seguían, y ahora cabalgaba solo, duelista extraviado en el camino de los sueños, mientras las brumas de la noche se elevaban a medida que el sol desaparecía.

Ya estaba solo a un tiro de flecha de la carroza que huía. Sin dejar de talonear los

flancos de su montura, extrajo una pistola de su cinturón. Trató de apuntar al carruaje, pero aún estaba demasiado lejos y el disparo se hubiera perdido. Pietro tendió el puño hacia delante, y la pistola, ante él, parecía una prolongación de su brazo.

«¡Otra vez Viravolta!».

El duque introdujo precipitadamente la cabeza en el interior de la carroza. Un nuevo golpe para él. Se pasó la muñeca por la frente, empapada en sudor frío, y trató de controlar el temblor que le dominaba; sus manos enguantadas se crisparon sobre el bastón que llevaba consigo. Al cabo de unos instantes, inspiró y sacó de nuevo la cabeza por la portezuela para gritar al cochero:

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

Tuvo que sujetarse el gorro negro que cubría sus cabellos para que no saliera volando.

El látigo y las bridas chasquearon.

La Orquídea Negra les seguía aún y ganaba terreno.

—¡Más deprisa, por todos los santos! —exclamó Von Maarken.

Las sacudidas del vehículo eran cada vez más violentas. Von Maarken se desequilibró en el interior de la carroza, y a medida que las ruedas parecían rebotar contra el suelo, era proyectado a derecha e izquierda sobre la banqueta. Zarandeado de aquel modo, tuvo que agarrarse con la mano a una de las pequeñas cortinas interiores, de color malva, que se encontraban a cada lado de la portezuela. Lanzó un juramento y asomó la cabeza por tercera vez.

Ese hombre que le perseguía, con su manto negro dándole un aire de murciélago, se le apareció de pronto como un demonio, en un curioso cambio de papeles: los Estriges ya no estaban del mismo lado.

Miró de nuevo a ese demonio. Sí, ahora era un mito, una leyenda, lo que le perseguía.

Galopaba.

El polvo.

Los saltos del carruaje.

—¡¡¡Más deprisa!!! —aulló Von Maarken, y la sangre palpitó en sus sienes.

Su rostro había adquirido un tono rojizo.

Pietro se aproximó un poco más. Pronto estuvo tan cerca que empezó a notar las nubes de polvo que subían desde la carroza; el ruido era atronador. Le parecía aún más tumultuoso y ensordecedor que todas las celebraciones del asalto carnavalesco al que había asistido ese mismo día en Venecia. Fue remontando poco a poco a lo largo del rincón trasero izquierdo del carruaje.

Durante un instante pensó en alguna acrobacia que le permitiera saltar de su

caballo y colocarse por encima de las ruedas, junto a la portezuela. Dispuesto a todo, estuvo a punto de ceder a ese impulso. Finalmente, sin embargo, decidió seguir taloneando a su montura; pasó de largo la portezuela sin mirar al duque, que, por su parte, contempló asustado, con los ojos muy abiertos, a ese diablo que se deslizaba ante él. Durante un instante estuvieron casi el uno junto al otro; Pietro encorvado hacia delante en su caballo, con los cabellos ondeando todavía al viento, y Von Maarken con el rostro congestionado, con las pupilas azules dilatadas como canicas de porcelana, o como esos vidrios redondos de *crystallo* que en otro tiempo Federico Spadetti concebía para la gilda de los vidrieros de Murano.

«¡Sí, Federico! Tú, tu hijo y su Severina, y el vestido de cristal. Lo recuerdo».

Entonces Pietro apuntó al cochero y disparó.

—¡¡¡No!!! —aulló Von Maarken.

El hombre abrió los brazos, su sombrero voló, y una mecha de cabellos extrañamente roja, adornada con una cinta negra, se agitó como una marioneta detrás de su nuca. Se derrumbó hacia delante, con la chaqueta gris agujereada. El cuerpo pareció oscilar un breve instante, dudando entre caer bajo el carruaje o hacia el lado derecho. Sin embargo, con una pirueta de lo más singular, no eligió ni una solución ni otra. Se quedó allí, sin vida, sosteniendo las riendas de un vehículo que se encaminaba hacia otras muertes. Imagen infernal: los caballos desbocados, con la espuma saliendo de sus mandíbulas y los ojos brillando como antorchas, galopando sin saber ya adonde iban, conducidos por un cadáver.

El fúnebre carruaje, embalado, había forzado a Pietro a apartarse momentáneamente. En cuanto volvió a estar de nuevo a su lado, apretó los dientes.

«No, no podrás...».

Sin dudarle más, se colocó en posición sobre su montura y se lanzó.

Sus manos aferraron las cuerdas que, en el techo, sostenían aún los baúles tambaleantes de Von Maarken. Ahí se encontraba ahora, en la parte trasera de la carroza, con las rodillas dobladas, el manto ondulando al viento y las botas encajadas en los montantes inferiores, acercándose peligrosamente a las ruedas lanzadas a toda velocidad. Von Maarken miró de nuevo fuera, y su estupor aumentó. El caballo de Viravolta galopaba solo. El duque torció el cuello para ver qué ocurría detrás. Adivinó la presencia de la Orquídea Negra por los pliegues de su manto.

—¡Dios, que pare ya! ¡Que se detenga!

Pietro acababa de asegurar la presa. Liberando una mano, en un equilibrio precario, cogió su espada. Con un gesto la volvió de manera que la empuñadura apuntara en dirección a las ruedas del carruaje, temiendo caer a cada instante. Estuvo a punto de resbalar, pero en el último momento consiguió rehacerse. Inclinandose como pudo, hundió la empuñadura entre los arcos y el cubo de la rueda. La primera vez tuvo que renunciar; vibraciones entrecortadas ascendieron hasta su hombro y estuvieron a punto de hacerle perder presa. Luego, lanzando un grito, realizó una nueva tentativa. Se escuchó un crujido. Astillas de madera volaron en todas

direcciones mientras la rueda oscilaba sobre sí misma, amenazando con salirse de su posición. La mano enguantada de Pietro soltó la cuerda a la que aún se sujetaba y saltó hacia atrás. El aterrizaje fue doloroso; rodó sobre sí mismo entre el polvo. Jadeando, apartó los pliegues del manto, que se le había enrollado en torno a la cara, y su mirada se volvió hacia el carruaje.

Veinte metros más lejos, la rueda se soltó por fin. La carroza dio una última sacudida y luego pareció derrumbarse sobre sí misma. Con un bramido de maderas, volcó, excavando surcos en la tierra seca antes de bascular definitivamente. Arrastrados por el peso, los caballos se desviaron hacia su derecha; las cajas amontonadas en el techo volcaron una a una. Un cuerda se rompió con un chasquido. Y en medio de una nube imponente, el habitáculo de la carroza acabó su carrera a la sombra de una loma.

Pietro se levantó. Nada roto. Corrió hacia lo alto de la loma.

Extraño espectáculo. A sus pies se distinguía un pantano en el que había aterrizado lo que quedaba de la carroza. Los caballos habían escapado; un poco más lejos estaba tendido el cadáver del cochero. Las cajas habían derramado su oro y sus telas. En cuanto a Von Maarken, también él estaba tendido. En el momento de la caída había salido proyectado fuera del carruaje. Bajo el vestido, una de las piernas formaba un ángulo extraño. La otra estaba medio hundida en el agua del lago. Von Maarken estaba inmóvil en el fango, con el rostro manchado de sangre, respirando ruidosamente.

Pietro bajó la pequeña pendiente y se acercó.

Al principio, el duque solo vio la hebilla de sus botas, que ocupaba todo su campo de visión. Parpadeando, trató de levantar la cabeza, lo que le arrancó un gemido de bestia herida.

*Como cambia el lagarto su guarida,
de seto a seto, cuando el sol calienta,
y finge un rayo en la veloz huida,
así se lanza en agresión violenta
sobre los otros sierpecilla ardiente,
lívida y negra igual que la pimienta.*

—¿Le dice algo eso, Von Maarken? —preguntó Pietro—. El castigo del Octavo Círculo. Para los ladrones como usted, metamorfoseados en serpientes. El Círculo de los defraudadores, los falsificadores, los creadores del cisma y la discordia. Se diría que los castigos al fin han cambiado de ascendientes, ¿no le parece?

Siguió de pie, sin inclinarse hacia el duque, que le tendía la mano.

—Se acabó, Von Maarken —dijo Viravolta.

Con una mueca amarga en los labios, el duque dejó escapar una risa apagada, que se transformó en un gorgoteo. Su mano volvió a caer en el fango.

—Eso es lo que... cree... Pero queda uno...

Los rasgos de Pietro se endurecieron. Esta vez se arrodilló.

—¿El Diablo, no es cierto? ¿Quién es, Von Maarken? ¿Quién es, si no es usted?

Un nuevo gorgoteo. Pietro observó aquellos ojos pequeños y fríos, de un azul duro. Esos rasgos que aún deformaba el odio. Los cabellos blancos con rastros de sangre. Von Maarken respiraba cada vez con más dificultad.

—Es... Es...

Pietro se acercó más.

—¡Vamos! ¿Quién es?

El duque sonrió.

—Tu peor pesadilla.

Hubo un último gorgoteo, una especie de risa estrangulada que no era una risa, y luego sus rasgos se crisparon.

Entonces, el duque Eckhart von Maarken entregó el alma, y volvió al Infierno.

Pietro permaneció allí mucho tiempo, de pie ante el cadáver. La carroza en ese pantano perdido. El fango. Las cajas reventadas. Los muertos, en medio de este paisaje de desolación.

Lanzó un nuevo suspiro de fatiga. «Estoy cansado, verdaderamente cansado», se dijo.

Y Lucifer aún corría.

Dos mil nobles se encontraban de nuevo en la espléndida sala del Gran Consejo; al fondo, el dux presidía en su trono, bajo el *Paraíso* de Tintoretto.

En algunas filas, sin embargo, había sillas vacías. Aquellos de entre los aristócratas que habían tenido la desgracia de aportar su apoyo a los Estriges y habían sido desenmascarados, eran llevados ahora al tormento. Algunos se arriesgaban a una ejecución pública. Otros se habían escabullido entre las mallas de la red y simulaban aplaudir hoy a los hombres contra los que ayer conspiraban. Pero en ese momento lo importante era recuperar la unidad de la República, reafirmarla con vigor en torno a la persona del dux. Era el reto de esta ceremonia, que al mismo tiempo pretendía recompensar a los que, en la reciente y sorprendente prueba que había tenido que soportar la Serenísima, habían destacado por su valor y su entrega. Desde este punto de vista, el gran ausente de esta mañana era Ricardo Pavi, que seguía dirigiendo los interrogatorios en las antecámaras de los Plomos; pero ya le habían honrado como a un héroe en el *Bucentauro* y en la plaza de San Marcos. La Reina de Corazones, victoriosa en el Rialto, hacía furor en esta asamblea, y bandadas de pretendientes achispados se agolpaban en torno a su abanico. El jefe del Arsenal, exhibiendo orgullosamente sus condecoraciones y su porte altanero, aferrando con la mano un bastón con empuñadura de oro, se mantenía erguido y altivo no lejos de Loredan. Noble y majestuosa, de vuelta de su retiro de Castello, Anna Santamaría disfrutaba

del respeto de todos. Aún iba vestida de negro, pero nadie ignoraba los momentos por los que había pasado ni el terrible papel que había desempeñado Ottavio en esa tentativa abortada de golpe de Estado. Veían en ella a una víctima tanto como a una princesa, y se felicitaban por sus amores reencontrados con Viravolta, ese agente encargado del trabajo sucio a quien la víspera aún abucheaban, hasta el punto de reclamar su cabeza. La gente se apartaba ante Anna que, envuelta en su gran manto oscuro, tendía su mano a este o aquel, antes de ir a reunirse con su amante. Vigilado de cerca por su criado Landretto, Pietro Viravolta saboreaba por fin estos instantes de paz reencontrada. Loredan se disponía a hablar, por lo que todo el mundo volvió a su puesto. Poco a poco, las risas y las discusiones callaron. Entonces la Orquídea Negra y Anna Santamaría, la Reina de Corazones y el jefe del Arsenal se situaron, solos, ante el dux. Los nobles contemplaban ahora esa extraña imagen: dos agentes de la República, un hombre y una mujer, una viuda y un militar ataviado como para un desfile. Loredan esbozó una sonrisa, y luego, sin decir palabra, hizo una señal. Entre dos alabarderos, en el ángulo de la sala, el pequeño paje mestizo del turbante azul volvió a acercarse llevando un cojín de terciopelo. Loredan se levantó y se colocó ante el grupito sin abandonar su sonrisa. El paje fue a colocarse a su lado. Francesco le guiñó el ojo, y le confió por un instante la *bacheta*, su cetro.

La situación era bastante cómica: el paje, que necesitaba las dos manos para sostener el cojín, tuvo que colocar el cetro bajo su hombro, de modo que la reluciente empuñadura sobresalía por encima de su cabeza. El muchacho no pudo contener una risita. Luego Loredan se volvió hacia el jefe del Arsenal. La primera medalla fue para él, que se añadía a sus otras condecoraciones. El dux le cogió las manos y le dijo unas palabras. La Reina de Corazones y Anna Santamaría se arrodillaron al mismo tiempo... Un estremecimiento recorrió la sala al ver a estas dos bellezas inclinarse ante el príncipe serenísimo. El dux las levantó y les dio a ambas un broche con piedras preciosas engastadas, que representaba al león alado de Venecia.

Finalmente se plantó ante Viravolta.

—Me he dicho que una medalla no bastaría —le confió el dux, agradecido.

Entonces hundió la mano en su manto rojo para buscar algo. Sacó una flor.

Se trataba de una orquídea negra, que Pietro cogió sonriendo.

—Ya está de nuevo entre nosotros —susurró Loredan.

Luego abrió los brazos, invitándolos a volverse hacia la asamblea.

—¡He aquí a Venecia! —dijo.

El dux recuperó su cetro de manos del paje y lo sostuvo con mano firme.

Pietro, Anna, la Reina de Corazones y el jefe del Arsenal se volvieron.

Una entusiasta ovación resonó de un extremo a otro de la sala, y el *Paraíso* de Tintoretto pareció descender a la tierra mientras cuatro mil manos, entre gritos de alegría y bravos, aplaudían con todas sus fuerzas bajo los tornos dorados del techo.

Alrededor de la Orquídea Negra se encontraban Anna, que había pasado el brazo por debajo del de su amado, Landretto, la Reina de Corazones y algunos de sus admiradores.

—Y bien, maese —dijo la Reina de Corazones, observando a Viravolta con interés—. ¿Qué hará ahora que ya no hay más pájaros que cazar? ¿Seguirá al servicio de la República? ¿O partirá hacia nuevos horizontes, ahora que le han devuelto su querida libertad?

—Bien, es que...

—En todo caso sepa una cosa, amigo mío —dijo ella sin esperar su respuesta—. Si alguna vez busca un guía para dirigirse a nuevas riberas, estaré encantada de ponerme a su disposición.

La sonrisa de Anna Santamaría desapareció. La joven se puso de puntillas y le susurró a Pietro al oído:

—Si vuelves a mirarla, te mato.

Viravolta contuvo la risa, mientras Anna, con los labios apretados, dirigía a la Reina de Corazones una sonrisa forzada. Esta rio a su vez, no sin insolencia. Pero viendo que aquella causa estaba perdida, desvió su atención al compañero de la Orquídea Negra.

—¿Y usted, joven?

—¿Yo...? —preguntó Landretto, sorprendido.

—¡Pues sí, usted! —dijo haciendo chasquear su abanico—. La caza... ¿le interesa?

Landretto le dirigió una sonrisa radiante mientras se quitaba el sombrero.

—Bien, yo... —empezó a decir tratando de recuperar el aplomo.

Viravolta volvió a reír.

—Mi querida Reina de Corazones, ha encontrado usted algo más que un criado. Landretto es un rey en más de un campo, sin él no nos veríamos como estamos. ¿No es cierto, querido am...?

Pietro calló al ver que Ricardo Pavi entraba en la sala. Sin duda fue su aire sombrío lo que, entre todas aquellas caras alegres, le llamó la atención. Vestido completamente de negro, el jefe de la Criminale —a quien presentaban ahora como el sucesor de Emilio Vindicati a la cabeza de los Diez— se abrió paso lentamente entre los invitados del palacio para dirigirse hacia la Orquídea Negra. Cuando llegó a su altura, se detuvo ante Pietro, que se disculpó ante Anna Santamaría y el areópago que les rodeaba, y poniéndole la mano en el hombro, lo arrastró un poco más lejos.

Pavi le habló entonces en tono confidencial.

—Vengo de los Plomos, amigo mío —dijo—. Pensé que nunca conseguiría alcanzar mis fines, pero esta mañana uno de los Estriges que habíamos encerrado en los Pozos se ha decidido a hablar después de pasar cuatro horas torturándole. Ha

cedido. Era, sin duda, uno de los pocos que sabía algo, lo presentía. ¡Pietro! — exclamó, clavando la mirada en los ojos de Viravolta—. Conozco la identidad del Diablo.

Pietro se crispó y su sonrisa desapareció.

Los dos permanecieron así unos segundos; luego Pavi se inclinó lentamente hacia el oído de la Orquídea Negra. El jefe de la Criminale pronunció entonces un nombre, uno solo, que acabó en un murmullo. La frente de Viravolta palideció. Su cabeza se volvió inmediatamente hacia Pavi. La actitud de este último barrió todas sus dudas. En ese momento, todos los enigmas que había encontrado en su camino encajaron como un rompecabezas que entrañaba una revelación de mucho mayor alcance; se llevó la mano al rostro, estupefacto. El panorama era aún más terrible de lo que la Orquídea Negra había imaginado. La evidencia saltaba ahora a la vista, y se maldijo a sí mismo. Dirigió una mirada a Anna Santamaría, que parpadeó. Igual que Landretto, Anna había comprendido que algo ocurría.

Pietro necesitó un momento para recuperarse de estas informaciones. Con un gesto, indicó a Pavi que le esperara un minuto, y se dirigió hacia Anna.

—¿Qué ocurre? —dijo esta, preocupada.

Pietro apretó los dientes y se ajustó el sombrero.

—Me temo que me queda una misión que cumplir. Quédese, se lo ruego. No se preocupe por mí. Pronto estaré de vuelta.

—Pero...

Pietro había depositado ya un beso en la frente de la Viuda y se volvía para salir. La Reina de Corazones alzó el vaso en su dirección, sonriendo.

—¿Sabemos dónde se encuentra ahora? —preguntó Pietro a Pavi.

—También él ha huido. Pero con más éxito que Von Maarken. Y, sujétate bien: según nuestro «informador», hoy se encuentra en algún lugar de Florencia.

—¿Florencia?

Frunció las cejas.

—En fin. Tal vez mi ausencia sea un poco más larga de lo previsto.

De nuevo fijó sus ojos en los de Pavi.

«El Diablo. Florencia».

Evidentemente.

La ciudad de Dante.

—Ricardo...

Pietro apretó los dientes antes de concluir:

—Él es para mí.

Chocariel, de los Querubines del Abismo y de la orden de Pitón-Luzbel, se encontraba encerrado en su pozo, en la planta baja de los Plomos. Estaba enfermo y ensangrentado. Le habían torturado. Le dolía el pecho y respiraba con dificultad. De

vez en cuando lanzaba un gemido, que se transformaba en un ataque de tos. Se ahogaba. En los Pozos la oscuridad era casi total. Aún llevaba su disfraz de los Estriges. Su capucha y su manto, desgarrados, estaban cargados de humedad. Y pronto volvería el *acqua alta*. Se estremecía solo de pensarlo. El agua filtraría hasta su calabozo, rezumaría por todas partes en las paredes de su celda, acabaría con él. Moriría aquí. Chocariel estaba convencido de ello. Moriría, sí; pero la Quimera tampoco saldría indemne. Utilizando un pedazo de carbón, sus dedos, con las uñas llenas de sangre, garrapateaban inscripciones sobre el muro hundido en la oscuridad. Chocariel escribía palabras invisibles y sin ilación, cruces y figuras surgidas de su locura. Recreaba su Paraíso imaginario en la noche del Infierno. «¡Los gigantes! ¡Los gigantes!». Todos, ahora, estaban como él; los Pájaros de Fuego, que habían soñado ser gigantes, serían encadenados para siempre. Con una voz arrancada a su demencia, Chocariel repetía incansablemente:

*Pues cual Montereccione se acastilla
de torres que le ciñen en corona,
así en el muro aquel que el pozo anilla
torreaban la mitad de su persona
los horribles gigantes, que amenazas
aún sienten cuando Júpiter el trueno acciona.*

—El Paraíso... El Paraíso... Ver el Paraíso... Sus palabras, repetidas hasta el infinito, se perdían en el silencio.

Chocariel fue tragado por la oscuridad.

Noveno Círculo

CANTO XXV

Los traidores

Una pequeña orquesta tocaba en la plaza de San Lorenzo. Algunos curiosos se detenían de vez en cuando, escuchaban unos minutos y luego volvían a sus ocupaciones. La plaza era encantadora, había conservado algo de la edad de oro florentina y recordaba la férula de Cosme el Viejo, ese gran mecenas de las artes. No lejos de allí, la iglesia de San Lorenzo, un puro ejemplo de la arquitectura del Renacimiento, despojada, sin embargo, de todo ornamento, dejaba entrever aquí y allá su hermosa estructura de ladrillo. El lugar se encontraba en la parroquia de los Médicis; numerosas capillas, diseminadas por los edificios religiosos contiguos, decoradas con mármoles preciosos y piedras duras, albergaban las tumbas de los más ilustres personajes de la dinastía: mausoleos engastados en el estuche de sus alegorías, que representaban tan pronto el Día como la Noche, tanto el Crepúsculo como la Aurora, como testimonios altivos del poder secular de Florencia. En la pequeña orquesta, Pietro Viravolta, en la segunda fila, hacía vibrar su violín. Para él había sido un auténtico placer volver a ese instrumento. Sus compañeros de circunstancias debían cubrir a veces algunas de sus notas falsas, pero, con un poco de práctica, podría recuperar en parte su virtuosismo de antaño. Pietro, con el rostro empolvado, llevaba una peluca blanca.

Su chaqueta clara con pasamanería de oro dejaba escapar unas largas mangas, que bailaban siguiendo los movimientos de sus manos. Mientras tocaba, antiguas imágenes volvían a su memoria; por ejemplo, cuando, de vuelta en Venecia después de haber servido brevemente en las fuerzas militares, regresó a la formación de San Samuele, amenizando las veladas de los nobles con barrocos vuelos musicales, o cuando se divertía acompañando con su arco una representación en el teatro del barrio en el que había crecido.

Hacía buen tiempo en esa tarde de junio. El cielo era de un azul límpido. Mientras seguía tocando, Pietro observaba las idas y venidas en la plaza, y en particular al hombre de la corta barba gris, que en aquel momento rodeaba la orquesta para acercarse a él.

El individuo no esperó al final de la pieza para inclinarse al oído de Viravolta y murmurarle, a pesar de la música:

—¿Ve a ese hombre, allá abajo?

A una veintena de metros, en la plaza, Viravolta vio a un enano de cierta corpulencia, vestido con una camisa blanca con gorguera bajo una chaqueta roja, con pantalones bombachos y botas oscuras. Pietro asintió.

—Sígale discretamente. El enano le conducirá al que busca.

Pietro entornó los ojos. Su mirada se hizo más intensa. No era cuestión de dejarlo

escapar ahora.

Acompañó el final del concierto con una lluvia de *pizzicato* y, con un último punteado, moviendo el arco con un gesto sin réplica, acabó el movimiento al unísono con la orquesta.

Pietro había abandonado su violín y caminaba tras el enano por las calles de la ciudad. Florencia. Dos siglos antes de Jesucristo, la ciudad etrusca de Fiésole fundó una colonia, que se convertiría en Florentia en la época romana, ciudad de guarnición que protegía la vía Flaminia que unía Roma con Italia del norte y la Galia. En el siglo XII, la ciudad accedió al estatuto de comercio libre, bajo el control de doce cónsules y del Consejo de los Cien. Un gobernador —el *podestá*— reemplazó al Consejo después de interminables disputas intestinas. La ciudad siempre había tenido una vida política agitada. Dante Alighieri nació en ella en 1265, en una familia de la pequeña nobleza. En 1274, Dante vio por primera vez al amor de su vida, Beatriz. Luego volvió a verla dos veces, aunque no llegó a conocerla nunca, y ni siquiera le dirigió la palabra; sin embargo, para ella escribió la *Vita nuova*, antes de convertirla en un personaje central de la *Comedia*. Huérfano desde muy joven, el escritor prosiguió sus estudios superiores en Bolonia, bajo la influencia del filósofo Brunetto Latini y de numerosos poetas, como Cavalcanti o Ciño da Pistoia. Muy pronto se vio mezclado en la agitación política de su tiempo. En Florencia, los güelfos nacionalistas apoyaban el poder temporal del Papa contra los gibelinos, partidarios de la autoridad del Sacro Imperio Romano Germánico. Estalló una verdadera guerra civil. Dante, partidario de los güelfos, participó en la batalla de Campaldino en 1289, que se saldó con la derrota de los gibelinos de Pisa y Arezzo. Esta victoria no podía ocultar, sin embargo, las disensiones internas: los güelfos blancos, más moderados, que defendían la independencia tanto frente al Papa como frente al emperador, se oponían a los extremistas güelfos negros, para los que el pontífice representaba el único poder legítimo.

Pensando en esos tiempos convulsos, mientras caminaba en dirección a la plaza de la Señoría, Pietro no podía dejar de establecer una aproximación con lo que acababa de vivir en Venecia. Una guerra civil. ¿Hubiera sido realmente posible algo así en el corazón de la Serenísima? Sin duda, no. Pero solo Dios sabía cuál hubiera podido ser el destino de la laguna tras una eventual victoria de los Estriges. Un golpe de Estado más y la faz del mundo hubiera cambiado. Siempre era un error dar por seguros los equilibrios existentes; a veces pendían solo de un hilo. Un hilo sobre el que la Orquídea Negra había bailado por espacio de unas semanas.

Mientras avanzaba por las calles florentinas, Pietro tenía la sensación de que la sombra del poeta caminaba a su lado. Dante se casó con Gemma Donati, de una importante familia de la ciudad, y apoyó a los güelfos blancos. Aquí ocupó cargos administrativos y diplomáticos. Las tensiones no dejaron de crecer. Después del exilio momentáneo de los dos jefes de facción rivales, los negros volvieron para tomar el poder en 1302, con el apoyo del papa Bonifacio VIII. Dante tuvo que

exiliarse a su vez. Vivió en Verona, en París. Al mismo tiempo, sus opiniones cambiaron; pensando que un emperador prudente podría construir una unión europea que evitara las guerras y los conflictos, abrazó la causa de los gibelinos, y exhortó a los príncipes italianos a reconocer la autoridad de Enrique VII de Luxemburgo, que hacía poco había accedido al trono imperial. Pero la muerte prematura de Enrique arruinó todas las esperanzas del poeta. En 1316, el Consejo de la ciudad autorizó a Dante a volver a su ciudad natal. Él se negó. No volvería mientras no le fueran devueltos su dignidad y su honor. Así acabó su vida en Rávena, donde murió en 1321. Había empezado la *Comedia* al inicio de su exilio; la terminó poco antes de su muerte.

Al pasar por la piazza del Duomo, Viravolta se quedó absorto unos instantes, perdido en la contemplación, a la sombra de la catedral, y luego en la plaza de al lado, ante las tres célebres puertas de bronce dorado del baptisterio. Una de ellas, *El Paraíso*, le recordó de nuevo que la *Comedia* no había recibido el epíteto de «divina» hasta después de la muerte de su autor, en la edición de 1555.

Porque terminaba bien, sin duda. Con la deslumbrante visión de Dios.

Aunque hubiera salvado a Venecia, Viravolta seguía a la caza de su misterioso Lucifer, el Diablo, escapado de los recuerdos dantescos. No tenía ninguna seguridad con respecto al resultado de esta última confrontación. Nada decía que su propia *Comedia* tuviera que acabar bajo los auspicios de la beatitud. Pietro sentía un profundo temor a no encontrar, por su parte, el fulgor inefable de Dios, pues su recorrido personal terminaba en el Noveno Círculo del Infierno. Sin duda Venecia se encontraba ahora en el umbral de su Purgatorio; sin duda Pietro solo encontraría su Paraíso volviendo a Anna Santamaría, su Beatriz, o lo que era lo mismo, saliendo vivo de esta ciudad.

El enano dobló en el ángulo de la calle para desembocar en la plaza de la Señoría.

Pietro aceleró el paso, mientras recordaba cada una de las etapas de su viaje por los meandros laberínticos de los fantasmas de la Quimera.

Primer Círculo: Marcello Torretone: Paganismo.

Segundo Círculo: Cosimo Caffelli: Lujuria.

Tercer Círculo: Federico Spadetti: Glotonería.

Cuarto Círculo: Luciana Saliestri: Prodigalidad y codicia.

Quinto Círculo: Emilio Vindicati: Ira.

Sexto Círculo: Giovanni Campioni: Herejía.

Séptimo Círculo: Andreas Vicario: Violencia.

Octavo Círculo: Francesco Loredan (atentado fallido), Eckhart von Maarken: Fraude, cisma y discordia.

Noveno Círculo:... Traición.

Después de la muerte de Dante, la vida florentina conoció otras tragedias. Aunque

el gobierno empezó a democratizarse y Florencia se transformó poco a poco en una República comercial, la gran peste de 1348 había diezmado de golpe la mitad de la población. Los Médicis, poderosa familia de banqueros, consolidaron luego su dominio sobre la ciudad. Cósimo de Médicis se rodeó de los mayores grandes artistas de su tiempo: Donatello, Brunelleschi, Fra Angélico. A la cabeza del gran ducado de Toscana, cuya capital era Florencia, Lorenzo fue, por su parte, el protector de Botticelli, Leonardo da Vinci y Miguel Ángel. Pero cuando la ciudad más florecía, el fanático monje dominico Savonarola instauró en ella una República puritana. Savonarola tuvo el buen gusto de perecer en la hoguera antes de la restauración del poder de los Médicis, apoyados por las tropas pontificias y las españolas de Carlos V. Los Médicis reinaron aún durante dos siglos, pero unos años después del nacimiento de Viravolta en Venecia, el gran ducado de Toscana pasó a la casa de Lorena.

La Quimera esperaba, sin duda, encontrar refugio allí, al menos de forma provisional.

La plaza de la Señoría, erizada de torres, ocupaba un lugar de privilegio en el corazón de los florentinos. Foro de la vida política, daba al celeberrimo Palazzo Vecchio, magníficamente redecorado por Vasari, que hacía las funciones de ayuntamiento desde hacía varios siglos. La característica torre que lo flanqueaba era uno de los símbolos de la ciudad. Más de una vez, Dante debía de haber soñado emocionado con esta plaza. En su centro habían dispuesto un curioso espacio. Sobre el suelo se había dibujado la trama de un tablero blanco y negro. A uno y otro lado, dos tronos se enfrentaban. Habitualmente en aquel lugar se jugaban unas partidas de ajedrez muy peculiares: un ajedrez humano en que florentinos de carne y hueso representaban el papel de las piezas. Una forma agradable de divertirse en el corazón de la ciudad. En los intervalos de estas justas inesperadas, piezas de madera ligeras de talla humana sustituían a los participantes. El enano se había detenido un poco más lejos y conversaba animadamente con un clérigo desgarrado que, con las manos juntas sobre el hábito, asentía de vez en cuando con la cabeza, respondiendo a las interpelaciones de su pequeño compañero. Pietro pasó por detrás de la torre y luego del alfil, y siguió observándolos desde lejos. Finalmente el enano, balanceando la cabeza, saludó al sacerdote y giró sobre sus talones para proseguir su marcha. Pietro se deslizó hasta el centro del tablero, estuvo a punto de derribar uno de los peones, y se excusó con una sonrisa ante la reina allí abandonada.

Luego continuó con su seguimiento. El enano acababa de entrar en la *loggia*, la galería al aire libre. Pietro siguió sus pasos, saludando por el camino al *Perseo* de Benvenuto Cellini y a las demás estatuas, que, en su vibrante austeridad, parecían vigilarle, asistiendo a su secreta persecución. En el ángulo de la *loggia*, el enano desapareció. Pietro aceleró el paso. Lo distinguió de nuevo, más al oeste de la ciudad, caminando a lo largo del río. Pietro tenía la sensación de que el enano daba grandes rodeos, sin llegar a volver sobre sus pasos; tal vez le hubieran dado esa consigna. Su marcha estaba salpicada de encuentros diversos; el sacerdote con el que se había

cruzado en la plaza de la Señoría, un simple verdulero en la orilla del Arno, y ahora un hombre con aires de patricio. En el Ponte Vecchio se detuvo una vez más para contemplar con fascinación las joyas que se exponían en los puestos de los orfebres. Pietro se apostó en el extremo del puente, detrás de los clientes. Y en cuanto el enano prosiguió su camino, le imitó.

Aún necesitaron media hora hasta llegar al término de su recorrido, de modo que Pietro, que empezaba a cansarse, llegó a pensar que tal vez le hubieran engañado con falsas informaciones.

Se ponía el sol.

La iglesia de Santa María Novella se levantaba ante él, en la luz del atardecer.

El enano se deslizó al interior del templo, franqueando las dobles puertas coronadas por su rosetón, que evocaba el estilo gótico, y su capitel grecorromano —curiosa alianza que proporcionaba a la basílica su sello característico y le daba un carácter único—. Pietro permaneció unos instantes ante esa fachada irisada de luz, de mármol marqueteado blanco y negro, que parecía llevar aún la impronta lapidaria de Alberti. Santa María Novella, que había sido en otro tiempo una iglesia destartalada cedida a los dominicos cuando se instalaron en el arrabal, rivalizaba hoy en fasto y belleza con la catedral. La iglesia había recibido la visita de los papas, e incluso había albergado un concilio, cuando se intentó, en vano, unir a las Iglesias de Oriente y Occidente.

De pie en el atrio, Pietro apartó un pliegue de su manto y dejó correr la mano por la empuñadura de su espada.

Inspiró profundamente y avanzó.

Lejos, por encima de Santa María Novella, las nubes se acumulaban en el cielo.

CANTO XXVI

Lucifer

Pietro empujó las puertas. Los batientes chirriaron.

De nuevo permaneció inmóvil.

Tardó unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Al fondo, en el extremo del transepto, había un hombre. El enano estaba a su lado y le susurraba algo. A una señal del hombre, el enano, que acababa de volverse hacia Pietro, asintió con la cabeza y desapareció en las sombras.

El Diablo se volvió a su vez y permaneció inmóvil, rígido.

La silueta de la Orquídea Negra se destacaba a contraluz en el marco de la puerta. Su mano no había soltado la empuñadura de la espada.

Los dos hombres callaron unos segundos; luego la voz de Pietro resonó en la basílica.

—¿Por qué?

Un nuevo silencio se prolongó, interminable.

Pietro repitió la pregunta.

—Emilio... ¿Por qué?

*Este es Dite ante el cual sería loco
el presentarse de valor inerme.
De mi helada mudez no hablo, y tampoco
me preguntes, lector, que no lo escribo,
pues que cualquier hablar sería poco.*

Siguió avanzando.

*Yo no morí y tampoco seguí vivo:
si es que tienes un poco de criterio,
juzga mi estado, a vida y muerte esquivo.
El soberano del doliente imperio
del hielo alzaba a medias su pechazo...*

Por fin Pietro se detuvo.

Vindicati se encontraba en lo alto de los escalones del altar mayor. Pietro, a unos metros, ligeramente por debajo.

—Lucifer —dijo Vindicati con una sonrisa.

Abrió los brazos, al modo de un maestro de ceremonias.

—Bienvenido a la iglesia de Santa María de la Viña. ¿Sabes que su nombre venía

de ahí? La Novella reemplazó en otro tiempo al antiguo oratorio de Santa Maria delle Vigne. Yo crecí en Venecia, Pietro, pero nací aquí. En Florencia, en la patria de mis grandes inspiradores, Dante y los Médicis... Pero sin duda lo habías olvidado. Y he aquí que volvemos a encontrarnos en una basílica, amigo mío, un poco como nos dejamos. En la casa de Dios encuentras a Lucifer. La cosa tiene su encanto, ¿no crees? En todo caso, veo que Feodor te ha traído hasta aquí sin dificultades.

Pietro oyó un chirrido tras él. Se volvió. Al fondo, el llamado Feodor cerraba las grandes puertas de Santa Maria Novella. El enano bajó las barras de madera con un ruido sordo y manipuló dos ganchos de metal.

Pietro levantó una ceja. Luego volvió a Emilio.

—Creí en ti, Emilio. Aquella noche, en San Marcos, pensé...

—¡Ah, Pietro! Me has hecho pasar momentos tan placenteros... Desde el día en que te saqué de los Plomos, sabía que estarías ciego, forzosamente ciego. Hasta ese momento en que creíste verme morir. Uno de mis Estriges supo desempeñar el papel de Lucifer, mientras yo simulaba agonizar bajo tus ojos. Pero nunca encontraron mi cuerpo, Pietro. ¡Y tú te lanzabas aquí y allá como un loco, sin detenerte nunca! Lograste que te admirara, ¿sabes? Eras, eres, realmente el mejor. Lo sabía. Siempre lo supe. Esto suaviza la amargura de mi derrota. Tú has sido mi mayor obra, y mi mayor error. Yo fui tu guía, tu Virgilio en los infiernos y tu Diablo veneciano. Las dos caras de una misma moneda. ¿Nunca pensaste que Virgilio, arrastrando a Dante por los meandros de su alma, podía no ser sino un aspecto de Lucifer, el mal que yacía en su propia conciencia? ¿No salva Virgilio al poeta mostrándole todos los pecados del mundo?

—Pero esa noche, Emilio, esa noche en San Marcos... ¿Por qué no me mataste?

—¡Un testigo, Pietro! Necesitaba un testigo ocular, directo, de mi propia muerte. ¿Qué mayor ironía que elegirte a ti? Mi plan se desarrollaba a la perfección. Y hete aquí al término de tu viaje, Pietro Viravolta de Lansalt, a quien juntos bautizamos como la Orquídea Negra... En el último Círculo. Lo has adivinado, ¿no? El del Noveno Círculo, Pietro... eras tú. ¿Quién mejor que tú podía repartir las cartas y ser el instrumento privilegiado de mis jugadas? ¡La Orquídea Negra! ¡Una leyenda! Solo tú encarnabas todas las faltas con las cuales he construido mi pequeña charada: ateo, lujurioso, adúltero múltiple, glotón, jugador, charlatán, impulsivo, mentiroso, libertino, ¡y la lista podría seguir! ¡Imagina qué placer era para mí vencer a una Venecia decadente burlándome de aquel que era su emblema más perfecto! ¡Sí, Pietro, precisamente tú! Ah, qué placer, verdaderamente. Lo sabía todo de ti, y de los demás. ¡Los Diez y la Quarantia caminaban de la mano, y mi única actividad consistía en informarme sobre todos, con la bendición de Loredan y de los Consejos! Marcello estaba fichado, y el sacerdote de San Giorgio, y Campioni, Luciana, el astrólogo Frególo, todos peones, como tú. No tenía el menor problema para hacer vigilar cada uno de vuestros actos y gestos. Teníamos en nuestras manos a tres capitanes del Arsenal, dominados por el terror; Vicario controlaba conmigo a las

corporaciones. Sí, teníamos todas las cartas en la mano.

Pietro sacudió la cabeza. En la mirada de Vindicati había un brillo de locura.

—Y creíste que podrías derribar a Loredan...

Vindicati esbozó una sonrisa sarcástica.

—Pietro, por favor... ¡abre los ojos! ¡Viniendo de ti, un hombre a quien la República condujo a los Plomos y prometió lo peor, el asunto resulta divertido! ¡Ya has visto este Carnaval, en esto nos hemos convertido! ¡En marionetas de Carnaval, dirigidas y manipuladas por unas instituciones fanteche! Y yo era el rey de una de ellas. Los Diez, Pietro... los Tenebrosos. La peor y la mejor de todas. ¡Solo tienes que pensar por un instante en el espectáculo que Venecia ofrece hoy al mundo! Una ciudad artificial, al borde del hundimiento, en la que todo es escándalo, corrupción, ocultación, tratos secretos, intrigas... ¡Hemos arruinado la igualdad entre los aristócratas, y al renunciar a asentar nuestra necesaria autoridad, hemos favorecido otra especie de despotismo, el del Senado, depositario de todos los poderes, una institución de la que nunca ha salido nada grande!

—Increíble, veo que aún sigues creyendo en tus cuentos...

—Te creía hostil a las prebendas, Pietro; te creía amigo de la concordia y del poder de Venecia, a pesar de todo. Pero ¿sabes qué suponía para mí, que he asumido en secreto o a rostro descubierto las obras más viles de la República, que no he dejado de codearme con estos políticos venales, estos espías, estos extranjeros ávidos de beber nuestra sangre, estos bribones, estas corporaciones que no tienen reparos en ponerse a sueldo de nuestros enemigos de siempre, estos usureros y estas prostitutas a los que condenaba cotidianamente a pudrirse en el fondo de los calabozos? ¿Sabes qué significaba chapotear sin cesar en el cenagal más negro del corazón humano, ahogarse cada día en el fango del asesinato, de las delaciones, de la bajeza, de la mediocridad, hasta el asco, hasta vomitar ante uno mismo? No nos quedaba otra solución que la brutalidad y la represión para poner límites a la decadencia. Así ocurre con los antiguos imperios que nunca acaban de morir. Es fatal. Había que reaccionar.

—¿Reaccionar? ¿Organizando un asesinato tras otro?

—¡Todo esto era solo una gota en el océano! Nuestras instituciones, Pietro, la clave estaba en nuestras instituciones. Tu amigo Giovanni Campioni lo había comprendido; pero, por desgracia, había elegido el bando equivocado. ¡Mira esas oficinas cuyas cabezas ruedan como peonzas cada semana! ¡Mira esos procedimientos absurdos, que nos hacen cambiar sin cesar de dirigentes, marionetas sin más talento que el de la mezquindad y el golpe bajo! ¡Un nido de termitas! ¡Estábamos sentados sobre barriles de pólvora, y dirigidos por dechados de incompetencia! El gobierno político de Venecia cambia cada seis meses, al albur de los vientos, Pietro, y mientras tanto hemos perdido nuestro esplendor, nuestras colonias y todas nuestras esperanzas. Ni uno solo de nuestros queridos magistrados puede mantener una línea coherente; y no hay un patricio, entre esos cuervos

ignorantes y ajados, que pueda impedir que la República envejezca y naufrague en el vicio, la licencia y el olvido del bien público. ¿No decía el propio Campioni que le resultaba imposible hacer oír su voz? Los intereses privados se han impuesto a todo, solo he tratado de acabar con esta gangrena. Solo he querido acelerar esta descomposición para darnos otra oportunidad. Sí, Pietro, puedes creerlo: ¡si he hecho todo esto, ha sido solo por el bien de Venecia! Los turcos están dormidos, pero el peligro permanece. ¡España nos amenaza de forma permanente y su alianza con los papas nos conduce desde hace años a una paralización total! Miráramos donde miráramos, era urgente encontrar... alternativas.

—¡Alternativas... como Von Maarken! ¡Deja que me ría! ¡Firmando un tratado absurdo con un duque sin corona, condenado por su propio país!

Emilio lanzó una exclamación de desprecio.

—Von Maarken y su sueño austríaco han servido a mis fines, pero ¡él era también solo un títere! Cayó en las redes que le tendí, y utilicé su locura hasta que se hundió en el fango y se condenó a sí mismo. Me he enterado de que le mataste, Pietro. Al hacerlo, solo cumpliste lo que tenía previsto para él. ¿Abandonar la llave de los mares a otra potencia? ¿Cómo podía imaginar ni por un instante que yo me asociara a sus delirios de gloria imposible? Sencillamente, tenía necesidad de él, de sus hombres y de sus aportaciones financieras.

—Estás completamente loco —dijo Pietro—. Eres precisamente lo que pretendías combatir: un iluminado. Un loco peligroso.

Vindicati sonrió de nuevo.

—Oh... qué lástima —dijo solamente.

Sus brazos cayeron a lo largo del cuerpo. Luego levantó el mentón.

—¿Supongo, pues, que ha llegado el momento de la verdad?

—Eso creo, en efecto.

Pietro desenvainó la espada con un siseo metálico.

—Bien... —dijo Vindicati—. Acabemos con esto.

Una capa negra, bordada con hilos de plata, le cubría los hombros. Con un gesto se deshizo de ella; la capa cayó tras él al pie del altar. El Diablo sacó a su vez, lentamente, la espada que llevaba al costado.

Pietro se adelantó.

Ignoraba que entretanto el enano Feodor se había escondido detrás de uno de los pilares, en la penumbra. Allí estaba, pegado como una araña, a un metro cincuenta del suelo. Cuando Pietro llegó a su altura, Feodor salió de su escondite y saltó sobre él.

Vindicati sonrió.

Pietro, sorprendido, se desequilibró al recibir el impacto del peso de su adversario y basculó con él entre las hileras de bancos. Feodor, luchando como un diablo, levantó una daga por encima de su enemigo. El enano tenía una fuerza hercúlea, que su tamaño no hacía presagiar. Pietro lanzó un grito de dolor. Aunque había

conseguido desviar de su rostro el puñal, la hoja había penetrado profundamente en el brazo. Feodor no había dicho la última palabra. De nuevo, el dardo centelleante bailó sobre los ojos de Viravolta, que sentía el aliento del enano sobre él, los jadeos interrumpidos por exclamaciones de rabia. El dolor multiplicó sus energías, y consiguió levantar las rodillas y extender violentamente las piernas para empujar a Feodor lejos de él. El enano salió proyectado más allá de las filas de bancos. Con la agilidad de un gato, volvió a ponerse en pie y se recogió sobre sí mismo, con los ojos brillantes y el puño cerrado aún sobre su daga. La sangre corría por el brazo de Pietro; la caída le había dañado el hombro del brazo con el que sostenía la espada, y había tenido que soltar su arma, que yacía un poco más lejos entre dos bancos de madera negra. Se llevó la mano al costado.

Furiosamente, Feodor volvió a saltar.

El enano comprendió cuando ya era demasiado tarde. Pietro había levantado el brazo hacia él, y Feodor vio un destello. Una detonación resonó bajo las bóvedas; Feodor salió proyectado de nuevo hacia atrás. Se golpeó contra el suelo y se contorsionó un momento, con las manos crispadas sobre el vientre. Luego rodó por última vez sobre sí mismo; sus músculos se tensaron en un espasmo y calló.

El brazo de Pietro, con la chaqueta y la camisa desgarradas, seguía tendido hacia él. Feodor yacía envuelto en su vestido rojo, con la gorguera descompuesta, subida hasta los labios. Lentamente Pietro se incorporó. Dejó caer la pistola al suelo.

Vindicati no se había movido.

Pietro recuperó su espada de entre los bancos de madera; luego volvió al centro del transepto, jadeando. Reprimió una mueca de dolor. El brazo le torturaba.

—Traidor —dijo dirigiéndose a Emilio—. Todos los medios son buenos, ¿verdad?

Vindicati rio brevemente.

Bajó los escalones del altar.

Esta vez los dos hombres se pusieron en guardia juntos, frente a frente.

—¿Te acuerdas, Pietro? En otra época ya cruzábamos las espadas entre nosotros... para divertirnos.

—Esa época ha pasado.

Aseguraron sus posiciones, Pietro alerta, y Vindicati con gesto amplio; giraban el uno en torno al otro.

—Tal vez hubiera debido enrolarte entre los míos, Pietro. Aún estamos a tiempo... ¿Por qué no unirte a mí?

—Sabías que era inútil, Emilio. Has tratado de utilizarme. Y hoy ya no eres nada. Estamos aquí, los dos solos. Y el mundo entero se ríe de lo que pueda ocurrirnos.

Se quedaron en silencio.

El impacto de los golpes resonaba en Santa Maria Novella. Vindicati no había

perdido ninguna de sus habilidades; antiguo maestro de esgrima, en el pasado había contribuido a la formación de Pietro cuando lo reclutó como agente de la Serenísimas. Entre el antiguo mentor y la Orquídea Negra se estableció entonces una relación filial. De aquello ya no quedaba nada, sino este duelo a muerte. Los dos hombres avanzaban y retrocedían en el transepto, al ritmo de sus recíprocos asaltos, lanzando exclamaciones. Paraban, lanzaban un mandoble, contraatacaban, respondían a las estocadas con estocadas. Las hojas silbaban como serpientes, entrechocaban brevemente o se deslizaban la una sobre la otra desde la punta a la empuñadura. Pero, con cada golpe que encajaba, un dolor agudo subía por el brazo de Pietro y estallaba en su cráneo. Sabía que no podría mantener mucho tiempo aquel ritmo. En un arranque de furia, consiguió empujar a Vindicati hasta las hileras de asientos, en el ala derecha de la nave. La Quimera estuvo a punto de tropezar entre los bancos, y Pietro creyó que había llegado su momento. Pero Vindicati recuperó el equilibrio. El combate aún era incierto. En lugar de cargar de nuevo, Emilio retrocedió entre las hileras, hacia la oscuridad. De pronto, se volvió lanzando una carcajada y desapareció detrás de un pilar.

Pietro estaba empapado en sudor. Podía oír el jadeo de su respiración. Su corazón latía desbocado. A su alrededor, había vuelto a hacerse el silencio; no había rastro de Vindicati. Con la mirada apuntando al lugar donde se había desvanecido la Quimera, Pietro se abrió camino con precaución entre los bancos, atento a no tropezar también. Al llegar al otro lado, entornó los ojos. Detrás del pilar se abría una de las capillitas que enmarcaban la capilla mayor, iluminada por un grupo de cirios. Un fresco de Giotto que representaba una escena religiosa se desplegaba detrás de las llamas oscilantes de las velas. Pietro siguió avanzando.

«¿Dónde estás? ¿Te mostrarás de una vez?».

Se volvió súbitamente, temiendo ser asaltado por detrás.

Nadie.

Vindicati reapareció bruscamente, como un fantasma. Lanzó un grito pavoroso. Pietro evitó su espada por muy poco. Inmediatamente reaccionó y creyó encontrar la brecha, decidido a acabar de una vez por todas con la superioridad de su adversario. Golpeó con fuerza; Vindicati le sorprendió por su rapidez al esquivar, a su vez, el golpe. La hoja de Pietro se aplastó contra la piedra. Una espantosa descarga ascendió por su brazo, que vibró de arriba abajo, mientras su espada, que no había conseguido hacer mella en el muro, se partía en dos. Pietro se encontró con la empuñadura en la mano y solo unos centímetros de acero, en el momento en que Vindicati volvía a incorporarse. En un impulso súbito, Pietro lanzó el pomo contra el rostro de su adversario. No hubiera podido elegir mejor momento, porque este se encontraba ahora al descubierto. Tras el golpe, Emilio retrocedió unos pasos, y de nuevo cerca del altar mayor, cayó sobre los peldaños y soltó a su vez el arma.

A Pietro le había costado caro este último esfuerzo. Tenía la sensación de que todo su brazo era una única herida abierta. Lo que quedaba de su espada cayó al

suelo. Se precipitó hacia delante para coger la de Emilio, que retrocedía junto al altar. Furioso, Vindicati fijó la mirada en uno de los grandes cirios de la capilla mayor, encajado en un alto pie de bronce dorado. Con un golpe de talón hizo saltar el cirio por los aires y sujetó el pesado instrumento. Ahora lo sostenía con las dos manos. El pie tenía un alcance mayor que la espada de Pietro, que estaba fatigado y herido; pero le resultaba más difícil moverlo. Los dos hombres rodearon el altar, y el combate se prolongó en la nave lateral izquierda de la iglesia. De nuevo se observaron, dudando en tomar la iniciativa del primer golpe. Pietro, con mano temblorosa, intentó una extensión, que se perdió inútilmente en el vacío. Vindicati, por su parte, se encontraba en una situación parecida; con su mango de bronce, se dedicaba a barrer el espacio para mantener a Pietro a distancia. Así pasaron varios segundos durante los que Pietro y su adversario azotaron el aire. Un poco más lejos, las llamas del cirio que Vindicati había hecho saltar lamían uno de los cortinajes púrpura que enmarcaban el altar. De pronto, el tejido se inflamó por entero. El fuego amenazaba ahora con propagarse al ábside.

En ese momento, Emilio, reuniendo todas sus energías, se descubrió durante una fracción de segundo, con los hombros en tensión, pivotando sobre sus caderas para dar el golpe de gracia. El pie de bronce describió un arco de círculo en el espacio. Pietro se agachó...

«¡Ahora!».

... y se lanzó hacia delante de nuevo.

Imagen singular. La Quimera, el Diablo, Emilio Vindicati, antiguo jefe del Consejo de los Diez, acababa de ser ensartado por su propia hoja; atravesado bajo la *Trinidad* de Masaccio, con la espada clavada en un montante de madera, no lejos del pilar donde se elevaba hacia el cielo un púlpito de piedra tallada de Cavalcanti.

La mano de la Orquídea Negra permaneció crispada sobre el pomo, profundamente hundida en el cuerpo de su enemigo. Los dos hombres, cara a cara, no se movían. El aliento de Vindicati era ahora de cobre. Un aliento de sangre. En el primer instante, sus rasgos se habían endurecido, recuperando una expresión habitual en él y familiar a Pietro; una expresión de dureza, de autoridad, apropiada al papel que había desempeñado durante tantos años: el de jefe de los Tenebrosos. Luego, al comprender que Lucifer había sido vencido, su rostro se descompuso. Palideció; sus cejas estaban arqueadas y su boca se abría en un estupor mudo. Sus ojos recuperaron el brillo de locura que los había animado en otro tiempo y giraron en sus órbitas. Trató de ver qué ocurría más abajo. Un hilo de sangre escapó de su boca. Lanzó un hipido. Pietro no soltaba la presa. Las manos de Emilio se posaron sobre los hombros de su antiguo amigo, como si buscara apoyo. Tal vez quiso articular algo, pero no lo consiguió. Finalmente Pietro retrocedió. Las manos de Vindicati cayeron pesadamente a lo largo de su cuerpo. Un poco más lejos, el pie de bronce yacía en el

suelo.

Vindicati agonizó todavía durante unos segundos. Allí estaba, como un muñeco, bajo la imagen de Cristo crucificado, la misma que había hecho componer para el asesinato de Marcello Torretone en el teatro San Luca; Lucifer pisoteado, a los pies de la Trinidad. Pietro recordó de pronto el dibujo de la Puerta del Infierno que había entrevisto en la *Librería* de Vicario al inicio de su investigación. Esa ilustración con perfumes cabalísticos descubierta en un libro con estuche de fieltro y terciopelo, escrito con letra seca y gótica. En él se veía la Puerta, inmensa, colocada en el suelo como una estela o un ciprés funerario, y al Príncipe de las Tinieblas con figura de macho cabrío, con los demonios surgiendo de su carne por encima de esos montones de cráneos, de sombras muertas, de rostros aullantes, de miembros entrelazados. El cuadro al que ahora se encontraba clavado Vindicati evocaba de pronto este grabado, el drapeado de Lucifer abriéndose sobre los abismos, mientras la Trinidad transfigurada acababa de perderse en la oscuridad de esas líneas de fuga, condenando al Tentador para siempre jamás. Pietro recordó también la inscripción que había sobre la Puerta: «*Lasciate ogni speranza, voi ch'intrate*». «Abandonad toda esperanza, los que aquí entráis». Al fondo, cerca del altar mayor, los cortinajes acababan de consumirse entre las llamas lanzando a su alrededor un velo de niebla. Por fortuna, el fuego ya no podía atacar la piedra. Aquella tregua bastaría. Sí, hoy el fuego sería vencido, como el Diablo.

Finalmente, el cuerpo de Emilio Vindicati quedó inerte.

*Y tomamos el camino ese encubierto
para volver al luminoso mundo,
y sin darnos reposo, al descubierto subimos,
él primero y yo el segundo, para admirar, por fin,
las cosas bellas del cielo, y desde aquel hueco profundo
salimos a dar vista a las estrellas.*

Pietro dejó caer su espada y se llevó la mano al brazo, gimiendo. Esta vez todo había acabado de verdad. La Quimera había abandonado este mundo.

CANTO XXVII

Epílogo
Hacia el Paraíso
—octubre de 1756—

Esa noche, Pietro Viravolta y Anna Santamaría habían acudido a la ópera. Se representaba *Andrómeda*, con libreto de Benedetto Ferrari: una reposición de la obra que, durante el Carnaval de 1637, había acompañado la inauguración del Teatro San Cassiano. Un primer teatro, el San Cassiano Vecchio, destinado a la comedia, había sido construido en 1580 por los Tron, familia patricia de San Benedetto. A consecuencia de un incendio, este fue reemplazado luego por un teatro de piedra abierto al público; los hermanos Francesco y Ettore Tron obtuvieron la autorización del Consejo de los Diez en mayo de 1636. Más tarde, después de un terremoto, el teatro, reconstruido por segunda vez, se destinó a la ópera; allí se representaron obras de Albinoni, Ziani y Pollacolo. Casi diez años antes de que Viravolta tuviera ocasión de asistir a una representación, el San Cassiano había sido el primer teatro en acoger *opera buffa* napolitana.

El San Cassiano tenía cinco clases y treinta y un palcos. En uno de ellos, en un puesto de honor, se encontraban Pietro y Anna, que marcaba el ritmo con el zumbido de su abanico. Al verla fascinada por el espectáculo, con los ojos brillantes, Pietro sonrió. Finalmente se habían reencontrado. Una nueva vida empezaba. Abajo, *Andrómeda* cantaba con una voz de sirena, hechizadora, pero clara y aguda. El brillante final se desplegó en un vuelo de arpegios y luego se calmó. Volvió el silencio, barrido enseguida por una tormenta de aplausos.

Al salir del palco, por los pasillos tapizados de rojo, Pietro se cruzó con Ricardo Pavi en dulce compañía. Filomena, con unos ojos capaces de condenar a cualquier hombre, estaba realmente encantadora.

—Bien, amigo —dijo Pietro sonriendo—, ¡parece que todo está decidido! Aquí le tenemos como jefe del temible Consejo de los Diez...

Ricardo sonrió a su vez.

—Una pesada carga, como puede imaginar...

—Apuesto lo que quiera a que lo hará mejor que su predecesor, si se me permite decirlo...

—Los tiempos de las diabluras han acabado, en todo caso. Venecia ha recuperado la tranquilidad, y por mucho tiempo, espero. La emperatriz María Teresa ha tenido noticia de las maniobras de este maligno duque a quien ya mantenía apartado. ¡Al parecer se puso hecha una furia! Pero todo ha vuelto al orden. Y ya conoce a los venecianos: una fiesta barre el recuerdo de la otra. Ya han olvidado lo poco que habían comprendido de los dolorosos momentos que hemos atravesado. Pero,

dígame, Pietro... ¿dónde estaba esta noche? No le he visto.

La sonrisa de Pietro se ensanchó.

—Pues... en el paraíso, mi querido Ricardo, evidentemente. En el paraíso...

Anna, divertida, se apretó contra él. Ricardo se inclinó para besarle la mano. Luego fue interpelado por un noble veneciano conocido suyo, y se alejó con Filomena después de dirigirles un guiño.

Anna miró a Pietro.

—¿Y bien, caballero? ¿Nos vamos?

Pietro la abrazó.

—Sí. Nos vamos.

Unos instantes más tarde estaban fuera. Anna le cogió del brazo, arrancándole una mueca.

—¡Oh, perdón! —le dijo—. ¿Aún te duele?

Pietro sonrió.

Estaban a punto de llegar al pie de la larga escalinata del teatro, mezclados entre la multitud, cuando Pietro recibió un repentino empujón. El hombre vestido de negro que acababa de tropezar con él ni siquiera se volvió.

—¡Eh, maese! Podría disculparse, ¿no?

Al oír esa voz, el hombre se detuvo bruscamente, de espaldas, rígido como una estaca. Otras personas pasaban ante él, llegando de derecha e izquierda; pero no se movió. Luego, lentamente, se volvió. Llevaba un sombrero oscuro y un pañuelo le ocultaba parte del rostro, de modo que solo se veían sus ojos, centelleantes. Pietro frunció el entrecejo. De repente el hombre fue hacia él y, sujetándolo por el hombro, de un modo casi autoritario, dijo, con la voz deformada por el pañuelo:

—Discúlpele un segundo, princesa. Y tú... ¡ven!

Pietro estaba atónito.

—Por favor, ¿quiere decirme qué...?

—¡Vamos, ven!

Intrigado, Pietro miró a Anna y abandonó su brazo un instante, dejándose llevar por el misterioso personaje. Juntos se alejaron de la multitud; el hombre se detuvo cerca de una callejuela oscura. Se volvió de nuevo hacia Pietro y lanzó una risita. Aquellos ojos le resultaban extrañamente familiares. Con un suspiro, el hombre se bajó el pañuelo; parecía particularmente ansioso.

Pietro le reconoció enseguida.

—¡Giacomo! ¡Tú! —dijo estupefacto.

Casanova sonrió. Luego su sonrisa desapareció. Tenía la tez pálida, la frente calenturienta, y el rostro demacrado por efecto de las largas privaciones sufridas.

—¡Te creía encerrado aún en los Plomos! Propuse al Consejo de los Diez que te tomara a su servicio. El dux hablaba de volver a estudiar tu liberación, pero...

Casanova extendía la mano.

—¡Calla, amigo mío! No puedo hablar mucho tiempo. Estoy huyendo. Me espera

un caballo, me voy lejos de aquí.

—¿Huyendo? Pero ¿cómo has...?

—¿Recuerdas a Balbi? Estaba encerrado no muy lejos de nosotros. Aunque parezca imposible, consiguió excavar un agujero, bajo el techo de su celda, para pasar a la mía. Juntos pudimos trazar un plan, y he conseguido escapar por los tejados...

—¡Una evasión! ¡Una evasión de los Plomos! Pero... ¡esto es increíble!

—¡Es la primera vez, lo sé! Pietro, amigo mío... ¿cómo estás? Veo que también tus asuntos se han arreglado —dijo mirando por encima del hombro a Anna, que los observaba—. ¿Así que Ottavio ha abandonado la escena? Pero ¿qué ha ocurrido durante todo este tiempo? El Carnaval se ha desarrollado en medio de una agitación tal que...

—Oh —dijo Pietro sonriendo—. Es una larga historia. ¡Venecia! Sabes... Pero ¿y tú, Giacomo, adonde vas a ir?

—No te lo tomes a mal, pero no puedo decírtelo. ¡Y ahora tengo que dejarte! ¡Dios quiera que nos crucemos de nuevo, amigo! No te olvidaré.

—Yo tampoco, Giacomo. Yo tampoco.

Los dos hombres se abrazaron; luego, con una última sonrisa, Casanova le saludó con el sombrero y se volvió bruscamente haciendo susurrar su capa.

Giacomo Casanova desapareció en la oscura callejuela.

Pietro permaneció allí unos instantes. Miró en dirección a Anna Santamaría. Le esperaba, en medio de la multitud que se dispersaba.

Lanzó una última ojeada hacia la callejuela y volvió junto a Anna.

Era el mes de octubre de 1756. Giacomo Casanova acababa de escapar de la prisión de los Plomos. Pietro, pensativo, se encontraba ante la laguna, en la plaza de San Marcos. Llevaba el sombrero en la mano y vestía un gran manto negro por encima de su chaqueta con motivos florales y una camisa blanca de mangas anchas. La noche tocaba a su fin; amanecía. Capas de bruma se elevaban lentamente hacia el cielo. Las góndolas alineadas a lo largo del canal se balanceaban ligeramente a derecha e izquierda, acompañando el chapoteo del agua. En el corazón de Pietro no había tristeza, pero sí un extraño sentimiento de nostalgia. Miraba a San Giorgio, adivinaba a lo lejos las orillas del Lido; detrás de él, la aguja del campanile y el león alado. ¿Por cuánto tiempo?, se preguntó. Venecia ya había pasado por tantas pruebas... Una joya, sí. Pero ¡tan frágil! Ese pedazo de laguna amenazado por el *acqua alta*, las inclemencias del tiempo, los temblores de la tierra y del mar; ese pedazo de laguna que se habían esforzado en salvar desde hacía ya seiscientos años, había sido un imperio, un puente entre Oriente y Occidente, un faro para el mundo. Pero ¿cuánto tiempo sobreviviría? ¿Cuántos esfuerzos deberían realizarse aún para que pudiera preservar su belleza y su esplendor? ¿Qué nuevas inspiraciones haría nacer? Venecia con sus máscaras y su verdad, ciudad de las artes y el Carnaval, de la alegría y las

apariencias engañosas. ¿Qué ambiciones despertaría aún?

Pietro amaba a Venecia como a una mujer, como a su primera amante.

—¡Pietro!

Se volvió.

Anna Santamaría, resplandeciente, le esperaba; le hizo un gesto y subió a la carroza que debía llevarles lejos de allí. El cochero también le miraba, y Landretto, el fiel Landretto, que apenas se había repuesto de una noche agotadora. Pietro volvió hacia ellos, con los ojos fijos en el pavimento. Aún contaba cada paso que daba en esa plaza que tantas veces había recorrido. Al llegar junto a Landretto, le palmeó el hombro con tanta fuerza que casi le hizo caer. Era evidente que al criado le dolía la cabeza.

—¿Qué ocurre, amigo? ¿Y tu Reina de Corazones?

—Oh —dijo Landretto—. Es una verdadera fiera, créame. Estoy agotado. Ya sabe qué es eso: la Venecia secreta... No lamento demasiado haberla dejado.

Pietro rio mientras Landretto cargaba sus últimos enseres en el carruaje.

—¡Bien, tal vez ahora pueda decirme por fin adónde vamos! —dijo Landretto.

Pietro abrió los brazos.

—¿No lo has adivinado? ¡A Francia, Landretto! ¡Claro está! Versalles nos espera. Y gracias a los buenos oficios del dux, no tendremos motivos para quejarnos de nada. Agradéceselo a la Serenísima, amigo mío. Dime... ¿has cogido mis juegos de cartas?

—Desde luego. ¿Así que Francia?

—Francia, amigo.

Pietro volvió unos instantes al borde de la laguna. Contempló los reflejos aún tímidos del cielo en sus aguas y sus turbadoras oscilaciones. Le costaba abandonar aquel lugar. Lentamente cogió la flor de su ojal. La lanzó al agua y la siguió con la mirada.

Finalmente volvió a la carroza.

—¡Se acabó la Orquídea Negra! —dijo a Landretto—. Pero no te preocupes. Lo importante está en otra parte.

Sonrió y le hizo un guiño.

—Después de todo, ¡ahora soy una leyenda!

Se encajó el sombrero y sonrió. El rostro de Anna Santamaría apareció ante él. Después de dirigir una última mirada a la laguna, se inclinó en una larga reverencia.

Luego subió a la carroza.

Las sorprendentes aventuras de ese año de 1756 en el seno de la República no se recuerdan demasiado. Los fastos del Carnaval, uno de los más brillantes del siglo, borraron el rastro de esta conspiración cuyo nombre no quedó inscrito en la historia. Solo se conservaron en la memoria algunos de los episodios que salpicaron esos meses singulares. El propio destino de la Orquídea Negra quedó sellado en un

expediente polvoriento que acabó en los estantes de la Quarantia Crimínale y de la Venecia secreta de ese siglo XVIII.

Estantes en los que sería olvidado a su vez.

Con todo, no es tan grave.

Como es sabido, las leyendas no necesitan de la historia para sobrevivir.

Agradecimientos

Gracias a mi editor, Christopher Bataille, a Olivier Nora, a Jacqueline Risset por su traducción del *Infierno* de Dante, en la edición de Flammarion de 1992; a Philippe Braunstein y Robert Delort por su obra *Venise, portrait historique á'une cité*, col. Points Seuil, y a Françoise Decroisette por *Venise au temps de Goldoni*, en Hachette Littératures; sin olvidar las *Memorias* de Casanova, sin las que mi Carnaval no hubiera sido posible; gracias, finalmente, a Philoméne Piégay por su paciencia y su apoyo.



ARNAUD DELALANDE, nacido en Lusaka, Zambia, en 1972, es un escritor francés.

Su primera novela, *Nuestra Señora bajo la tierra*, ha vendido cerca de 10 000 copias y fue traducido en varios países. Arnaud Delalande publicó su segunda novela, *La Iglesia de Satanás*, en mayo de 2002.

Fue galardonado con el Relais H Evasión en la primavera de 1998 y el Premio Charles Oulmont de la Fundación de Francia. Es miembro de la Sociedad de Autores en Normandía y patrocinador de las Bibliotecas ONG Sin Fronteras, que trabaja para el acceso al conocimiento y el apoyo a las bibliotecas en Francia y en todo el mundo.